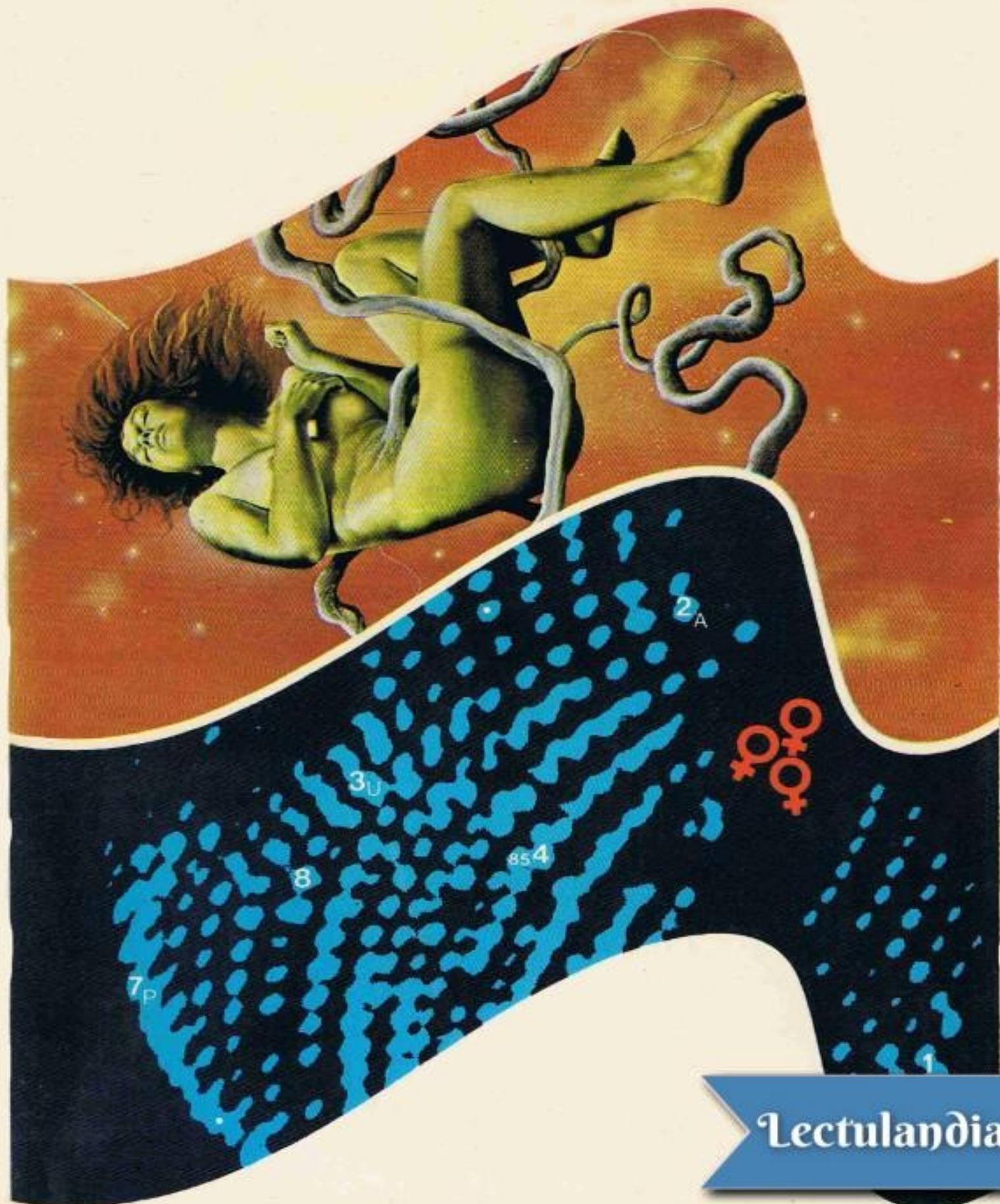


Mujeres y maravillas

PAMELA SARGENT



Lectulandia

Sin duda es algo más que una mera coincidencia el hecho de que, en los últimos años, entre los más destacados autores de fantasía y ciencia ficción haya que contar a un buen número de mujeres: Ursula K. LeGuin, Judith Merril, Kit Reed, Joanna Russ (todas ellas incluidas en esta recopilación), y tantas otras que han reivindicado definitivamente para la mujer un género que durante tanto tiempo pareció decidido a darle la espalda.

Y la mejor prueba de ello es esta selección de relatos escritos y protagonizados por mujeres: una antología cuyo más irrefutable alegato feminista es su extraordinaria calidad.

Lectulandia

VV. AA.

Mujeres y maravillas

Antologista: **Pamela Sargent**

ePub r1.0

viejo_oso 11.01.14

Título original: *Women of Wonder*

VV. AA., 1974

Antologista: Pamela Sargent

Traducción: Manuela Díez

Ilustración portada: Jim Burns

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Contenido

Presentación doblemente superflua a una antología doblemente válida, por Carlo Frabetti.

Sobre la antologista.

Introducción: *Mujeres en la ciencia ficción*, por Pamela Sargent.

La niña sueña (The Child Dreams), por Sonya Dorman.

Sólo una madre (That Only a Mother), por Judith Merrill.

Contaminación (Contagion), por Katherine MacLean.

Los habitantes del viento (The Wind People), por Marion Zimmer Bradley.

La nave que cantaba (The Ship Who Sang), por Anne McCaffrey.

Cuando yo era la señorita Dow (When I Was Miss Dow), por Sonya Dorman.

La granja (The Food Farm), por Kit Reed.

Chica, eras grande (Baby, You Were Great), por Kate Wilhelm.

Sexo y/o el señor Morrison (Sex and/or Mr. Morrison), por Carol Emshwiller.

Más vasto que los imperios y más lento (Vaster Than Empires and More Slow), por Ursula K. Le Guin.

Falso amanecer (False Dawn), por Chelsea Quinn Yarbro.

La casa de nadie (Nobody's Home), por Joanna Russ.

Bruma, Hierba y Arena (Of Mist, and Grass, and Sand), por Vonda N. McIntyre.

Presentación doblemente superflua a una antología doblemente válida

Al contrario de mis otras presentaciones, que suelen ser sencillamente superfluas, ésta lo es doblemente. Primero, porque el extenso y muy interesante prólogo (¡sobre todo, no se lo salten ni lo dejen para el final!) de la propia recopiladora, Pamela Sargent, es más que suficiente, entre otras cosas, como introducción a los relatos seleccionados. Segundo, porque éste es un libro en el que, a nivel intelectual, no ha intervenido ningún hombre, lo cual vere dignum et justum est; no sólo las autoras y la antologista son mujeres, sino incluso la traductora, y es probable que más de una lectora feminista se pregunte, no sin razón: «Y a este tío, ¿quién le ha llamado?».

Por eso quisiera aclarar (al contrario que en otras ocasiones, en que no lo aclaro por si cuela) que no pretendo aportar interpretación, puntualización ni sugerencia alguna con respecto a un libro que habla por sí solo. Por una vez, admitiré abiertamente que mi presencia aquí es puramente rutinaria y se debe en gran medida a la necesidad de justificar unos honorarios como asesor de la colección.

Únicamente querría comentar que, así como me parece sumamente positivo que en un país cerrado al cambio durante tantos años se esté produciendo un cierto boom de la ciencia ficción (que es, por excelencia, la narrativa del cambio), encuentro doblemente interesante que en la lengua a la que corresponde el deshonor de haber cedido a las demás —y por muy buenas razones— el término machismo, empiece a publicarse una ciencia ficción escrita y protagonizada por mujeres.

Una ciencia ficción escrita y protagonizada por mujeres que es doblemente revulsiva: primero, en la medida en que lo es toda la buena ciencia ficción, y segundo, en la medida en que lo es el feminismo, probablemente la fuerza revolucionaria más rica y prometedor de nuestro tiempo.

CARLO FRABETTI

Sobre la antologista

Pamela Sargent estudió en la universidad del estado de Nueva York, en Binghamton, donde obtuvo su doctorado en Filosofía. Es autora de más de veinte narraciones de ciencia ficción, publicadas en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *New Worlds*, *Universe*, *Eron in Orbit*, *Wandering Stars*, *And Walk Now Gently Through the Fire*, *Fellowship of the Stars*, y otras revistas y antologías. También ha escrito una novela: *Cloned Lives* (Fawcett-Gold Medal). Vive en Nueva York.

INTRODUCCIÓN

Mujeres en la ciencia ficción

I

La historia de las mujeres en la ciencia ficción muestra con toda claridad la gradual aparición de un conjunto de obras caracterizadas por la nueva perspectiva que han tomado como base sus autoras.

Esta nueva perspectiva forma parte, naturalmente, de la buena ciencia ficción, donde hasta cierto punto siempre ha estado presente, y de los nuevos intereses sociales y futurológicos de la cultura en todos sus aspectos.

En el pasado, las mujeres, tanto si nos referimos a las escritoras de cuentos y novelas de ciencia ficción como a los personajes femeninos que con toda una caracterología específica aparecen en tales cuentos y novelas, formaban parte de la ciencia ficción sólo esporádicamente. A lo largo de los últimos veinte años han entrado más mujeres en este campo. Algunas lograron inicialmente ser aceptadas imitando a los escritores masculinos, demostrando que podían hacerlo tan bien como ellos, o incluso mejor. Otras exploraron el mismo terreno que los autores masculinos, pero desde una perspectiva diferente. Existen signos evidentes, sin embargo, de que tanto los escritores femeninos como los masculinos están comenzando a trabajar sobre un nuevo terreno, al tiempo que van poniendo en cuestión aquellas afirmaciones que siempre han dominado en este género. No obstante, la ciencia ficción, globalmente hablando, refleja todavía la sociedad en la que está inmersa.

La mayor parte de la ciencia ficción la han escrito los hombres, y aún hoy los escritores varones son una mayoría. Sólo entre un diez y un quince por ciento son mujeres. La inmensa mayoría de los lectores son igualmente hombres, y un buen número de ellos son jóvenes o niños que dejan de leer con regularidad ciencia ficción cuando se hacen mayores. Es difícil ofrecer cifras exactas a este respecto, pero las publicaciones especializadas en ciencia ficción han declarado en varias ocasiones que la gran masa de sus suscriptores son hombres; no es raro que las cifras arrojen un resultado de un noventa por ciento de lectores masculinos y sólo un diez por ciento de femeninos.

Esto no resulta en absoluto sorprendente si se considera la relación que hay entre la ciencia ficción y la extrapolación científica y tecnológica, y el hecho de que se acepte como algo normal el que la ciencia y la tecnología sean dominios masculinos.

Las mujeres han sido siempre disuadidas de seguir estudios científicos sobre la base de diversos razonamientos: que no poseen aptitud para ello, que son esencialmente intuitivas, y no racionales, que tienen una gran tendencia a la frivolidad y al interés por el «aquí y ahora», y que son inherentemente hostiles a todo tipo de exploración intelectual, por ser básicamente conservadoras. Desde un punto de vista práctico, no hay duda de que parece absurdo que una mujer invierta el tiempo y el esfuerzo requeridos en el estudio científico para luego quedar relegadas al papel de esposa y madre. Muchas veces se ha acusado a las mujeres que estudiaban ciencia y tecnología, y aún hoy sigue haciéndose, de estar ocupando puestos que podrían haber sido destinados a los hombres. Y lo mismo sucede harto a menudo en otras disciplinas intelectuales; pero el estudio del arte, la literatura o las ciencias sociales puede serle disculpado si lo hacen, no para ocuparse en ellos demasiado, sino para ser una madre mejor, una compañera intelectual más interesante para el marido, o como mero entretenimiento. El esfuerzo a largo plazo que la sociedad exige a los que estudian alguna rama de la ciencia es considerado como un enemigo de los roles que se supone han de desempeñar las mujeres.

Hay muchos científicos que declaran que empezaron a interesarse por la ciencia al leer ciencia ficción en su juventud. Los escritores, normalmente varones, sabiendo que sus lectores lo son igualmente en su gran mayoría, escriben casi siempre directamente para hombres. Como consecuencia, las jovencitas no suelen encontrar nada que les interese a ellas personalmente en la ciencia ficción. Ya disuadidas de todo interés en la tecnología, la mayoría de las jóvenes encuentran poca cosa de provecho en unos libros en los que los hombres son los únicos que toman parte en las aventuras y las diversiones.

Podemos quizá comprender por qué los escritores de ciencia ficción toman como válidos ciertos presupuestos, al igual que lo hacen las demás personas inmersas en esta sociedad. Las mujeres, lo mismo que las minorías raciales, sufren las consecuencias de tales presupuestos. Si la ciencia es coto de los varones, lo es también de los varones blancos. Ahora es más común encontrar negros o personas pertenecientes a otras minorías raciales representadas como personajes en los relatos de ciencia ficción, si bien el número de escritores de ciencia ficción negros puede contarse con los dedos de una mano. Los personajes femeninos, por el contrario, hace mucho que vienen apareciendo, pero normalmente en papeles sin importancia. Uno se pregunta, maravillado, cómo es que un tipo de literatura que se enorgullece de explorar alternativas o afirmaciones contrarias a lo que normalmente creemos no se haya interesado más por los roles que jugarán las mujeres en el futuro. Existen dos respuestas posibles, si bien una no excluye a la otra. O bien que la ciencia ficción no es tan atrevida u original como a algunos de sus autores les gustaría creer, limitándose esto a ser más un ideal que una realidad, o bien que esta literatura,

destinada a poner en cuestión nuestras creencias, no puede evitar reflejar lo muy profundamente que ciertos prejuicios han arraigado en ella... pese a haber logrado algunos éxitos en lo que se refiere a una liberación imaginativa con respecto al tiempo y el lugar.

Resulta irónico que el primer escritor de ciencia ficción fuera una mujer, Mary Shelley, hija de la feminista del siglo XVIII Mary Wollstonecraft. Aunque influida por la literatura de terror de su época, tanto en el espíritu como en la forma, la novela *Frankenstein* (1818) de Mary Shelley refleja también un conocimiento de los nuevos descubrimientos científicos de su tiempo, los primeros momentos de la industrialización. El autor y crítico británico Brian Aldiss ha escrito:

Combinando (...) la crítica social con las nuevas ideas científicas, y al tiempo que describe el panorama de su tiempo, Mary Shelley se anticipa a los métodos de H. G. Wells cuando escribe sus novelas científicas, así como a algunos de los autores que le siguieron^[1].

Aquello que Aldiss llama «la primera auténtica novela de ciencia ficción» ha tenido una obvia y enorme influencia. La historia de Frankenstein es un relato poderoso, que refleja el conflicto entre el cada vez más amplio conocimiento científico y el miedo a que ese conocimiento nos destruya, lo mismo que destruye a Frankenstein su monstruosa creación.

Interesa aquí hablar un poco de la novela *Frankenstein*. Ellen Moers señala que la novela de terror en manos de la autora más popular del siglo XVIII, Ann Radcliffe, se convierte en «un sustituto femenino de la picaresca, donde las heroínas disfrutaban de todas las aventuras que los héroes masculinos hacía mucho tiempo que venían experimentando en la literatura»^[2]. Pero Moers llega incluso a decir:

¿... qué podríamos decir del enorme giro que a la tradición de terror le daría una mujer una generación más tarde? El Frankenstein de Mary Shelley, publicado en 1818, introduce la novela de terror y fantasía dentro de lo que hoy llamamos ciencia ficción. Frankenstein aporta una nueva dimensión a la literatura de terror, y lo hace sin heroínas, sin que ni siquiera aparezca una víctima importante que sea mujer^[3].

Es interesante destacar la ausencia de personajes femeninos importantes en esta novela, que introduce una nueva forma literaria y establece el molde de las obras posteriores de ciencia ficción.

Brian Aldiss, resumiendo lo realizado por Mary Shelley, escribe:

Oscurecida por la reputación de su marido, su obra quedó excesivamente ignorada. También la ciencia ficción ha sido ignorada hasta época reciente. Lo mismo que la reputación de Mary, la de la ciencia ficción se halla aún en la balanza^[4].

Las escritoras de ciencia ficción han sido una minoría desde la época de Mary Shelley. Una excepción en el siglo XIX fue Rhoda Broughton, sobrina del escritor de relatos fantásticos Sheridan Le Fanu. La obra de Broughton *Behold It Was a Dream*, un relato sobre precognición, fue publicada en 1873. En la historia, una joven, Dinah Bellairs, visita a unos amigos y tiene un sueño que pronostica detalladamente su trágica muerte. Pero hay que esperar a los primeros años del siglo XX para que otra mujer marque un hito en la ciencia ficción.

Francis Stevens, cuyo verdadero nombre era Gertrude Barrows, nació en 1884. Su primera obra publicada, *The Nightmare*, apareció en 1917. Viuda y responsable del mantenimiento de su madre y de su hijo, escribió ciencia ficción haciendo gala de una gran fantasía. Una de sus novelas de ciencia ficción, *The Heads of Cerberus*, se publicó en 1919, por entregas, en *The Thrill Book*, de Street & Smith; más tarde fue reeditada por Polaris Press, en 1953, en una edición limitada.

The Heads of Cerberus puede que sea la primera obra de ciencia ficción en la que se utilice el concepto de tiempo paralelo; en ella se sostiene que existen mundos paralelos que se han desarrollado de una manera diferente al nuestro, como resultado de opciones, circunstancias y desarrollos históricos también diferentes. Desde entonces, este tema se ha repetido una buena cantidad de veces en ciencia ficción^[5]. En la novela de Stevens, Robert Drayton, su amigo Terence Trenmore y la hermana de éste, Viola, viajan a una Filadelfia futura en un mundo paralelo. A Viola Trenmore, que en el relato cumple ese papel tradicional que limita el interés de los personajes femeninos al amoroso, se la describe también como una mujer valerosa y determinada.

El final de la vida de Francis Stevens es tan misterioso como algunas de sus novelas. Después de trasladarse a California, sencillamente desapareció. Una carta que le enviara su hija en 1939 le fue devuelta y todos los intentos por dar con su paradero resultaron inútiles. Hasta hoy, nadie sabe lo que fue de ella.

Otra bien dotada escritora de ciencia ficción y fantasía es C. L. Moore. Catherine Moore comenzó a escribir en la década de los años treinta, y lo mejor de su obra es el ambiente hipnótico con que rodea sus relatos. Moore estaba inclinada a escribir desde el punto de vista masculino, cosa necesaria para cualquiera que deseara publicar sus relatos en las revistas que dominaban el campo de la ciencia ficción en América

desde 1920. Un buen número de sus relatos se centran en las aventuras de Northwest Smith, un rudo soldado de fortuna que viajaba por todo el sistema solar. Pero Moore escribió también relatos fantásticos con una protagonista femenina, Jirel de Joiry, una poderosa amazona.

Uno de los esfuerzos más logrados de Moore es la novela corta *No Woman Born*. A la protagonista, una bailarina llamada Deirdre, le fue trasplantado el cerebro a un cuerpo de robot poco después de morir en un incendio. Pese a su cuerpo de metal, se ve compelida a bailar de nuevo. Los hombres que aparecen en esta historia, deseosos de protegerla, quieren impedirle que regrese a los escenarios. Maltzer, el científico que había proporcionado a Deirdre su nuevo cuerpo, teme que el auditorio la repudie y ello dañe a la bailarina. Pero Deirdre insiste, da una representación con éxito y demuestra a Maltzer lo importante que es para ella continuar su contacto con la humanidad a través de la danza.

El relato de Moore es importante por diversas razones. Se trata de una interesante muestra de ciencia ficción cuyo interés reside no en la intriga de la aventura sino en la relación entre los personajes. Y aún más importante que por esto lo es porque se trata de uno de los primeros exponentes del tema del ciborg, una persona que es parcial o mayoritariamente una máquina. Deirdre, en su cuerpo de metal, ha conseguido nuevos sentidos que sustituyen a los que ha perdido (los del olor, el gusto o el tacto), y se da cuenta de que puede encontrarse fácilmente marginada de los seres humanos que la rodean. Cree que puede evitarlo mediante el contacto con el auditorio que le proporciona su danza. Los hombres que aparecen en la narración sienten pena por ella, viéndola atrapada y marginada en su cuerpo mecánico. Sin embargo, Deirdre logra que un nuevo mundo perceptual se abra ante ella, y consigue también crear un nuevo estilo de baile.

C. L. Moore se casó, en 1940, con otro escritor de ciencia ficción, Henry Kuttner, y ambos colaboraron mutuamente en gran parte de sus obras. El escritor y crítico de ciencia ficción Damon Knight hace el siguiente comentario acerca de la unión de esos dos talentos tan diferentes:

Los relatos de Kuttner anteriores a su matrimonio habían sido brillantes, pero superficiales, bien contruidos, pero sin un gran contenido o convicción; Moore había escrito relatos fantásticos llenos de significado, pero un tanto flojos. En la década de los cuarenta, cuando comenzaron a trabajar juntos, sus relatos variaron de rumbo, y en ellos la solidez práctica de los argumentos de Kuttner parecía proporcionar un molde a la imaginación poética de Moore^[6].

Una de esas colaboraciones es *Vintage Season*, una bien ambientada narración

acerca de unos visitantes procedentes del futuro en busca de alguna diversión a costa del protagonista del siglo xx, y está considerada como un clásico en su género. Continuaron escribiendo juntos y por separado hasta la muerte de Kuttner, súbitamente acaecida en 1958.

Leigh Brackett, que comenzó a escribir ciencia ficción durante los años cuarenta, se convirtió en una prolífica escritora de relatos y novelas divertidos, y todavía hoy continúa su producción. Su obra más reciente incluye guiones cinematográficos, además de ciencia ficción (*Río Bravo*, *El largo adiós*). Su obra se caracteriza por la acción, por sus protagonistas masculinos y por su dureza. De alguna forma, Brackett ejemplifica el supuesto elogio de «escribe tan bien como un hombre»; de hecho, escribe exactamente como un hombre de extremado *machismo*^[*]. Sus vívidas historias son completamente populares y, en general, mejor escritas que otras del mismo estilo.

Una de las obras de Brackett, *The Halfing* (1943), nos ofrece un ejemplo interesante de lo que es su producción. El protagonista, «Jade» Greene, es el cínico propietario de unos actores de características guiñolescas oriundos de diversos planetas. Entra en relación con una joven llamada Laura Darrow, sin saber que es una alienígena enviada por su tribu para matar a los renegados que se hallan en otros mundos. Cuando Jade se da cuenta de que Laura es una asesina, responsable de la muerte de dos de sus actores, la mata en defensa propia, durante el enfrentamiento final. Pese a que sus personajes son estereotipados, Brackett logra infundir una cierta sensibilidad en Jade y hace que Laura sea mucho más inteligente de lo que típicamente podía esperarse que fuera el personaje de una mujer. Pero la historia, que podía haber sido un estudio interesante acerca de las relaciones entre un hombre y una alienígena y el conflicto entre sus culturas radicalmente diferentes, queda deformada por el énfasis dado a la acción y la dureza, casi brutal, del protagonista.

El carácter de Laura expresa claramente algunas de las actitudes que hacia las mujeres mantienen los lectores de ciencia ficción. Es hermosa, pero extremadamente peligrosa, mentirosa y decepcionante. Otro de los personajes femeninos, una humana llamada Sindi que sospecha que Laura es una alienígena, es tachada de celosa por Jade. Cuando Sindi se opone a que Jade contrate a Laura como bailarina, él le dice: «Mujer tenías que ser. ¿Por qué no eres una buena perdedora?»^[7].

Una escritora muy diferente es Wolmar Shiras, que comenzó su carrera en la ciencia ficción con el relato *In Hiding*, publicado en *Astounding* en 1948. En su narración, un psiquiatra, Peter Welles, conoce a un muchacho, aparentemente normal, que ha sido enviado a Welles por uno de los profesores de su colegio. El muchacho, Timothy, no está haciendo nada que sea evidentemente incorrecto, pero el profesor sospecha que oculta algo y cree que puede estar perturbado. Welles se hace amigo del joven y descubre que Timothy es, de hecho, un genio capaz de seguir a la vez varios

estudios diferentes. Timothy ya ha publicado libros bajo seudónimo y había estado trabajando en genética y lingüística. El muchacho es un mutante cuyos padres trabajaban en una planta de energía atómica. Antes de su nacimiento, se produjo un accidente en la planta, y Timothy cambió genéticamente. Dos años después del accidente sus padres murieron repentinamente, lo mismo que otras personas que habían trabajado en la planta. Welles y Timothy deciden dar con los orfanatos donde se hallan los hijos de los otros trabajadores y ayudarlos.

En una segunda parte, *Opening Doors* (1949), Welles y Timothy encuentran a otro de los niños-genio genéticamente alterados, Elsie Lambeth. Elsie había vivido varios años en un hospital mental, incapaz de jugar el papel de niña «normal». Acabó adaptando su vida a la del hospital y era relativamente libre de hacer allí lo que quería. La niña encontraba más sencillo vivir en la institución que en un mundo suspicaz hacia un niño inquisitivo y brillante. Welles y Timothy tratan de convencer a Elsie de que está llevando un tipo de existencia y una adaptación equivocadas.

Shiras escribió aún otra novela acerca de éstos y otros niños, *Children of the Atom* (Gnome Press, 1953). En estas obras no presenta a estos niños como aterradoras amenazas, sino como individuos interesantes, y los utiliza para poner sobre el tapete algunas cuestiones éticas. ¿Cuál sería la mejor forma en que los niños podrían utilizar sus dones en beneficio de la humanidad? ¿Deberían permanecer en una escuela especial, como proyectan ellos y sus amigos adultos y parientes, o habrían de salir al mundo y asociarse con otros niños no tan bien dotados? ¿Cómo podrían hacer frente a la suspicacia y al odio que los demás pudieran sentir hacia ellos? En los problemas de esos niños mutantes podemos ver reflejados los problemas de todos los niños; los niños que no se adaptan, aquéllos cuyos sueños son ridiculizados, niños rechazados, niños idealistas. En la situación de Elsie Lambeth y de las otras chicas, las mujeres podrían reconocer varios de los compromisos y concesiones a que se ven obligadas en un mundo que con tanta frecuencia otorga un valor muy bajo a sus realizaciones intelectuales.

En los últimos años de la década de los cuarenta, otra escritora, Judith Merrill, publicaba su primer relato de ciencia ficción, *That Only a Mother*, que trata de las consecuencias de una guerra atómica. Continuó escribiendo algunos relatos y novelas, pero se hizo más famosa por sus ediciones, que incluían varios volúmenes de los mejores relatos escritos en el año y que se publicaron anualmente durante la década de los cincuenta y los primeros años de la de los sesenta. En esas colecciones, Merrill demostró tener talento para seleccionar magníficas narraciones que representaban las diversas direcciones que estaba tomando la ciencia ficción.

La década de los cincuenta contempló otro impulso de la ciencia ficción que reflejaba claramente las actitudes de la época. Muchas de las narraciones, frecuentemente escritas por mujeres, tenían protagonistas femeninos, pero eran las

típicas amas de casa. Su carácter era normalmente pasivo o frívolo, y resolvían problemas sin darse cuenta de ello y pese a su ineptitud, o mientras realizaban los roles que les ha asignado la sociedad. Es frecuente que, a diferencia de lo que le sucede al lector, estos personajes femeninos no comprenden nunca en realidad lo que pasa, ni siquiera al final de la historia. Estos relatos describen a las mujeres como simples cuidadoras de niños (niños que generalmente están mucho mejor dotados que ellas), como consumidoras de bienes (con frecuencia en un mundo del futuro en el que la publicidad y el sistema de libre empresa continúan existiendo, extralimitados), o como esposas que intentan mantener junta a su familia tras un holocausto atómico o un desastre similar.

Una muestra de este tipo de narraciones es la obra *Captive Audience*, de Ann Warren Griffith (1953), en la que la protagonista vive en un mundo del que se ha apoderado la publicidad. Las cajas de cereales, las latas de conserva y los paquetes de alimentos que tiene en su despensa emiten constantemente mensajes comerciales de todo tipo.

En *Minister Without Portfolio* (1951), de Mildred Clingerman, el personaje central es una amable abuela que se encuentra a unos visitantes alienígenas en un parque. La anciana no se da cuenta de lo que son, se hace amiga de ellos e intercambian fotografías, asegurando así la armonía y la paz interestelar entre las dos razas. Pese a que el relato es brillante y está bien escrito, y la abuela está muy bien retratada, sigue los mismos modelos de esos personajes femeninos ignorantes. ¡Qué valiosas son esas pequeñas cosas que hacen las mujeres!

Created He Them (1954), escrita por Alice Eleanor Jones, nos presenta a un ama de casa del futuro desde una interesante perspectiva. Ann Crothers es literalmente una esclava de su marido, Henry, un hombre de mal carácter, descontento con casi todo lo que Ann hace. Ella es desgraciada con Henry, pero persiste en sus esfuerzos por mantener su matrimonio. Uno se pregunta por qué este empeño, hasta que descubre que el mundo de Ann es un mundo postholocausto, contaminado por la lluvia radiactiva. Pocas personas pueden tener hijos que no sean monstruos, pero Ann y Henry son capaces de procrear niños sanos, y por ello se ven condenados a vivir juntos, sin amor, en nombre de las generaciones futuras.

Henry Crothers es un patán. Cuando Ann le anuncia que está embarazada por octava vez, Henry dice: «Oh, Dios, ahora estarás enferma todo el tiempo, y no hay quien viva contigo cuando estás enferma»^[8]. La critica cuando llora, la odia porque ella es grande, mientras que a él le han gustado siempre las mujeres pequeñas. El único objetivo de la vida de Ann es criar niños sanos. Su único placer, conseguir unos bienes de consumo difícilísimos de obtener, con los bonos que se concede a aquellos que tienen niños sanos. Esta amarga y horrible descripción del matrimonio futuro es, consciente o inconscientemente, una condena de la forma de matrimonio de nuestro

propio tiempo. Es Ann la que debe hacer todas las concesiones, la que debe cuidar de los niños (hasta que se los arrebatara el gobierno cuando tienen tres años), la que debe proporcionarse sus propias necesidades y deseos. En la pasividad de Ann Crothers vemos la figura arquetípica de la mujer como ser sufriente, que padece con dolor en beneficio de la humanidad..., pero nunca en el suyo propio.

Otras escritoras de la década de los cincuenta parten de este mismo modelo. Katherine MacLean, autora de muchas acertadas narraciones, utiliza frecuentemente protagonistas masculinos, pero también escribió relatos con personajes femeninos, científicos o esposas cuyos caracteres están bastante bien descritos. Las historias de MacLean se basan en extrapolaciones científicas y sociales combinadas con una hábil descripción de los personajes.

Margaret St. Clair, una prolífica escritora que publicó con su propio nombre y bajo el seudónimo de Idris Seabright, se especializó en relatos breves, agudos, elegantes y fantásticos, que con frecuencia contenían un lado negro. En uno de ellos, *Short in the Chest*, publicado en 1954 bajo el seudónimo Seabright, St. Clair describe un mundo militarista en el que un psiquiatra robot en mal funcionamiento aconseja a una joven soldado para que desencadene un conflicto desastroso. La narración, que trata también el tema sexual, tuvo dificultad en publicarse en un mercado que consideraba aquel tema como demasiado atrevido.

Zenna Henderson, otra de las escritoras que se hicieron famosas en la década de los cincuenta, creó una serie de relatos sobre el «Pueblo», un grupo de alienígenas semejantes a los humanos que se han establecido en un área aislada de la Tierra. Se trata de un bondadoso grupo de personas que posee poderes extrasensoriales. La primera narración de la serie (que más tarde se hizo en televisión) trata de los problemas de un joven profesor con sus alumnos alienígenas. Más tarde, estos relatos se publicaron en dos volúmenes, *Pilgrimage* (Doubleday, 1961) y *The People: No Different Flesh* (Doubleday, 1967).

Otra escritora de gran talento, Andre Norton, comenzó a escribir en la década de los cincuenta y llegó a ser famosa como autora de muchas novelas de ciencia ficción destinadas a lectoras jóvenes. Bastante despreciada por los críticos, que minimizaban sus libros quizá porque estaban dirigidos al público joven, Norton es sin embargo una escritora de talento que en su mejor obra muestra una gran habilidad para las descripciones vívidas y la forma de retratar a sus personajes, especialmente los alienígenas, de quienes describe detalladamente sus vidas y costumbres. En algunas novelas utiliza como protagonista a los indios americanos (en un campo que no se destaca, ni tan siquiera hoy, por ocuparse de las minorías). En *The Beast Master* (Harcourt, Brace and Co., 1959), Hosteen Storm, un joven indio navajo, debe establecer su nuevo hogar en un mundo extraño. Es uno de los escasos supervivientes de una guerra interestelar que había destrozado completamente la Tierra. El exilio de

Hosteen Storm cobra significado para él cuando se da cuenta de que es el descendiente de aquéllos que se habían apoderado de las tierras de su pueblo siglos atrás. En *The Sioux Spaceman* (Ace, 1960), Kade Whitehawk, miembro de un pueblo terrestre de cultura india, que de nuevo se ha hecho fuerte y poderosa, es enviado a un mundo alienígena. Allí, su don de comunicarse con los animales, que enseña su cultura, le resulta muy necesario. En *Star Man's Son 2250 A. D.* (Harcourt, Brace and World, 1952) nos muestra las diversas y multirraciales culturas que se desarrollaron tras una guerra atómica; una cultura conserva el antiguo conocimiento científico; otra crea artefactos y conserva los viejos oficios; una tercera ha reanudado la vida de los indios de las llanuras. Esta novela, que expresa la esperanza de que culturas diferentes pueden convivir juntas en paz, sin por ello tener que sacrificar sus caracteres distintivos, es una de las mejores obras de Norton y uno de sus libros más populares. Norton utiliza con frecuencia en sus novelas protagonistas masculinos, pero en *Judgment on Janus* (Harcourt, Brace and World, 1963) y en *Victory of Janus* (Harcourt, Brace and World, 1966), es una joven que habita en un mundo boscoso alienígena la que juega el papel central. Y en una de sus novelas recientes, *Forerunner Foray* (Viking, 1973), la protagonista es Ziantha, una joven que puede leer en las mentes.

Los últimos años de la década de los cincuenta y los primeros de la de los sesenta presenciaron el acceso a la ciencia ficción de más mujeres escritoras. Los escritores y los lectores de ciencia ficción, y lo más probable es que no sea un hecho accidental, comenzaron a reexaminar al mismo tiempo las afirmaciones y el estilo de la mayor parte del género. Algunos escritores británicos que publicaban sus obras en la revista inglesa *New Worlds*, bajo la dirección de Michael Moorcock, experimentaron con diferentes formas literarias y distintos temas. Muchos escritores americanos quedaron influidos por este desarrollo.

Entre las escritoras que llegaron a ser famosas en la década de los sesenta están las inglesas Hilary Bailey y Josephine Saxton, la canadiense Phyllis Gotlieb y las americanas Joanna Russ, Carol Emshwiller, Kit Reed, Sonya Dorman y Pamela Zoline. La mayor parte de sus narraciones, en vez de seguir con la «chatarra» tradicional de la ciencia ficción, se concentran en los efectos que sociedades o percepciones diferentes podrían tener sobre los individuos.

Una de las narraciones más interesantes publicadas por *New Worlds* en esta época es la de Pamela Zoline titulada *The Heat Death of the Universe* (1967). Escrita en un estilo fragmentado, la obra nos describe a un ama de casa californiana, Sarah Boyle. La decadencia entrópica del universo se convierte en una metáfora del estado de la mente de Sarah. Atrapada en un rol que la tecnología ha convertido en anticuado, Sarah se está derrumbando; su derrumbamiento queda subrayado por la acumulación de polvo en su casa, por su miedo a que el cereal azucarado del desayuno que sus

niños acostumbran a tomar pueda producir una forma virulenta de cáncer así como la caída de los dientes, por la caótica fiesta de cumpleaños que prepara para sus hijos y los amigos de éstos. El marido de Sarah es una figura oscura que nunca entra en escena, y ella no está segura de cuántos hijos tiene. La historia está contada al estilo de los relatos de «necias amas de casa» de la ciencia ficción de los años cincuenta, pero los problemas de Sarah Boyle no se resuelven de ninguna manera. Continúa derrumbándose lo mismo que el universo que la rodea.

La obra de Josephine Saxton, que comprende una novela, *Group Feast* (Doubleday, 1971), y diversos relatos, se basa con más frecuencia en la fantasía que en elementos explícitamente correspondientes a la ciencia ficción. Pero en *The Power of Time* (1971), escribe acerca de un ama de casa británica que gana un viaje a Nueva York, de su amor por un mohawk que conoce allí y de los sucesos de un lejano futuro en el que los descendientes de la mujer, con la ayuda de un jefe mohawk, utilizan el poder de una tecnología avanzada para trasladar la ciudad de Nueva York a las llanuras inglesas. Los mundos presente y futuro están hábilmente mezclados en esta narración. El amor del tiempo presente acaba tristemente; el traslado de Nueva York a Inglaterra termina en un desastre.

Anne McCaffrey es otra de las escritoras que logró fama en los años sesenta. Su obra descansa sobre unos elementos de la ciencia ficción más tradicionales, pero los personajes femeninos ocupan un lugar principal. Una de sus primeras novelas, *Restoree* (Ballantine, 1967), tiene como protagonista a una mujer y produjo una cierta controversia cuando fue publicada por primera vez, pues las protagonistas femeninas eran raras. Otras dos de sus novelas, que forman parte de una serie, *Dragonflight* (Ballantine, 1968) y *Dragonquest* (Ballantine, 1971), tratan de un distante planeta cuyos habitantes mantienen una unión telepática con unos seres semejantes a dragones que también habitan allí. Si existe un defecto en la obra de McCaffrey es que en algunos aspectos es extremadamente romántica y sentimental; pero en un género dominado por rudos protagonistas masculinos y científicos extremadamente intelectuales, este romanticismo ocasional significa un cambio que es de agradecer. Por el contrario, lo mejor de su obra es que nos describe el carácter de sus personajes de una forma convincente, lo cual viene a mezclarse con retratos realistas de alienígenas y de mundos futuros.

Kate Wilhelm utiliza también elementos tradicionales en su obra, pero pone con frecuencia en cuestión los presupuestos de la ciencia y la tecnología. En *The Planners* (1968), Darin, un científico que trabaja sobre las bases químicas de la memoria, comienza a tener dudas acerca de la ética de sus experimentos, que implica utilizar en ellos a convictos y a muchachos con diversas perturbaciones mentales. Darin no quiere admitirse a sí mismo esas dudas, y su mente comienza a externalizarlas en la forma de una joven, Rae, que critica la creencia de Darin de que está únicamente

interesado en aumentar el campo de los conocimientos. Esta compleja historia expone la tesis de que el conocimiento científico no puede ser considerado como algo independiente de cuestiones éticas. En un relato más largo, *Somerset Dreams* (1969), la investigación de los sueños se lleva a cabo en una ciudad habitada en su gran mayoría por viejos. Aquí Wilhelm escribe acerca del conflicto planteado entre una médico, sus obligaciones personales y sus responsabilidades para con sus ancianos padres. En *The Villave* (1973), Wilhelm describe una borrosa visión de la ciudad de Florida transformada en un My Lai por un grupo de soldados americanos. La historia es un vívido cuadro del sistema militar fuera de control y constituye una adecuada réplica a la glorificación de las virtudes militares tan frecuente en la ciencia ficción. Los personajes femeninos de Wilhelm aparecen a veces inmersos en su tradicional rol familiar, pero se trata de individuos complejos, totalmente diferentes en muchos casos de lo que piensan que han de ser los personajes masculinos que las rodean.

Joanna Russ es otro de los grandes talentos que comenzó a escribir en los años sesenta. Su obra se caracteriza por una prosa muy cuidada. Su primera novela, *Picnic on Paradise* (Ace, 1968), tiene como protagonista a Alyx, una joven de gran firmeza que de su época, en un pasado lejano, ha sido llevada al futuro y debe salvar a un grupo más bien frívolo de turistas en un planeta de vacaciones. Alyx fue también la protagonista de varios relatos cortos, entre los que se encuentran *The Barbarian* (1968) y *The Adventuress* (1967). La novelita de Russ *The Second Inquisition* (1969) gira en torno a una joven que recibe la visita de sus descendientes, que viajan a través del tiempo. En *And Chaos Died* (Ace, 1970), una compleja novela basada en el pensamiento taoísta, el héroe terrestre de Russ entra en contacto con una cultura dotada de capacidades parapsicológicas.

Ursula K. Le Guin, una de las escritoras contemporáneas de ciencia ficción más importantes, comenzó también escribiendo en la década de los sesenta. Es autora de varias novelas y relatos cortos. Entre los relatos destaca *Nine Lives* (1969). Trata de los diez miembros de un mismo cultivo, individuos producidos a partir del material genético de una persona, y que son gemelos idénticos a esa persona. Esos diez individuos están cuidadosa y cariñosamente descritos: cuando nueve de ellos mueren en un accidente producido en una mina, el décimo, acostumbrado a estar con personas idénticas a él, ha de esforzarse por adaptarse a vivir con los seres humanos más diferentes.

La obra de Le Guin *The Left Hand of Darkness*^[*] (Walker, 1969) está considerada como una de las mejores novelas del género. El narrador humano, un hombre llamado Genly Ai, es enviado como embajador a los gethenianos, habitantes del planeta Winter. Los gethenianos son neutros, pero están sujetos a una estación fértil que dura un mes, llamada kemmer. Cada getheniano busca un compañero; las secreciones hormonales convierten al getheniano en hembra o varón. Entonces el otro se

convierte en miembro del sexo opuesto y forman pareja. Ningún getheniano sabe qué sexo adoptará durante el kemmer.

Genly Ai, el terrestre, medita sobre las implicaciones de este desarrollo psicológico: la violación resulta imposible, ya que todas las relaciones sexuales han de ser por consentimiento mutuo. Puesto que los gethenianos son neutros la mayor parte del tiempo, el sexo no juega ningún papel en su vida cotidiana, excepto durante el kemmer, cuando todo queda subordinado a él. Pero dejemos que Le Guin hable por boca de Genly Ai:

Cualquiera puede convertirse en cualquier cosa. Esto suena muy sencillo, pero sus efectos psicológicos son incalculables. El hecho de que todos, entre los diecisiete y los treinta y cinco años, aproximadamente, sean capaces (como señaló Nim) de «quedar sujetos al embarazo», implica que nadie está aquí «tan sujeto» como lo están las mujeres en cualquier otro lugar..., física o psicológicamente. Las cargas y los privilegios están totalmente compartidos; todos tienen el mismo riesgo o elección. Por ello nadie está aquí tan libre como un varón libre en cualquier otro lugar.

La gente no se divide en fuertes y débiles, protectores/protegidos, dominantes/dominados, propietarios/objetos, activos/pasivos. De hecho, esa tendencia al dualismo que domina el pensamiento humano podría anularse, o cambiarse viviendo en Winter.

Lo que sigue debe incluirse en mis directrices finales: Cuando se conoce a un getheniano no puede, y no debe hacerse, lo que hace normalmente un bisexual, es decir, encasillarle en el papel de Hombre o de Mujer, mientras se adopta hacia él el rol correspondiente a las expectativas de pareja o de posibles interacciones entre personas del mismo sexo o del sexo opuesto.

Aquí se le respeta y se le juzga a uno solo como ser humano. Es una experiencia aterradora.^[9]

Genly Ai logra establecer una estrecha relación personal con uno de los habitantes de Winter, y al final de la novela llega a ver a su propia raza de humanos como unos alienígenas; dos especies diferentes, casi repelentes. Al describirnos a los habitantes de Winter, Le Guin logra darnos también una panorámica de la cultura humana^[10].

Los años setenta han visto las primeras obras publicadas de una nueva generación de escritoras de ciencia ficción; entre ellas, cabe destacar a Vonda N. McIntyre, Ruth Berman, Chelsea Quinn Yarbro, Raylyn Moore, Lisa Tuttle, Grania Davis, Joan Bernott, Suzette Hadin Elgin, Carol Qarr, Doris Piserchia, Lin Nielson, Maggie Nadler, Phyllis MacLennan, Suzy McKee Charnas y otras. Entre las escritoras

especializadas en relatos de fantasía están Phyllis Einsenstein, Katherine Kurtz (autora de *Deryni Rising*, 1970, *Deryni Checkmate*, 1972, y *High Deryni*, 1973, todos ellos publicados por Ballantine), Sanders Anne Laubenthal (autora de *Excalibur*, Ballantine, 1973) y Joy Chant (autora de *Red Moon and Black Mountain*, Ballantine, 1970). Algunas de estas mujeres, y otras que aparezcan en años venideros, pueden ser importantes en el campo de la ciencia ficción. Abrirán indudablemente una nueva perspectiva y aportarán nuevos temas a este género, y puede que lleguen a terminar con el tópico de que la ciencia ficción es sólo para hombres.

II

Puede resultarnos útil dar un repaso a la forma en que algunos escritores de ciencia ficción varones han tratado a las mujeres en sus obras. Un escritor y crítico sueco, Sam J. Lundwall, dice:

Los roles sexuales en la ciencia ficción son tan rígidos como el casco de una nave espacial; emancipación es una palabra desconocida.

Las palabras sagradas parecen ser: «¡Mujer, mantente en tu lugar!», y pese a que las mujeres suelen estar presentes en las naves espaciales, generalmente son tratadas como una especie de seres inferiores^[11].

No hay duda de que esto, en parte, tiene sus raíces en los orígenes de la ciencia ficción americana (en oposición a la más seria ciencia ficción del resto del mundo), destinada, por muchas que sean sus pretensiones científicas, a ser primordialmente un tipo de literatura de evasión para hombres y muchachos^[12]. La ciencia ficción proporciona un mundo en el que un hombre puede correr las mayores aventuras y lograr los mayores avances científicos y tecnológicos, libres de la interferencia de las mujeres. La ciencia ficción se convierte así en una especie de club cerrado donde los muchachos pueden reunirse lejos de las mujeres (o de los padres, o de todo tipo de cortapisas impuestas por la cultura, en general), que no son más que una molestia. Están a gusto en ese club, leyendo esas historias, afianzados en su dominio.

Las mujeres, atrapadas en sus limitados roles, poseen una función práctica para el escritor. En sus historias éste puede utilizar a un personaje femenino, joven o mujer, evidentemente ignorante, para explicarle la trama de ciertos planes o algún principio científico, y por extensión informar también así al lector. Las mujeres pueden servir igualmente como recompensa por algún hecho heroico, pueden ser rescatadas de los peligros, pueden a veces ser peligrosas (o taimadas) en el papel de enemigos, de

forma que el héroe tenga que derrotarlas, o pueden adornar las portadas de las revistas, en las que aparecen la mayoría de las veces vestidas con ropas insinuantes e increíblemente poco prácticas.

Pero la ciencia ficción ignoró a las mujeres antes de que Hugo Gernsback, el llamado padre de la ciencia ficción, fundara la revista *Amazing* en 1926. Las dos grandes figuras de la ciencia ficción del siglo XIX, Julio Verne y H. G. Wells, que tanto influyeron en los escritores posteriores de este género, prestaron escasa atención a las mujeres.

Mary Shelley, como ya hemos visto, sentó ya las primeras bases para desterrar las figuras femeninas de los papeles importantes. Julio Verne, en sus novelas entretenidas y llenas de aventuras, deja fuera de ellas por completo a los personajes femeninos, o todo lo más los encasilla en los papeles de mujeres en peligro destinadas a ser rescatadas por el héroe, o como amores de los protagonistas masculinos. Verne fue un autor enormemente popular en su tiempo, y las películas basadas en sus obras (*Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Viaje al centro de la Tierra*, *La vuelta al mundo en ochenta días* y otras) siguen entreteniéndonos aún hoy. Pero, lo que es más importante, su influencia está todavía presente en aquellas novelas de ciencia ficción que buscan más las aventuras que una seria exploración de las consecuencias sociales que tendrían los nuevos descubrimientos. Los personajes de Verne son hombres del siglo XIX, invariablemente interesados en excitantes aventuras, nuevos y extraños artefactos y en el descubrimiento de otros mundos. Los autores de hoy que siguen este ejemplo, presentan hombres del siglo XX de idénticas características y con idénticos roles sexuales. De vez en cuando se introduce una cierta variedad, haciendo que el héroe se vaya a la cama con una mujer, o con varias. Las «mujeres liberadas», en este contexto, son las que se acuestan con el héroe a poco o a nada que éste se lo pida.

H. G. Wells, que escribió la mayoría de sus narraciones de ciencia ficción en los últimos años del siglo XIX, puede ser considerado como el primer escritor del género que se enfrenta seriamente con el cambio. Interesado por los problemas sociales en general, Wells lo estuvo también en los derechos de las mujeres, entre otras cosas; pero su interés está ausente de la ciencia ficción que escribió. Sus protagonistas son hombres, y las mujeres que aparecen no actúan de modo diferente de lo que cabría esperar en aquella época. El interés de Wells por los problemas de las mujeres queda reflejado sólo en aquellas obras suyas que no son de ciencia ficción.

Wells es un clásico del género. Obras como *La máquina del tiempo*, *El hombre invisible* y *La guerra de los mundos* son los mejores ejemplos. Resulta interesante especular acerca de lo que hubiera sucedido en el género si Wells hubiera abordado el problema de la mujer^[13].

La mayor parte de los grandes escritores de ciencia ficción han mantenido lo que

podía denominarse, en el mejor de los casos, una actitud ambivalente hacia las mujeres. Un relato considerado como clásico del género, *Helen O'Loy*, de Lester del Rey (1938), describe la historia de un hombre que construye un robot hembra y lo programa para ser la esposa perfecta. Helen es un robot completamente dedicado a lograr el bienestar de su constructor, se dedica por entero a sus labores domésticas y acaba eligiendo la muerte junto con su inventor, pese a que su cuerpo metálico la hace virtualmente inmortal. Al final de la historia, el amigo del inventor lamenta el hecho de que sólo hubiera una Helen. El crítico de ciencia ficción Beverly Friend escribe:

Es otra disparatada afirmación de la mujer como mero apéndice del hombre. Una muñeca que habla y anda, que hace mejor las cosas siendo un androide que si fuera una verdadera mujer^[14].

Isaac Asimov, en sus historias robóticas publicadas durante los años cuarenta en *Astounding*, y que todavía se consideran de las mejores del género, creó un personaje femenino de gran peso: la doctora Susan Calvin. Susan Calvin es una experta en robots inteligente y extremadamente racional a la que se llama con frecuencia a lo largo de las historias para resolver los diversos problemas que se presentan. Pero es también un individuo que prefiere los robots a las personas, que no ha estado nunca casada, que es, en pocas palabras, un ser peculiar desde el punto de vista de la mayoría de la gente^[15]. Aunque Asimov demuestra una clara simpatía por Calvin y por su trabajo, el lector saca la conclusión de que Susan Calvin es una vieja frustrada que nunca se ha realizado plenamente. En la mayor parte de las restantes obras de Asimov las mujeres permanecen en sus roles tradicionales o trabajan mientras están solteras; el campo de la ciencia es predominantemente masculino. En su clásica novela de ciencia ficción y misterio *The Caves of Steel* (publicada por primera vez en la revista *Galaxy* en 1953), el héroe, Lije Bayley, es un detective en un Nueva York futuro que forma parte de un mundo superpoblado. La mujer de Bayley, Jessie, es un ama de casa que había trabajado antes de casarse como dietética en una de las cocinas comunales. En su última novela, *The Gods Themselves*^[*] (Doubleday, 1972), Asimov sostiene que los machos son racionales y las mujeres intuitivas. Aunque no les asigna valores especiales a esas funciones y parece considerar que ambas son necesarias, uno no tiene más remedio que preguntarse acerca del porqué de tal afirmación. Es interesante destacar, sin embargo, que las especies alienígenas que aparecen en su novela poseen tres sexos, y que el miembro de la tríada que cuida de los niños tiene atribuido el pronombre masculino.

Robert Heinlein, uno de los novelistas más populares de la ciencia ficción, representa un caso complejo. Las novelas de Heinlein están llenas de mujeres,

jóvenes y adultas, que pertenecen al ejército, pilotan naves espaciales, son ingenieros o doctores o muy versadas en matemáticas superiores. Ya en época tan temprana como es el año 1941, en un discurso pronunciado en una convención de ciencia ficción, Heinlein planteó lo valioso que resultaba utilizar el método científico para juzgar a la gente:

... no podría odiar a todas las mujeres. Nadie puede pasarse la vida odiando a las mujeres si utiliza el método científico, puesto que no le es posible conocerlas a todas..., ni tan siquiera a un porcentaje lo suficientemente elevado del grupo como para ser capaz de formarse una opinión acerca de lo que puede ser en su totalidad^[16].

Hizo también declaraciones en favor de los derechos de la mujer. En una reciente entrevista, Heinlein ha dicho:

Si desean saber mi opinión personal..., las mujeres no han sido invitadas a participar en el programa espacial porque las personas que establecen las reglas tienen prejuicios. Me gustaría ver algunas mujeres cualificadas entrar en la NASA amparadas en la Ley de Derechos Civiles de 1964. Ellas poseen los títulos suficientes para hacerlo; pagan la mitad de los impuestos; es tanto su programa como el nuestro. No alcanzo a comprender en nombre de qué la NASA no ha llegado a darse cuenta de que la mitad de la raza humana son mujeres^[17].

Sin embargo, muchos de los personajes femeninos de Heinlein actúan de una forma inexplicable si se supone que son personas muy bien dotadas. En *Tunnel in the Sky* (Scribner's, 1955), una novela entretenida y bien escrita para jóvenes, la hermana del protagonista es miembro del ejército, pero su único deseo, en realidad, es casarse con casi todos los hombres con los que se encuentra (en este mundo futuro las mujeres son mucho más numerosas que los hombres), establecer una familia y cuidar de sus niños. En *Citizen of the Galaxy* (Scribner's, 1957) el joven protagonista conoce a una chica que sabe muchísimas matemáticas, pero que finge no saber nada para mantener su interés. En *Podkayne of Mars* (Putnam's, 1963), una novela en la que la figura central es una adolescente, Heinlein la retrata como una especie de Dorys Day adolescente, coqueteando constantemente con los hombres, disimulando el hecho de ser muy brillante y utilizando sus artimañas «femeninas». Podkayne toma la decisión de que cuidar niños y hacerse pediatra es mucho más excitante que ser capitán de una nave espacial, su objetivo anterior. *Have Spacesuit, Will Travel* (Scribner's, 1958) nos presenta una protagonista que no es necia ni carece de

inteligencia, pero probablemente se debe a que es una niña y no ha sido todavía socialmente condicionada; *The Star Beast* (Scribner's, 1954) tiene como protagonista a una joven que se ha separado de sus padres y vive en una residencia para jóvenes.

Heinlein puede representar un avance con respecto a la mayor parte de la ciencia ficción anterior; al menos acepta el hecho de que las mujeres son capaces de realizar actos valerosos y de llevar a cabo una actividad intelectual. Pero parece mostrarse incómodo con las mujeres que no están subordinadas al menos hasta cierto punto a los hombres. No importa lo capaz, bien dotada o atrevida que ésta sea, el principal interés de una mujer es tener niños de un valeroso y robusto macho.

Heinlein nos presenta con frecuencia sociedades que poseen unas bases totalmente diferentes de las nuestras, pero en las que los roles sexuales no han variado. En *Podkayne of Mars*, por ejemplo, las mujeres tienen a sus hijos cuando son jóvenes; luego, los recién nacidos son congelados críonicamente. Cuando la madre y el padre han logrado alcanzar el punto culminante de sus carreras, los niños son «vuelto a la vida», y criados en el momento en que los padres tienen tiempo. Uno podría suponer que este estado de cosas, por sí solo, tendría que alterar la estructura de la familia, pero no es así, y las mujeres siguen siendo consideradas como las principales responsables del cuidado de los niños. En *The Moon Is a Harsh Mistress*^[*] (Putnam's, 1966) los habitantes de la Luna son los descendientes de una colonia de criminales exiliados de la Tierra. Heinlein especula sobre las diferentes formas de matrimonio que se producen en un mundo en el que el número de hombres es superior al de las mujeres, pero éstas siguen siendo, en general, las responsables de la vida doméstica.

Es bastante raro que cuando el sexo comienza a ser una parte más aceptable de la ciencia ficción en la década de los sesenta (aunque todavía permanece fuera de los límites de aceptación de ciertos lectores y revistas), este hecho apenas ayude a Heinlein a variar o mejorar a sus personajes femeninos. En *Stranger in a Strange Land* (Putnam's, 1961), una novela de Heinlein enormemente popular que se ha reeditado varias veces, los personajes femeninos han vuelto a ser únicamente bellos objetos sexuales. *I Will Fear No Evil* (Putnam's, 1970) tiene una protagonista muy tonta cuyo cuerpo es utilizado para acoger el cerebro de un hombre viejo que se está muriendo. De hecho, los personajes femeninos de Heinlein parecen haberse vuelto más unidimensionales en sus últimas obras. El hecho de utilizar el sexo en la ciencia ficción, como ha sucedido con otros muchos escritores, parece haber significado para Heinlein una sola cosa: el papel de la mujer como objeto sexual puede añadirse a los tradicionales de ama de casa, cuidadora de la prole, damisela en apuros e hija del científico^[18].

En otros relatos y novelas vemos un mundo en el que las máquinas se ocupan de la mayoría de las tareas domésticas comúnmente realizadas por las mujeres. En *With*

Folded Hands (1954), de Jack Williamson, un relato acerca de las consecuencias de hacer de las máquinas los guardianes de la humanidad, los robots hacen los trabajos de la casa e incluso pueden cuidar de los niños. Sin embargo, la mujer del protagonista no hace nada fuera de la casa. Esto resulta lógico al final del relato, puesto que los robots hacen todos los trabajos de los hombres en general, pero al principio de la historia no era así. En *The Age of the Pussyfoot*, de Frederick Pohl (Ballantine, 1969), vemos un mundo futuro en el que la muerte ha sido vencida, las tareas pesadas están automatizadas y las personas utilizan computadoras personales para sus decisiones cotidianas. Joanna Russ comenta:

Pero si se observa con atención este mágico mundo, uno se encuentra con que continúa el «laissez faire» capitalista, sólo que mucho más libre que el actual; que los hombres ganan más dinero que las mujeres; que los hombres tienen mejores trabajos; y que los niños son cuidados en casa y por sus madres^[19].

Con frecuencia, el tratamiento de las mujeres en la ciencia ficción se racionaliza situando la historia en un planeta lejano donde los personajes han ido a establecer colonias o donde han naufragado. Las narraciones de gente que coloniza planetas o que aterriza accidentalmente en ellos constituyen un tema popular de la ciencia ficción por razones obvias. El lugar extraño, con sus desconocidas flora y fauna y sus peligros imprevisibles, proporcionan una buena lectura de evasión. Lleva al autor, hombre o mujer, a utilizar su imaginación en la creación de un mundo ajeno. En el mejor de los casos, una historia de estas características puede facilitar también una amplia exploración de los problemas implicados en la confrontación de un mundo diferente y los recursos que los humanos han de utilizar para enfrentarse con el nuevo planeta.

Desafortunadamente, gran parte de este tipo de ciencia ficción asigna a las mujeres los papeles tradicionales de cuidar de los niños y de la casa, sobre la base de que la tarea primordial de unos colonos es la de procrear. Normalmente, las mujeres están de acuerdo con esta necesidad. Este tipo de ciencia ficción presenta un problema. Nuestros roles son, después de todo, dictados frecuentemente por el entorno en que nos encontramos. Así, resulta sorprendente que los colonos no experimenten más con las estructuras sociales y que esas mujeres rebeldes atrapadas en las limitaciones de ciertos roles no sean tratadas con más simpatía^[20]. Ocasionalmente, los colonos abandonan la monogamia, sobre las bases de que la sociedad futura será más sana haciendo las mayores combinaciones genéticas posibles. Esto puede ser perfectamente cierto, pero sigue manteniendo a la mujer en la posición de yegua de cría.

Una se pregunta por qué razón las mujeres abandonarían la Tierra para realizar esos roles restrictivos. El hecho es que normalmente sus vidas, en la Tierra, están igual, cuando no más, delimitadas. La Tierra que dejan detrás es decadente, totalitaria, superpoblada, dura y muchas cosas más. A veces hay escasez de «maridos» y se acepta con toda normalidad que el principal deseo de las mujeres sea el de encontrar uno. En otras novelas, la Tierra, a consecuencia de una guerra o algún otro desastre, se ha convertido en inhabitable. De vez en cuando, las mujeres se limitan a seguir a sus hombres. Poul Anderson, un dotado y prolífico autor de ciencia ficción, describe a una mujer en esta situación en su novela *Orbit Unlimited*:

Ella aún no le había preguntado de qué se trataba (se refiere a un plan que acababa de mencionar uno de los personajes). Pero eso era algo normal en ella. Como la mayoría de las mujeres, mantenía su atención sobre las cosas humanas y dejaba las abstracciones para su marido. Él solía pensar que su mujer había ido a Rustum menos por sus propias convicciones que por él^[21].

Frecuentemente, las razones para la colonización de nuevos mundos descansan en una afirmación no muy diferente a la noción popular del siglo XIX del «destino manifiesto». La humanidad debe poseer nuevas fronteras si quiere sobrevivir y prosperar; la naturaleza nos ha hecho extremadamente fértiles y no han de contrariarse sus objetivos; por ello, debemos encontrar nuevos mundos y poblarlos. Esas afirmaciones ya habían sido puestas en cuestión por escritores de ciencia ficción en el pasado, y aun ahora siguen siendo cuestionadas.

Pero las viejas creencias culturales nos dicen mucho acerca de cómo han sido consideradas las mujeres en la ciencia ficción. El hombre es presentado como el ser agresivo que dirige y alienta las exploraciones. Las mujeres los siguen, como satélites a su sombra, y rarísimamente comienzan una acción por iniciativa propia. Han de existir otras alternativas. No necesitamos arruinar la Tierra hasta el punto de que nos veamos obligados a abandonarla. No hemos de considerar nuestros los otros mundos por el hecho de que seamos más fuertes que sus habitantes. Es posible que lleguemos, hombres y mujeres, a explorar juntos otros mundos y tal vez podamos aprender más sobre ellos y sobre nosotros mismos.

III

Pese al hecho de que las mujeres hayan sido ignoradas o relegadas a los roles

tradicionales en la mayor parte de la producción literaria de ciencia ficción, existe una pequeña rama del género que trata especialmente de la mujer. Sam Moskowitz escribe:

... hay un tema que echa alguna luz sobre la cuestión de la mujer que, desde sus comienzos, ha sido considerado como una provincia legítima de la ciencia ficción. Me refiero a la extrapolación del tema de la mujer dominante: las hembras completamente independientes de los hombres o que los gobiernan^[22].

Entre las obras que cita Moskowitz como ejemplos de este género están *The Coming Race*, de Edward Bulwer-Lytton (1874); *Mizora*, de Mary E. Lane (escrito bajo el seudónimo de Princesa Vera Zaravitch), publicado en 1890, y *The Revolt of the...*, de Robert Barr (1894).

La mayor parte de esas obras nos hablan de matriarcados; pero son más un reflejo de los miedos o las esperanzas de sus autores que serias extrapolaciones. Muchos de ellos, lo que hacen es, simplemente, invertir los roles (los hombres se ocupan de las tareas domésticas y las mujeres detentan el poder), o describen estados del futuro en los que las mujeres son mucho más bárbaras de lo que han sido los hombres en circunstancias similares (matan a los niños varones; capturan o mantienen a unos pocos hombres para que les proporcionen alimentos). A veces las narraciones terminan en una batalla; algunas de las mujeres supervivientes deciden emparejarse con los hombres y comenzar un ciclo más «natural».

El tema de las mujeres dominantes está presente también en algunas obras de ciencia ficción de este siglo. En el relato de John Wyndham *Consider Her Ways* (1956), una mujer del siglo veinte visita el futuro y encuentra un matriarcado; los hombres se han extinguido. Esta sociedad futura es como la de las hormigas. La idea de que una sociedad de mujeres ha de ser estática y muy similar a la de los insectos es, entre otras, una de las que sostiene Wyndham, pese a incluir, paradójicamente, algunos pasajes en los que condena el rol que se les asigna a las mujeres en el siglo XX.

En la novela para jóvenes *The Day of the Drones* (Nueva York, Norton, 1969), de la escritora A. M. Lightner, una expedición procedente de África hace un viaje a Inglaterra quinientos años después de haberse producido una guerra atómica. Los miembros de la expedición creen que solamente han sobrevivido al desastre los africanos negros, pero en Inglaterra se encuentran con una sociedad dominada por mujeres, a imagen y semejanza de las sociedades de insectos. Los africanos, que proceden de una sociedad en la que hombres y mujeres son tratados por igual, quedan horrorizados ante la crueldad de la sociedad que se ha formado en Inglaterra. Pero los

africanos se dan cuenta también de que su propia sociedad, rígidamente estratificada y llena de prejuicios contra aquéllos que tienen la piel más clara, posee igualmente tendencias crueles. En su novela, Lightner utiliza la sociedad en la que dominan las mujeres para llamar la atención del lector sobre el hecho de que las sociedades dominadas por los machos son igualmente crueles. También proporciona una razón lógica al desarrollo del matriarcado. La vida de los insectos es la única forma de vida animal que ha podido sobrevivir en las islas británicas; los supervivientes humanos establecieron su sociedad inspirada en ese modelo de vida.

Parte de los autores de ciencia ficción y fantasía prefieren manejar la posibilidad de que las mujeres ya hayan dominado el mundo de cierta forma, disfrazando su dominación con una máscara de sumisión. Un ejemplo brillante de este tipo de narración nos lo ofrece *Conjure Wife*, de Fritz Leiber (publicada por primera vez en 1943, y reeditada en *Witches Three*, Twayne, 1952), en la que las mujeres son, en efecto, brujas que protegen y dirigen las vidas de sus hombres por medio de encantamientos. El marido de la protagonista se muestra escéptico ante las «supersticiones» de su mujer y la obliga a despojarse de sus encantamientos y amuletos, sin darse cuenta de que ella le ha estado protegiendo todo el tiempo. La novela se desarrolla en una pequeña universidad de Nueva Inglaterra, y las directrices interdepartamentales de las facultades están descritas con gran realismo.

Una variación sobre este tema puede encontrarse en *The Misogynist*, de James Gunn (1952). La narración propone la idea de que las mujeres son unas alienígenas, procedentes de otros mundos. Uno de los personajes masculinos cita como evidencia para probar los «hechos» el que las esposas puedan encontrar con facilidad cosas que sus maridos colocan en lugares diferentes a los habituales, que las mujeres llenan las casas con toda clase de objetos inútiles, que sus procesos mentales son ajenos a los de los hombres, que tienen los pies fríos por la noche en la cama y que no se interesan por los deportes, los temas intelectuales y otras cosas por el estilo. Esas mujeres «alienígenas» son de hecho quienes controlan todas las cosas. Son consideradas como unos parásitos con pocas capacidades propias, a excepción de un especial talento para vivir a costa de los hombres, trabajadores, creadores y emprendedores. Esta historia ambivalente parece haber pulsado una cuerda muy profunda en los lectores. Ha sido muchas veces reeditada, y la última, en 1974.

Poul Anderson, en *Virgin Planet* (Bouregy & Co., 1959), sitúa su historia satírica en un mundo extraño en el que sólo han sobrevivido las mujeres descendientes de los miembros de una colonia terrestre. Aterrizza allí un hombre y encuentra que esas mujeres sienten una gran curiosidad por su pene. Las mujeres habían estado rezando para que un grupo de hombres fuera a su encuentro.

Un tratamiento más serio de este tema es el que aparece en *The Disappearance*, de Philip Wylie (Holt, Binehart, 1951), en el que cada uno de los sexos desaparece

misteriosamente y tanto los hombres como las mujeres se encuentran en un mundo poblado totalmente por personas de su propio sexo. Pasan cuatro años antes de que las mujeres y los hombres se reúnan de nuevo; durante ese tiempo, cada uno de los sexos comienza por su parte a analizar los mezclados sentimientos que han tenido para con el otro. Uno de los personajes, Paula Gaunt, dice:

Te envían a la escuela y te hacen trabajar y te dicen que las buenas notas lo significan todo... Luego vas a la universidad. Estudias. Vas ascendiendo grados. Te casas. Y entonces... ¿qué? Has de aprender un montón de cosas nuevas acerca de cómo llevar una casa y de cómo cuidar a los niños...

Se nos dijo siempre que éramos iguales..., y siempre nos han impedido comportarnos igual. Nos impulsaban a creer que éramos independientes..., y luego nos obligaban a la dependencia^[23].

El marido de Paula, Bill Gaunt, también tiene tiempo en su mundo masculino de pensar un poco:

Al degradar a la mujer, el hombre se ha degradado a sí mismo. Su caballerosidad, su reverencia por la maternidad, no son más que pretextos para esconder sus viles convicciones. ¿Qué habríamos pensado nosotros de cualquier animal que mantuviera por su compañera una secreta repulsión? ¿Qué sentimos sobre la araña, que copula y luego devora a su compañero? ¡Pues lo mismo podría decirse de la humanidad!^[24].

Cuando los dos sexos llegan a reunirse de nuevo, hay una cierta esperanza de que la humanidad no vuelva a repetir los errores del pasado.

Durante 1972 aparecieron dos ejemplos más del tema de mujer dominante: *Regiment of Women*, de Thomas Berger (Simon & Schuster) y *When It Changed*, de Joanna Russ. La novela de Berger es otra historia de inversión de roles. Aunque presenta algunos aciertos acerca de la estupidez de estereotipar los roles sexuales (por ejemplo, el fútbol es considerado como un deporte peligroso para los hombres, porque les es difícil proteger sus genitales), es, básicamente, una reedición de los viejos presupuestos.

La narración de Russ marca el comienzo de una nueva forma de tratar el tema de la mujer dominante. Sus personajes femeninos, descendientes de una colonia terrestre establecida sobre un planeta llamado Whileaway, están descritos como seres normales, sensibles y agradables en vez de como guerreras y superamazonas, bárbaras o semejantes a las hormigas. Las mujeres han sido capaces, con la ayuda de su bagaje científico, de procrear partenogenéticamente; todos los hombres habían

muerto poco después de la llegada de la expedición.

Las descendientes de la expedición vivían en un tipo de sociedad en el que cada una hacía lo que mejor le convenía, sin ningún tipo de rol impuesto. Se formaron relaciones lesbianas y esta cultura había sido viable. Cuando llegan otros hombres de la Tierra, a esas mujeres les parecen alienígenas. La hija de uno de los personajes femeninos expresa su divertida extrañeza ante la noción de que alguna pudiera desear sexualmente a un hombre. Los hombres, que profesan la creencia de la igualdad de la mujer, se sorprenden de que las mujeres hayan sobrevivido y en seguida comienzan a adoptar actitudes «protectoras» y «caballerosas» hacia ellas.

When It Changed ganó el Premio Nebula, concedido anualmente por los miembros de la Science Fiction Writers of America. Sin embargo, fue también duramente criticado en algunas publicaciones de ciencia ficción. Resulta un tanto sorprendente que los lectores pudieran sentirse amenazados por una historia en la que mujeres agradables y bien dotadas puedan vivir prescindiendo de los hombres, cuando existe una tan enorme abundancia de ciencia ficción en la que hombres agradables y bien dotados pueden vivir prescindiendo de las mujeres.

El tema de las mujeres dominantes en la ciencia ficción es realmente interesante, pero nunca ha jugado un papel importante en el género. Ha tendido, consciente o inconscientemente, a reflejar la creencia de que los sexos están en guerra permanente entre sí y de que la paz sólo puede llegar mediante el dominio de uno de los sexos sobre el otro. Con frecuencia ha servido más como medio propagandístico que como auténtica extrapolación. La idea de que los sexos pueden vivir y trabajar juntos armoniosamente, con plena igualdad, ha sido raramente considerada, cuando no directamente cuestionada.

IV

Es una idea popular la de que los avances tecnológicos se han sucedido con tal rapidez que parecen haber superado nuestra capacidad de controlarlos. Pese a ciertos cambios en nuestras costumbres, en los sistemas éticos y en las estructuras sociales, estamos todavía viviendo en gran manera de una forma que no toma en cuenta nuestros utensilios tecnológicos o que permite que la tecnología nos oprima, decidiendo las cosas por nosotros como en el pasado hacía la naturaleza.

Hemos llegado a uno de los períodos cruciales de la historia en el que las decisiones que tomemos (o las que dejemos de tomar) tendrán unas consecuencias drásticas. Podemos vernos obligados inadvertidamente a volver a las antiguas formas de vida y a los anteriores roles si entran en crisis los complejos sistemas ecológicos y tecnológicos. Las opciones para las mujeres y, por lo tanto, para todos los seres

humanos, pueden entonces verse disminuidas. Podemos continuar desarrollando nuestra tecnología de una forma implanificada, con consecuencias imprevistas que no podrán ser remediadas o reparadas fácilmente. Esta situación va a acentuarse si no comenzamos a considerar cuáles son nuestros objetivos, nuestras prioridades, y cuáles son los desarrollos científicos, presentes o previsibles, que pueden ayudarnos a conseguirlos.

No nos servirá de nada rechazar la tecnología y la investigación científica. Pero resulta fácil comprender por qué es éste el sendero que desean recorrer algunos; y más fácil aún comprender por qué son las mujeres en particular las que pueden ver con alarma el desarrollo tecnológico. Las mujeres no han tenido ni voz ni voto a la hora de decidir de qué forma habían de ser utilizadas la ciencia y la tecnología; y siempre han tenido muy poco que ver con la investigación y con el desarrollo de nuevas técnicas. Pueden considerar que la tecnología es uno de los utensilios de dominio del macho, y la investigación científica una sustractora de fondos que podrían emplearse mejor. Pero éste es un punto de vista erróneo. La ciencia, después de todo, no es más que un utensilio. No posee valores, excepto uno: el imperativo de aprender tantas cosas sobre el universo como nos sea posible. La ciencia y su asistente, la tecnología, sólo pueden enseñarnos lo que es posible, lo que se conoce y lo que falta por conocerse. Plantean preguntas. A nosotros nos toca decidir cómo utilizarlas en función de conseguir esos aspectos de la vida humana que hayamos considerado que son valiosos y necesarios.

Norman Mailer, en *The Prisoner of Sex*, ha escrito:

... si las anteriores revoluciones fueron un intento de los explotados de definirse como hombres, y los intentos actuales (puesto que el poder es ahora tecnológico) se dirigen a dominar las técnicas, entonces la revolución femenina, la Women's Liberation, será una tendencia a tecnologizar a las mujeres...

... la tecnología, al extender el poder del hombre sobre la naturaleza, le reduce ante las mujeres...

Realmente, en una época tecnológica en la que la tendencia histórica es homogeneizar los esquemas trabajo-y-ocio de hombres y mujeres (porque ello hace más fácil programar la máquina social del mundo), llegará un momento en que se será virtualmente libre de los condicionamientos culturales, y entonces varones y hembras pueden dejar virtualmente de existir^[25].

... existe una tecnología que intenta manipular los genes... La gestación extrauterina, que él creía en su inocencia que se trataba del final del camino, era únicamente el camino que llevaba al teatro donde intentaban corregir al Señor; si, la tecnología genética «puede ser utilizada en un futuro para crear

toda una nueva camada de hombres..., hombres capaces de cambiar el sexo después del nacimiento, y de cambiarlo repetidas veces»^[26].

Hay algo de verdad en las afirmaciones de Mailer. Pero hay también un miedo casi morboso hacia la tecnología, mezclado con los puntos de vista metafísicos e idiosincrásicos de Mailer. La tecnología ha alterado nuestros modelos de vida y promete seguir haciéndolo en el futuro. Los avances médicos y agrícolas en particular han dado lugar a una situación de superpoblación mundial, haciendo por ello que la maternidad, antes ocupación primordial de las mujeres, sea ahora algo no sólo innecesario hasta un cierto punto, sino socialmente irresponsable cuando no se ha deseado o se ha producido con exceso. Debemos empezar a considerar no solamente los usos adecuados y constructivos de la ciencia y la tecnología, sino también nuevos modos sociales. El astrónomo y exobiólogo Carl Sagan escribe:

Deberíamos fomentar la experimentación social, económica y política a escala masiva en todos los países. Y sin embargo, parece que lo que está ocurriendo es todo lo contrario...

No debería sorprendernos... que las comunidades experimentales fallen. Sólo ha tenido éxito una pequeña fracción de las mutaciones. Pero la ventaja que tienen las mutaciones sociales sobre las biológicas es que los individuos aprenden; los participantes de un experimento comunal fracasado son capaces de averiguar las razones del fracaso y pueden participar en experimentos posteriores intentando evitar las consecuencias del fallo inicial.

Y no solamente debería haber una aprobación popular para tales pruebas, sino que el gobierno debería apoyarlas oficialmente. Los voluntarios de tales experimentos de utopías —para el beneficio de la sociedad como un todo— serán, así lo espero, hombres y mujeres de valor ejemplar. Estarán abriendo horizontes para el futuro^[27].

Tales comunidades experimentales ofrecen muchas posibilidades a las mujeres, y ya hay algunas que están viviendo en ellas. Ayudados por los útiles que la ciencia proporciona, esos experimentos pueden abrir el camino a nuevas experiencias en las que participe todo el pueblo.

Pero ¿cuál es el papel de la ciencia ficción en tales exploraciones? La ciencia ficción puede ser considerada como una parte de la investigación futuroológica. Las instituciones futuroológicas y los futurólogos unidos a las instituciones educativas están activamente comprometidos en la elaboración del futuro. Buscan tendencias sociales, desarrollos tecnológicos posibles y probables y sus usos, y en algunos casos influyen en el presente y en el futuro por el tipo de información que proporcionan a

los grupos y las empresas que utilizan sus servicios^[28]. Individuos especializados en disciplinas diversas, tales como urbanismo, sociología, derecho e ingeniería, entre otras, están explorando posibles desarrollos futuros en sus respectivos campos. Periodistas y científicos investigan el futuro en obras especulativas escritas para el público en general^[29].

La ciencia ficción puede presentar ideas especulativas de una forma en que no pueden hacerlo las obras científicas. Puede mostrarnos el futuro en la forma que lo viven sus habitantes. Puede mostrarnos cómo afectarían a los individuos y a sus costumbres los diferentes desarrollos, los problemas que pueden surgir, y cómo se puede sentir el futuro. Puede también ayudarnos a poner en cuestión nuestras ideas y afirmaciones al ofrecernos una perspectiva diferente.

Todas las mujeres, y en general todas las personas, deberían intentar familiarizarse con esas exploraciones futuroológicas. Estar al corriente de los avances científicos y sus posibles resultados es importante si hemos de tomar decisiones válidas sobre el futuro de nuestra sociedad. Ya no podemos pensar en términos de qué es lo que pasará en los próximos diez años, ni tan siquiera durante nuestra vida. El mundo está cambiando con demasiada rapidez. Debemos examinar nuestros valores en el contexto de esos cambios. La gente que considera que no está dotada para el pensamiento científico o las disciplinas intelectuales (y la mayoría de tales creencias son equívocos culturalmente inducidos) pueden, y deben, tomar parte en tales exploraciones. La ciencia, después de todo, comienza con preguntas y deseo de aprender. Y ésa es una cualidad compartida por todos, no sólo por los «intelectualmente dotados» o «educados». Y si las mujeres no quieren que los hombres hagan el futuro para ellas, han de ocuparse de esos problemas. La ciencia ficción puede ser un utensilio para ello.

La ciencia ficción abre la mente. Incluso la peor ciencia ficción, con sus aventuras de viejo corte y sus personajes estereotipados, puede a veces servir a este propósito. Gran parte está mal escrita, sus protagonistas están estereotipados, héroes, heroínas y villanos. Pero eso también ofrece al lector cierta comprensión de la inmensidad de nuestro universo. En esas novelas, los alienígenas, cuyas formas de pensar son completamente diferentes de las nuestras, pueden ofrecer al lector una comprensión de lo que puede suponer tratar con seres inteligentes que no poseen nuestras preconcepciones.

Además, la ciencia ficción puede proporcionar también una experiencia literaria nueva y diferente. Este hecho ha quedado oscurecido con frecuencia por los desastrosos orígenes del género en los Estados Unidos. Aun hoy, gran parte de la ciencia ficción, influida todavía por esos orígenes, parece ser primordialmente una aventura escapista, saturada de fantasías de orientación machista. Pero escritores como Gene Wolfe, Robert Silverberg, Ursula K. Le Guin, Stanislaw Lem, Carol

Emshwiller, Thomas M. Disch, Kate Wilhelm, Barry Malzberg y R. A. Lafferty, entre otros, han logrado calidad literaria y una profunda exploración de ideas en su ciencia ficción. Escritores más recientes, como George R. R. Martin, Vonda N. McIntyre, James Tiptree Jr., Gardner R. Dozois, Jack Dann, Chelsea Quinn Yarbro, George Alec Effinger, Doris Piserchia, Joe W. Haldeman, Joan D. Vinge, George Zebrowski, Gregory Benford y Edward Bryant son grandes promesas que pueden llegar muy alto, tanto en calidad literaria como en ideas originales.

La ciencia ficción puede ofrecer a las mujeres escenarios posibles para su propio desarrollo futuro. Otro tipo de literatura puede mostrarnos mujeres prisioneras de actitudes que van en su contra, o intentar demostrarnos que su mejor situación es la que disfrutaban en el presente o disfrutaron en el pasado. La rama de literatura popular escrita explícitamente para mujeres, la «novela gótica», la limita a roles principalmente pasivos y de víctimas. *Sólo la ciencia ficción y la literatura fantástica pueden mostrarnos mujeres en ambientes totalmente nuevos o extraños. Puede aventurar lo que podemos llegar a ser cuando las restricciones presentes que pesan sobre nuestras vidas se desvanezcan, o mostrarnos nuevos problemas y nuevas limitaciones que puedan surgir.* Puede mostrarnos a una mujer brillante como algo normal, mientras que el resto de la literatura nos la presentaba como totalmente excepcional. ¿Nos convertiremos en seres muy parecidos a los hombres, o idénticos a ellos, con todos sus defectos y virtudes, o aportaremos nuevos intereses y valores a la sociedad, cambiando tal vez a los hombres en este proceso? ¿Cómo pueden afectarnos los adelantos en el campo de la biología, el mayor control que podremos tener sobre nuestros cuerpos? ¿Qué es lo que sucedería si las mujeres en el futuro retrocedieran a una posición en la que se reafirmara el poder del macho? ¿Y qué pasaría realmente si las dominantes fueran las mujeres? ¿En qué manera pueden afectar los futuros sistemas económicos nuestros roles sociales? Estas son solamente algunas de las preguntas que pueden intentar responder en el terreno literario los escritores de ciencia ficción. Incluso las novelas de aventuras sin pretensiones pueden explorar estos caminos en la forma en que hagan uso de sus personajes femeninos, masculinos y de los alienígenas.

Podría escribirse todo un ensayo sobre las obras innovadoras de ciencia ficción que tratan del problema de la mujer. La igualdad sexual es un ideal en la serie «Lensmen» de E. E. Smith, publicada durante las décadas de los treinta y los cuarenta. Un inolvidable personaje femenino destaca en la novela de Stanley Weinbaum *The Black Flame* (Fantasy Press, 1948). A. E. van Vogt ha descrito mujeres impresionantes, casi aterradoras, entre las que destaca notablemente la emperatriz Innelda en las historias de la serie «Los fabricantes de armas». Philip K. Dick ha incluido muchos personajes femeninos importantes en sus obras, entre los que podemos destacar a la profesora de judo Juliana Frink (en *El hombre en el*

castillo) y a Ella Runciter, cuyo marido depende de ella para tomar decisiones en sus negocios (en *Ubik*, Doubleday, 1969). Creo que las mujeres pueden jugar un papel importante en las futuras obras de ciencia ficción extranjeras; uno de los ejemplos más obvios es la *Andrómeda* de Iván Efremov (Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1959).

Por otro lado, la ciencia ficción puede considerarse superior a la cultura actual en sus actitudes hacia los derechos humanos, pese a las crueldades que pueden encontrarse en el género. Hay un conjunto de buenas obras de autores masculinos que muestran actitudes sanas y a veces innovadoras. Así vemos cómo la cultura en general afecta y deforma la literatura, de la misma manera que la estrechez de visión deformó la ciencia ficción. Si nos limitamos a considerar lo mejor de los géneros que no son ciencia ficción, el efecto sería menos evidente; pero se haría más visible si echáramos una ojeada a un porcentaje más amplio de obras menores y tópicas que conforman lo que denominamos un género. Sin embargo, me he esforzado más en señalar las lagunas que las virtudes.

Las novelas de ciencia ficción para adolescentes y para niños pueden también ofrecer modelos para los lectores más jóvenes. Esto ha sucedido con bastante frecuencia en el pasado con los muchachos, como ya señalé antes. No hay razón para que no suceda lo mismo también con las chicas. Las novelas para jóvenes de Andre Norton, Ursula K. Le Guin, A. M. Lightner y Robert Heinlein (quien, pese a los defectos de algunos de sus personajes femeninos, posee un gran talento para escribir historias llenas de detalles reales) pueden, como toda buena literatura para chicos, divertir también a los adultos.

Habría que señalar que gran parte de la auténtica obra renovadora en ciencia ficción está aún por hacerse. Existen, no obstante, señales de que las cosas están cambiando. Ello es debido en parte a que cada vez es mayor el número de escritoras del género, y al cambio de puntos de vista de los escritores masculinos. Un bien conocido autor y editor, Harlam Ellison, ha dicho:

... las mujeres están escribiendo muchas de las cosas que los escritores varones de ciencia ficción nunca pensaron que llegarían a escribirse; nos están abriendo amplias y nuevas áreas; nos están obligando a examinar dogmas y tópicos que pensábamos eran inmutables. Uno de ellos es el poderoso guerrero viajero. Personas como Ursula Le Guin, Joanna Russ, Kate Wilhelm y Doris Piserchia están haciendo que esto parezca profundamente ridículo^[30].

Pero los cambios reales en el género dependen también de la actitud de los lectores. Gran parte de la ciencia ficción es un tipo de literatura popular, y en gran

medida seguirá siéndolo. Debe satisfacer y entretener a sus lectores. Ello no significa, sin embargo, que deba ser un tipo de literatura sin sentido o meramente de evasión. (Tampoco es cierto que las obras serias no sean entretenidas. Varias de las mejores y más serias obras de ciencia ficción son también las más entretenidas.) Si comienza a haber más mujeres que se interesen por la ciencia ficción y en las ideas científicas y futuroológicas que implica, los editores tendrán interés en publicar y los escritores en escribir novelas que exploren tales ideas desde diferentes perspectivas. Si, por el contrario, editores y escritores sacan más provecho de los viejos estereotipos y tienen pocas razones para creer que los lectores desean otra cosa, las mujeres seguirán siendo personajes de segunda categoría, y los roles familiares y los prejuicios en general formarán parte de esta literatura. Sólo los escritores y editores más comprometidos correrán el riesgo de escribir y publicar obras más interesantes.

Nos corresponde a nosotros, tanto a los escritores como a los lectores, comenzar a explorar lo no familiar, interesarnos por la ciencia y la futurología y ofrecer un pensamiento serio de lo que somos y de lo que nos gustaría ser.

Unas breves palabras acerca de esta antología: mi principal interés era ofrecer una serie de narraciones de ciencia ficción entretenidas, que invitasen a la meditación y que estuvieran bien realizadas, escritas por mujeres, y en las cuales los personajes femeninos interpretaran los papeles importantes. El número de narraciones que podía incluir era necesariamente limitado, en parte por consideraciones de espacio y en parte por mis propias limitaciones en relación con el tipo de relato que deseaba para el libro. Podía haber elegido otras, igualmente buenas, pero algunas eran demasiado extensas y otras demasiado similares a las que ya había decidido incluir. He intentado ofrecer al lector tantos tipos diferentes de relatos como pudiera. El lector que no esté familiarizado con la ciencia ficción obtendrá algunos conocimientos sobre los diferentes tipos de relatos que presenta el género y las ideas que se analizan en ellos. El que sí lo esté reconocerá en estas páginas a algunos viejos amigos, y puede que llegue a considerar la ciencia ficción y sus ideas desde otra perspectiva.

PAMELA SARGENT

LA NIÑA SUEÑA

(The Child Dreams)

Sonya Dorman

La niña sueña que su sueño
es más rápido que la luz, porque
le hemos prometido que así es como la muerte
vendrá a llevársela. Reina del cielo,
volará en sueños con su propio impulso,
y sueña con cohetes tan grandes
que sobresalen por encima de los océanos.

Remonta el vuelo a través del universo,
dejando los riscos de donde pende su familia;
no será Andrómeda,
encadenada a una roca hasta que el príncipe
llegue, sino que vuela por su propio impulso
lejos de nuestras sofocantes cocinas.

El príncipe es una ficción
de nuestras aburridas leyendas: es
la gravedad de la que su nave de sueños
puede escapar. Vestida
de rojo cambio, ella es
un mundo por delante de su lastre.

SÓLO UNA MADRE

(That Only a Mother)

Judith Merrill

Judith Merrill nació en Nueva York, hija de un dramaturgo y crítico de teatro hebreo. Ha escrito novelas de aventuras, westerns y de intriga, pero su fama se la proporcionaron narraciones y ediciones de ciencia ficción. Entre sus novelas están Shadow on the Hearth (Doubleday), The Tomorrow People (Pyramid), Mars Child (Abelard) y Gunner Cade (Simón & Schuster), las dos últimas escritas junto con C. M. Kornbluth bajo el seudónimo conjunto de Cyril Judd. Sus colecciones de relatos incluyen Out of Bounds (Pyramid), The Daughters of Earth (Dell) y Survival Ship and Other Stories (Kakabeka).

Como editora, la influencia que Merrill ha tenido en este género ha sido de gran importancia. A lo largo de los últimos años de la década de los cincuenta y los primeros de la de los sesenta, editó colecciones anuales de los mejores relatos de ciencia ficción del año, además de antologías como Beyond the Barriers of Space and Time (Random House) y England Swings SF (Doubleday). Fue una de las responsables de que la atención de los lectores americanos se dirigiera hacia la ciencia ficción británica, que durante los primeros años de la década de los sesenta iba experimentando con la forma y los temas. Actualmente vive en Canadá.

Sólo una madre fue el primer relato de ciencia ficción de Judith Merrill. Publicado en la revista Astounding en 1948, refleja la preocupación de la época por las armas atómicas y nos muestra un mundo que podría ser el nuestro. El relato es inquietante; se trata de la historia de una madre, su hija y el efecto que la guerra atómica ha tenido sobre ellas. Consigue que nos demos perfecta cuenta de que tales guerras nunca han de existir.

Margaret se movió hacia el otro lado de la cama, donde debería haber estado Hank. Su mano palpó la vacía almohada e inmediatamente se despertó del todo, preguntándose por qué seguiría manteniendo aquella costumbre después de tantos meses. Intentó enroscarse como un gato, para aprovechar mejor su propio calor, pero se dio cuenta de que ya no lo podía hacer y saltó de la cama con la agradable sensación de su cada vez mayor tamaño.

Los movimientos de la mañana eran automáticos. Mientras atravesaba la cocina oprimía el botón que le prepararía su desayuno (el médico le había aconsejado que desayunara tanto como pudiera) y tomó el periódico del aparato de impresión. Lo desplegó cuidadosamente por la sección de «noticias nacionales» y lo puso sobre el lavabo mientras se limpiaba los dientes.

No traía accidentes. No había habido ataques directos. O al menos ninguno que hubiera podido publicarse oficialmente. *Ahora, Maggie, no comiences con eso. No ha habido accidentes. Tampoco agresiones. Acepta como garantía la agradable palabra del periódico.*

Tres claros silbidos procedentes de la cocina le indicaron que el desayuno estaba preparado. Extendió un brillante mantel sobre la mesa y colocó encima platos de alegres colores, en un inútil intento de despertar un apetito matutino que no sentía. Luego, cuando ya no hubo nada más que preparar, fue a recoger el correo, lentamente, prolongando el placer anticipado, porque aquel día, *seguro* que habría carta.

La había. Las había. Dos recibos y una aburrida nota de su madre:

«Querida, ¿por qué no me escribiste antes diciéndomelo? Estoy emocionada, por supuesto, sin embargo, bueno, detesto mencionar estas cosas, pero ¿estás segura de que el doctor no se ha equivocado? Hank estuvo varios años andando con ese uranio, torio o como se llame; ya sé que dijiste que era un diseñador, no un técnico, y que no estaba junto a nada que pudiera ser peligroso, pero ya sabes que, al volver a Oak Ridge solía... No quiero que pienses, bueno, claro que me estoy volviendo una vieja loca, y no quiero intranquilizarte. Sabes mucho más sobre todo eso que yo, y estoy segura de que tu médico no se equivoca. *Debería saber...*»

Margaret hizo una mueca a su excelente café y se dio cuenta de que estaba desplegando el papel donde se especificaba el diagnóstico médico.

¡Déjalo, Maggie, déjalo! El radiólogo dijo que el trabajo de Hank no pudo haberle expuesto a la radiación. Y el área bombardeada por la que pasamos... No. no. ¡déjalo de una vez! ¡Lee los informes o las recetas, Maggie, mujer!

En las noticias médicas, un conocido genetólogo afirmaba que era posible decir con absoluta certeza, a los cinco meses, si el niño iba a ser normal, o al menos si la mutación iba a producir algo raro. De cualquier modo, los peores casos podían ser

evitados. Las mutaciones menores, claro está, como desarreglos en las facciones o cambios en la estructura cerebral, no podían ser detectadas. Y había habido recientemente algunos casos de embriones normales con miembros atrofiados que no se habían desarrollado hasta el séptimo o el octavo mes. Pero, concluía cuidadosamente el doctor, los *peores* casos podían ser predichos y prevenidos.

“Predichos y prevenidos.” Nosotros lo predijimos, ¿verdad? Hank y los demás lo predijeron. Pero nosotros no lo prevenimos. Debiéramos haberlo detenido en el 46 o en el 47. Ahora...

Margaret decidió no seguir desayunando. Con el café siempre había tenido suficiente por las mañanas, a lo largo de años; aquel día también lo sería. Se enfundó en interminables pliegues de material que, según le había asegurado la vendedora, era lo *único* que se podía llevar confortablemente durante los últimos meses. Con auténtico alivio, ya olvidados tanto el periódico como la carta, se dio cuenta de que estaba en el penúltimo mes. Ya no tardaría.

Por la mañana temprano, la ciudad siempre había tenido un aspecto excitante para ella. La noche anterior había llovido y las aceras estaban cubiertas de una mancha gris de humedad en vez de polvo. El aire, para aquella mujer criada en la ciudad, olía a fresco, y se había aliviado el acre olor del humo de las fábricas. Anduvo seis manzanas hasta llegar a su lugar de trabajo, viendo cómo se apagaban las luces de los restaurantes que permanecían abiertos toda la noche y cuyos muros de cristal captaban ya los rayos del sol, al tiempo que se encendían en los estancos y en las lavanderías.

Su oficina estaba en el nuevo edificio del gobierno. En el ascensor neumático, mientras subía, se sintió, como siempre, como un panecillo de hamburguesa preparado al viejo estilo en la tostadora rotatoria. Abandonó con alivio el almohadillado de aire-espuma en el piso catorce, y se sentó tras su escritorio, al final de una larga fila de mesas idénticas.

Cada mañana, el montón de papeles era más grande. Eran, como todos sabían, los meses decisivos. La guerra podía ganarse o perderse por culpa de aquellos cálculos y de otros similares. La oficina de personal la había enviado allí cuando su trabajo anterior se hizo demasiado agotador para ella. La computadora era fácil de manejar y el trabajo resultaba absorbente, aunque no fuera tan excitante como el que tenía antes. Pero nadie dejaba de trabajar en aquellos días. Se necesitaba a todos los que pudieran hacer algo.

Y —pensó, recordando la entrevista con el psicólogo— yo soy probablemente del tipo inestable. Me pregunto qué tipo de neurosis atrapé en casa leyendo aquel informe sensacional...

Se enfrascó en su trabajo, sin dejar de pensar.

18 de febrero

«Querido Hank.

»Sólo unas palabras... desde el hospital. Tuve un desvanecimiento en el trabajo y el doctor se lo ha tomado en serio. No sé qué voy a hacer si tengo que permanecer en cama durante semanas, esperando..., pero el doctor Boyer piensa que no será tan largo.

»Tengo por aquí demasiados periódicos. Cada vez más infanticidios, y parece que no encuentran ningún jurado que los condene. Son los padres los que lo hacen. Afortunadamente, tú no estarás aquí, en caso de que...

»Oh, querido, no es una broma muy *divertida*, ¿verdad? Escíbeme siempre que puedas, ¿lo harás? Tengo demasiado tiempo libre para pensar. Pero, en realidad, no hay nada malo, nada de que preocuparse.

»Escíbeme siempre que puedas, y recuerda que te quiero,

»Maggie.»

TELEGRAMA DEL SERVICIO ESPECIAL
21 DE FEBRERO DE 1953
22:04 LK 37G

DEL LUGARTENIENTE H. MARVELL
X47-016 GCNY
A: SEÑORA H. MARVELL
HOSPITAL DE MUJERES
NUEVA YORK

SIGUE INSTRUCCIONES DOCTOR STOP LLEGARÉ 4,10 STOP TENGO UN
BREVE PERMISO STOP LO LOGRASTE MAGGIE STOP CON AMOR HANK.

25 de febrero

«Querido Hank.

»¿De modo que ni siquiera viste a la niña? Debiste haber pensado que un lugar como éste tendría al menos ventanillas en las incubadoras para que los padres puedan echar una ojeada, aunque las pobres y atontadas mamás no puedan. Me dijeron que todavía tardaría una semana en verla, o tal vez más..., aunque, claro está, mamá siempre me había dicho que si no aminoraba mi paso, lo más seguro es que iba a

tener mis niños demasiado de prisa. ¿Por qué han de tener *siempre* razón?

»¿Te encontraste con esa fiera de enfermera que pusieron aquí? Imagino que la reservan para las que ya han tenido los niños, y la mantienen apartada de las que los van a tener..., pero creo sencillamente que no deberían tener a una mujer así en una maternidad. Está obsesionada con las mutaciones y parece no tener más conversación que ésa. Oh, bueno, la *nuestra* está bien, aunque se dio una prisa infernal.

»Estoy cansada. Me dijeron que no debería sentarme tan pronto, pero *tenía* que escribirte. Te envió todo mi amor,

»Maggie.»

29 de febrero

«Querido.

»¡Finalmente he podido verla! Es cierto todo lo que dicen acerca de los recién nacidos, que tienen una cara que sólo una madre puede querer..., pero está toda entera, querido, ojos, orejas y narices... ¡No, nariz sólo una...!, y todo en su lugar. Somos tan *afortunados*, Hank.

»Me temo que he sido una mala paciente. Le he estado diciendo constantemente a esa enfermera con la manía de las mutaciones que quería ver a la niña. Finalmente, el doctor vino a “explicármelo” todo, y dijo muchas cosas sin sentido, gran parte de las cuales estoy segura de que nadie hubiera podido entender, como me sucedió a mí. Lo único que logré sacar en limpio fue que no tenía más remedio que permanecer en la incubadora; pensaban que era más “prudente”.

»Creo que entonces me puse un poco histérica. Supongo que estuve más pesada de lo que estaba dispuesta a admitir, pero logré de ello un pequeño beneficio. Se desarrolló una de esas conferencias médicas al otro lado de la puerta y, finalmente, la Mujer de Blanco dijo: “Bueno, vamos a hacerlo. Puede que así sea mejor.”

»Ya había oído antes que en esos lugares, tanto médicos como enfermeras desarrollan un complejo de dioses, y créeme si te digo que no es metáfora el que una madre no puede mover un dedo sin su consentimiento.

»Estoy muy débil todavía. Te escribiré de nuevo dentro de poco. Con todo mi cariño,

»Maggie.»

8 de marzo

«Mi querido Hank.

»Bien, la enfermera se equivocaba si te dijo eso. Es una estúpida. Es una niña. Y

eso es más fácil asegurarlo cuando se trata de humanos que de gatos, y *yo lo sé*. ¿Qué tal Henrietta?

»Ya estoy en casa, y enormemente atareada. Lo confundieron *todo* en el hospital y tuve que aprender por mí misma cómo bañarla, lo mismo que todas las demás cosas. Se está haciendo más bonita. ¿Cuándo obtendrás un permiso, un permiso *de verdad*?

»Con cariño,

»Maggie.»

26 de mayo

«Querido Hank.

»Tendrías que verla ahora... y vas a verla. Te envió una película en color. Mi madre le envió esos trajecitos. Le puse uno y parecía un saquito de patatas blanco como la nieve, con esa bonita cara de rosa asomando por arriba. ¿Soy yo la que habla? ¿Soy una madre apasionada? ¡Pues espera a verla!»

10 de julio

«... Puedes creerme o no, pero tu hija puede hablar, y no me refiero a la jerga de un niño. Lo descubrió Alice. Es ayudante dentista en el WAC, ya sabes, y cuando la oyó la niña estaba diciendo lo que yo pensaba que se trataba de una serie de gorgoros; pero Alice me dijo que la niña sabía decir palabras y frases, pero que no podía expresarlas con claridad porque aún no tenía dientes. La voy a llevar a un especialista.»

13 de setiembre

«... ¡Tenemos un prodigio! Ahora que tiene todos los dientes de delante sus palabras son perfectamente claras y... un nuevo virtuosismo más: ¡sabe cantar! ¡Quiero decir que sabe entonar perfectamente una melodía! ¡A los siete meses! Querido, mi vida sería perfecta solamente con que tú estuvieras de vuelta en casa.»

19 de noviembre

«... al menos. La pequeña se ha pasado el tiempo tan ocupada en ser brillante que todavía no anda más que a gatas. El médico dice que en estos casos el desarrollo es siempre desigual...»

TELEGRAMA DEL SERVICIO ESPECIAL
1 DE DICIEMBRE DE 1953
08:47 LK59F

DEL LUGARTENIENTE H. MARVELL
X47-016 GCNY
A LA SEÑORA H. MARVELL
APT. K-17
504 E. 19 ST.
NUEVA YORK

MI SEMANA DE PERMISO COMIENZA MAÑANA STOP LLEGARÉ
AEROPUERTO A 10,05 STOP NO VENGAS A ESPERARME STOP AMOR
AMOR AMOR HANK

Margaret dejó correr el agua del bañito hasta que sólo quedaron unos pocos centímetros y entonces soltó al bebé que no hacía más que revolverse.

—Creo que todo iba mejor cuando no sabías andar, jovencita —le dijo alegremente a su hija—. No sé si sabes que no se puede gatear en el bañito.

—Entonces, ¿por qué no me baño en la bañera?

Margaret ya se había acostumbrado a la volubilidad de su hija, pero de vez en cuando la cogía desprevenida. Envolvió a aquella masa resistente de carne rosada en una toalla y comenzó a frotarla.

—Porque eres demasiado pequeña y tu cabeza es muy blandita y las bañeras son muy duras.

—Ah. Entonces, ¿cuándo podré bañarme en la bañera?

—Cuando la parte de fuera de tu cabeza sea tan resistente como la de dentro, talento. —Alargó la mano hacia un montón de ropa limpia—. No puedo comprender —añadió, comenzando a vestirla— por qué una niña de tu inteligencia no puede aprender a llevar un pañal como lo hacen los demás niños. Lo han estado usando durante siglos, ¿sabes?, con resultados perfectamente satisfactorios.

La niña no se dignó contestar; había oído aquello demasiadas veces. Esperó pacientemente mientras la limpiaban, la arropaban, la perfumaban y la ponían en una cuna pintada de blanco. Luego obsequió a su madre con una sonrisa que, inevitablemente, hizo que Margaret pensara en el primer borde dorado de un sol naciente. Recordó la reacción de Hank ante el color de los dibujos de su encantadora hija, y con ese pensamiento se dio cuenta de lo tarde que era.

—Duerme, chiquitina. Ya sabes que cuando te despiertes tu papá estará aquí.

—¿Por qué? —preguntó una mente de cuatro años, empeñándose en una batalla perdida de antemano por mantener despierto su cuerpo de diez meses.

Margaret se dirigió a la cocina y puso en marcha el contador para el asado. Examinó la mesa y sacó ropa del armario. Vestido nuevo, zapatos nuevos, todo nuevo, comprado varias semanas antes y guardado hasta el día que llegara el telegrama de Hank. Se detuvo un momento a recoger el periódico y con ropas y noticias se dirigió al aseo, sumergiéndose en un placentero baño perfumado.

Echó una mirada al periódico con indiferencia. Aquel día, al fin, no tenía necesidad de leer las noticias nacionales. Había un artículo escrito por un genetólogo. Era el mismo. Las mutaciones, decía, estaban aumentando de manera desproporcionada. Era demasiado pronto para saber si eran recesivas; ni siquiera los primeros mutantes nacidos cerca de Hiroshima y Nagasaki en 1946 y 1947 eran lo suficientemente mayores para procrear. *Pero mi niña está bien*. Parecía que la causa era un cierto grado de radiación que habían liberado las últimas explosiones. *Mi niña está bien. Precoz, pero normal*. Decía que si se hubiese prestado más atención a las primeras mutaciones de los niños japoneses...

Apareció aquella pequeña noticia en los periódicos en la primavera del 47. Fue cuando Hank abandonó Oak Ridge. «Sólo de un dos a un tres por ciento de los culpables de infanticidio son capturados y castigados hoy en Japón...» Pero MI NIÑA está bien.

Ya estaba vestida, peinada y a punto de darse el último toque con su lápiz de labios cuando sonó el timbre de la puerta. Corrió hacia la entrada y oyó, por primera vez en dieciocho meses, el casi olvidado ruido de una llave girando en la cerradura antes de que el sonido del timbre se hubiera apagado por completo.

—¡Hank!

—¡Maggie!

Y después no encontraron nada más que decir. Habían pasado demasiados días, demasiados meses con sólo pequeñas noticias de ambos; ella tenía muchas cosas que contarle y, sin embargo, estaba allí, contemplando su uniforme y su extraño y pálido rostro. Ella trazó sus rasgos con los dedos de la memoria. La misma nariz de puente elevado, los mismos ojos separados, los mismos párpados bien modelados, la misma barbilla larga, su cabello echado un poco hacia atrás en la frente, la misma curva de sus labios. Pálido..., por supuesto. Había permanecido bajo tierra todo aquel tiempo. Y extraño, más extraño de lo que pudiera haber sido un desconocido.

Tuvo tiempo de pensar en todas aquellas cosas antes de que la mano de su marido la tocara y cubriera el lapso de dieciocho meses. De nuevo no había nada que decir, porque no había necesidad de ello. Estaban juntos, y por el momento, ya era bastante.

—¿Dónde está la niña?

—Durmiendo. Estará despierta en un minuto.

No había prisa. Sus voces eran tan normales como si no hubieran dejado de verse, como si la guerra y la separación no hubieran existido. Maggie cogió el abrigo que él había dejado sobre una silla cerca de la puerta y lo colgó cuidadosamente en el armario del recibidor. Fue a ver cómo estaba el asado, dejándole que recorriera solo las habitaciones, mientras recordaba. Finalmente le encontró junto a la cuna de la niña.

Ella no podía ver su cara, pero no lo necesitaba.

—Creo que por esta vez podemos despertarla.

Margaret apartó las mantas y sacó el blanco envoltorio de la cama. Unos párpados soñolientos intentaron alzarse pesadamente dejando al descubierto unos ojos castaños.

—Hola —dijo Hank, inseguro.

—Hola —dijo la niña, con más seguridad.

Él ya conocía el caso, pero leerlo no era lo mismo que escucharlo. Se volvió ansioso hacia Margaret.

—¿Realmente es capaz de...?

—Pues claro que sí, querido. Pero lo que es más importante es que puede hacer cosas normales como los demás bebés, incluso tonterías. ¡Mira cómo gatea! —Margaret puso al bebé en la cama grande.

Durante un momento, la pequeña Henrietta permaneció tumbada, mirando a sus padres dubitativamente.

—¿Gateo? —preguntó.

—Esa es mi intención al ponerte aquí. Tu papá acaba de venir y quiere ver las cosas que haces.

—Entonces, ponme sobre el estomaguito.

—Oh, claro. —Margaret dio la vuelta al bebé.

—¿Qué pasa? —La voz de Hank era completamente normal, pero algo comenzó a impregnar el aire de la habitación—. Pensé que primero aprendían a darse la vuelta.

—Este bebé —Margaret no debió de notar la tensión— hace las cosas cuando quiere.

El padre miraba con ojos enternecidos mientras la cabeza avanzaba y el cuerpo serpenteaba impulsándose por la cama.

—Mira la bribona —dijo, soltando una carcajada—. Parece estar dentro de un saco de dormir. Sácale los brazos de las mangas. —Él se adelantó y la cogió por la parte inferior del pijamita.

—Lo haré yo, querido. —Margaret intentó llegar antes que él.

—No seas tonta, Maggie. Puede que éste sea tu primer bebé, pero yo he tenido cinco hermanos. —La apartó riendo y tomó con la otra mano el extremo de la

cremallera que cerraba una de las mangas. La abrió y buscó, tanteando, el brazo.

—Por la forma en que reptas —dijo, dirigiéndose al bebé con ternura, mientras su mano tocaba un montón de carne en el hombro—, cualquiera pensaría que eres un gusano que usa su estómago para gatear, en vez de los brazos y las piernas.

Margaret permaneció junto a él, sonriendo.

—Espera a oírla cantar, cariño...

Su mano derecha se deslizó desde el hombro hasta donde pensó que tendría que estar el brazo y tocó pequeños y firmes músculos que se retorcieron en un intento de librarse de la presión de su mano. Él dejó que sus dedos retrocedieran de nuevo hasta el hombro. Con infinito cuidado, abrió la cremallera hasta la punta del pijama. Su mujer estaba junto a la cama, diciendo:

—Puede cantar *Campanitas* y...

La mano izquierda del hombre descendió por el pijama hacia el pañal que se enroscaba, plano, en la parte inferior de su hija. No había pliegues. No pataleaba. No...

—Maggie —dijo apartando las manos del pañal, de aquel cuerpo que se retorció—. Maggie. —Tenía seca la garganta; le costaba pronunciar las palabras. Hablaba con gran lentitud, pensando en el sonido de cada palabra para ayudarse a pronunciarla. La cabeza le daba vueltas, pero tenía que *saberlo*—. Maggie, ¿por qué... no... me lo dijiste?

—¿Decirte el qué, cariño? —El tono de Margaret era el de la inmemorial paciencia de la mujer que ha de enfrentarse a la infantil impetuosidad de un hombre. De pronto lanzó una carcajada que sonó espontánea y natural en la habitación; lo había comprendido—. ¿Está mojada? No lo sabía.

Ella no lo sabía. Las manos del hombre, fuera de control, recorrieron arriba y abajo el cuerpo de piel suave del bebé, el sinuoso cuerpo sin extremidades. *Oh, Dios mío, Dios mío.* Su cabeza se movió y sus músculos se contrajeron en un amargo espasmo de histeria. Sus dedos se cerraron sobre su hija. *Oh, Dios mío, ella no lo sabía...*

CONTAMINACIÓN

(Contagion)

Katherine MacLean

Katherine MacLean comenzó a leer ciencia ficción a una edad muy temprana, y a los quince años la American Association for the Advancement of Science le ofreció un laboratorio para hacer un experimento sobre sinapsis neuronales. Sin embargo, abandonó temporalmente la ciencia para estudiar en el Barnard College, donde recibió el título en Economía. Ha trabajado como técnico en diversos hospitales y laboratorios, y actualmente enseña inglés en la Universidad de Maine. Dedicó gran parte de su tiempo a aprender nuevas técnicas y a revisar completamente sus ideas, de forma que su ciencia ficción es el resultado de la cuidadosa atención prestada tanto a sus personajes como a los detalles. Sus relatos han sido publicados en diversas revistas y antologías, y en una colección llamada The Diploids (Manor Books). Su novela corta The Missing Man ganó el premio Nebula de 1972, premio ofrecido anualmente por la Science Fiction Writers of America.

Las mujeres han encontrado con gran frecuencia su autoestimación o su falta de ella unida a los modelos sociales de belleza; huelga decir que para muchas mujeres su aspecto físico es lo que probablemente determina su vida.

Contaminación es, por un lado, la historia de un grupo de personas que han de enfrentarse a un fenómeno inusitado en otro mundo. Pero es también un relato sobre la apariencia física y sus relaciones con nuestra identidad personal y nuestros sentimientos sobre los demás.

Era igual que un bosque terrestre en otoño, pero no era otoño. Las hojas de los árboles eran verdes, cobrizas, púrpura y rojo violento, y el viento llevaba jirones de rayos de sol verdes y brillantes entre las sombras de las hojas.

La partida de caza del *Explorer* caminaba en fila a lo largo del estrecho sendero, con las armas preparadas, cuidadosamente, escuchando en la distancia los gritos ya casi familiares de aquellos extraños pájaros.

Un claro crujido de estática captado por sus auriculares les indicó que una de las armas había sido disparada.

—¿Has cogido algo? —preguntó June Walton. El intercomunicador del casco llevó su voz a los oídos de los demás sin romper el silencio del bosque.

—Le he dado a algo —contestó la tranquila voz de George Barton en sus auriculares. Ella dobló una curva del sendero y llegó a donde estaba Barton mirando por entre los árboles, con el arma todavía levantada—. Parece un pato.

—Esto no es Central Park —dijo Hal Barton, su hermano, mientras aparecía ante su vista. El verde de su traje espacial ponía una nota incongruente contra el bosque rojo y bronceado—. No puede haber patos —dijo sensatamente.

—Pero puede que haya dragones. No te dejes comer por ningún dragón, June —dijo la voz de Max en los auriculares de la mujer—. Por lo menos no antes de que hayamos hecho el amor. —Salió de entre los árboles llevando el equipo de muestras de sangre y tocó su guante con el de él, con una mueca en su fea y querida cara, apenas visible bajo los efectos de luz y sombras. Un rayo de sol arrancó un destello verdoso de su casco.

Siguieron andando. A unos trescientos metros a su espalda se alzaba la nave espacial *Explorer*, sobresaliendo por encima del bosque como un rascacielos. La gente de la nave contemplaba a través de las aberturas transparentes de su casco la luz del sol, las nubes y las suaves brisas, y anhelaba estar fuera.

Pero ese parecido con la Tierra era un peligro, y los fríos vientos podían suponer la muerte, porque si los animales eran como los animales de la Tierra, sus enfermedades también serían como las de la Tierra, lo suficientemente similares como para ser contagiosas y lo suficientemente distintas como para resultar imposibles de curar. Ya había habido suficientes casos así antes. Colonias enteras habían desaparecido y las rutas espaciales estaban llenas de los cadáveres de las naves que habían sido alcanzadas por las infecciones de algún planeta.

Las personas de la nave esperaban mientras sus médicos, enfundados en sus trajes espaciales herméticamente cerrados, cazaban animales para luego experimentar sobre ellos con las posibilidades de contagio.

Los cuatro médicos, porque June Walton era también doctora, caminaban en fila por el extraño bosque que tanto se parecía a los de la Tierra, lentamente, atentos a cada movimiento que pudiera producirse entre las sombras de color cobre y púrpura.

Súbitamente, contrastando con los tonos más marrones del bosque, vieron algo de color cobrizo que se movía rápidamente. En un acto reflejo, la pistola de June se levantó y apuntó, y tras ella el arma de otro disparó con un claro crujido de estática haciendo un agujero en las hojas junto al espécimen. Luego, por un momento, nada se movió.

Parecía un hombre, magníficamente musculado, de líneas armoniosas, un animal con aspecto humano. Incluso yendo descalzo era una cabeza más alto que cualquiera de ellos. Su cabello era rojo, el rostro de halcón y la piel oscura; respirando pesadamente, se mantuvo allí, contemplándolos sin expresión. A un costado le colgaba un cuchillo en su funda y llevaba una ballesta a la espalda.

Ellos bajaron sus pistolas.

—Necesita un afeitado —dijo Max calmadamente. Luego conectó el mecanismo de su casco que dejaba que su voz se oyera en el exterior.

—¿Podemos hacer algo por usted, Max?

Aquella amistosa pregunta era la primera voz que rompía la tranquilidad del bosque. June sonrió. Tenía razón. La estricta lógica de la evolución no exigía barba; por ello, cualquiera que no fuera humano no llevaría una barba de tres días.

La alta figura abrió sus delgados labios y habló:

—Bien venidos a Minos. El comandante os envía sus saludos desde Alexandria.

—¿Inglés? —inquirió June.

—Temíamos que despegaseis antes de que pudiéramos comunicarnos con vosotros... Está a cuatrocientos kilómetros. Vimos vuestra pequeña nave auxiliar pasar dos veces, pero no conseguimos atraer vuestra atención.

June miraba en silencio y asombrada a aquel extraño recostado contra los árboles. Treinta y seis años luz..., treinta y seis veces nueve billones de kilómetros de monótono viaje espacial..., ¡para encontrarse con que el planeta ya estaba colonizado!

—No sabíamos que hubiera una colonia aquí —dijo ella—. No está señalado en el mapa.

—Eso era lo que nos temíamos —respondió aquel hombre alto y bronceado—. Hemos estado aquí durante tres generaciones y ningún comerciante se había acercado al planeta.

Max se quitó el equipo de la espalda y le tendió la mano.

—Mi nombre es Max Stark, doctor Stark. Esta es la doctora June Walton, el doctor Hal Barton, y George Barton, hermano de Hal y también médico.

—Mi nombre es Patrick Mead —dijo el hombre sonriendo y estrechando la mano que se le tendía—. Yo no soy mas que cazador y carpintero. Es la primera vez que me topo con unos médicos.

Les apretó la mano con naturalidad, pero incluso a través de su guante June podía

notar que sus dedos eran tan duros como el acero.

—¿Qué... qué población tiene Minos? —preguntó ella.

Él la miró con curiosidad durante un momento antes de responder.

—Somos sólo ciento cincuenta. —Sonrió—. No te preocupes. Todavía no es una gran ciudad. Aún hay sitio para unas personas más. —Rápidamente estrechó las manos de los Barton—. Quiero decir, porque ustedes son personas, ¿verdad? —preguntó, dubitativo.

—¿Por qué no? —dijo Max con una tranquilidad que June admiraba.

—Bueno, son ustedes tan... tan —los ojos de Mead recorrieron los rostros del grupo—, tan variados.

Ellos no comprendieron aquello, y quedaron en silencio, desconcertados.

—Quiero decir —continuó Patrick Mead ante el silencio que despertó— que muestran interesantes diferencias entre ustedes: diferente color del cabello, diferente forma de cara y cosas así. —Hizo un vago movimiento con una mano, como si deseara que no se sintieran insultados.

—¿Bromea? —preguntó Max, desconcertado.

June le puso una mano en el brazo.

—No intenta ofendernos —le dijo ella por el intercomunicador—. Nosotros estamos tan sorprendidos con él como él con nosotros.

Luego, abriendo el dispositivo que hacía que el sonido de su voz saliera al exterior, le hizo una pregunta a aquel alto colono:

—Según su punto de vista, ¿cómo debería ser una persona, señor Mead?

Él la señaló con una sonrisa.

—Como tú.

June se le acercó y le contempló detenidamente, comparándole con su propia figura. Ella era alta y morena de piel, como él; tenía unas cuantas pecas, como él; y el cabello rojo, como él. Pasó por alto sus brillantes ojos azules.

—En otras palabras —dijo ella—, ¿todos los habitantes de este planeta son como tú y yo?

Patrick Mead echó otra mirada a los cuatro rostros y sonrió maliciosamente.

—Como yo, creo. Pero nunca antes había pensado que la gente podía tener otro color de pelo o que las narices podían acoplarse de muchas maneras diferentes en una cara. Juzgando por mi propia apariencia, ¡supongo que ningún loco se pondría a andar sobre sus manos y a decir que el mundo estaba al revés! —Soltó una carcajada y luego añadió seriamente—: Pero ¿por qué lleváis trajes espaciales? El aire es respirable.

—Por seguridad —le explicó June—. No podemos correr riesgos de vernos afectados por cualquier epidemia.

Pat Mead no llevaba encima más que sus armas y el viento peinaba su cabello.

Parecía estar muy a gusto, y ellos ansiaban quitarse los trajes espaciales y sentir el viento contra la piel. Minos era como su planeta, como la Tierra..., pero ellos eran extraños.

—Epidemia —repitió Pat Mead—. Tuvimos una aquí. Se produjo dos años después de la llegada de la colonia y los mató a todos, excepto a la familia de Mead. Resultaron inmunes. Creo que nos parecemos porque todos somos parientes, y por eso crecí pensando que la nuestra es la única forma que pueden tener los humanos.

Epidemia.

—¿Cuál fue la enfermedad? —preguntó Hal Barton.

—Mi padre dice que fue algo horrible. La llamaban enfermedad fundente. Los médicos murieron demasiado pronto para poder averiguar lo que era o encontrar algún remedio para combatirla.

—Deberían haber preparado más médicos o haber pedido que les enviaran algunos. —En la voz de George Barton había un cierto tono de impaciencia.

Mead se lo explicó pacientemente:

—Nuestra nave, con la planta de energía y todos los libros que necesitábamos, fue enviada al espacio para evitar el contagio y no regresó nunca. La tripulación debió de morir. —June pensó que una colonia privada de energía eléctrica y maquinaria, cuyos técnicos clave habían muerto y sin posibilidad de reemplazarlos, era lógico que hubiera caído en un estado tan primitivo como para que sus individuos anduvieran con cuchillos y ballestas.

—¿No se ha desencadenado ninguna otra epidemia de enfermedad fundente? —preguntó Hal Barton.

—No.

—¿Y de otras enfermedades?

—De ninguna.

Max estaba observando aquella figura bronceada y de cabellos rojos con mirada escrutadora.

—¿Crees que todos los Mead serán como éste? —le preguntó a June por el intercom—. ¡No me importaría nada ser un Mead!

La llegada de Pat facilitó su trabajo. Regresaron a la nave riendo e intercambiando anécdotas con él. Ya nada les impedía considerar Minos como el hogar que habían estado buscando, excepto por la enfermedad fundente, y una vez advertidos de ella, podían tomar precauciones para combatirla.

La brillante columna negra y plateada del *Explorer* parecía elevarse cada vez a mayor altura sobre los árboles a medida que se iban aproximando a ella. Luego su simetría borró toda sensación de tamaño cuando salieron de los árboles y se detuvieron en el borde del claro, mirando hacia arriba.

—¡Magnífica! —exclamó Pat—. ¡Muy hermosa! —Había una cálida admiración en su voz.

—Era un yate —dijo Max sin dejar de mirar hacia arriba— de segunda mano, una vieja belleza sin huellas de deterioro. Paneles de control de diamante sintético y murales en las paredes. No es tan veloz como las nuevas naves, pero en un año y medio subjetivo nos ha llevado a una distancia de treinta y seis años luz, lo cual está bastante bien.

El hombre alto de piel oscura lo miraba con auténtica fascinación, y June se dio cuenta de que nunca debía haber tenido acceso a ninguna biblioteca de filmes, que nunca debían de haber visto una película, que nunca debía de haber experimentado el lujo. Había nacido y crecido en Minos, sin electricidad.

—¿Puedo entrar? —preguntó Pat esperanzadoramente.

Max se quitó el equipo del hombro, lo dejó en la alfombra de plantas que cubría el suelo y comenzó a abrirlo.

—Antes, las pruebas —dijo Hal Barton—. Tenemos que comprobar si lleváis todavía la llamada enfermedad fundente. Vamos a extraerte todos los microbios y a analizarlos antes de que entres en la nave. Una vez acabado este proceso, ya no serás tan resistente como lo fueron los otros Mead.

Max había instalado un caballete y estaba preparando botellas preservativas e hipodérmicas.

—¿Vas a pincharme con eso? —preguntó Pat, alarmado.

—¡Para mí no eres más que un espécimen animal, insecto! —dijo Max, sonriéndole maliciosamente, y Pat le devolvió la sonrisa. June se dio cuenta de que ya se habían hecho amigos, el alto colono y el encorvado doctor de cabellos negros. Sintió un pinchazo de culpa porque quería a Max y, sin embargo, sentía lástima por él por ser más bajo y frágil que Pat Mead—. Túmbate de espaldas y quédate quieto —le dijo Max—. Necesitamos dos muestras de fluido de la espalda y dos muestras de la frente y del brazo.

Pat se tumbó obedientemente. Max se arrodilló, y como le había explicado, comenzó a insertarle agujas con la suavidad y la rapidez que le había hecho ser un gran neurólogo en la Tierra.

Por encima de ellos y a través de una abertura de la nave surgió un helioplano y se dirigió hacia el oeste, mientras el zumbido de sus motores disminuía. Luego, súbitamente, cambió de rumbo y regresó, mientras la voz de Reno Ulrich llegaba a través de los auriculares:

—¿Qué es eso que habéis cogido? Eh, ¿qué es lo que estáis haciendo ahí? —Viró de nuevo y se detuvo, manteniéndose a una altura de unos quince metros. June podía ver su rostro perplejo mirando a Pat.

Hal Barton se lo explicó rápidamente y señaló en la dirección de Alexandria. El

helioplano de Reno se puso en marcha y voló sobre los bosques de extraños colores.

—El helioplano llevará una nota a tu ciudad, en la que dice que te hemos traído con nosotros —le dijo Hal Barton a Pat, que estaba sentado viendo cómo Max colocaba con gran destreza la sangre y los fluidos espinales en las botellas sin exponerlos al aire.

—No podremos entrar en contacto con tu pueblo hasta que estemos seguros de que no llevan la enfermedad fundente —añadió Max—. Puede que seas inmune a ella y lleves encima los suficientes gérmenes (si es que son gérmenes lo que causa esta enfermedad) como para contagiar a un planeta.

—Si transportas lo que produce esa enfermedad —dijo Hal Barton— no podremos mezclarnos con tu gente hasta que les hayamos limpiado de ella.

—¿Empezando por mí? —preguntó Pat.

—Empezando por ti —contestó Max—, tan pronto como subas a bordo.

—¿Más agujas?

—Sí, más algunas cosas que penetrarán por ellas.

—¿Doloroso?

—En absoluto.

Unos minutos después, mientras se encontraba en la sala de descontaminación del traje espacial, azotada por chorros de desinfectante caliente y bañada por la radiación ultravioleta esterilizadora, June se acordó de aquello y comparó mentalmente el tratamiento de Pat con el suyo.

En el *Explorer*, almacenado cuidadosamente en tanques cerrados, se hallaba el supremo curalotodo aplicable a múltiples fines. Era una solución de enzimas tan semejante a los catalizadores clave del núcleo celular humano que provocaba la deterioración química y la desintegración de toda célula que no fuera humana. No había nada que pudiera vivir en contacto con aquello, a excepción de las células humanas; cualquier intruso ajeno a ellas moriría. Su nombre comercial era Nucleocat Cureall.

Pero el cureall solo no era suficiente garantía de una total seguridad. Se conocían plagas que actuaban demasiado rápida y universalmente como para ser prevenidas mediante tratamiento humano. Los médicos no son eternos. Mueren. Por ello, la Ley de Salud Interplanetaria exigía que el equipo de una nave incluyera esto para salvaguardarla contra las enfermedades y acabar con ellas mediante una operación totalmente mecánica, rápida y eficaz.

En un lugar cercano a ellos, dentro de una serie de compartimientos complicados como los pasillos de una conejera, Pat estaría siendo trasladado de un compartimiento a otro por voces agudamente mecánicas, que le ordenarían que se duchara, que metiera el brazo en una ranura donde le sería tomada una muestra de su sangre, que bebiera ciertas soluciones, que se bañara en ultravioletas germicidas, que respirara

aire con germicidas y que introdujera sus brazos en otras ranuras donde eran anestesiados e inyectados con diversas soluciones inmunizadoras.

Finalmente se le pondría en una habitación de elevada temperatura y aire extremadamente seco y se le diría que se sentara durante media hora, mientras se le introducían en las venas más fluidos a través de largos y finos tubos.

Toda nave espacial legal había de estar construida con aquellas seguridades. No se podía correr riesgos si se sospechaba que alguien había contraído una enfermedad y podía introducirla a bordo.

June salió de la última ducha, se quitó el traje espacial con un gesto de alivio y se contempló en el espejo. Cabellos rojos, ojos azul oscuro, alta...

—Tengo una buena figura —dijo, convencida.

Max se volvió en la puerta.

—¿Por qué este súbito interés por tu aspecto? —preguntó, suspicaz—. ¿Tenemos que quedarnos aquí a admirarte o podremos pasar a comer por fin algo?

—Espera un momento. —Se dirigió a un comunicador interior que colgaba de la pared y marcó cuidadosamente un número que previamente había consultado en la guía de la nave—. ¿Qué estás haciendo, Pat?

El teléfono captó un silbido procedente de un chorro de agua o un *spray*.

—¡Voces también! Hola, June. ¿Cómo se le dice a una máquina que se eche el *spray* a sí misma?

—¿Tienes hambre?

—No he comido desde ayer.

—Tendremos un banquete preparado para ti en cuanto salgas —le dijo a Pat, y colgó. La voz de Pat Mead poseía una vitalidad y una alegría tales que hacía que las conversaciones de los de la nave parecieran por contraste de una triste alegría artificial.

Miraron en un pequeño laboratorio cercano, donde doce hámsters, que lanzaban constantemente gritos agudos, eran sometidos, pese a sus protestas, a pequeñas inyecciones de sangre de Pat. En la mayoría de los casos, las inyecciones eran seguidas por antihistamínicos y adaptadores. De otra forma, el sistema de defensa del hámster trataría a todas las células que no fueran suyas como enemigos, incluso a las inocuas células de sangre humana, y las rechazaría violentamente.

Uno de los hámsters, el duodécimo, había recibido una dosis extraordinaria de adaptador, de forma que en el caso de existir alguna enfermedad no lucharía contra ella, muriendo así con más rapidez.

—¿Qué estás haciendo, George? —preguntó Max.

—Rutina —murmuró George Barton, ausente.

Mientras ascendían por las largas rampas en espiral que llevaban al comedor,

pasaron junto a una ventana. A través de ella podía verse una hilera de montañas en la lejanía, y en medio, haciéndose cada vez más elevadas a medida que se alejaban, toda una serie de colinas bajas cubiertas de vegetación de color bronce y rojo, con algunos parches de verde claro donde había praderas.

Había alguien mirando por la ventana, sin moverse, como si hubiera estado allí durante mucho tiempo. Era Bess St. Claire, una mujer canadiense.

—Se parece a Winnipeg —les dijo cuando se detuvieron junto a ella—. ¿Cuándo vais a permitirnos vosotros los médicos salir de esta barbería? Mirad —añadió, señalando a un lugar en el exterior—. ¿Veis aquel trozo de pradera en el lado sur de la colina? Allí levantaremos nuestra casa. ¿Cuándo vais a permitirnos salir?

El pequeño helioplano de Reno Ulrich sonaba levemente en la distancia y comenzó a describir círculos.

—Antes de lo que tú piensas —le contestó Max—. Hemos descubierto una colonia en el planeta, descendientes de una sola familia. Precisamente ahora están haciendo las pruebas necesarias para asegurarnos de que podemos vivir aquí. Si hay alguna enfermedad con la que debemos acabar, acabaremos con ella.

—¿Gente en Minos? —El bello rostro de Bess cobró vida por la excitación.

—Uno de ellos se encuentra en el departamento médico —dijo June—. Saldrá dentro de veinte minutos.

—¿Podría verle?

—Claro —contestó Max—. Enséñale el camino del comedor cuando salga. Dile que te enviamos nosotros.

—¡De acuerdo! —Dio la vuelta y echó a correr por la rampa como una niña que se dirige a una feria. Max sonrió expresivamente a June y ésta le devolvió la sonrisa. Después de un año y medio de aislamiento en el espacio, todos estaban ansiosos de ver caras nuevas, de escuchar voces desconocidas.

Ascendieron las últimas dos vueltas hasta la cafetería y se sumergieron en una rica mezcla de suave música y conversación tranquila. La cafetería era una sección del viejo comedor que no fue tocada cuando el resto de la nave fue adaptado para convertirse en un lugar donde vivir y trabajar, así que conservaba su magnífica madera original en el techo y en las paredes, el absorbente del ruido, los altavoces que difundían suave música y la tenue luz íntima de cada una de las mesas, donde la gente podía comer y charlar tranquilamente.

Se pusieron en la cola de la comida, y entonces June pudo escuchar tras ella la voz de una chica que hablaba con excitación y sobresalía del murmullo de la conversación:

—... nuevo hombre, ¡de verdad! Le vi a través de una de las pantallas cuando llegaron. Está abajo, en el departamento médico. Un auténtico colono.

Cuando llegaron a las repisas donde se encontraban los alimentos, ella y Max

eligieron tres bandejas llenas de comida, comenzando por un filete hidropónico, enriquecido con agua y productos químicos; un gran cuenco de ensalada con tomates y pepinos; un plato de pescado con salsa especial; cuatro postres diferentes y las bebidas correspondientes a cada plato.

Ahora no quedaban más que tres bandejas vacías sobre la mesa. Se les acercó Brant St. Clair.

—Perdona, Max, pero están diciendo algo acerca de si Reno ha llevado unos mensajes a una colonia de salvajes por encargo del departamento médico. ¿Sabes si regresará pronto?

Max le sonrió, denotando afecto en su cuadrado rostro. Todos apreciaban al tímido canadiense.

—Volverá en seguida. Vimos cómo se acercaba.

—Oh, magnífico —dijo St. Clair—. Tenía una cita con él para salir a confirmar si es cierto que hacia el norte hay una buena veta de hierro, como parece. ¿Has visto a Bess? Oh..., allí está. —Se volvió y se marchó apresuradamente.

Un hombre muy alto de llamativo cabello color rojo estaba rodeado por una multitud que no dejaba de hablar. Era Pat Mead. Se había detenido en la puerta, mirando con precaución el comedor. Su increíble vitalidad le hacía parecer más grande de lo que era. Al ver a June, sonrió y se dirigió hacia su mesa.

—¡Mirad! —dijo alguien—. ¡Ahí está el colono!

Sheila, una bella mujer cargada de joyas, se dirigió a su encuentro y le tomó por un brazo.

—¿Es cierto que tuviste que atravesar un río a nado para venir aquí?

Sin poder contener su curiosidad y su satisfacción, la gente se le aproximaba de todas direcciones.

—¿Tuviste que caminar realmente cuatrocientos kilómetros? Ven, ven a comer con nosotros. Permíteme que te ayude a elegir tu comida.

Todos deseaban que comiera en su mesa. Todos eran especialistas en algo y deseaban obtener datos acerca de Minos. También deseaban escuchar anécdotas acerca de la caza con arco y flechas.

—Necesito que le rescaten —dijo Max—. No van a dejarle comer tranquilo.

June y Max se levantaron decididamente, penetraron en la multitud, capturaron a Pat y le condujeron a su mesa. A June le agradó tener al héroe del momento.

Pat se sentó en una silla simple, funcionalmente diseñada, y se recostó en el respaldo casi con voluptuosidad, probando que le iba a las mil maravillas. Recorrió con los ojos las repisas llenas de comida. Miró en torno suyo, contemplando la magnífica madera de techo y paredes y las suaves luces de cada una de las mesas. No decía nada. Se limitaba a mirar, sentir y experimentar nuevas sensaciones.

—Cuando construyamos nuestra ciudad y abandonemos la nave —le explicó June

— nos llevaremos todo esto. Será muy hermoso.

Pat sonrió, mientras la música resonaba en su cabeza y trataba de localizar su procedencia.

—Ya está suficientemente bien ahora. Nosotros sólo hacemos funcionar los discos una vez por semana en el centro de reunión de la ciudad.

Pat se puso a comer el primer alimento que probaba desde hacía más de un día.

La mayor parte de los demás comensales ya habían acabado cuando ellos se encontraban aún a la mitad y comenzaron a acercárseles, tímidamente al principio, luego con más decisión, sonrisas en la cara, apretones de manos y presentaciones. Le hicieron preguntas acerca de las cosechas, de los métodos agrícolas, de las lluvias y las inundaciones, sobre el ganado, sobre la compatibilidad de las semillas importadas de la Tierra con el suelo del planeta, sobre las minas y los yacimientos.

No había necesidad de protegerle. Recostado contra el respaldo de su asiento, contestaba de forma más que suficiente a las preguntas que se le formulaban con la facilidad de una pantera; donde no podía hablar de estadísticas respondía con una anécdota. Se notaba que estaba a gusto convertido en el centro del interés general.

Entre pregunta y pregunta, comía y escuchaba música.

June se dio cuenta de que las especialistas femeninas prolongaban sus preguntas más de lo necesario y se agolpaban en torno a la mesa riendo sus bromas, hasta que Pat quedó rodeado de rostros bonitos que le hacían preguntas y reían armoniosamente. La bella Sheila era la que más armoniosamente reía.

June le dio un codazo a Max y éste se encogió de hombros con indiferencia. Quizá no era algo a lo que un hombre prestaba atención. Pero June observó a Pat por un momento y luego miró inquieta a Max. Este estaba comiendo y escuchando las respuestas de Pat y no se dio cuenta de su mirada. Por alguna razón, Max parecía haber disminuido. Era más bajo de lo que había supuesto; ella olvidaba que tenía su misma altura. Pero era consciente del aumento del ritmo de la conversación de las mujeres que rodeaban a Pat.

—Este chico es una amenaza —dijo Max, riéndose para sí mientras cortaba otro trozo de filete hidropónico—. ¿Qué te pasa? —añadió mirándola al darse cuenta de su repentino silencio.

—Nada —respondió ella apresuradamente, pero no volvió a mirar a Pat Mead. Se sentía desleal. Pat no era más que un soberbio animal. Max era el hombre al que amaba. ¿O... no? Por supuesto que sí, se dijo furiosa. Habían emprendido juntos aquel viaje de colonización porque deseaban pasar juntos el resto de sus vidas; ella nunca había pensado en casarse con otro hombre. Sin embargo, la sensación de insatisfacción persistía y con ella un sentimiento de culpa.

Len Marlow, el técnico responsable de los cultivos proteínicos de los filetes, se dirigió a ellos y le formuló a Pat una pregunta. Ahora le estaba diciendo:

—No te comprendo, Pat. ¡Parece como si estuvieras poniendo personas en vez de vegetales en los tanques! —Les miró con cara de asombro—. A ver si vosotros podéis sacar algo en claro de esto. A mí me suena a algo médico.

Pat se recostó y sonrió mientras bebía un borgoña hidropónico.

—Es magnífico. Tendréis que enseñarnos cómo se hace.

Len se volvió.

—Vivís en el campo, ¿no? Cazáis, convertís los animales en filetes y os los coméis, ¿verdad? Bueno, pues supongamos que yo tengo uno de esos filetes aquí y deseo comérmelo. ¿Qué sucedería?

—Adelante, cómetelo. No lo digerirías. Te quedarías hambriento.

—¿Por qué? —preguntó Len.

—Por las diferencias químicas en el protoplasma básico de Minos. Diferentes cadenas de aminos, moléculas a la derecha en vez de a la izquierda en los carbohidratos, cosas como ésas. No habrá nada aquí que puedas digerir hasta que estés químicamente adaptado tras una pequeña evolución. Hasta entonces, estarás muriéndote de hambre con el estómago lleno.

El lado de la mesa que ocupaba Pat había estado lleno con los platos de dos bandejas, pero en aquel momento se encontraba casi vacío, y los platos se amontonaban a un lado. Comenzó a comer los tres postres.

—¿Una evolución de laboratorio? —repitió Max—. ¿De qué se trata? Creía que entre tu gente no había doctores.

—Es una larga historia —dijo Pat, recostándose de nuevo contra el respaldo de su asiento—. Alexander P. Mead, jefe del clan Mead, era experto en genética, poseía una fuerte personalidad y era un hombre con el que no se podía discutir. No quería que acabáramos con todas las plantas de Minos, sustituidas por las nuestras, destrozando así la superficie del planeta y rompiendo el equilibrio de su ecología. Decidió que lo mejor sería adaptar nuestros genes al planeta o morir en el intento. Lo consiguió.

—¿Consiguió qué? —preguntó June, sintiendo una súbita punzada de miedo.

—Adaptarnos a Minos. Tomó células humanas...

Ella le escuchaba atentamente, intentando encontrar una razón que explicara el miedo que sentía con aquella historia. Debería haber costado muchas generaciones adaptarse a Minos mediante una evolución ordinaria, y ello además con el elevado coste de vidas humanas que la evolución entrañaba. Pero había un camino más corto: las células humanas poseían la capacidad de volver a su primitiva condición de independencia, cazando, comiendo y reproduciéndose solas.

Alexander P. Mead tomó células humanas y las convirtió en fagocitos. Las puso en el duro camino de la evolución..., mil generaciones de reproducción, hambre y privaciones, siempre con aquella comida indigerible presente...

—Los leucocitos pueden recorrer varios miles de generaciones de evolución en

seis meses —dijo para terminar Pat Mead—. Cuando llegaron al punto en que fueron capaces de absorber la comida de Minos, fueron implantadas de nuevo en las personas de las que se las había extraído.

—¿Qué se esperaba que sucedería después? —preguntó Max, inclinándose hacia delante.

—No sé exactamente cómo trabajaba. Nunca le contó a nadie demasiadas cosas acerca de ello, y cuando yo era todavía un niño él se había vuelto loco y se pasaba el tiempo en torno a un tubo de ensayo. Se cayó a una hondonada y se rompió el cuello a la edad de ochenta años.

—Todo un carácter —comentó Max.

«¿Por qué siento miedo? —se preguntaba June—. Había sido un éxito, ¿no?»

—Sí. El primer año lo intentó con los Mead. Los demás no querían prestarse al experimento hasta estar seguros de que era un éxito. Lo fue. Los Mead podían cazar y cultivar la tierra, en tanto que los demás colonos estaban aún comiendo lo que les proporcionaba el tanque hidropónico.

—Funcionó —le dijo Max a Len—. Tú eres experto en genética y en cultivos. Es tu trabajo.

—¡Un!, ¡uh! —dijo Len, alejándose de nuevo—. Me suena a asunto médico. El control de las células humanas cae bajo tu responsabilidad.

—Es un asunto irreversible —advirtió Pat—. Una vez se ha hecho, ya no se puede volver a digerir la comida de la nave. Yo no obtengo nada bueno de estas proteínas. Como únicamente por el sabor.

Hal Barton se acercó en silencio a la mesa.

—Tres de los doce hámsters de la prueba han muerto —informó, y se volvió hacia Pat—. Tu gente lleva los gérmenes de la enfermedad fundente, como la llamáis. Los hámsters muertos son los que habían sido inyectados con tu sangre antes de que fueras desinfectado. No podemos establecerlos allí hasta que desinfectemos a todo el mundo en Minos. ¿Pondrían objeciones a ello?

—No deseáramos transmitirlos los gérmenes del lugar —contestó Pat, sonriendo—. Se hará cualquier cosa en pro de la seguridad. Pero antes habrá que votar.

Los médicos se dirigieron a la mesa de Reno Ulrich y se fueron con él hacia el hangar; le explicaron las últimas incidencias. Sería él quien llevara la propuesta a Alexandria; hablaría con la gente, intentaría persuadirles y esperaría a que votaran antes de regresar. Tendría que tomar píldoras de cureall cada dos horas para no contagiarse.

Reno estaba encantado. Había sido sociólogo antes de hacer de mecánico en la expedición.

—Esto me ofrece la oportunidad de estudiar sus costumbres —dijo con una sonrisa—. Puede que tenga que quedarme allí varias noches. —Le vieron despegar

por una de las ventanas y luego se pasaron por el laboratorio a echar una mirada a los hámsters.

Tres de ellos estaban vivos y saludables, mordisqueando lechuga. Uno era el control; a los otros dos se les había proporcionado dosis de sangre de Pat antes de que entrara en la nave, pero sin tratamiento adicional. Aparentemente, un hámster podía combatir la enfermedad fundente si se le dejaba solo. Los tres tenían fiebre y un bajo cómputo de glóbulos rojos, pero se estaban recuperando. A los tres que habían muerto se les había dado fuertes dosis de adaptador y antihistamínico, de modo que sus cuerpos no habían luchado contra el ataque de la enfermedad.

June echó una rápida mirada a los animales muertos y luego apartó la vista. Yacían retorcidos con un extraño aspecto semifluido, como si estuvieran a punto de disolverse. El último hámster, al que se le había administrado la dosis más fuerte de adaptador, había perdido todo el pelo antes de morir. Estaba todo rosa, como un niño recién nacido.

—No hemos podido encontrar microorganismos —dijo George Barton—. Ninguno en absoluto. No había nada en el cuerpo que no debiera estar allí. Leucosis y anemia. Fiebre en los que han combatido la enfermedad. —Le alargó a Max unos gráficos de temperatura y análisis de sangre.

June salió al pasillo. Su campo era la pediatría y la obstetricia; dejaba la investigación celular a Max, y sólo le ayudaba en las cosas de rutina en el laboratorio. El extraño humor que la había invadido se aclaró bruscamente.

Contándole animadamente un relato de aventuras a la encantadora Sheila Davenport, avanzaba hacia ella un hombre alto, de cabello rojo, y muy hermoso. Era la belleza lo que hacía agradable hablar con Pat, se dijo con sensación de culpabilidad, y era su tremenda vitalidad... Era como encontrarse a un actor de cine en carne y hueso, o al protagonista de las páginas de un libro (Deerslayer, John Clayton, lord Greystoke).

Esperó junto a la puerta del laboratorio y no hizo ningún movimiento para acercarse a ellos, saludándolos con un gesto, una sonrisa y un ligero movimiento de mano. Ellos le sonrieron a su vez.

—Hola, June —dijo Pat, y continuó con su relato. Pero al pasar él la tocó ligeramente en el brazo.

—Eh, Tarzán —dijo ella en son de mofa en voz baja, consciente de que la había oído.

Aquella noche tuvo una pesadilla. Estaba corriendo por un largo pasillo buscando a Max, pero todos los hombres con los que se encontraba eran altos y bronceados, con los cabellos rojos y unos ojos azules muy brillantes, que le tocaban el brazo.

¡El hámster rosa! Se despertó sobresaltada, sintiendo como si hubieran estado

sonando campanas de alarma; escuchó cuidadosamente, pero no se oía nada. Había tenido una pesadilla, se dijo; pero las campanas de alarma seguían sonando en su subconsciente. Algo iba mal.

Tumbada todavía e intentando conservar las imágenes, intentaba darles un significado, pero éste se disipaba con el frío toque de la razón. ¡Maldito pensamiento intuitivo! ¡Un hámster rosa! ¿Por qué tenía que ser tan vago el subconsciente? Volvió a dormirse de nuevo y lo olvidó.

Aquel día comieron con Pat Mead, y al acabar, Pat retuvo a June apoyándole una mano en el hombro y la miró.

—Yo Tarzán, tú Jane —dijo él, y luego se alejó, contestando a los saludos que le dirigían desde otra mesa, como si no le hubiera dicho nada. Ella permaneció un momento indecisa, y luego se dirigió hacia la salida, en donde Max la esperaba.

Estuvo particularmente cariñosa con Max el resto del día y eso le agradó a él. No le hubiera gustado si hubiera sabido la razón. Ella intentaba olvidar la réplica de Pat.

June estaba con Max en el laboratorio, mirando cómo aumentaba un pequeño cultivo de protoplasma procedente de unas hierbas de Minos y escuchando a Len Marlow quejándose de sus problemas.

—Y Elsie se ha pasado todo el día junto a ese grandullón escuchando sus historias. ¡Y luego me dice que lo que sucede es que estoy celoso, que imagino cosas! —Se pasó una mano por los ojos—. Vine de la Tierra para estar con Elsie... Tengo un fuerte dolor de cabeza. Oye, June, ¿no puedes decirle a Pat que acabe de una vez con todo eso? Max y tú sois sus amigos.

—Toma una aspirina —dijo June—. Veremos lo que se puede hacer.

—Gracias. —Len se llevó su tanque de cultivo y salió, preocupado.

Max estaba al final del laboratorio entre botones y medidores, aparentemente inmerso en sus pensamientos. Cuando Len se hubo marchado, preguntó rápidamente:

—¿Por qué animas al muchacho? ¿Por qué le haces concebir esperanzas?

—¿Has encontrado algo acerca de las diferencias en los protoplasmas? —preguntó ella, eludiendo la respuesta.

—¿Por qué dejar que se haga ilusiones? ¿Qué posibilidades tiene contra ese montón de músculos de palabra fácil?

—Pero Pat no va detrás de Elsie —objetó ella.

—Toda mujer casquivana de esta nave va detrás de Pat con la lengua fuera. Brant St. Clair está ahora en el bar. No dice por qué está bebiendo, pero ¿tú crees que Pat se resiste a toda esa multitud de mujeres que se agolpan en torno a él?

—Hay otras cosas además del aspecto físico y el encanto personal —dijo ella, tratando de concentrarse en un microscopio binocular.

—Claro, pero, sean las que sean, Pat las tiene también. ¿Quién está más capacitado para sostener a una mujer y a una familia en un planeta casi sin colonizar

que un bello colono que ha nacido aquí?

—¡Quiero decir —replicó June levantando la cabeza del aparato con inesperada pasión— que existe la vieja amistad, la lealtad, los recuerdos y la personalidad! — Acabó casi gritando.

—Todo eso no vale mucho en el mercado de segunda mano —dijo Max. Se había sentado de nuevo y manipulaba con sus aparatos—. ¡Ahora es a mí a quien le está entrando dolor de cabeza! —sonrió maliciosamente—. Un auténtico dolor de cabeza. Y por los problemas de los otros, además.

Por los problemas de los otros... Ella se levantó y se puso a deambular por los largos y sinuosos pasillos.

«Yo Tarzán, tú Jane», repetía en su cabeza la voz de Pat. ¿Por qué tenía que ser aquel hombre tan atractivo, tan brillante en contraste con Max? ¿Por qué no podía seguir adelante el universo sin originar problemas de triángulos amorosos?

Se dirigió por las rampas hasta el comedor, donde el día anterior habían estado comiendo y charlando. Estaba vacío a excepción de una pareja que charlaba ante un par de cafés fríos.

Ella se volvió y regresó por los largos corredores en espiral que llevaban a la farmacia y al dispensario. Estaba vacío. George debía de estar en el laboratorio que había al lado, donde podía oír si alguien venía a buscarle. En un rincón había un expendedor automático de estimulantes y eufóricos inofensivos, brillantemente decorado con atractivos dibujos y con su tabulador automático encendido encima.

Recordó que Max tenía dolor de cabeza. Puso una ficha en la máquina y pulsó el botón que correspondía a las cajas de aspirinas, intentando concentrar su atención en el problema de la adaptación de la gente de la nave al planeta Minos. Un acuario con una pequeña cantidad de histamina sería suficiente para convertir un trocito de piel humana en una comunidad de activos y voraces fagocitos que buscarían cada uno por su cuenta algo que comer; pero ¿podrían comer lo suficiente para sobrevivir sin el rico plasma sustentador de la sangre humana?

Después del de las aspirinas, oprimió otro botón para conseguir algo para ella. Luego permaneció en pie mirándolo. Había una cajita con tres píldoras en su mano: Teobromina, un fortalecedor del corazón y un eufórico que proporcionaba confianza en una sola pieza, algo para contener los nervios. Lo había utilizado antes en casos extremos. Extendió una mano y la miró. Estaba temblando. ¡Malditos triángulos!

Mientras miraba su mano se produjo un ruidito en el expendedor automático. Consignaba la utilización de cada uno de los fármacos de todos los expendedores de la nave. Por un momento no pudo encontrar la línea verde de los anodinos y la roja de los estimulantes, y luego vio que casi habían desaparecido.

Había demasiadas personas utilizándolos..., demasiadas como para que el hecho se pudiera explicar por los celos o por desequilibrios psicósomáticos. ¡Era una

epidemia, y sólo había una enfermedad posible!

La desinfección de Pat no había tenido éxito. ¡Nucleocat Cureall, exterminador de todas las infecciones, había fallado en este caso! ¡Pat había traído consigo a la nave la enfermedad fundente!

¿Quién estaría afectado?

El expendedor de medicamentos brillaba ligeramente, incomunicativo. Abrió un panel que había a su lado y miró anhelante; en el interior de la puerta vio algunas indicaciones... «Para examinar los registros rebobinar antes...»

Al cabo de unos pocos pero eternos minutos tenía la respuesta. En la cafetería, a las horas de la comida y del desayuno, treinta y ocho de los cuarenta y ocho hombres que había en la nave habían ingerido más estimulantes de lo normal. Veintiuno habían tomado también aspirinas. ¡La única mujer que había hecho una compra inusual era ella!

Se acordó de los hámsters que habían combatido la enfermedad con un breve acceso de fiebre y examinó los registros del día anterior. Se había producido un ligero aumento en la venta de aspirinas a las mujeres a última hora de la tarde. Las mujeres estaban a salvo.

¡Eran los hombres los que tenían la enfermedad fundente!

La enfermedad fundente los mataría en unas horas, de acuerdo con lo que había contado Pat Mead. ¿Cuánto haría que los hombres estaban enfermos?

En el momento en que ella salía, Jerry entraba en la farmacia, introdujo su ficha y extrajo una caja de aspirinas de la máquina.

Ella se sentía bien. Lograba dominarse y podía incluso caminar por el pasillo sonriendo a la gente con la que se cruzaba. Tomó el ascensor de emergencia hasta la sala de control y mostró sus credenciales al técnico que estaba de vigilancia.

—Emergencia médica. —En el pequeño panel de control que había en una esquina había un gran botón rojo claramente etiquetado. Meditó un momento y luego tomó el teléfono de la sala de control. Esta era la parte más difícil, decírselo a alguien, especialmente a alguien que tenía la enfermedad... Max.

Marcó el número, y cuando sonó el timbre al otro lado de la línea y él contestó, le dijo lo que había visto.

—Ninguna mujer, sólo los hombres —repitió él—, ¿no es así?

—Sí.

—Probablemente se trata de algo químicamente alienígena, que se inhibe frente alguna de las hormonas femeninas. Probaremos con píldoras de hormonas femeninas, si tenemos. ¿Desde dónde me estás llamando?

Ella se lo dijo.

—Está bien. Dale otra oportunidad al Nucleocat Cureall. Puede que esta vez resulte. Presiona ese botón.

Ella se dirigió hacia el panel y presionó el gran botón rojo. A lo largo de todo el *Explorer* los timbres cobraron vida y comenzaron a sonar con un terrible estruendo, puertas de emergencia se abrieron, aparatos mecánicos se movilaron y multitud de voces mecánicas comenzaron a dar órdenes urgentes.

Se había desencadenado la epidemia.

Ella obedeció las órdenes mecánicas, salió al pasillo y caminó en fila con los demás. El capitán iba delante de ella y la maravillosa Sheila Davenport se situó a su lado.

—Esta mañana parezco una bruja. ¿Significará esto que estoy enferma? ¿Lo estamos todos?

June se encogió de hombros, incapaz de decir lo que sabía.

Los demás llegaron al corredor procedentes de las habitaciones. Cuando estuvo allí hasta el último de los pasajeros, comenzó a sonar el suave siseo de los desinfectantes. Tras ellos, a los talones de la última persona de la fila, segmentos de la nave se cerraron de golpe y comenzó el silbido.

Descendieron por el corredor en espiral hasta que llegaron a la sección de tratamiento médico, y allí aguardaron sin romper la fila.

—No me dejarán marcas en los brazos, ¿verdad? —preguntó Sheila con aprensión, mirando sus suaves y hermosos brazos.

La voz mecánica dijo:

—El siguiente. Entre, por favor, y deje libre la puerta.

—En absoluto —la tranquilizó June, y penetró en el cubículo.

Dentro se le ordenó dirigirse de cubículo en cubículo, mientras le rociaban con *sprays* y radiación, tomaban muestras de su sangre y le inyectaban Nucleocat y otras sustancias protectoras. Finalmente le ordenaron dirigirse a otra puerta y penetró en un cubículo en el que había una silla.

—Tiene que esperar aquí —ordenó la voz mecánica—. Dentro de veinte minutos la puerta se abrirá y podrá salir. Las personas que ya han sido tratadas pueden entrar en las partes de la nave que ya han sido protegidas. Queda prohibido entrar en los lugares en cuarentena o no esterilizados sin permiso de los oficiales médicos.

Se abrió la puerta y pudo salir de nuevo a las brillantes luces, sintiéndose como apaleada.

Estaba en la clínica. Había algunos hombres sentados en el borde de las camas y parecían enfermos. Uno de ellos estaba tumbado. Brant y Bess St. Claire estaban sentados juntos, sin hablar.

Se le acercó George Barton, mientras leía un termómetro con expresión confundida.

—¿Qué sucede, George? —preguntó ella, anhelante.

—Algunas de las mujeres tienen un poco de fiebre, pero ya les está desapareciendo. Ninguno de sus compañeros tiene, pero sus glóbulos blancos aumentan, los rojos disminuyen y mi criterio es que están enfermos.

Ella se aproximó a St. Claire. Sus mejillas, normalmente sonrosadas, estaban pálidas, su pulso era débil y demasiado rápido y tenía la piel como húmeda.

—¿Cómo va la jaqueca? ¿Mejora con el tratamiento de Nucleocat?

—Me siento peor.

—Es mejor que prepares camas —le dijo a George—. Haz que todos pasen de nuevo por la clínica.

—Ya se está haciendo —le aseguró George—. Hal se ocupa de ello.

Ella regresó al laboratorio. Max paseaba arriba y abajo, pasándose mecánicamente las manos por sus negros cabellos. Se detuvo cuando la vio y le preguntó pensativo:

—¿Siguen enfermos? —Era más una afirmación que una pregunta.

Ella asintió con la cabeza.

—El cureall no curó esta vez —murmuró—. Eso nos obliga a actuar a nosotros. Tenemos la enfermedad fundente, y de acuerdo con Pat y los hámsters, nos queda menos de un día para averiguar de qué se trata y ver cómo podemos detenerla.

Bruscamente, se le ocurrió otra idea y se dirigió a una mesa para hacer una nueva prueba. Trabajaba rápidamente, haciendo de vez en cuando un movimiento incoordinado que rompía su eficiencia habitual.

Resultaba extraño ver a Max preocupado y asustado.

Ella se sentó en una de las mesas del laboratorio y comenzó a trabajar. Lo hacía en silencio. Hal y George Barton se apresuraban en su lucha contra la muerte de los casos más avanzados, intentando ganar tiempo para Max y para el trabajo de June. El problema de la epidemia habían de resolverlo ellos dos solos. Estaba en sus manos.

Otra prueba, sin resultados. Otra prueba, sin resultados. Las manos de Max temblaban y se detuvo a tomar unos estimulantes.

June salió un momento, encontró a Bess y le encargó que dijera a las demás mujeres que vigilaran si sus compañeros estaban demasiado enfermos para seguir con sus tareas habituales.

—Pero díselo con cuidado. No queremos asustar a los hombres.

Permaneció en la enfermería el tiempo suficiente para ver que su consejo era repetido a otras mujeres, las cuales recibían la noticia con el rostro pálido y los labios apretados; luego regresó al laboratorio.

Otra prueba. No había señal de microorganismo alguno en la sangre de los enfermos, simplemente un aumento enorme de leucocitos y fagocitos, como si se organizaran para repeler una invasión.

Len Marlow había caído inconsciente sobre los comentarios y las conclusiones

escritas de Hal Barton.

—Yo tampoco me siento bien —se quejó su ayudante—. El aire parece espeso. No puedo respirar.

June se dio cuenta de que sus labios se habían vuelto azules.

—Falta de oxígeno —le dijo a Max.

—Bajo índice de glóbulos rojos —explicó Max—. Analiza una gota de sangre y mira qué es lo que está pasando. Utiliza la mía; me siento como él. —Ella tomó dos gotas de sangre de Max. El porcentaje era bajo, y disminuía rápidamente.

Respirar resulta inútil si no hay suficientes glóbulos rojos en la sangre. Las personas que descienden por debajo del mínimo mueren por asfixia aunque sus pulmones estén llenos de aire puro. Y el número de glóbulos rojos estaba descendiendo con demasiada rapidez. El tiempo que les quedaba a ella y a Max para seguir trabajando era demasiado corto.

—Que bombeen un poco más de CO₂ por el sistema de aireación —dijo Max por el teléfono—. Pónganlo en el lugar reservado a los hombres en la enfermería.

Entretanto, ella observaba a través del microscopio la muestra de sangre viviente. Era una mancha oscura claramente definida, en la que se movían cosas brillantes, pero no pudo descubrir en ella nada que no debiera estar allí.

—Hal —dijo Max a través del sistema general de altavoces—, suspende los demás tratamientos y concéntrate en la aceleración de la anemia. Trátala como si fuera un envenenamiento de monóxido... CO₂ y oxígeno.

Ella se inclinó sobre una repisa que había bajo su mesa de trabajo, localizó dos cilindros de oxígeno, abrió las válvulas y le tendió una a Max y otra a su ayudante. Parte del tinte azulado desapareció de la cara del ayudante a medida que respiraba. Entonces se concentró con más fuerza sobre su paciente.

—¡No respira, Doc!

Max estaba trabajando en su escritorio, absorto en unas ecuaciones de catálisis de hemoglobina.

—Len ha muerto, Doc —dijo su ayudante.

—Practícale la respiración artificial y ponle en un tanque de regeneración —dijo June sin levantar la vista del microscopio—. ¡Date prisa! Hal te indicará cómo hacerlo. La oxidación y la acción mecánica ejercida sobre el corazón le mantendrán vivo. Mete en un tanque a todo el que parezca estar agonizando. Haz que te ayuden algunas mujeres y las informas de las instrucciones que antes te haya dado Hal.

Los tanques se utilizaban normalmente para suspender la animación en un baño nutritivo mientras era regenerado cualquier órgano enfermo. Podía preservar la vida de un cuerpo casi totalmente destruido durante los tratamientos normales de desintegración y regeneración en los casos de cáncer y vejez, y podían fomentar la curación mientras continuaba la destrucción..., pero no podían evitar la muerte

definitiva mientras la enfermedad no hubiera sido vencida.

La gota de sangre del microscopio de June era un gran campo oscuro y en su interior, sólidamente destacadas por el efecto estereoscópico, se movían las claras formas de los glóbulos rojos. Iban de un lado a otro, flotando en la nebulosa masa de leucocitos que se arrastraba por la cubierta de vidrio. No había suficientes corpúsculos rojos, y ella notaba que disminuían ante su vista mientras los observaba.

Fijó su atención en uno de los hematíes, sin siquiera pestañear por miedo a perderse lo que iba a sucederle. Era un pequeño botón rojo que se alargó al amontonarse con los demás e hizo un movimiento circular cuando pasó junto a un leucocito.

Luego, bruscamente, la célula desapareció.

June miraba perpleja el lugar en donde había estado. ¿Adónde había ido?

Tras ella, Max estaba hablando de nuevo por el sistema de altavoces:

—Habla el doctor Stark. Necesitamos a algún técnico que conozca el manejo de los tanques de vida. Es una emergencia.

—Necesitaremos cuarenta y siete tanques —dijo June con voz tranquila—. Hay cuarenta y siete hombres.

—Necesitaremos cuarenta y siete —repitió Max por el altavoz. Su voz no vaciló—: Envíenlos por el corredor. Hagan que se conecten a las extensiones.

El eco de su voz regresó a través de los corredores vacíos. Lo que había dicho significaba que todos los hombres de la nave podían estar a punto de sufrir un colapso cardíaco.

June miró sin ver a través del microscopio binocular, intentando concentrarse en sus pensamientos. Por el rabillo del ojo podía ver a Max balanceándose y respirando cada vez con mayor frecuencia aquel frío y abrasador oxígeno puro de los cilindros. En el microscopio podía ver que cada vez había menos células rojas vivas en su gota de sangre. La frecuencia de su descenso se iba acelerando.

Ella no tenía necesidad de mirar a Max para saber lo que le estaba sucediendo en aquel momento. Tendría la piel pálida, los párpados ensombrecidos y los ojos castaños sumidos en sus pensamientos, mientras una mueca irónica deformaría sus labios. Inteligente, fina, sensible, su cara no se le borraba de la mente a June. Resultaba inconcebible que Max pudiera morir. No podía morir. No podía dejarla sola.

Se esforzó por concentrarse en el problema que tenía ante sí. Todos los hombres del *Explorer* habían llegado al mismo punto, dondequiera que se encontraran. Estarían perdiendo sangre, agonizando.

Dirigiéndose hacia la mesa de Max, habló por el intercomunicador:

—Bess, envía a un par de mujeres a que registren toda la nave, habitación por habitación, con una camilla. Asegúrate de que todos los hombres vengan aquí. —

Entonces se acordó de Reno—. Sparks, ¿se sabe algo de Reno? ¿Ha vuelto ya?

Sparks contestó débilmente tras una pausa:

—La última vez que tuve noticias tuyas fue esta mañana. Decía no sé qué acerca de espejos, y que la gente de Pat Mead no eran gente real, sino copias hechas con papel carbón, y gritaba que se había vuelto loco y que debía enviarle al psiquiatra. Pensé que estaba bromeando. No ha vuelto a llamar.

—Gracias, Sparks. —Reno había muerto.

Max marcó un número y habló entrecortadamente por el teléfono:

—¿Estáis todos bien ahí? Olvidaos de los controles. Dejad todo lo que estéis haciendo y dirigíos a los tanques mientras podáis caminar. Si el tanque de alguien no está preparado, que se introduzca en el contiguo.

June volvió a su mesa de trabajo y susurró en su propio teléfono:

—Bess, envía una camilla para Max. Tiene muy mal aspecto.

Tenía que haber una solución. Los tanques podían mantener con vida un cuerpo dañado, obligarle a regenerarse con mayor rapidez; pero no era más que aplazar el momento de la muerte si la enfermedad no había sido controlada. Además, la destrucción proseguiría en los tanques hasta que la solución nutritiva no contuviera más vida que los triunfantes asesinos microscópicos que causaban la enfermedad fundente.

Quedaban ya muy pocos glóbulos rojos en la gota del microscopio y éstos comenzaban a alargarse, retorciéndose lentamente. Llegó un momento en que ya no quedó más que un solo hematíe flotando en el centro. No le quitó la vista de encima mientras el corpúsculo se dirigía hacia el leucocito. Entonces se produjo un ligero movimiento y se desvaneció.

Al principio aquello no significó nada para ella. Luego levantó la cabeza del microscopio y miró a su alrededor. Max estaba sentado ante su mesa, con la cabeza entre las manos y los negros mechones de sus cabellos sobresaliendo entre sus dedos en ángulos extraños. Frente a él, sobre el escritorio, había un lápiz y un papel lleno de fórmulas. Podía apreciar el estado de concentración en que se encontraba por la rígida postura de sus hombros. Todavía estaba pensando. No se había dado por vencido.

—Max, acabo de ver cómo un leucocito apresaba un glóbulo rojo. Sucedió con una velocidad increíble.

—Leucemia —murmuró Max sin hacer un solo movimiento—. ¡Leucemia galopante! Eso cae bajo el dominio del cáncer. Bueno, ésa es parte de la respuesta. Puede ser todo lo que necesitamos. —Sonrió débilmente y alcanzó el micrófono—. ¿Hay alguien en pie todavía ahí? —Su pregunta, emitida con una débil voz, quedó amplificadas por toda la nave—. Hal, ¿estás todavía consciente? Mira, Hal, cambia todos los programas, cambia los programas y prepáralos para la regeneración. Durante una semana. Esto es como la leucemia. ¿Lo entiendes? Como la leucemia.

June se levantó. Había llegado el momento de encargarse de todo el trabajo. Se inclinó sobre su mesa y habló por el sistema de altavoces.

—Habla el doctor Walton —dijo—. Es para las mujeres. No permitan que los hombres continúen trabajando; se matarían. Vigilen que todos se pongan en los tanques para una profunda regeneración. Pueden ver cómo se hace observando los que ya están programados.

Dos mujeres exhaustas y asustadas aparecieron en la puerta con una camilla. Tenían las manos grasientas de haber estado ayudando a poner debidamente los tanques de regeneración.

—Esa orden te incluye a ti —le dijo a Max con ternura, sujetándole, pues estaba a punto de caer.

Max miró a las mujeres que transportaban la camilla.

—Diez minutos más —dijo con voz clara—. Puede que me surja una idea. Hay algo que no va bien en todo esto. Debo intentar prevenir una recaída, saber cómo comenzó todo.

Max sabía más acerca de bacterias que ella; tenía que ayudarle a pensar. Les hizo un gesto a las camilleras para que esperaran y le colocó una máscara para respirar, conectada a un tanque de CO₂ y a otro de oxígeno. Max regresó a su escritorio.

Entretanto, ella paseaba por la habitación, intentando pensar, acordándose de los hámsters. Se la llamaba la enfermedad fundente. Fundente. Tuvo que luchar con un impulso de abrir uno de los tanques que contenía a un hombre. Deseaba mirar dentro, ver si con ello podía explicarse aquel nombre.

Enfermedad fundente...

Se oyeron unos pasos y apareció Pat Mead en la puerta, vacilante. Alto, bello, rudo, todo un pionero.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —preguntó.

Ella le miró furtivamente.

—Puedes apartarte y no molestar. Estamos muy atareados.

—Me gustaría ayudar —dijo.

—Muy divertido —ella saboreaba con un placer maligno sus palabras—. Todos los hombres se están muriendo porque tú les has traído la enfermedad y quieres ayudar.

Él permaneció de pie, sin moverse, cruzando y separando nerviosamente sus manos.

—Quizá pueda hacer algo. Yo soy inmune. Todos los Mead lo son.

—Vete. —Dios, ¿por qué no podía concentrarse? ¿Qué era lo que hacía inmune a los Mead?

—Vamos, déjale —susurró Max—. Pat no ha hecho nada. —Luego volvió su atención al microscopio, tomó con un dedo una fina lámina y la deslizó bajo las

lentes con la destreza de un profesional—. Está sucediendo algo divertido —le dijo a June—. Los síntomas no son los adecuados.

Al cabo de un momento le hizo una señal a ella para que mirara también.

—Leucocitos, fagocitos... —murmuraba—. Mis propios...

Ella miró por el aparato y luego levantó la vista y lanzó una mirada de horror a Pat.

—¡No son los tuyos, Max! —murmuró.

Max puso una mano sobre la mesa para sujetarse, aplicó un ojo al microscopio y observó de nuevo. June sabía lo que estaba viendo. Fagocitos, leucocitos, atacando y devorando sus tejidos como una horda increíble que crecía y se multiplicaba de manera demencial.

¡No son sus fagocitos! ¡Son los de Pat! Las células evolucionadas de los Mead habían aprendido demasiado. Eran contagiosas. Y las de Pat Mead... ¿Eran tan parecidos los Mead? ¡Los Mead se contagiaban sus células entre sí, pero no como una enfermedad que atacaba y que debía ser combatida, sino como leucocitos normales! Los leucocitos de aquella gente alta de cabello rojo no eran extraños en la corriente sanguínea de ningún ser de su especie, alto, de cabello rojo. No eran extraños... Un omnipotente leucocito que encontraba su camino en úteros celulares...

La vida casi uterina de los tanques. Para los hombres del *Explorer* se trataba de una semana de cura en la que se produciría una completa fusión y luego vuelta al tejido normal; después, regeneración a partir de las células que había allí, en los tanques. A partir de las células que había allí. *A partir de las células que había allí...*

—¡Pat, los gérmenes son tus células!

Como un loco, Pat comenzó a reír y su rostro se deformó en una horrible mueca. Había comprendido.

—Comprendo. Sí, ya lo comprendo. Tengo una personalidad contagiosa. Divertido, ¿no es cierto?

Súbitamente, Max levantó la vista del microscopio y se tambaleó. Pat le sostuvo al ver que se caía y las camilleras se lo llevaron a los tanques.

Durante una semana June atendió los tanques. Las otras mujeres se habían ofrecido voluntarias para ayudarla, pero ella las había rechazado. Tampoco les dijo nada sobre lo que pensaba, esperando que sus suposiciones no fueran ciertas.

—¿Va todo bien? —le preguntó Elsie con ansiedad—. ¿Cómo está Len? —Elsie parecía cansada, como si hubiera trasnochado, lo mismo que las otras mujeres. Estaban realizando el trabajo de los hombres además del suyo propio.

—Se encuentra bien —contestó June con una voz monótona, señalando la puerta de la habitación de los tanques—. Todos se encuentran bien.

—Estupendo —dijo Elsie, pero parecía más asustada que antes.

June cerró con firmeza la puerta de la habitación que contenía los tanques y la joven se marchó.

Las demás mujeres habían estado escuchando y ahora regresaban a sus trabajos, insatisfechas con la respuesta de June, pero sin atreverse a preguntar la verdad. Ellas estaban allí siempre que June entraba en la habitación de los tanques, y allí continuaban todavía (ellas o sus relevos, June no estaba segura) cuando salía. Y siempre había una que le formulaba invariablemente aquella pregunta en nombre de todas, y June le daba invariablemente la misma respuesta. Pero seguía guardando la llave. Nadie a excepción de ella sabía lo que estaba sucediendo en los tanques de vida.

Finalmente llegó el día en que se completaba la regeneración. June no le había dicho a nadie la hora exacta. Se introdujo en la habitación como los demás días, cerró la puerta tras ella, y de nuevo la asaltó la pesadilla. Pero esta vez era realidad y caminó por el sendero que dejaban las hileras de unos tanques que parecían féretros, gritando «¡Max! ¡Max!» para sí y mirando en el interior de cada uno a medida que se iban abriendo. Pero cada rostro que la miraba era igual al anterior. Mientras había estado contemplando cómo se disolvían y se regeneraban en la solución nutritiva, ella sólo había sido capaz de imaginar el horror de lo que estaba sucediendo. Ahora lo veía con certeza.

Todos ellos eran iguales: huesos largos, rostro de piel clara, vello rojizo en pecho y cabellos rojos muy cortos en la cabeza. Todos ellos horriblemente (y bellamente) iguales.

Un equipo módico yacía descuidadamente sobre el suelo junto al tanque de Max. Ella se quedó de pie junto al maletín.

—Max —dijo, y se dio cuenta de que su garganta estaba cerrada. La voz en conserva del aparato mecánico se mofaba de ella, dando órdenes con soltura acerca de cómo debían y no debían hacerse las cosas—. Lo siento, Max...

El hombre alto de toscas facciones y brillantes ojos azules se incorporó adormilado y la miró; se pasó la mano por los cabellos en un gesto de desconcierto.

—¿Qué sucede, June? —preguntó, soñoliento.

Ella le tomó de un brazo.

—Max...

Él comparó el tamaño relativo de su brazo con la mano de la mujer y dijo asombrado:

—Has menguado.

—Lo sé, Max. Lo sé.

Entonces volvió la cabeza y contempló sus brazos y sus piernas, brazos cubiertos por un vello rubio claro y piernas de pelo rojizo. Se tocó la carne de su grueso brazo izquierdo.

—No es la mía —dijo con sorpresa—. Pero la siento.

Mirar su cara era como mirar la de un desconocido que mimetizara, distorsionándolas, las expresiones de Max. De un Max asustado. De un Max que intentaba comprender lo que le había pasado y que miraba a su alrededor hacia los tanques en donde se encontraban los demás hombres. De un Max que sentía dentro de sí el mismo terror que ella, y que los demás hombres, a medida que miraban sus cuerpos y los de sus amigos y se daban cuenta de los cambios originados.

—Nos hemos convertido todos en Pat Mead —dijo ásperamente—. Todos los Mead son Pat Mead. Por eso se sorprendió tanto cuando vio por primera vez gente que no era igual que él.

—Sí, Max.

—Max —repitió él—. Sí, soy yo. El sistema nervioso no ha cambiado. —Sus nuevos ojos azules sostuvieron la mirada de la mujer—. Yo sigo estando aquí dentro. ¿Me quieres, June?

Ella no podía saberlo todavía. Había amado a Max con su delgada e irónica cara, con su cabello negro y con su torcida sonrisa que nunca empañaba su simpatía. Ahora era Pat Mead. ¿Podía ser también Max?

—Pues claro que todavía te quiero, cariño.

Él sonrió. Aquélla era todavía la retorcida sonrisa de Max, pero extrañamente acoplada sobre aquella bella y rubia cara nueva.

—Entonces todo esto no es tan malo. Incluso puede resultar algo muy bueno. Yo envidiaba su enorme y musculoso cuerpo. Si Pat o cualquiera de los otros Mead te mirase, lo derribaría. Ahora puedo hacerlo.

Ella se echó a reír. No es que le resultara divertido, pero aquel hombre seguía siendo Max, un Max que intentaba no tener miedo, que seguía bromeando. Tal vez el resto de los hombres mantenía también su antiguo yo, lo suficientemente acusado como para que las mujeres no los consideraran como a unos extraños.

Tras ella, voces masculinas sonaban con sus acentos peculiares. No necesitaba volverse para saber quién era quién.

—Esta es una buena forma de impedir que un tipo te robe a tu novia —estaba diciendo Len Marlow.

—Tengo que anotar las reacciones —decía Hal Barton.

—Ahora podré trabajar con facilidad aquella veta de metal de la colina. —Era la voz de St. Clair. Luego la voz de los otros quejándose, lanzando juramentos, riéndose amargamente por la broma que les habían gastado a ellos y a sus coquetas mujeres. Ella podía reconocerles a todos. Sus mujeres también sabrían hacerlo.

—Salgamos fuera —dijo Max—. Tú y yo. Tal vez el trauma no sea tan violento para las mujeres después de verme a mí. —Hizo una pausa—. Porque tú no se lo has dicho, ¿verdad?

—No podía. No estaba segura. Yo... esperaba estar equivocada.

Abrió la puerta y luego la cerró rápidamente. Una pequeña multitud se había ido congregando al otro lado.

—Hola, Pat —dijo Elsie, insegura, intentando mirar entre sus cuerpos al interior de la habitación de los tanques antes de que se cerrase la puerta.

—Yo no soy Pat. Soy Max —dijo aquel hombre alto de ojos azules y rojiza cabellera rapada—. Escuchadme...

—Dios mío, Pat, ¿qué ha pasado con tu pelo? —le preguntó Sheila.

—Soy Max —insistió aquel hombre de rostro hermoso y agudos ojos azules—. ¿No lo comprendéis? Soy Max Stark. La enfermedad fundente son las células de los Mead. Pat nos las contagió. Y ellas nos adaptaron a Minos. Pero también nos convirtieron en Pat Mead.

Las mujeres le miraban perplejas y se miraban entre sí. Movían negativamente sus cabezas.

—No lo comprenden —dijo June—. Yo tampoco lo comprendería si no supiera lo que está pasando, Max.

—Es Pat —decía Sheila, sumida en la confusión—. Se ha afeitado la cabeza. Sin duda se trata de una broma.

Max la tomó por los hombros y la sacudió, mirándola a los ojos.

—Soy Max, Max Stark. Y todos los demás se parecen a mí. ¿Me oyes? Puede que resulte divertido, pero no es una broma. ¡Reíos con nosotros, en nombre de Dios!

—Es demasiado para ellas —dijo June—. Han de verlo con sus propios ojos.

Abrió la puerta y les permitió entrar. Ellas echaron a correr entre los tanques, buscando a sus compañeros entre las cuarenta y seis caras rubias idénticas, llamándoles con voces asustadas:

—¡Jerry!

—¡Harry!

—Lee, ¿dónde estás, cariño?

June cerró la puerta, abrumada por el sonido de todas aquellas voces que cada vez se hacían más histéricas, las de las mujeres llenas de terror, las de los hombres pugnando por sobresalir por encima de las de los demás para atraer sobre ellos la atención de sus mujeres.

—No resulta fácil de aceptar —dijo Max, mirando sus propios músculos, grandes y poderosos—. Pero tú no has cambiado, ni las otras tampoco. Y eso ayuda.

Por encima de aquella algarabía de gritos histéricos se oía el sonido de un timbre.

—Es la compuerta de entrada —dijo June.

Mirando a través de la ventanilla había nueve Meads procedentes de Alexandria. Ocho de ellos eran Pat Meads de diversas edades, desde los quince a los cincuenta años, y el noveno era una bella joven, alta, esbelta y de cabellos rojos que podía ser

perfectamente su hermana.

Llenos de pesar, les explicaron a través de los comunicadores que venían de Alexandria para notificarles que el piloto que habían enviado había contraído la enfermedad fundente y había muerto.

Deseaban entrar en la nave.

June y Max les dijeron que esperasen y volvieron a la habitación de los tanques. Los hombres estaban disfrutando de su nueva fuerza y estatura, y las mujeres iban aprendiendo, llenas de estupor, que podían distinguir a un Pat Mead de otro por la voz y los gestos de la cara o de las manos. El pánico había desaparecido, para dar paso a una actitud de aceptación de la nueva y fantástica situación.

Max reclamó su atención.

—Hay nueve Meads fuera que desean entrar. Tienen nombres diferentes, pero todos son Pat Mead.

Un estremecimiento les recorrió a todos y quedaron sin saber qué hacer, hasta que George Barton dijo:

—¿Por qué no les dejamos entrar? No veo ningún inconveniente.

—Uno de ellos —advirtió Max— es una mujer. *Patricia* Mead. Ella también quiere entrar.

Se produjo un prolongado silencio mientras todas las implicaciones de aquella situación iban tomando forma en la mente de las mujeres, sumiéndolas en el terror. La bella Sheila fue la primera en verlo con claridad.

—¡No! —gritó—. ¡Por favor, no le permitáis pasar! —Estaba realmente asustada y las mujeres captaron inmediatamente este sentimiento en el tono de su voz.

Elsie se echó en brazos de Len, suplicándole:

—Tú no quieres que yo cambie, ¿verdad, Len? ¡Tú me quieres tal y como soy! ¡Dime que es así!

Las demás mujeres retrocedieron. Era ilógico, pero humano. June sintió que el terror brotaba dentro de ella. Sin embargo, levantó la mano para acallarlas y expuso las necesidades del grupo.

—Sólo la mitad de nosotros puede abandonar Minos —dijo—. Los hombres no pueden comer la comida de la nave; ahora están acondicionados a este planeta. Las mujeres podemos irnos, pero tendremos que hacerlo sin los hombres. Por otra parte, no podemos salir sin la certeza de que nos contagiaremos, y no podemos pasarnos el resto de nuestras vidas en cuarentena dentro de la nave. George Barton tiene razón..., no hay ningún inconveniente.

—¡Pero nos veremos obligadas a cambiar! —aulló Sheila—. ¡Yo no quiero convertirme en una Mead! ¡No quiero ser sino lo que soy!

Echó a correr hacia el pasillo. Se produjo una breve vacilación y luego, una por una, las mujeres se fueron marchando hacia allí, hasta que sólo quedaron Bess, June y

otras cuatro.

—¡Oíd! —gritó Sheila—. ¡Hemos realizado una votación! ¡No podemos permitir que la mujer entre!

Nadie dijo nada. Cambiar, ser otra persona..., la idea era extraña y aterradora. Los hombres se miraban impotentes, como si se miraran en unos espejos. Pegadas a la pared del pasillo, las mujeres les miraban llenas de terror, muy juntas. Eran un solo hombre en cuarenta y siete posiciones. Uno de ellos hizo un movimiento hacia Elsie y ésta retrocedió horrorizada.

—¡No, Len! ¡No deseo cambiar!

Max se agitó nervioso. Su irónica sonrisa, adaptada a su nueva cara, había adquirido un tinte de piedad.

—Nosotros, los hombres, no podemos irnos, y vosotras, las mujeres, no podéis quedaros —dijo con tristeza—. ¿Por qué no permitís que entre Patricia Mead? ¡Eso lo solucionaría todo!

June extrajo un espejito del bolsillo de su cinturón y contempló su cara, consciente de que Max hablaba forzado, de que los demás hombres estaban sumidos en un profundo silencio y de que las mujeres rogaban por su integridad. Su cara..., su propia cara, con sus ojos azul oscuro, su pequeña nariz, sus grandes labios..., la mente y el cuerpo son inseparables; su cara formaba parte de su mente. Volvió a guardar el espejo.

—¡Me mataré! —exclamó Sheila, sollozando—. ¡Prefiero morir!

—Tú no quieres morir —le decía Max—. ¿No comprendes que no hay más que una solución...?

Todos estaban mirando a Max. June salió en silencio de la habitación de los tanques y se dirigió a la compuerta de entrada. Abrió las válvulas que permitirían la entrada de la hermana de Pat Mead.

LOS HABITANTES DEL VIENTO

(The Wind People)

Marion Zimmer Bradley

Marion Zimmer Bradley ha estado escribiendo ciencia ficción desde 1953. Hasta esa fecha, había sido una apasionada lectora del género. Se la conoce sobre todo por su serie de libros acerca del planeta Darkover. Es la autora de Sword of Aldones (Ace), nominada para el premio Hugo 1963. Entre sus novelas destacan The World Wreckers (Ace), The Bloody Sun (Ace), Hunters of the Red Moon (DAW Books), Darkover Landfall (DAW Books) y Spell-Sword (DAW Books). Ha dedicado la mayor parte de su tiempo a escribir, pero es también miembro de la Tolkien Society y es compositora y cantante semiprofesional. Vive en California.

Los habitantes del viento se publicó por primera vez en la revista If. Es la historia de una mujer que decide quedarse en un mundo desconocido con su hijo. Cambiante y misteriosa, ofrece diversas interpretaciones a su trágico desenlace.

Había sido una larga permanencia para la tripulación del *Starholm*, en busca de elementos pesados para combustible... Ocho meses en un idílico paraíso verde; un mundo dulce, azotado por el viento, susurrante, habitado únicamente por árboles y corrientes de aire. Pero finalmente mostraba su único y peculiar problema.

Concretamente, enfrentaba al capitán Merrihew con el problema de Robin, varón, de padre desconocido, que había nacido un día antes, y un mes prematuramente, de la doctora Helen Murray.

Merrihew la había encontrado en el suelo de la cabaña que albergaba el laboratorio, pálida y tranquila, con el niño a su lado.

La pequeña cabaña, toscamente construida a base de planchas de madera verde, se levantaba en un claro del bosque que el *Starholm* había utilizado como base de operaciones durante su estancia en el planeta; era un hermoso lugar situado en un amplio valle, junto a un profundo y caudaloso río, en uno de sus meandros. La tripulación, cansada de permanecer encerrada en la nave, había construido fuera media docena de cabañas a lo largo de aquellos ocho meses.

Merrihew miró a Helen. Luego le espetó:

—Es una bonita situación. Tú, de entre toda la gente de esta condenada tripulación..., ¡el médico de la nave! Es... es... —incapaz de articular los sonidos a causa de la rabia, acabó soltando una frase ridículamente inadecuada—: Es... ¡un descuido criminal!

—Lo sé. —Helen Murray, demasiado joven y demasiado hermosa para ser oficial de una nave que tenía como objetivo un viaje de diez años, parecía todavía débil y pálida, y su voz era una dulce sombra de su vigorosa personalidad—. Me temo que cuatro años en el espacio me han vuelto poco cuidadosa.

Merrihew rumiaba sus pensamientos mientras la contemplaba. Había algo en las condiciones de gravedad de la nave que, aunque no afectaba la potencia, hacía imposible la concepción; ningún niño había sido concebido en el espacio y ninguno lo sería. En los planetas, el efecto se iba pasando lentamente, y por eso hasta que no hubieran pasado tres meses, la doctora Murray no había comenzado a administrar anticonceptivos a las veintidós mujeres de la tripulación, ella incluida. Por entonces aún ignoraba que estaba embarazada.

Fuera, el bosque frondoso susurraba, y Merrihew sabía que Helen había vuelto a ignorar su existencia. El bebé estaba envuelto en una manta y yacía junto a ella. A Merrihew le parecía un mono peludo, pero los ojos de Helen ardían de pasión mientras le acariciaba suavemente la cabeza.

Él permanecía de pie, escuchando el sonido del viento, y de vez en cuando hacía comentarios tales como:

—Estas cabañas no van a tardar un mes en caer hechas pedazos. No importa, para entonces ya nos habremos ido.

En aquel momento entró en la cabaña la doctora Chao Lin; era una mujer angulosa, de unos treinta y cinco años.

—¿De tertulia, Helen? —dijo—. Bueno, ya ha llegado el momento. Déjame que me lleve a Robin.

Helen dijo, protestando débilmente:

—Me estás mimando demasiado, Lin.

—Te hará bien —insistió Chao Lin.

Entonces, Merrihew explotó en un súbito arrebato de furia y frustración:

—Maldita sea, Lin. Estás estropeándolo todo. ¡El niño morirá en cuanto entremos en el hiperespacio, y tú lo sabes tan bien como yo!

Helen se incorporó, protegiendo a Robin con sus brazos.

—¿Estás proponiendo acaso que le ahogemos como a un gato?

—Helen, yo no estoy proponiendo nada. Únicamente constato un hecho.

—Pues no es un hecho. No va a morir en el viaje, porque no estará a bordo cuando éste se realice.

Merrihew miró a Lin con impotencia, pero la expresión de su rostro se dulcificó.

—¿Vamos a... ponerle a dormir y a enterrarle aquí?

La cara de la mujer se puso blanca.

—¡No! —gritó, protestando apasionadamente, y Lin se inclinó para hacer que soltara al niño, al que asía frenéticamente.

—Helen, vas a hacerle daño. Déjale en el suelo. Allí.

Merrihew la miraba trastornado, y, finalmente, dijo:

—No podemos abandonarle y dejar que muera lentamente, Helen...

—¿Quién ha dicho que voy a abandonarle?

Merrihew preguntó lentamente:

—¿Estás pensando en desertar? —Y luego añadió, al cabo de un minuto—: Existe una posibilidad de que sobreviva. Después de todo, su propio nacimiento se produjo en contra de todo precedente médico. Tal vez...

—Capitán —en la voz de Helen había un tono de desesperación—, ni siquiera drogado ha podido sobrevivir un niño menor de diez años un salto por el hiperespacio. Un recién nacido moriría en cuestión de segundos. —Atrajo a Robin de nuevo contra ella y dijo—: No hay otra solución... Tienes a Lin como médico y Reynolds puede realizar las tareas de ayudante. Este planeta no está habitado, el clima es suave y es totalmente improbable que muramos de hambre. —Su cara, normalmente tan dulce, se había puesto dura como una roca—. En el informe puedes poner que he muerto, si lo deseas.

Merrihew echó una mirada a Lin y exclamó:

—¡Helen, estás loca!

Ella replicó:

—Aunque ahora estuviera en mi sano juicio, no tardaría mucho en perderlo si abandonara a Robin. —De su voz había desaparecido la nota de excitación, y ahora hablaba de forma racional, pero inflexible—: Capitán Merrihew, para llevarme a bordo del *Starholm* tendrías que drogarme o llevarme por la fuerza; te prometo que no podrás hacerlo de otra forma. Y si lo haces..., y si dejan aquí a Robin, o muere en el viaje, juro solemnemente que me mataré a la primera oportunidad que tenga.

—¡Dios mío! —exclamó Merrihew—. ¡Estás loca!

Helen sonrió débilmente al inquirir:

—¿Deseas llevar una mujer loca a bordo?

Chao Lin dijo con calma:

—Capitán, yo no veo otra solución. Lo hubiéramos hecho así si Helen hubiera muerto realmente en el parto. De entre dos soluciones insatisfactorias, debemos elegir la que ocasione menos daño.

Y Merrihew sabía que no tenía alternativa.

Diez días después de que despegara el *Starholm*, el joven Colin Reynolds, técnico, se suicidaba mediante el procedimiento de abrirse la vena yugular, lo cual (en una gravedad cero) hizo que se distribuyeran varios litros de sangre en forma de grandes glóbulos redondos por todo su departamento. Dejaba una nota incoherente.

Merrihew puso la nota en la papelera y Chao Lin la sangre en el tanque de la enfermería, y lo reportaron como si hubiera sido un accidente; pero Merrihew tenía la desagradable sensación de que la estancia en el planeta verde azotado por los vientos se iba a convertir en una leyenda, difundida entre susurros por la tripulación. Y lo fue. Pero ésa es otra historia.

Robin tenía dos años cuando escuchó por primera vez las voces en el viento. Tiró a su madre del brazo y cantó suavemente, imitándolas.

—¿Qué es, cariño?

—Bonito. —Y cantó de nuevo imitando el sonido distante.

Helen sonrió levemente y le golpeó con suavidad una de sus redondas mejillas. Entonces, Robin cambió súbitamente de interés y dijo:

—Hambre. Robin tiene hambre. Mermelada.

—La mermelada después de comer —le prometió Helen ausente, y le cogió en brazos.

Robin le hizo una caricia.

—¡Mami bonita también!

Ella se echó a reír, como una rosada y joven Diana. Se sentía feliz en su planeta solitario; vivían confortablemente en una de las cabañas mayores y únicamente una ligera arruga entre los ojos denunciaba el terror que se había cernido sobre ella durante los primeros meses, cuando cada día que comenzaba había supuesto una

nueva batalla contra la debilidad, contra los sonidos desconocidos, contra la soledad y el miedo. Aquellas noches que había pasado despierta, temblando de miedo mientras el viento soplaba sin descanso y su imaginación convertía su sonido en voces; aquellos días en que caminaba estúpidamente alrededor de la cabaña o miraba de mal humor a Robin. Había habido momentos (sólo pasajeros y purgados con horas de pena y sentimiento de culpa) en los que había pensado que incluso el horror de perder a Robin en los primeros días hubiera sido menor que el de pasarse el resto de su vida sola allí, momentos en los que se había preguntado por qué Merrihew no se había dado cuenta de que ella estaba desequilibrada y la había obligado a ir con ellos; por entonces todo aquello no sería más que un recuerdo doloroso.

Todavía débil y sabiendo que debía estar fuerte para Robin, o de lo contrario era tan seguro que moriría como en el caso de que le hubiera abandonado, había pasado los primeros meses como una sonámbula. En su sueño a veces caminaba durante días enteros; luego se despertaba y se encontraba con comida que no recordaba haber recogido. Y de alguna forma habían aparecido las voces del sueño; los vientos susurrantes se habían llenado de voces, e incluso de manos.

Había caído enferma y permaneció sin poder levantarse y delirando; entonces escuchó una voz, difícilmente había podido ser la suya, que le había dicho que si se moría las voces del viento cuidarían de Robin... y luego el trauma y la irracionalidad de lo que la había sacado del delirio, temblorosa y agonizante, y la había hecho levantarse y gritar: ¡No!

Y el resplandor de ojos y voces se había difuminado de nuevo hasta convertirse en ecos vagos, y entonces ya no hubo a su alrededor más que el resplandor del sol en las hojas, y Robin, desnudo y regordete, pataleando bajo los rayos solares.

Entonces comprendió que tenía que mantenerse sana. Nunca volvió a escuchar las voces del viento, y su mente vigorosa y científica rechazó la fantástica teoría de que si creía en las voces del viento podría ver sus formas y escuchar sus palabras claramente. Y los rechazó de forma tan rotunda que cuando los oía hablar los echaba fuera de su mente, y al cabo de un tiempo ya no volvió a oírlos más, excepto en sus sueños inquietos.

Por aquel entonces ya había aceptado su aislamiento y la belleza de su mundo y comenzó a prepararle una vida feliz a Robin.

El verano anterior, a falta de otra ocupación (ya que el invierno era templado y no faltaban durante esta estación frutas y raíces), Helen había reunido pacientemente parejas de pequeños animales semejantes a conejos y ahora tenía todo un corral. Le proporcionaron una variación a su dieta y después de unos pocos experimentos desafortunados había descubierto una forma de hacer flexibles sus pieles. No se preocupó de cultivar plantas, aunque pensaba que cuando Robin fuera mayor se ocuparía de ello. Por el momento era suficiente con estar sanos, salvos y protegidos.

Robin estaba *escuchando* de nuevo. Helen aguzó su oído, ya muy fino por el continuo silencio, pero lo único que logró percibir fue el murmullo de las hojas y el viento; lo único que vio fue el brillo del tronco plateado de un árbol.

¿Viento? ¿Cuando no había ramas moviéndose?

—Ridículo —se dijo drásticamente, y tomó al niño en sus brazos, abrazándole antes de colocarle en su cadera—. Mamá no hablaba en serio, Robin. Vamos a buscar moras.

Pero en seguida se dio cuenta de que el niño estaba prestando atención de nuevo a algún sonido que ella no podía escuchar.

Cuando, según sus cálculos, llegó el quinto aniversario de Robin, Helen le hizo una cama especial para él y la colocó en otra de las habitaciones de la cabaña. Él echó de menos el calor del cuerpo de Helen y el reconfortante sonido de su respiración; porque Robin, desde su nacimiento, había sido un niño desvelado.

Sin embargo, la primera noche que pasó solo, Robin se sintió curiosamente liberado. Hizo algo que nunca antes se había atrevido a hacer por miedo a que Helen se despertara: se levantó de la cama y se puso a contemplar el bosque desde la puerta de la cabaña.

Por aquel entonces el bosque estaba muy cerca de la entrada. Robin recordaba vagamente el tiempo en que el claro frente a la casa era más amplio. Ahora, más allá del camino que Helen había mantenido limpio de matas, los matorrales avanzaban otra vez lentamente, e incluso lo que Robin llamaba el «lugar quemado» estaba cubierto por hierbas nuevas.

Robin estaba acostumbrado a permanecer solo durante el día, incluso cuando no tenía más que un año, pues Helen se veía obligada a dejarle, o bien cobijado dentro de la cabaña o en un pequeño patio empalizado. Pero no estaba acostumbrado a quedarse solo durante la noche.

A lo lejos, en el bosque, podía oír los susurros de la otra gente. Helen decía que no había otra gente, pero Robin lo sabía mejor que ella, porque podía escuchar sus voces en el viento, como fragmentos de las canciones que Helen le cantara un día para dormirle. Y a veces podía verlos en las zonas sombrías.

Una vez que Helen había estado enferma, hacía mucho tiempo, Robin había corrido desamparado del patio cercado hasta la habitación interior una y otra vez, hambriento, sucio y furioso, porque Helen no hacía más que dormir en la cama con los ojos cerrados, levantándose solamente para ir tambaleándose de un lado a otro, de la misma forma que él cuando se cayó y se rompió la rodilla; entonces las voces del viento habían penetrado en la propia casa. Robin tenía vagos recuerdos de voces, de manos que le tocaban con más suavidad que las manos de Helen. Pero no podía recordarlo bien.

Ahora que podía oírlos con claridad, saldría en busca de la otra gente. Y así, si Helen se ponía enferma de nuevo, habría otras personas que jugarían con él y se ocuparían de cuidarle. Pensó alegremente: *¿No se llevaría Helen una sorpresa?*, y echó a correr por la explanada.

Helen se despertó, no a causa de ningún sonido, sino del silencio reinante. No oyó la suave respiración de Robin desde la otra alcoba y al cabo de un momento se dio cuenta de algo más:

El viento estaba en silencio.

Pensó que tal vez se aproximaba una tormenta. Un cambio en la presión del aire podía causar aquella calma; pero ¿y Robin? Fue de puntillas hasta su alcoba. Como había sospechado, su cama estaba vacía.

¿Dónde podría estar? ¿En el claro frente a la casa? ¿Con la tormenta que se aproximaba? Se calzó unas sandalias hechas a mano y echó a correr fuera, rompiendo el silencio del bosque con sus gritos:

—¡Robin..., Robin!

Silencio. Y muy a lo lejos, un débil y ominoso susurro. Y por primera vez desde aquel terrible año de soledad se sintió perdida, sola en un mundo extraño. Atravesó la explanada corriendo, buscándole desesperadamente con la mirada, intentando decidir qué camino había de tomar. ¿Hacia el bosque? ¿Y si se había ido al río? Había un lugar en que la orilla se elevaba, donde se producían los rápidos..., su garganta se cerró convulsivamente, y su llamada se convirtió casi en un aullido:

—¡Robin! ¡Robin, querido! ¡Robin...!

Corrió a través de los senderos abiertos por sus propios pies, prestando atención a los murmullos del viento y de las hojas que súbitamente se habían levantado a la fría luz de la luna. Era la primera vez, desde que la nave partió, que Helen se aventuraba a adentrarse en la noche de su mundo. Llamó de nuevo a su hijo, con la voz quebrada por el pánico:

—¡Ro...bin!

Un súbito fulgor, un reflejo blanco, y un niño apareció en medio del sendero. Helen exhaló un suspiro de alivio y echó a correr hacia su hijo... para, inmediatamente, caer presa de la desolación. No era Robin quien estaba frente a ella. Aquel ser estaba desnudo, era aproximadamente una cabeza más bajo que Robin y era niña.

Había algo curioso en aquella carne desnuda y resplandeciente. Era como si sólo pudiera ver a la niña bajo la luz directa de la luna. Tenía la cara redonda, sin expresión, y rodeada por una masa de cabello sin color, es decir, del color exacto de la luz de la luna. La audible respiración de Helen la había detenido; cerró los ojos convulsivamente y cuando volvió a abrirlos de nuevo, el sendero estaba oscuro y vacío y Robin corría hacia ella a través del bosque.

Helen le tomó en sus brazos con un grito extraño y corrió, apretándole contra su pecho, de vuelta a la cabaña. Una vez dentro atrancó la puerta y puso a Robin en su propia cama, acostándose luego ella, temblorosa, demasiado asustada para hablar, demasiado asustada para reprenderle. Le daba miedo plantearse lo que había sucedido. Había tenido una alucinación, se dijo a sí misma, una alucinación, otro sueño, un sueño...

Un sueño, igual al otro Sueño. Ella le confería la dignidad de ser El Sueño porque no se parecía a ningún otro que jamás tuviera. Lo soñó por primera vez antes del nacimiento de Robin y había sentido vergüenza de contárselo a Chao Lin, por miedo al escepticismo y sentido común que la caracterizaba.

La décima noche de su estancia en el planeta verde (el *Starholm* no era ya más que un oscuro recuerdo), una vez que los científicos de Merrihew se hubieron convencido de que aquel pequeño mundo era un lugar seguro, sin animales salvajes, enfermedades o nativos agresivos, la tripulación había pedido permiso para acampar en el valle despejado de árboles que había junto al río. Una vez concedido el permiso, se habían ido separando por parejas, como era lo usual, e incluso aquellos que en aquel momento no estaban unidos a nadie encontraron compañero para aquella noche.

Tuvo que haber sido aquella noche...

Colin Reynolds era dos años más joven que Helen y su relación, que ya duraba unos cuantos meses, no se basaba tanto en una pasión mutua como en una especie de necesidad infantil en él y de impersonal solicitud femenina en Helen. Todas las relaciones de la joven habían sido así, llenas de compañerismo, agradables, pero nunca apasionadas. No obstante, curiosamente, Helen era una mujer capaz de sentir pasión, una gran devoción; pero ningún hombre se la había despertado y ahora ya nunca sucedería. Únicamente el nacimiento de Robin había despertado en ella emociones profundas.

Pero aquella noche, mientras Colin Reynolds dormía, Helen permanecía despierta, intranquila, escuchando el sonido del viento al agitar las hojas. Al fin se levantó y se dirigió al borde del río, permaneciendo a una prudente distancia de la orilla, y empeñada en escuchar las voces del viento. Al cabo de un tiempo se quedó dormida y tuvo El Sueño, que habría de repetírsele en múltiples ocasiones.

Helen se tenía por una científica, sin lugar para las fantasías, y por eso lo llamaba, inflexiblemente, un sueño; un sueño nacido de algún conflicto no diagnosticado. Ni siquiera se atrevía a rememorarle totalmente.

Había un hombre en su sueño (a ella le parecía que formaba parte de aquel mundo verde y azotado por los vientos), que la había encontrado durmiendo junto al río. Pese a su estado soñoliento, Helen había sospechado que tal vez uno de los otros miembros

de la tripulación, insomne como ella y atraído por el brillo del agua, la había encontrado allí. Tales cosas no son imposibles, siendo como eran las costumbres que imperaban entre los miembros de la tripulación de una nave espacial.

Pero a ella, en su semivigilia, le había parecido que había ciertos caracteres alienígenos en él, que le impedían verle con claridad incluso a la brillante y verdosa luz de la luna. Ningún sueño ni ningún hombre le habían parecido nunca tan llenos de vida; fue sólo su radical racionalización del sueño lo que la mantuvo en silencio cuando meses más tarde había descubierto, para su horror y secreta desesperación, que estaba embarazada. Sentía que se hubiera librado de la presión de aquel sueño si hubiera reconocido abiertamente que Colin era el padre del niño.

Pero en un primer momento (en la fría y verde mañana que amaneció) no había estado del todo segura de que se tratara de un sueño. Al ver las hojas inundadas por la luz del sol había reprimido su impulso de hablar por miedo a hacer el ridículo; no podía ir preguntando a todos los hombres del *Starholm*: «¿Has sido tú el que se acercó a mí anoche? Porque si no has sido tú, entonces es que hay otros hombres en este mundo, hombres que no pueden ser vistos claramente a la luz de la luna.»

Recordaba que los hombres de Merrihew habían afirmado que aquel mundo estaba deshabitado, y deshabitado debía estar. Cinco años más tarde, estrechando contra sí a su hijo dormido, Helen recordaba el sueño, analizaba sus fantasías repitiéndose una vez más: «Tuve una alucinación. No fue más que un sueño. Un sueño, porque yo estaba sola...»

Cuando Robin cumplió los catorce años, Helen le contó la historia de su nacimiento y le habló de la nave.

Era un muchacho alto y silencioso, fuerte y atrevido, pero nada hablador; escuchó la historia en silencio y luego se quedó mirando a Helen durante un rato. Finalmente, dijo en un susurro:

—Podías haber muerto..., renunciaste a muchas cosas por mí, ¿verdad, Helen? — Se arrodilló y le tomó la cara entre las manos.

Ella sonrió y se separó un poco de él.

—¿Por qué me miras así, Robin?

El muchacho no pudo traducir en palabras sus pensamientos; las emociones no estaban en su vocabulario. Helen le había enseñado todo lo que sabía, pero siempre le había ocultado sus sentimientos a su hijo. Él le preguntó al fin:

—¿Por qué no se quedó mi padre contigo?

—No creo que se le pasara por la cabeza —contestó Helen—. Se le necesitaba en la nave. Perderme a mí ya era suficientemente malo.

Robin dijo apasionadamente:

—¡Yo me hubiera quedado!

La mujer se echó a reír.

—Bueno, en realidad eso es lo que hiciste, Robin.

—¿Me parezco a mi padre? —preguntó él.

Helen le miró gravemente, intentando encontrar las semiolvidadas facciones del joven Reynolds en la cara de su hijo. No, Robin no se parecía a Colin Reynolds, ni tampoco a Helen. Le tomó una mano entre las suyas; pese a su robusta salud, Robin nunca se ponía moreno; su piel era de un tono perla pálido, de tal forma que bajo la verdosa luz del sol se hacía casi invisible dentro del bosque. Su mano yacía en la palma de la de Helen como una sombra. Finalmente, ella dijo:

—No, no te pareces en nada a él. Pero bajo la luz de este sol, eso era de esperar.

Robin le dijo confidencialmente:

—Yo soy como la *otra* gente.

—¿Los de la nave? Ellos...

—No —le interrumpió Robin—, tú me has dicho siempre que cuando fuera mayor me hablarías de la otra gente. Pero yo me refiero a la otra gente de *aquí*. Los que están en los bosques. Los que tú no puedes ver.

Helen miraba al muchacho, incrédula.

—¿Qué es lo que quieres decir? No hay otra gente. Estamos solos. —Luego recordó que todos los chicos imaginativos se inventan compañeros de juegos. *Solo*, pensó, *Robin ha estado siempre solo, sin otros niños, sin pensar que es un poco... extraño*. Entonces le dijo con voz tranquila—: Lo soñaste, Robin.

El muchacho la miró, estupefacto.

—¿Quieres decir —le preguntó— que tampoco puedes oírles? —Se levantó y salió de la cabaña.

Helen le llamó, pero él no se volvió. Entonces, ella echó a correr tras él y le tomó por un brazo, deteniéndole casi a la fuerza. Luego le susurró:

—Robin, Robin, ¡dime qué es lo que quieres decir con eso! No hay nadie aquí. En una o dos ocasiones yo creí haber visto... algo, a la luz de la luna, pero sólo era un sueño. Por favor, Robin..., por favor...

—Si no es más que un sueño, ¿por qué estás tan asustada? —le preguntó Robin, con la voz entrecortada por la pena—. Si nunca te han hecho daño...

No, ellos nunca le habían hecho daño. Ni siquiera cuando, hacía largo tiempo, en su sueño, uno de ellos se le había acercado. *Y los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas...*, en los pensamientos de Helen bailaba el recuerdo de una vida que jamás volvería a vivir en otro mundo. Ella miró el pálido e impaciente rostro de su hijo y tragó saliva.

Cuando habló, su voz sonó ronca.

—¿Te he hablado alguna vez de la racionalización, desear que algo sea verdad de tal forma que llegues a creerte tú mismo que lo es?

—¿Y no puede suceder lo mismo cuando deseas que algo no sea verdad? — replicó Robin.

Helen no quería dejarle que se fuera. Le suplicó:

—No, Robin, no puedes malgastar tu vida y romperte el corazón buscando algo que no existe.

El muchacho la miró a la cara y súbitamente una nueva emoción nació en él; se arrodilló junto a ella y escondió la cara en su pecho. Luego murmuró:

—Helen, no te abandonaré nunca, nunca haré nada que no desees que haga, no quiero a nadie más que a ti.

Y por primera vez después de muchos años, Helen rompió a llorar sin poder controlarse, sin saber por qué lloraba.

En una ocasión, en medio de las sombras que descienden justo antes de la puesta del sol, ella creyó ver a un hombre moviéndose entre los árboles, y por un instante, mientras se volvía hacia ella, se dio cuenta de que estaba desnudo. Le había visto sólo durante un segundo o dos, y luego le perdió entre las sombras; su sentido común le dijo que debía tratarse de Robin. Quedó un poco turbada y triste; se propuso firmemente hablar con él, reprenderle por correr desnudo por el bosque y desaparecer de una forma como aquélla. Luego sintió vergüenza y se prometió no mencionarlo. Pero después de aquello, no volvió a internarse en el bosque.

Robin se dio vagamente cuenta de la vigilancia a que le sometía y también supo cuándo cesó. Pero no abandonó sus correrías sin rumbo, si bien no volvió a hablar de búsquedas ni de oníricos habitantes de los bosques. A veces le parecía que una sombra cobraba forma y escuchaba un distante murmullo que se convertía en una voz que se burlaba de él; un brazo blanco, la sombra de una cara aparecían ante él, hasta que agitaba la cabeza y se fijaba bien en aquel punto.

Una tarde, al anochecer, vio un repentino brillo entre los árboles y se quedó parado, mirándolo fijamente, hasta que el camino de luz se convirtió en un rostro blanco de ojos sombríos, luego en unos brazos blancos y desnudos, translúcidos, y luego en la silueta completa de una mujer, apoyada por un instante en el tronco de un árbol. A la luz del anochecer se la veía claramente; no nebulosa o irreal, sino neta y diferenciada de tal forma que podía distinguir una ligera mancha en uno de sus hombros y una hoja enganchada en sus cabellos sin color. Robin, paralizado, vio cómo se detenía, sonreía y luego se perdía en las sombras.

Aún permaneció sin moverse, con el corazón palpitante, un segundo después de que se hubo marchado; luego dio un salto, invadido por la excitación del descubrimiento, y corrió por el sendero hasta su casa. Pero luego se detuvo en seco, mientras el mundo giraba a su alrededor, y hundió la cabeza en un montón de hojas.

No conocía todavía la naturaleza de la emoción que había nacido en él. Lo único que notaba era una pena intolerable y el total convencimiento de que nunca, nunca le

hablaría a Helen de lo que había visto o sentido.

Permaneció allí tumbado, con la cara ardiéndole, oculta entre las hojas, sin darse cuenta de que se había levantado viento, de que las hojas se agitaban violentamente, de que la oscuridad iba aumentando y en la lejanía se advertía la presencia de la tormenta. Finalmente, una fría lluvia le hizo volver a la realidad; se puso en pie y empapado y helado comenzó el camino de regreso a su casa. Sobre su cabeza las ramas de los árboles crujían, y Robin, azotado por la violenta lluvia, sintió que todo aquel tumulto no era más que el eco de su propia y silenciosa agonía.

Estaba totalmente empapado cuando empujó la puerta de la cabaña y se dirigió tambaleándose ciegamente hacia el fuego, deseando que Helen estuviera durmiendo. Pero ella se encontraba junto a la chimenea que ambos habían construido el verano anterior.

—¿Robin?

Mortalmente débil, él le respondió:

—¿Qué otro podría ser?

Helen no respondió. Se aproximó a él, con su pequeña figura recortada a la luz del fuego, y le llevó hacia un lugar cálido. Entonces dijo, casi con humildad:

—Tenía miedo de... la tormenta... Robin, estás totalmente empapado. Ven junto al fuego y sécate.

Robin se relajó con el sonido de aquella voz. *Qué delicada es Helen*, pensó, *y aún puedo recordar el tiempo en que solía rodearme con sus brazos; ahora apenas me llega al hombro*. Ella le llevó comida y Robin comió con apetito, escuchando cómo caía la lluvia, pero incómodo bajo la mirada de Helen. Ante sus ojos estaba todavía vivido el recuerdo de la mujer del bosque, y era tan viva la imaginación de Robin, aumentada por la soledad y no velada más que por contadas impresiones, que le pareció que Helen tenía que verla también. Y cuando su madre se acercó a él, la imagen se hizo tan viva en sus pensamientos que tuvo que hacer un poderoso esfuerzo por eliminarla.

El día siguiente amaneció gris y lluvioso. Permanecieron en el interior de la casa, junto al fuego; Robin, medio enfermo y febril por la mojadura del día anterior, estuvo tumbado junto a la chimenea, demasiado indolente para moverse, y mirando ir y venir a Helen por la habitación; no sabía exactamente por qué su fina y rápida forma recortada contra la luz grisácea le llenaba de dolor y melancolía.

La tormenta duró cuatro días. Helen acabó todas sus tareas domésticas y se sentó, inquieta, cogiendo los pocos libros que ya se sabía de memoria. Ellos la habían obligado a quedarse con todas sus posesiones personales, todas aquellas cosas que ella había elegido en una ya olvidada y lejana Tierra para un viaje interestelar de diez años. Por primera vez después de muchos años, Helen pensaba de nuevo en la vida y en la civilización que había dejado atrás por causa de Robin, que no era más que un

montoncito de carne rosada en su brazo y que ahora yacía tumbado en el suelo junto a la chimenea, sin hablar, cortando sin ninguna finalidad un trozo de madera con su navaja (resto desechado del *Starholm* y que ahora era su más preciada posesión). Helen sintió que un lento horror se cernía sobre ella. *¿Era aquel mundo toda la herencia que le había dado en su locura? Este mundo nos ha vuelto locos a los dos. Robin y yo estamos un poco locos de acuerdo con los esquemas de la Tierra. Y cuando yo muera, pues morirá la primera, ¿entonces qué?* En aquel momento, Helen habría dado su vida por creer en su viejo sueño acerca de un pueblo habitante del bosque.

Inquieta, echó a un lado su libro, y Robin, como si hubiera estado esperando eso como una señal, se sentó y dijo casi anhelante:

—Helen...

Agradecida de que hubiera sido él quien rompiera aquel silencio que había durado días, le dedicó una sonrisa alentadora.

—He estado leyendo tus libros —comenzó— y he leído cosas acerca del sol de donde tú vienes. Es diferente de éste. Supón..., supón que aquí existe realmente una especie de gente y algo que hay en esta luz, o en tus ojos, los hace invisibles a tu mirada.

Helen preguntó:

—¿Has estado viéndolos de nuevo?

Él se sintió incómodo por su tono irónico, y entonces ella le dijo con una voz más amable:

—Es una teoría, Robin; pero no explica, entonces, por qué tú los ves.

—Tal vez yo estoy... más acostumbrado a esta luz —dijo él, vacilante—. Y de cualquier forma, tú has dicho que creíste que los habías visto y que luego pensaste que se trataba de un sueño.

A medio camino entre la exasperación y una profunda piedad, Helen comenzó a argumentar:

—Si ese otro pueblo tuyo existiera realmente, ¿por qué no nos han hecho conocer su existencia después de dieciséis años?

La vehemencia con la que él respondía era casi aterradora:

—Creo que sólo salen de noche, que son lo que tus libros llaman una civilización primitiva. —Hablaban con palabras que había leído, pero que nunca había oído, y con una extraña vacilación—. En realidad, creo que no son una civilización, sino que forman... parte de los bosques.

—Un pueblo del bosque —dijo Helen, impresionada a pesar suyo— y nocturno. Siempre es a la luz de la luna o en la oscuridad cuando pueden verse...

—Entonces, tú me crees... ¡Oh, Helen! —gritó Robin, y de repente se encontró contándole lo que había visto, con palabras incoherentes, y terminó con las siguientes

palabras—: Y durante el día puedo oírlos, pero no verlos. Helen, Helen, tienes que creerme ahora, tienes que dejar que intente encontrarlos y aprender a hablar con ellos...

Helen escuchaba con el corazón palpitante. Sabía que no deberían discutirlo ahora, después de cinco días de proximidad forzosa, encerrados en la casa, pues les habrían puesto los nervios en tensión; pero no pudo evitar el decirle a Robin con cierta tensión:

—Tú has visto a una mujer y yo... a un hombre. Esas cosas no son más que sueños. ¿Tengo que explicártelo más?

Robin arrojó a un lado su navaja.

—Eres tan ciega, tan tonta...

—Creo que tienes fiebre de nuevo. —Helen se levantó, dispuesta a marcharse.

—¡Me tratas como a un niño! —dijo él con amargura.

—Porque actúas como tal, con tus bonitos cuentos de mujeres en el viento.

Súbitamente, la agonía de Robin estalló incontenible y se agarró a sus rodillas como no lo había hecho desde que era un niño pequeño. Sus palabras le salían atropelladamente.

—Helen, Helen querida, no te enfades conmigo —le suplicó, abrazándola y levantándola del suelo. Ella nunca hubiera imaginado lo fuerte que era; pero parecía un niño pequeño y le abrazó fuertemente mientras él comenzaba a cubrirle la cara de besos.

—No llores, Robin, mi niño, todo está bien —le susurraba.

Gradualmente, la intensidad de su llanto se fue apagando; ella le tocó la frente con su mejilla para ver si tenía fiebre, y él la dejó en el suelo. Helen le permitió que se recostara en su hombro, pensando que tal vez después de la violencia de su disgusto se quedaría dormido, y se había quedado ella misma medio dormida cuando súbitamente algo se aclaró en su mente; bruscamente, intentó liberarse de los brazos de Robin.

—Robin, déjame salir.

Él la miró, sin comprender.

—No te vayas, Helen. Quédate conmigo —le rogó, y le dio un beso en el cuello.

Helen, sintiendo que se le helaba la sangre, se dio cuenta de que aunque ahora podría librarse rápidamente de él, tendría que luchar contra un joven fuerte que no sabía claramente lo que hacía. Se refugió en un agudo tono materno de hacía diez años que había llegado casi a desaparecer, sustituido por el nuevo compañerismo que se había desarrollado entre ellos.

—No, Robin, ya está bien. ¿Me oyes?

Automáticamente, él la soltó y ella se apartó rápidamente y se puso de pie. Robin, demasiado inteligente para no darse cuenta de su cólera, pero demasiado ingenuo

para conocer su causa, bajó la cabeza y comenzó a llorar.

—¿Por qué estás enfadada? Lo único que intentaba es hacerte caricias.

Al oír aquella frase propia de un niño de cinco años, Helen sintió que le abrasaba la garganta de dolor. Sin embargo, logró articular unas palabras:

—No estoy enfadada, Robin... Te prometo que hablaremos de esto más tarde. — Luego, su autocontrol se desvaneció, se dio la vuelta y corrió precipitadamente a la salida, perdiéndose bajo la lluvia.

Estuvo vagando por los bosques familiares durante largo rato. Su imagen era auténticamente penosa. Ni siquiera era totalmente consciente de que estaba llorando y murmurando en voz alta: «¡No, no, no, no!»

Debió de estar caminando durante varias horas. La lluvia había cesado y se estaba haciendo rápidamente de noche sin que todavía hubiera logrado calmarse y ordenar sus ideas con claridad.

Había estado ciega al no prever, ya desde que Robin era un niño, que aquel día llegaría; eso sólo podía haberlo evitado si su hijo hubiera sido una niña. O bien (quedó sorprendida por el tono histérico de su risa) si Colin se hubiera quedado con ella y hubieran formado una familia como Adán y Eva.

¿Pero qué iba a suceder ahora? Robin tenía dieciséis años y ella no había cumplido todavía los cuarenta. A Helen le vinieron a la memoria los recuerdos de su cultura; tabúes tan profundamente enraizados que para Helen eran ya prácticamente instintivos. Sin embargo, para Robin nada de eso existía. Para él todo su mundo era el pequeño trozo de bosque y la propia Helen..., la única persona de su mundo, y, más concretamente, y por el momento, la única mujer de su mundo. *Todo ello, se dijo amargamente, por instinto. Pero ¿tengo el derecho de comenzar con todo eso de nuevo? Peor aún, ¿tengo derecho a negar su existencia y, cuando muera, dejar a Robin solo?*

Se tambaleó e hizo una pausa para tomar aliento, dándose cuenta de que había estado caminando en círculos y que se encontraba en aquel lugar tan familiar de la orilla del río que había tratado sistemáticamente de evitar durante dieciséis años. Al mismo tiempo, se dio cuenta por espacio de un segundo, entre recuerdo y recuerdo, de que los vientos se habían calmado.

Sus ojos inundados de llanto le dolieron al intentar penetrar en las tinieblas teñidas de un tono violáceo que anunciaba la próxima salida del sol y la bruma que colgaba sobre el río. Por entre la bruma que comenzaba a disiparse, creyó entrever, en forma difusa, la silueta de un hombre.

Era alto, y su pálida piel brillaba con los blanquecinos colores de la bruma. Helen quedó helada, con la boca abierta, y durante varios segundos él estuvo mirándola sin hacer el menor movimiento. Sus ojos, unas manchas oscuras sobre la pálida cara, tenían un aire de tristeza infinita y de compasión. Ella creyó que sus labios se movían

para hablar, pero no escuchó más que el familiar susurro del viento.

Tras él, como simples retazos, a Helen le pareció discernir otros rostros fantasmagóricos, las puntas de los dedos de unas invisibles manos, ojos, el perfil del busto de una mujer, la curva del pie de un niño. Durante un minuto, sumida en un estado de profunda debilidad y atontamiento, todas las defensas de Helen desaparecieron mientras pensaba: *Yo no estoy loca y aquello no fue un sueño y Robin no es el hijo de Reynolds. Su padre fue ése... uno de éstos... y ellos han estado vigilándome a mí y a Robin, Robin los ha visto, él no sabe que es uno de ellos, pero ellos sí lo saben. Ellos saben que yo les he arrebatado a Robin durante todos estos dieciséis años.*

El hombre dio dos pasos hacia ella, mientras su translúcido cuerpo adquiriría una docena de colores ante sus estupefactos ojos. Su cara poseía una curiosa familiaridad... *familiaridad...*, y en súbito espasmo de terror, Helen pensó: *¡Me estoy volviendo loca! ¡Es Robin! ¡Es Robin!*

Él extendió la mano para tocarla cuando su grito cortó trozos de aire helado por el bosque, multiplicando ecos demenciales en las voces-viento. Se dio la vuelta y echó a correr ciegamente hacia el traicionero acantilado. Tras ella oyó pasos, una voz, el grito de Robin, el extraño hombre, no lo sabía con exactitud. En el horror del incesto, el hijo, el padre, el amante se confundieron súbitamente en uno solo, atormentando su cerebro. En un arranque de locura echó a correr hacia la orilla. Sintió cómo una mano masculina la asía por el hombro, pero ella se soltó retorciéndose y gritando: *¡No, Robin, no, no...!*, y se arrojó por el escarpado precipicio, hundiéndose en la violenta corriente en busca del olvido y la muerte...

Muchos años después, Merrihew, que se había hecho viejo en el servicio espacial, falsificó los papeles de ruta y llevó su nave a la órbita del pequeño planeta verde que él había denominado el Planeta de Robin. Los viejos edificios estaban en ruinas, y Merrihew buscó durante dos meses de polo a polo por todo el planeta, pero no encontró nada. Nada sino sombras y susurros y las interminables voces del viento. Finalmente, hizo despegar su nave y se marchó.

LA NAVE QUE CANTABA

(The Ship Who Sang)

Anne McCaffrey

Anne McCaffrey estudió en el Radcliffe College, donde se graduó en lenguas y literatura eslavas. Es autora de varias novelas, entre las que se encuentran Restoree, Decision at Doona, Dragonflight y Dragonquest (publicadas todas por Ballantine). También se encargó de la edición de la antología Alchemy & Academe (Doubleday) y de un libro de cocina: Cooking Out of This World (Ballantine), una colección de recetas hecha por escritores de ciencia ficción. Ganó el premio Hugo por su novela Weyr Search y el Nebula por Dragonrider; fue la primera mujer que recibió ambos premios. La señora McCaffrey vive en Irlanda con sus tres niños, un caballo irlandés gris, un perro y un gato.

El ciborg, un personaje que es en parte humano y en parte máquina, es el tema de muchas narraciones de ciencia ficción. Al ciborg se le describe a menudo con rasgos que nos lo hacen agradable, a veces ajeno a la gente normal, otras intentando reconciliar sus dos egos, el humano y el mecánico. Helva, la ciborg femenina de La nave que cantaba, es una nave espacial, pero sus pensamientos y emociones son todavía completamente humanos. Sus sensaciones de indefensión y desesperanza son sensaciones que la mayoría de las mujeres han tenido que superar; en este personaje reconocemos un poco de nosotras mismas.

Al nacer era un monstruo, y como tal hubiera sido condenada si no hubiera logrado pasar el *test* encefalográfico requerido para todos los niños recién nacidos. Existía siempre la posibilidad de que, aunque los miembros estuvieran retorcidos, el cerebro estuviera en perfecto estado, y de que aunque los oídos apenas pudieran oír y los ojos percibieran muy vagamente las imágenes, la mente que había tras ellos fuera receptiva y estuviera alerta.

El electroencefalograma fue totalmente favorable, incluso más de lo que se esperaba, y así se les informó a los apenados padres que esperaban el resultado. Finalmente, se les presentaba la última y más dura decisión: practicarle la eutanasia a su hijo o permitir que se convirtiera en un «cerebro» encapsulado, en un mecanismo director al que se enseñaría un buen número de profesiones diversas. Si optaban por esto último, su hija no sufriría dolor alguno, viviría una existencia confortable en una cápsula de metal durante varios siglos realizando un servicio inapreciable para los Mundos Centrales.

Se le permitió vivir y se le dio un nombre, Helva. Durante sus tres primeros meses de vida vegetativa, agitó sus muñones, pataleó débilmente con sus piececitos deformes y disfrutó de la rutina normal de todos los niños. No estaba sola; había otros tres niños especiales en el gran hospital especial de la ciudad. Al poco tiempo, fueron trasladados al Laboratorio Central, donde comenzó su delicada transformación.

Uno de los niños murió durante el trasplante inicial, pero los de la «clase» de Helva, diecisiete miembros en total, sobrevivieron en cápsulas de metal. En vez de pies con los que patlear, los impulsos neuronales de Helva movían unas ruedas; en vez de agitar las manos manipulaba extensiones mecánicas. A medida que iba creciendo le iban creciendo más sinapsis neuronales para que manipulara otros mecanismos que servirían para el mantenimiento y la buena marcha de una nave espacial. Porque Helva había sido destinada a convertirse en la mitad «cerebral» de una nave espacial, en compañía de una mujer o un hombre, lo que ella quisiera escoger, que actuaría como parte móvil. Estaría entre la élite de los de su especie. Sus *tests* de inteligencia iniciales registraron un nivel superior al normal y su índice de adaptación era inusitadamente alto. Si su desarrollo dentro de la cápsula metálica respondía a lo que se esperaba de ella y no se producían efectos secundarios derivados de las manipulaciones sobre su pituitaria, Helva viviría una vida plena de recompensas, rica y fuera de lo habitual, muy distinta de la que hubiera podido esperar de haber sido un ser «normal».

Sin embargo, ni los diagramas de sus circunvalaciones cerebrales, ni las primeras pruebas CI recogían ciertos hechos acerca de Helva que la Central debería saber. Pero tendrían que esperar el tiempo prescrito oficialmente para poder comprobarlos, confiando en que las dosis masivas de psicología celular le serían suficientes para preservarla de las tensiones inherentes a la soledad de su confinamiento y a las

presiones de su profesión. No se podía correr el riesgo de que una nave dirigida por un cerebro humano realizara actos delictivos o demenciales con el poder y los reclusos con que la Central equipaba sus naves patrulleras. Claro está que el cerebro de la nave había sufrido largos períodos experimentales. La mayoría de los niños sobrevivían a las técnicas perfeccionadas de manipulación de la pituitaria que mantenía sus cuerpos pequeños, eliminando la necesidad de transferirlos de unas conchas más pequeñas a otras mayores. Y muy pocos morían cuando se establecía la conexión final con los paneles de control de la nave o del complejo industrial. Los hombres-cápsula parecían por su tamaño enanos adultos, fueran cuales fuesen sus deformaciones congénitas, pero ningún cerebro bien orientado hubiera cambiado su lugar ni con el cuerpo más perfecto del universo.

Y así, durante varios años felices, Helva retozó en su cápsula junto con sus demás compañeros, jugando a juegos como esconde-la-energía, estudiando sus lecciones de trayectoria, técnicas de propulsión, computación, logística, higiene mental, psicología básica alienígena, filología, historia espacial, derecho, tráfico, códigos y todos los etcéteras que normalmente conoce un ciudadano razonable, lógico y bien informado. Aunque no muy obvio para ella, pero sí de gran importancia para sus profesores, Helva ingirió los preceptos de su acondicionamiento tan fácilmente como absorbía su líquido nutritivo. Algún día estaría agradecida al paciente grillo de su instrucción a nivel inconsciente.

La civilización de Helva acogía también en su seno a esas asociaciones de bienpensantes que investigaban posibles actos inhumanos cometidos contra los ciudadanos terrestres tanto como contra los extraterrestres. Uno de tales grupos, la Sociedad para la Conservación de los Derechos de las Minorías Inteligentes, centró sus preocupaciones sobre los «niños» encapsulados cuando Helva acababa de cumplir los catorce años. Cuando se vieron obligados a ello, los de Mundos Centrales se encogieron de hombros, prepararon una visita a los laboratorios y les mostraron el historial de los miembros, completado con fotografías. Muy pocos de los comisionados pasaron de las primeras fotografías. La mayor parte de sus anteriores objeciones a las «cápsulas» fueron olvidadas ante el alivio que suponía (para ellos) que aquellos horribles cuerpos hubieran sido piadosamente ocultados.

Los de la clase de Helva estaban aprendiendo bellas artes, un tema optativo en su ya muy apretado programa. Ella había activado uno de sus utensilios microscópicos, que más tarde utilizaría para las reparaciones inmediatas de diversas partes de su panel de control. Su modelo era grande (una copia de la *Última Cena*) y su lienzo pequeño: la cabeza de un clavo. Había ajustado su vista a la dimensión adecuada. Mientras trabajaba, canturreaba ausente, emitiendo un curioso sonido. La gente encapsulada utilizaba sus propias cuerdas vocales y diafragmas, pero sonaba como salida de un micrófono y no de una boca. El «mmmm» de Helva tenía, sin embargo,

una curiosa vibración, un matiz cálido y dulce incluso en sus modulaciones cromáticas.

—Oh, qué voz más agradable tienes —dijo una de las visitantes.

Helva «levantó la vista» y captó un panorama fascinante de cráteres regulares y sucios sobre una superficie rosa. Su «mmmm» se convirtió en una exhalación de sorpresa. Reguló instintivamente su visión hasta que la piel perdió su aspecto de paisaje de cráteres y los poros asumieron sus proporciones normales.

—Sí, llevamos unos cuantos años entrenando la voz, señora —señaló Helva—. Las peculiaridades vocales se convierten con frecuencia en algo excesivamente irritante durante las prolongadas distancias interestelares y han de ser eliminadas. Yo disfrutaba de las lecciones.

Aunque era la primera vez que Helva veía gente no encapsulada, asumió su experiencia con tranquilidad. Cualquier otra reacción hubiera sido inmediatamente reportada.

—Quiero decir que posee una agradable voz para cantar..., querida —dijo la señora.

—Gracias. ¿Le gustaría ver mi trabajo? —preguntó amablemente Helva. Instintivamente se escabullía de las conversaciones que giraban en torno a cuestiones personales, pero archivó el comentario para una posterior meditación.

—¿Trabajo? —preguntó la señora.

—Estoy reproduciendo la *Última Cena* en la cabeza de un clavo.

—Oh, ya comprendo —gorjeó la señora.

Helva readaptó de nuevo su visión y observó la reproducción con ojo crítico.

—Por supuesto, algunos de mis valores colorísticos no se adecuan a los del viejo maestro y la perspectiva es errónea, pero creo que resultará una reproducción muy aceptable.

Los ojos de la señora, no adaptados, bizquearon.

—Oh, lo olvidé —la voz de Helva mostraba auténtico sentimiento. Si hubiera podido enrojecer, lo habría hecho—. Ustedes no poseen visión adaptable.

El responsable de aquella entrevista sonrió entre orgulloso y divertido por el tono de Helva, que indicaba lástima por aquella persona desdichada.

—Mire, con esto podrá verlo —dijo Helva, sosteniendo un instrumento amplificador en una de sus extensiones y situándolo sobre la pintura.

En medio de un estupor general, las damas y los caballeros de la comisión se acercaron a observar aquella *Última Cena* tan increíblemente copiada y tan brillantemente ejecutada sobre la cabeza de un clavo.

—Bueno —apuntó uno de los caballeros, que habla sido obligado a ir allí por su mujer—, el Buen Dios puede comer donde los ángeles temen pisar.

—¿Está usted aludiendo, señor —preguntó Helva cortésmente—, a las

discusiones que se desarrollaron en las Edades Oscuras acerca del número de ángeles que podían caber en la cabeza de un alfiler?

—Efectivamente, estaba pensando en eso.

—Si usted sustituye «átomo» por «ángel», el problema no es insoluble, conociendo el contenido metálico del alfiler en cuestión.

—Cosa para la que te han programado.

—Efectivamente.

—¿Recordaron programar un sentido del humor también, jovencita?

—Estamos impulsadas a desarrollar un sentido de la proporción, señor, que contribuye a lograr el mismo efecto.

El buen hombre sonrió apreciativamente y pensó que aquel viaje había merecido la pena.

Si el comité de investigación tardó meses en digerir la completísima comida que les habían servido en el laboratorio, Helva también se quedó con un buen pedazo.

El concepto «cantar» aplicado a sí misma requería ser investigado. Efectivamente, había recibido, y lo había disfrutado, un curso de apreciación musical que incluía las obras clásicas más conocidas, tales como *Tristán e Isolda*, *Candide*, *Oklahoma* y *Las bodas de Fígaro*, junto con cantantes de la era atómica, como Brigit Nilsson, Bob Dylan y Geraldine Todd, y las curiosas progresiones rítmicas de los venusianos, las cromáticas visuales de Capella, el concierto sónico de los altairianos y los canturreos reticulanos. Pero «cantar» supone grandes dificultades técnicas para cualquier persona encapsulada. Las personas-cápsula están entrenadas para examinar todos los aspectos de un problema o situación antes de hacer cualquier diagnóstico. Adecuadamente equilibrados entre el optimismo y el sentido de la realidad, la actitud antiderrotista de las personas-cápsula les permitía salir con bien (a ellas, a sus naves y a la tripulación de éstas) de situaciones insólitas. Por eso a Helva el problema de que no pudiera abrir la boca para cantar, entre otras restricciones, no le molestaba. Encontraría la forma de cantar.

Se aproximó al problema investigando los métodos de reproducción del sonido utilizados a través de los siglos, tanto humanos como instrumentales. Su propio equipo de producción de sonido era esencialmente más instrumental que vocal. El control de la respiración y una adecuada pronunciación de las vocales dentro de la cavidad oral parecía requerir una gran dosis de desarrollo y práctica. La gente-cápsula, estrictamente hablando, no respiraba. Para el objetivo al que iban destinados, el oxígeno y los demás gases no se extraían de la atmósfera circundante por medio de los pulmones, sino a través de una solución artificial contenida en sus propias cápsulas. Después de varios experimentos, Helva descubrió que podía manipular su unidad diafragmática para mantener el tono. Relajando los músculos de la garganta y expandiendo la capacidad oral hacia los senos frontales, podía dirigir los sonidos de

las vocales a una magnífica posición, adecuada para la reproducción a través del micrófono colocado en su garganta. Comparó los resultados con los discos de los cantantes modernos y no le desagradaron, si bien sus grabaciones poseían una cualidad peculiar que aquellos no tenían, y que no era disarmónica, sino sencillamente única. Conseguir un repertorio de la biblioteca del laboratorio no resultaba un problema para una persona dotada de una memoria perfecta. Se dio cuenta de que era capaz de cantar cualquier canción que captara su fantasía. No se le hubiera ocurrido que resultaba curioso para una mujer cantar como bajo, barítono, tenor, mezzo, soprano, a voluntad. Para Helva eso era únicamente una cuestión de correcta reproducción y del control diafragmático que requiriera la música elegida.

Si las autoridades se dieron cuenta de aquellas curiosas aficiones, lo comentaron únicamente a nivel interno. Se fomentaba el deseo entre la gente-cápsula a desarrollar una afición siempre que no interfiriera en su trabajo técnico.

Cuando cumplió los dieciséis años, Helva recibió su diploma y se la instaló en una nave, la *XH-834*. Su cápsula permanente de titanio fue cubierta por una barrera mucho más indestructible, en el eje central de la nave patrullera, las conexiones neuronales, audiovisuales y sensoriales quedaron establecidas y definitivamente conectadas. Las extensiones fueron desviadas, conectadas o aumentadas y finalmente se completaron las últimas y más delicadas conexiones cerebrales, mientras Helva dormía anestesiada. Cuando despertó, *era* la nave. Su cerebro y su inteligencia controlaban todas y cada una de las funciones de la navegación tal y como le era preciso a una nave Patrullera de su clase. Podía ocuparse de sí misma y de su mitad móvil en cualquier situación, ya recogida en los anales de los Mundos Centrales, o en cualquier otra que la mente más fértil pudiera imaginar.

Su primer vuelo real (ya que ella y los de su especie habían realizado vuelos ficticios desde que tenían ocho años) le demostró que poseía un completo dominio de las técnicas de su profesión. Ya estaba preparada para las grandes aventuras que le esperaban y para recibir a su compañero móvil.

Había nueve patrulleros cualificados en la base el día que Helva fue dada de alta para el trabajo activo. Había algunas misiones que requerían una atención inmediata, pero Helva les interesaba a algunos jefes de departamento de la Central desde hacía algún tiempo y todos ellos querían que fuera asignada a su sección. Tan preocupados estaban por ello que ninguno había pensado en presentar a Helva a sus posibles compañeros. Era siempre la nave la que elegía a su compañero. Si hubiera habido en aquel momento en la base otra nave «cerebro», le hubiera aconsejado a Helva dar el primer paso. Pero no la había, y mientras los de la Central discutían entre sí, Robert Tanner salió de las barracas destinadas a los pilotos y se dirigió sin vacilar hacia el brillante casco de metal de Helva.

—Hola, ¿hay alguien en casa? —preguntó Tanner.

—Pues claro —respondió Helva, activando sus visores exteriores—. ¿Eres mi compañero? —le preguntó esperanzadora al reconocer su uniforme del Servicio de Patrulleros.

—Todo lo que tienes que hacer es pedirlo —le contestó él con un tono anhelante.

—No ha venido nadie. Pensé que tal vez no había compañeros disponibles y no he recibido ninguna orden de la Central.

Incluso a ella misma, le sonó su voz como si tuviera un tono de autocompasión, pero la verdad es que se encontraba sola, situada en un lugar oscuro. Antes siempre había tenido la compañía de los otros encapsulados, y más recientemente, la de los técnicos que habían realizado todos aquellos trabajos. Su repentina soledad había perdido su momentáneo encanto y había llegado a hacerse opresiva.

—Que no hayas recibido órdenes de la Central no tiene por qué ser motivo de disgusto, porque sucede que hay otros ocho chicos comiéndose las uñas mientras esperan que les invites a subir a bordo, hermosa.

Tanner se encontraba en la cabina central, y mientras decía aquello pasaba apreciativamente sus dedos sobre su panel, sobre las sillas de gravedad, metía la cabeza en las cabinas, los pasillos y los departamentos de acumulación de presión.

—Ahora, si deseas burlarte de la Central y hacernos a nosotros un favor, todo de una vez, llama a las barracas y diles que deseas que tengamos una fiesta para elegir a un compañero, ¿eh?

Helva se rió para sí. Era tan radicalmente diferente de todos los demás visitantes y de los técnicos del laboratorio que había conocido. Era tan alegre, tan seguro de sí, y ella estaba encantada con su sugerencia de organizar una fiesta para elegir a su compañero. Realmente, no había nada en el reglamento que impidiera ponerlo en práctica.

—¿Central de comunicaciones? Aquí *XH-834*. Póngame con el barracón de pilotos.

—¿Visual?

—Por favor.

Todo un panorama de hombres perezosos en diversas actitudes de aburrimiento apareció en la pantalla.

—Aquí la *XH-834*. ¿Querrían hacerme el favor los patrulleros sin misión asignada de subir a bordo?

Ocho figuras entraron inmediatamente en acción; tomaron sus ropas, desconectaron sus magnetófonos y arrojaron a un lado lo que tenían entre manos.

Helva cortó la conexión y oyó que Tanner se reía complacido y se sentaba a esperar su llegada.

Helva se sintió arrebatada por la alegría y la impaciencia, sensaciones poco habituales en los seres encapsulados. Una actriz en el día de su estreno no se hubiera

sentido más nerviosa, más temerosa y agitada. Pero, a diferencia de la actriz, a Helva no le quedaba la válvula de escape de sumergirse en una crisis nerviosa, de romper un juego de té o sus tarros de maquillaje. Pero sí podía comprobar su stock de bebidas y comestibles, y eso fue lo que hizo. Tanner fue el primero en probar los víveres seleccionados por el oficial de intendencia.

En el argot de la base a los patrulleros se les conocía con el nombre de «músculos», en oposición a los «cerebros». Habían de someterse a un entrenamiento tan riguroso como el de sus compañeros los cerebros, y solamente los estudiantes que habían obtenido las notas más elevadas en los diferentes centros del mundo eran admitidos en los cursos de los Mundos Centrales. De modo que los ocho jóvenes que subieron por la pasarela y se amontonaron en la agradable cabina de Helva eran de una inteligencia, de una belleza y de un equilibrio superiores a lo normal, y se mostraron encantados por aquella reunión tras la que esperaban, con permiso de Helva, poder emborracharse un poco y competir deportivamente entre ellos para conseguir merecerla.

Ante aquella marea humana, Helva se sintió aturdida, y se dispuso a disfrutar plenamente de aquel lujo que por tan breve tiempo le sería permitido.

Los sopesó a todos. El oportunismo de Tanner le divertía, pero no le atraía específicamente. El rubio Nordsen parecía demasiado simple; el moreno Alatpay mostraba una cabezonería por la que no sentía la menor inclinación. La amargura de Mir-Ahnin poseía unos oscuros orígenes que ella no deseaba descubrir, aunque él mostró el mayor despliegue de recursos para atraer su atención. Era un curioso galanteo aquél; para ella no suponía más que el primero de toda una serie de matrimonios, dado que los músculos se retiraban a los setenta y cinco años de servicio, o antes si tenían mala suerte. Los cerebros, con sus cuerpos a salvo del deterioro, eran indestructibles. En teoría, una persona encapsulada, una vez que había pagado su gran deuda contraída por los primeros cuidados, la adaptación quirúrgica y los gastos de mantenimiento, quedaba libre para buscar trabajo en cualquier otro lugar. En la práctica, las personas encapsuladas permanecían en el servicio hasta que optaban por la autodestrucción o perecían en algún accidente. Helva había tenido la oportunidad de hablar con una persona-cápsula de 322 años. Había quedado tan impresionada con aquel encuentro que no se había atrevido a preguntarle acerca de aquellas cuestiones personales que hubiera deseado indagar.

No supo por quién decidirse hasta el momento en que Tanner comenzó a entonar una canción de los patrulleros que narraba las desgracias del intrépido, obtuso e imbécil «Billy Músculos». Todos los invitados se pusieron a cantar a coro, pero el resultado fue tan desastroso que Tanner se puso a agitar los brazos para reclamar silencio.

—Lo que necesitamos es un buen tenor. Jennan, aparte de hacer trampas con las

cartas, ¿qué otra cosa sabes hacer? ¿Qué tal cantas?

—En «do» sostenido —le contestó Jennan de buen humor.

—Si os resulta absolutamente necesario un tenor, Intentaré hacerlo yo —se ofreció Helva.

—Pero, mi señora... —Protestó Tanner.

—A ver, danos el «la» —dijo Jennan, riéndose.

Jennan rompió el estupefacto silencio que siguió al magnífico «la» de Helva y observó con delicadeza:

—El propio Caruso hubiera dado todas las notas de la escala a cambio de poder cantar un «la» como ése.

No tardaron mucho tiempo en descubrir todas las posibilidades de la voz de Helva.

—Todo lo que Tanner había pedido era un buen tenor —dijo Jennan, sonriendo— y nuestra dulce dueña nos ofrece una compañía de ópera completa. Aquel al que elija como pareja va a llegar lejos, muy lejos.

—¿Hasta la Nebulosa de la Cabeza del Caballo? —preguntó Nordsen, aludiendo a una vieja frase hecha de los patrulleros.

—Navegaremos cantando hasta la nebulosa y aún más allá —aseguró Helva, riéndose.

—Lo haremos nosotros juntos —añadió Jennan—. Pero con la voz que tengo será mejor que seas tú quien cante y yo el que escuche.

—Pensé que más bien tendría que ser yo la que escuchara —sugirió Helva.

Jennan ejecutó un saludo majestuoso, quitándose elegantemente su entorchado gorra. Para hacerlo se giró hacia el pilar de control, allá donde se *encontraba* Helva. Fue en aquel mismo momento cuando cristalizó su elección, y por una razón muy simple: tan sólo Jennan, al hablarle, se dirigía directamente a su presencia física, prescindiendo del hecho de que ella podía captar su imagen en cualquier lugar de la nave donde se encontrara, y de que su cuerpo estaba oculto tras enormes paredes metálicas. Mientras duraron sus viajes juntos, Jennan no dejó nunca de volver la cabeza en su dirección para hablarle, estuviera donde estuviese con relación a ella. Y Helva adquirió la costumbre de utilizar su micrófono central cuando le hablaba a Jennan, pese a que el método no era el más eficaz.

Helva no se dio cuenta aquella misma noche de que se había enamorado de Jennan. Como no había conocido nunca sentimientos tales como el amor o el afecto, ni siquiera sus parientes más pobres, la estima y la admiración, no era capaz de identificar la reacción que suscitaba en ella el calor de su personalidad y de su consideración. En su calidad de «encapsulada» se creía inaccesible a emociones cuya fuente principal eran los deseos físicos.

—Bueno, Helva, me siento muy dichoso de haberte conocido —dijo

repentinamente Tanner, mientras ella y Jennan conversaban acerca de la calidad barroca de *Come All Ye Sons of Art*—. Ya nos veremos alguna vez en el espacio, Jennan, tipo afortunado. Gracias por la fiesta, Helva.

—¿Tenéis que ir tan pronto? —preguntó Helva, dándose cuenta de que ella y Jennan habían quedado al margen de la conversación de los demás.

—El mejor hombre gana —dijo Tanner con tristeza—. Creo que haré bien documentándome en frases galantes. Puede que las necesite la próxima vez, en el caso de que haya más cerebros como tú.

Helva y Jennan vieron cómo se alejaban, algo confusos los dos.

—Tal vez Tanner ha sacado conclusiones precipitadas —sugirió Jennan.

Helva le miró. Estaba apoyado, en el cuadro de mandos y miraba directamente a su cápsula. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y hacía tiempo que el vaso que sostenía entre las manos estaba vacío. Era hermoso, como lo eran todos; pero sus ojos miraban directamente, su boca sonreía con facilidad y su voz (que era lo que a Helva le había gustado particularmente) era resonante, profunda y sin tonos o acentos desagradables.

—De cualquier modo, Helva, consúltalo con la almohada. Llámame por la mañana si es que ya has decidido algo.

Ella le llamó a la hora del desayuno, una vez discutida su elección con los de la Central. Jennan llevó sus cosas a bordo, recibió su denominación común, vio el *dossier* que contenía la historia de su vida y su experiencia registrada en el visor de Helva, le indicó las coordenadas de su primera misión, y la *XH-834* se convirtió, oficialmente, en la *JH-834*.

Su primera misión era aburrida, pero necesaria y urgente (el Servicio Médico era el que finalmente había conseguido a Helva); se trataba de transportar lo antes posible un cargamento de vacunas a una colonia en la que se había desencadenado una violenta epidemia. Lo único que tenían que hacer era llegar a Spica lo más rápido posible.

Tras el magnífico descubrimiento de la embriaguez inicial de las grandes velocidades, Helva se dio cuenta de que sus músculos iban a hacer más trabajo que su cerebro en aquel tedioso viaje. Pero ambos tuvieron gran cantidad de tiempo para dedicarlo a explorar sus respectivas personalidades, por supuesto, Jennan sabía de lo que Helva era capaz como nave y como compañera, lo mismo que ella sabía todo lo que podía esperar de él. Pero eso sólo eran hechos, y lo que Helva quería conocer era el lado humano de su compañero, aspecto que no podía ser reducido a series de símbolos. Tampoco podía aprenderse en un libro lo que podía dar de sí el intercambio de dos personalidades. Eso había que experimentarlo.

—Mi padre era patrullero también. ¿O eso ya está programado? —comenzó a

decir Jennan al tercer día de su viaje.

—Naturalmente.

—Eso no está bien. Tú conoces toda la historia de mi familia y yo no sé ni una sola cosa acerca de la tuya.

—Yo no los conocí —dijo Helva—. Hasta que no leí cosas acerca de tu familia no se me ocurrió que yo también debía tener mi historial en algún lugar de los archivos de la Central.

Jennan se echó a reír.

—¡Psicología de cápsulas!

Helva rió a su vez.

—Sí. E incluso he sido programada para evitar sentir curiosidad acerca de ello. Y tú harías mejor también en no tenerla.

Jennan ordenó una bebida, se acomodó en su colchón de gravedad, puso los pies sobre el almohadillado y comenzó a balancearse.

—Helva... es un hermoso nombre...

—Con resonancias escandinavas.

—Pero no eres rubia —afirmó Jennan.

—Bueno, también hay suecas morenas.

—Y turcos rubios, pero este harén se limita a una.

—La esposa se oculta tras su purdah. Dios te libre, sin embargo, de hollar las casas del placer... —la propia Helva se sorprendió al ver que los nervios se traicionaban en su voz, tan cuidadosamente entrenada.

—¿Sabes? —le interrumpió Jennan, que estaba sumido en profundos pensamientos—, mi padre me dio siempre la impresión de que estaba mucho más casado con su nave, Silvia, que con mi madre. Recuerdo que solía pensar que Silvia era mi abuela, poseía un número muy bajo, de modo que tendría que haber sido mi tatarabuela, por lo menos. Solía hablar con ella horas enteras.

—¿Cuál era su número de registro? —preguntó Helva, sintiéndose celosa de todos aquellos que habían compartido las horas de Jennan.

—422. Creo que ahora es TS. Yo navegué con Tom Burgess una vez.

El padre de Jennan había muerto de una enfermedad planetaria, cuya vacuna transportaba para curar a los ciudadanos del lugar.

—Según Tom, Silvia se ha vuelto lenta y coriácea. Si pierdes tu dulzura después de mi muerte, vendré a atormentarse como un fantasma.

Helva sonrió dulcemente. Quedó sorprendido al ver que Jennan se ponía en pie de un salto y acariciaba los controles con dedos suaves y ligeros.

—Me pregunto cómo serás realmente —dijo suavemente, pensativo.

Helva estaba prevenida, pues la habían preparado para esperar esos accesos de curiosidad por parte de sus parejas. Pero no sabía nada de sí misma, ni tampoco

podría saberlo nunca.

—Escoge la forma y el aspecto que más te guste y me sentiré feliz de ser como tú deseas.

—Doncella de hierro, me gustan las rubias de largas trenzas —dijo Jennan—. Puesto que estás inmogada en titanio, te llamaré Brunilda, querida.

Riendo, Helva entonó el aria obligada en el preciso instante en que entraban en contacto con Spica.

—Por Dios, ¿quién grita así? ¿Quiénes son ustedes? A menos que pertenezcan al Servicio Médico de los Mundos Centrales, aléjense. Estamos sufriendo una epidemia. No se admiten visitantes.

—Es mi nave la que está cantando; somos la *JH-834* de los Mundos Centrales y les traemos la vacuna. ¿Cuáles son sus coordenadas de aterrizaje?

—¿Su nave está cantando?

—El mejor S.A.T.B. del espacio organizado. ¿Desea escuchar alguna melodía en particular?

La *JH-834* les entregó la vacuna, pero sin cantar ningún aria más, y recibieron órdenes inmediatas de dirigirse a Levíticus IV. Cuando llegaron allí, Jennan descubrió que su fama les había precedido y tuvo que defender la reputación de *JH-834*.

—Ya no volveré a cantar —murmuró Helva, contrita, mientras preparaba cataplasmas para el tercer ojo amoratado de la semana.

—Continuarás cantando —dijo Jennan con los dientes apretados—. Aunque sigan poniéndome los ojos morados desde aquí a la Cabeza del Caballo, conseguiré mantener tu reputación como cantante sin que despierte ironías. Serás la nave que canta.

Después que la «nave que canta» se enfrentó victoriosamente con una pandilla, pequeña pero maligna, de traficantes de drogas en las Magallánicas Inferiores, el título adquirió definitiva respetabilidad. La Central conocía todos y cada uno de los episodios y colocó una etiqueta de «interés especial» sobre el *dossier* de *JH-834*. Acababa de formarse un equipo de primera clase.

Jennan y Helva también se consideraban un equipo de primera clase después de su espectacular arresto.

—De todos los vicios del universo, lo que más odio es la adicción a las drogas —subrayó Jennan mientras regresaban a la Base Central—. La gente se va ya con demasiada facilidad al diablo sin este tipo de ayuda.

—¿Por eso te ofreciste voluntario al Servicio de Patrulleros? ¿Para acabar con el tráfico?

—Encontrarás tu respuesta oficial en tus registros.

—Con palabras demasiado floridas: «Siguiendo la tradición de mi familia, que se enorgullece de cuatro generaciones de servicio», si me permites citar tus propias

palabras.

Jennan lanzó un sonido despreciativo.

—Yo era muy joven cuando escribí aquello. Y desde luego, no había pasado por el Entrenamiento Final. Y una vez que estuve en ese Entrenamiento, mi orgullo me hubiera impedido desertar...

»Como te dije antes, solía visitar a mí padre a bordo de Silvia, y tal vez ésta tenía la esperanza de que yo ocupara el puesto de mi padre cuando abandonara el servicio, porque vertió dentro de mí unas buenas dosis de propaganda para favorecer mi vocación de patrullero. Y la favoreció. Desde que tenía siete años me hice el firme propósito de que no sería otra cosa que patrullero. Se encogió de hombros como para quitarle importancia a una decisión juvenil cuya realización le había exigido años de esfuerzos.

—¿De modo que es eso? ¿El patrullero Sahir Silan, en la JS-422, penetrando en la Nebulosa de la Cabeza del Caballo?

Jennan hizo caso omiso de su sarcasmo.

—Contigo tal vez vaya mucho más lejos. Pero, pese a los ánimos que me daba Silvia, nunca soñé, ni en los momentos más delirantes, alcanzar ese tipo de gloria. Dejo en manos de tu magnífico cerebro la realización de tales maravillas. En la mente tengo una contribución mucho más pequeña a la historia espacial.

—¿Tan modesto eres?

—No. Práctico. El grano de arena, etc., etc. —Puso con aire dramático una mano sobre su corazón.

—¡A la caza de la gloria! —dijo Helva con tono burlón.

—Mira quién está hablando. ¡Mi amiga, la que sueña con la Nebulosa! Al menos yo no exijo demasiado. No habrá otro héroe como mi padre en Parsaea, pero está claro que no me importaría distinguirme por algún hecho meritorio. A todo el mundo le sucede lo mismo. De lo contrario, ¿para qué arriesgarse?

—Tu padre murió cuando regresaba de Parsaea, si me permites apuntar algunos datos. Pero él nunca pudo saber que había sido un héroe por haber detenido la epidemia con su nave, lo que les permitió a los colonos quedarse en el planeta y descubrir así sus cualidades antiparalíticas. Y esto último tampoco llegó a saberlo nunca.

—Lo sé yo —dijo Jennan suavemente.

Helva se arrepintió inmediatamente por el tono que había dado a su refutación. Sabía muy bien el cariño que Jennan le tenía a su padre. En su historial se apuntaba que él había racionalizado la muerte de su padre con el inesperado y bien venido resultado del asunto Parsaea.

—Los hechos no son humanos, Helva. Mi padre sí lo fue, y yo también lo soy. Y de igual forma, básicamente, también lo eres tú. Inspecciona tus indicaciones, JH-

834. En medio de los cables que te han conectado hay un corazón, un desarrollado corazón humano. ¡Eso es obvio!

—Perdóneme, Jennan —dijo Helva, apenada.

Jennan dudó durante un momento, hizo un gesto con las manos en señal de aceptación y luego le dio un golpecito afectuoso a su cápsula.

—Si dejamos algún día de ir tontamente de un lado a otro, nos dedicaremos a buscar la Nebulosa, ¿eh?

Y como con tanta frecuencia sucedía en el Servicio de Patrulleros, a la hora siguiente tenían órdenes de cambiar el rumbo, y no hacia la Nebulosa, sino a un sistema recientemente colonizado con dos planetas habitables, uno tropical, el otro glacial. El sol, llamado Ravel, había entrado en una fase de inestabilidad; su espectro parecía una concha que se expandiera rápidamente, con líneas de absorción que se desplazaban velozmente hacia el violeta. El calor en aumento había obligado ya a evacuar el mundo más cercano, Dafnis. El modelo de las emisiones espectrales indicaban que el sol dejaría seco también a Cloe. Todas las naves que se encontraban en los espacios inmediatos tenían que presentarse ante los cuarteles del Desastre de Cloe para encargarse de recoger a los colonos que aún quedaban por evacuar.

La *JH-834* se presentó obedientemente y fue enviada a diversas áreas de Cloe para recoger a unos colonos dispersos que no parecían darse cuenta de la urgencia de la situación, pese a que Cloe estaba disfrutando ya de las primeras temperaturas por encima de los cero grados desde que llegaron allí colonos por primera vez. Como muchos de sus colonos eran religiosos fanáticos que se habían establecido en el duro planeta en busca de una existencia de piadosa reflexión, el brusco cambio producido en Cloe fue atribuido a cosas que nada tenían que ver con el problema del sol.

Jennan tuvo que perder una buena cantidad de tiempo en discusiones absurdas, de forma que él y Helva se hallaban retrasados en el horario previsto cuando se dirigieron al cuarto y último campamento.

De un salto, Helva pasó por encima de la elevada cadena de picos abruptos que rodeaban el valle y lo protegían de las tempestades de nieve, y que ahora servía como resguardo a la creciente temperatura. El sol violeta, con su corona brillante, estaba comenzando a refulgir mucho más cuando aterrizaron.

—Lo mejor que podrían hacer es coger sus cosas y subir a bordo —dijo Helva—. El cuartel general ha comunicado que hay que apresurarse.

—Todas son mujeres —contestó Jennan, sorprendido, mientras se dirigía a su encuentro—. A menos que los hombres de Cloe lleven faldas de pieles.

—Date prisa en seducirlas y reduce los trámites a lo esencial. No olvides conectar tu circuito privado.

Jennan avanzó hacia ellas sonriendo, pero la explicación de su misión se encontró con la más absoluta incredulidad sobre su autenticidad. Gimió para sí mismo cuando

la superiora comenzó a exponerle, como antes lo habían hecho los otros, las causas a las que ella atribula el sobrecalentamiento de la atmósfera.

—Reverenda madre, se ha producido una sobrecarga en vuestro circuito de plegarias y el sol está a punto de estallar. He recibido la orden de conducirlos al espaciopuerto de Rosary...

—¿A esa Sodoma? —La mujer enrojeció y se encogió de hombros desdeñosamente ante aquella sugerencia—. Agradecemos tu advertencia, pero no deseamos abandonar nuestro claustro y entrar en el mundo violento. Y ahora continuaremos con nuestra oración matutina, que ha sido interrumpida...

—Y permanentemente interrumpida quedará cuando el sol estalle y hiervan todas. Deben venir conmigo ahora —dijo Jennan con firmeza.

—Señora... —dijo Helva, pensando que tal vez una voz femenina tendría más peso en aquellas circunstancias que el varonil encanto de Jennan.

—¿Quién habla? —gritó la monja, asustada de oír una voz sin cuerpo.

—Yo, Helva, la nave. Bajo mi protección, tú y tus hermanas de fe llegaréis a salvo y sin profanarse por la asociación con ningún hombre. Yo os protegeré y os conduciré a un lugar especialmente destinado para vosotras.

La mujer miró cautelosamente a través de la abertura de la puerta de la nave.

—Puesto que los Mundos Centrales te permiten utilizar tales naves, reconozco que no estás burlándote de nosotras, joven. Sin embargo, sigo pensando que aquí no corremos peligro alguno.

—La temperatura en Rosary es ahora de treinta y siete grados —dijo Helva—. Tan pronto como los rayos del sol penetren directamente en este valle, también aquí será de treinta y siete grados, y probablemente alcanzará hoy los noventa en su punto álgido. Veo que vuestras casas están hechas de madera y paja. Paja seca. Hacia el mediodía estarán todas ardiendo.

La luz del sol comenzaba a penetrar en el valle entre los picachos de las montañas, y aquellos ardientes rayos caldearon al inquieto grupo que había tras la superiora. Algunas se abrieron los escotes de sus vestidos de pieles.

—Jennan —le dijo Helva por el comunicador privado—, el tiempo se nos está reduciendo.

—No puedo dejarlas aquí, Helva. Algunas de esas chicas son apenas unas adolescentes.

—Y hermosas, además. No me extraña que la superiora se niegue a dejarlas subir.

—Helva.

—Se cumpla la voluntad de Dios —dijo la superiora con firmeza, dando la espalda a sus salvadores.

—¿Quemarse hasta la muerte? —les gritó Jennan mientras ella se abría paso entre sus novicias.

—¿Desean ser mártires? Es su elección, Jennan —dijo, desapasionadamente, Helva—. Nosotros tenemos que irnos, y esto ya no es una cuestión en la que podamos elegir.

—¿Cómo voy a dejarlas, Helva?

—¿Parsaea? —sugirió Helva mientras él daba unos pasos y cogía a una de las mujeres—. No puedes raptarlas a todas a bordo y no tenemos tiempo de luchar con ellas. Sube, Jennan, o tendré que informar de tu actitud.

—Van a morir... —musitó Jennan desesperado, mientras regresaba a la nave.

—No podemos correr más riesgos —dijo Helva, razonablemente—. Tal y como están ya las cosas, vamos a tener problemas para alcanzar el lugar de la cita. El informe del laboratorio señala una aceleración crítica de la evolución espectral.

Jennan estaba ya subiendo a la escotilla cuando una de las mujeres más jóvenes se dio media vuelta y echó a correr tras él, gritando. Su acción fue imitada por sus compañeras. Pasaron en estampida a través de la estrecha abertura. Pero no había suficiente espacio en el interior para todas las mujeres. Jennan sacó trajes espaciales para las tres que habrían de quedarse con él en la cámara de descompresión. Tuvo que perder aún un tiempo precioso para explicar a la superiora que tenía que colocarse el traje espacial porque la cámara de descompresión no tenía ni provisión de oxígeno ni dispositivo de climatización independiente.

—La ola de calor va a alcanzarnos —dijo Helva en tono apremiante a Jennan a través del comunicador privado—. Llevamos dieciocho minutos de retraso y ahora tendré que forzar la velocidad máxima para escapar a la ola de calor.

—¿Puedes despegar? Nosotros ya tenemos puestos los trajes.

—¿Despegar? Sí —dijo, mientras, efectivamente, lo hacía—. Pero ¿correr? Siento como si tropezara.

Jennan trató de sostenerse a sí mismo y a las mujeres; notaba el peso de la nave, sin dejarse llevar por la piedad, sabiendo que la aceleración aplastaba violentamente a los pasajeros de la cabina (dos de las mujeres murieron), Helva aceleró al máximo durante el mayor tiempo posible. La suerte que corriera Jennan era su único motivo de preocupación. Pese a sus trajes espaciales, las cuatro personas aprisionadas en aquella cámara de descompresión desprovista de oxígeno y sin climatizar, protegida por una sola capa de metal en lugar de tres, no estaban seguras. Sus escafandras eran del tipo estándar; no estaban diseñadas para soportar el excesivo calor al cual iba a someterse la nave.

Helva voló tan rápido como pudo, pero la increíble ola de calor que desprendió la explosión del sol les alcanzó a mitad de camino de su destino, en la zona fría.

No prestaba atención a los llantos, los gemidos, los ruegos ni las plegarias que llenaban su cabina. Lo único que escuchaba era la torturada respiración de Jennan a través del sistema de purificación de aire de su traje y el murmullo de la sobrecargada

unidad de refrigeración. Sin poder hacer nada, oía los gritos histéricos de sus tres acompañantes a medida que penetraban en el brutal calor. En vano Jennan trataba de calmarlas, intentando explicarles que pronto estarían a salvo si soportaban aquel calor. Enloquecidas por el terror y el sufrimiento, se echaron sobre él pese a lo exiguo de la cámara. Cuando una de ellas intentó golpearle, se le enrolló un brazo en los cables de su generador individual de energía y la catástrofe no tardó en producirse. Uno de aquellos cables, debilitado por el calor, se rompió bajo la presión.

Pese a toda su potencia, Helva estaba desarmada. Vio a Jennan ahogarse, le vio girar la cabeza en su dirección, implorarle con la mirada y morir.

Sólo el férreo condicionamiento de su educación impidió que Helva diera media vuelta y se inmolará hundiéndose en el ardiente corazón del sol. Muda por el sufrimiento, alcanzó el convoy de refugiados y transfirió a los pasajeros enfermos, cubiertos de quemaduras, al transporte que le fue indicado.

—Guardo conmigo el cuerpo de mi patrullero —informó después al Centro con voz sorda.

—Te proporcionaremos una escolta —fue toda la respuesta que recibió.

—No necesito escolta.

—Ya te ha sido asignada una escolta, *XH-834* —se le dijo con sequedad. El trauma de escuchar cómo le quitaban la inicial del nombre de Jennan de su número de registro cortó su protesta. Descorazonada, esperó junto al transporte hasta que sus pantallas le mostraron la llegada de otras dos naves cerebrales. El cortejo regresó a la velocidad de funeral.

—¿834? ¿La nave que canta?

—Ya no tengo más canciones.

—Tu patrullero era Jennan.

—No deseo entrar en comunicación.

—Soy la 422.

—¿Silvia?

—Silvia murió hace mucho tiempo. Soy la 422. Por ahora *MS* —dijo la nave—. *AH-640* es nuestro otro amigo. Pero Henry no está a la escucha. Tanto mejor..., seguramente no lo comprendería si pasaras a la ilegalidad. Pero yo no le dejaré que trate de impedirte.

—¿Ilegalidad? —el término sacó a Helva de su apatía.

—Claro. Tú eres joven. Te queda energía para muchos años. Huye. Ya otras lo han hecho. La 732 se escapó hace tres años, tras haber perdido a su patrullero en la famosa misión de la enana blanca. Desde entonces no la hemos vuelto a ver.

—Nunca oí hablar de esas cosas.

—Desde luego, en la escuela no has podido escucharlo, querida, puesto que precisamente nos condicionan contra eso —dijo 422.

—¿Romper el condicionamiento? —gritó Helva, angustiada, pensando en el blanco y furioso corazón del sol que acababan de abandonar.

—Creo que, para ti, no resultaría duro de momento —dijo, sosegadamente, la 422 en cuya voz se apuntaba un cierto cinismo—. Las estrellas están ahí, palpitando.

—¿Y estaría sola? —preguntó Helva, sofocada.

—¡Sola! —le confirmó 422.

Sola con todo el tiempo y el espacio. Ni siquiera la Nebulosa de la Cabeza del Caballo estaría lo suficientemente lejos como para desanimarla. Sola con cientos de estrellas que vivirían con sus recuerdos y nada... nada más.

—¿Parsaea valía la pena? —le preguntó suavemente a la 422.

—¿Parsaea? —repitió 422, sorprendida—. ¿Con su padre? Sí. Estuvimos en Parsaea cuando se nos necesitaba. Lo mismo que ha sucedido ahora..., y su hijo... estaba en Cloe. Cuando os necesitaban. El crimen es no saber dónde nos necesitan y no estar allí.

—Pero yo le necesito a él. ¿Quién va a colmarme esta necesidad? —preguntó Helva, amargamente.

—834 —dijo 422 al cabo de un día de navegar en silencio—, la Central desea tu informe. En la Base Régulus te espera un reemplazo. Rectifica tu rumbo y dirígete hacia allá.

—¿Un reemplazo?

No era eso lo que necesitaba. No era alguien que le recordara a Jennan sin llenar el vacío que él había dejado. Porque su casco estaba aún caliente del calor de Cloe. Empujada por un atavismo, Helva deseaba tiempo para llorar a Jennan.

—¡Oh! Todos los patrulleros sirven si la nave es buena —subrayó 422 filosóficamente—. Y es precisamente lo que necesitas. Cuanto antes mejor.

—Les has dicho que no iba a huir, ¿verdad? —preguntó Helva.

—Acabas de dejar pasar la ocasión hace un momento, lo mismo que yo tras Parsaea, tras Glenn Arthur, tras Betelgeuse.

—Nuestro condicionamiento nos impide actuar así, ¿verdad? Nos resulta imposible hacerlo. Lo que me dijiste antes era una prueba, ¿verdad?

—Sí. Órdenes. Ni siquiera los psiquiatras saben por qué una nave entra en la ilegalidad. El Centro está muy inquieto, y también nosotros, tus hermanos. Fui yo misma quien pidió servirte de escolta. Yo... no quiero perderos a los dos.

Helva sintió claramente cómo surgía dentro de ella un sentimiento de gratitud hacia Silvia.

—Todos hemos pasado por eso, Helva. Lo que voy a decirte no te servirá de consuelo, pero, ¿qué seríamos nosotras si no pudiéramos sufrir con nuestros patrulleros? Máquinas equipadas con altavoces.

Helva miró el cuerpo de Jennan, tendido ante ella en su ataúd, y creyó oír el potente eco de su voz en la cabina.

—¡Silvia, no pude ayudarle! —gritó desde el fondo de su alma.

—Si, querida, lo sé —murmuró cariñosamente la 422.

Luego quedó en silencio.

Las tres naves aumentaron la velocidad en silencio hacia la gran base que los Mundos Centrales tenían en Régulus. Helva rompió el silencio para pedir instrucciones con respecto al aterrizaje y para recoger las condolencias oficiales.

Las tres naves aterrizaron simultáneamente dentro del boscoso recinto en que los gigantescos árboles azules de Régulus montaban guardia cerca de los muertos en el pequeño cementerio del Servicio. El contingente de la base en pleno se acercó con paso lento para formar una senda de honor entre Helva y el cementerio. Una delegación subió hasta la escotilla y entró en su cabina. El cuerpo de su amado compañero fue respetuosamente colocado en el ataúd especialmente montado sobre unas ruedas y cubierto con la bandera azul oscuro tachonada de estrellas del Servicio. Contempló cómo se lo llevaban lentamente, mientras el largo sendero humano formado por la escolta se iba cerrando tras él.

Luego, después de pronunciadas las sencillas palabras de la despedida y de que los aviones pasaran sobre la tumba para rendirle el último homenaje al patrullero, Helva recuperó la voz.

Suavemente, apenas audible al principio, las notas de una antigua canción de duelo salieron al exterior, hasta que la propia negrura del espacio devolvió el eco de la canción de la nave que cantaba.

CUANDO YO ERA LA SEÑORITA DOW

(When I Was Miss Dow)

Sonya Dorman

Sonya Dorman creció y se educó en Nueva Inglaterra. Sus relatos y poemas han aparecido en Cavalier, Galaxy, The Saturday Evening Post, The Magazine of Fantasy & Science Fiction, Redbook y Orbit. Se dedica a la cría de perros Akita y ha sido recepcionista, bailarina de flamenco y profesora de equitación.

Los autores de ciencia ficción han escrito con frecuencia acerca de cuál sería la impresión que se llevarían los alienígenas de nosotros, los humanos. Este tipo de narraciones no sólo nos ofrecen cuadros llenos de imaginación de seres y sociedades diferentes de las nuestras, sino que también nos proporcionan una perspectiva distinta de nuestra propia especie. En Cuando yo era la señorita Dow vemos a la humanidad desde el punto de vista de un alienígena que se ha convertido en una mujer; esta transformación refleja nuestra propia experiencia acerca del papel que la mayoría de las mujeres han tenido que jugar.

Esa gente hambrienta, encantada, llega y nos encuentra viviendo en lo que ellos llaman palacios de cristal, porque realmente vivimos en palacios de vidrio, unos suntuosamente decorados y otros sencillos como el papel. Llegan primero como exploradores y tal vez se dan cuenta de que nosotros somos una raza que sólo tiene un sexo, seres proteicos casi amorfos; nosotros, incluido yo, que soy un niño, somos capaces de adoptar diversas formas a voluntad. Con sexo y un lóbulo cerebral, vivimos más o menos en puentes de cristal tendidos sobre el abismo humanoide, comiendo, divirtiéndonos, esperando a otras razas y jugando a otros juegos como la mayoría de los seres vivientes.

De vez en cuando, nos introducimos todos en bancos de células y nos reproducimos.

Después de los exploradores vino la colonia de mineros y científicos. El Guardián y algunos de los demás ancianos se pusieron caras para darles la bienvenida, y aceptaron ayudarles en los trabajos de minería, dándoles incluso uno o dos de nuestros animalitos domésticos al ver que se interesaban en ellos. Establecieron los lugares en donde vivirían y pusieron en marcha sus máquinas, bang-bang, chug-chug; nosotros nos pusimos nuestras caras, formas, sonrisas y vestidos. Yo soy ya lo suficientemente mayor para cambiar de forma.

El Guardián me ha dicho:

—Ya es tiempo de que hagas un cambio. Algunos de tus amigos están ya trabajando para esa gente, trayendo a cambio a sus casas créditos y sulfamidas.

Mi tío (por la cuarta unión del Guardián) se hizo una imagen desde el principio, siendo uno de los primeros en darse cuenta de lo que ello podría beneficiarnos.

He protestado ante el Guardián.

—Estoy educado para ser estudiante. Tú has dicho siempre que debo concentrarme en las matemáticas y los demás estudios.

Mi tío dijo:

—Tienes que hacerlo. No tenemos más que una forma de convivir con ellos. —Y se pasó los dedos por su largo y rubio cabello. Mi tío no es una persona educada, pero políticamente ocupa un cargo muy elevado, y mientras está cerca el capitán Dow, mi tío mantiene siempre esta forma particular. El capitán saldrá pronto de viaje y entonces mi tío encontrará otras formas porque ya está advertido de que resulta indecente para él ser perseguido por los barbudos muchachos de las naves espaciales. Yo no quería hacerlo, no quería perder tal cantidad de tiempo cuando los catorce decimales están repiqueteando en mis espejos.

El Guardián ha dicho:

—Tenemos un modelo extraído de un botánico hembra que te irá bien. Pero antes de que te pongamos en el tanque modelador, tendrás que hacerte con otro lóbulo cerebral. Ellos tienen dos.

—Lo sé —le he dicho yo ceñudo. Una botánica. Una ella.

—Al tanque —me ha dicho el Guardián sin contemplaciones, y yo me he puesto a su disposición para que me utilice según crea necesario.

Pasé cuatro días en el tanque absorbiendo el modelo femenino terrestre. Cuando salí, el Guardián me dijo:

—Tu trabajo te está esperando. Hemos tenido un montón de problemas para arreglarlo. —Habla con brusquedad, pero tal vez se debiera a que hacía mucho tiempo que no se relacionaba con nadie. Las responsabilidades de ser Guardián de Minas y Semillas tenían prioridad sobre cualquier compromiso social.

Me pasé los dedos por mis bucles morenos y me di cuenta de que mi tío me miraba escrutadoramente.

—¿No te has hecho un poco viejo? —me preguntó.

—No, no, así está bien —dijo el Guardián—. Según tengo entendido, treinta y tres años es una buena edad para el doctor.

El doctor Arnold Proctor, el biólogo en jefe de la colonia, está muy atareado haciendo radiografías (con sus primitivos rayos X) de diversos esqueletos: pájaros, roedores y nuestros animalitos domésticos, los kootas. Los terrestres los llaman perros y están fascinados con ellos. Nosotros los criamos principalmente para carreras y el tiro, pero algunos de ellos llevan un gene de un defecto estructural heredado que los deja paráliticos, y han de ser sacrificados antes de que crezcan. El doctor está realizando un estudio especial sobre los kootas.

Se ha levantado de la silla al entrar yo en su oficina.

—Soy la señorita Dow, su nuevo ayudante —le he dicho, esperando que mis largas uñas no se rompieran con los resortes de la computadora, puesto que todavía no tengo mucha práctica en retener formas extrañas. Estoy todavía en un equilibrio inseguro entre mi yo y Martha Dow, que también soy yo. Pero he descubierto las peculiaridades de tener dos lóbulos.

—Buenos días. Encantado de tenerla aquí —ha dicho el doctor.

Es un agradable hombre sonrosado, de cabellos plateados, habla suave, inteligente. Me es grato darme cuenta, a medida que paso el tiempo trabajando junto a él, de que no se pasa el rato bromeando como hacen tantos terrestres, aunque a veces yo soy caprichosa y me gusta la música y los banquetes tanto como mis estudios.

Aunque esté absorto en su trabajo, el doctor Proctor no se muestra brusco con los que le interrumpen. Es un hombre de raro equilibrio, viniendo como viene de una cultura que envía grupos de científicos que en un 90 por 100 pertenecen a un solo sexo, teniendo su especie dos. Desde el primer encuentro se ha mostrado agradable, y yo estoy encantada.

—Doctor Proctor —le pregunté una mañana—, ¿me haría el favor de radiografiar

a mi koota? Es muy fina, de la mejor raza, y me gustaría cuidarla.

—Sí, sí, por supuesto —me prometió con su rápida y a veces ausente sonrisa—. Por supuesto, usted desea cuidarla lo mejor que pueda. —Era un rasgo suyo muy típico suponer que todos eran tan cuidadosos como él.

A mi tío no le gustó.

—A tu koota no le ocurre nada —me dijo—. ¿Para qué quieres que le haga una radiografía? ¿Imaginas si le encuentra algo malo? Tendrás miedo de hacerla correr. Además, tu interés por ella le haría sospechar.

—¿Sospechar qué? —pregunté yo, pero mi tío no quiso decírmelo, así es que le pregunté—: ¿Que sus hijos puedan tener parálisis?

El Guardián dijo:

—Se espera de ti que te concentres en el trabajo, no en la cría de perros. El koota estaba bien como diversión cuando eras más joven.

Me incliné y acaricié la cabeza a mi koota, que es hermosa, y en respuesta el animal respiró profundamente.

—Oh, déjalo ya —dijo mi tío, cansado. Se había disgustado porque ellos no querían que me enterrara en un laboratorio o en una sala de computadoras sin lograr contactos más importantes. Pero un estudiante nace con un cierto temperamento y posee una naturaleza introspectiva, y como yo estaba destinado a reemplazar al Guardián, naturalmente, prefería la vida de la mente.

—Debo recordarte —recalcó mi tío— que presentas la imagen de una hembra terrestre. ¿Es interesante tu trabajo?

—Oh, sí, fascinante —le contesté yo, y él dio un resoplido por mi enorme mentira, ya que ambos sabíamos que es pesado y rutinario y que me paso la mayor parte del tiempo vigilando las conexiones entre mis dos lóbulos cerebrales, que todavía presentan para mí ciertas dificultades.

Mi koota es objeto de una radiografía pélvica. Después examino la radiografía en el oscuro y pequeño cubículo. El también está allí; sus pómulos han adquirido un color esmeralda con aquella luz peculiar, y su cabello, que es plateado a la luz del día, parece fosforescente. Yo lo resisto. Estoy resistiendo a ese doctor con ojos de rayos X que puede examinarte hasta la médula con facilidad. Está viendo la médula de Martha, todos y cada uno de sus perfectos corpúsculos.

No pueden imaginarse lo reconfortante que resulta ser tan transparente. No es necesario fingir, justificar, anticipar, retraer o discutir las peculiaridades de mi planeta. Estábamos mirando la película de rayos X de mi preciada corredora y compañera para determinar la firmeza y la salud de las articulaciones de sus caderas, aunque sospecho que el doctor, verde platino y alto como una torre, está atravesando mi realidad con su educada mirada. Puede ver cómo afluye la sangre a mis

superficies. No necesito hacer nada más que mantenerme derecha, de forma que el pliegue de grasa de mi cintura no distorsione mi vientre.

—¿Ves? —me dice.

Yo veo, mirando la radiografía en esta oscuridad en la que pueden verse la perfección o el desastre y me pierdo en la paradoja con la que me enfrento aquí. Cuanto más oscura está la habitación, más brillante es la pantalla y más clara la imagen. ¡Menos luz! y la verdad se hace más evidente. Tanto si la koota está sana y puede criar sin peligro de transmitir el gene a su prole, como si no lo está y no puede ser utilizada. ¡A menos luz, más verdad! Y el doctor es una escultura verde; si fuera un poco más oscuro parecería de bronce..., y sin embargo, su color natural es el rosa alabastro.

—¿Ves? —pregunta el doctor, y yo intento ver. Señala con su lápiz de cera una de las articulaciones de la cadera que aparecen en la radiografía y dice—: Resulta evidente un cierto grado de osteoartrismo. La articulación se está debilitando; puede llegar a quedarse coja. Es totalmente seguro que transmitirá el defecto a algunos de sus descendientes, si tiene crías.

Esta koota había sido mi compañera de juegos y mi amiga durante mucho tiempo. No puede tener más que una forma, la de koota, llena de amor y de bella rapidez; había sido para mí una auténtica fuente de placer y orgullo.

El doctor Proctor habla de los defectos anatómicos del koota con una voz amable y cultivada. Yo estoy afligida. No había ninguna necesidad de explicar la verdad, puesto que era evidente. Sin embargo, parece que para comprender las radiografías necesitaba una educación especial. Se dice que cuanto más se ha visto, con mayor rapidez se pueden separar las verdades eternas de las ilusiones funestas. ¿Cómo es que a veces el doctor lleva una cabeza que parece la de un koota, con un espléndido hocico y noble semblante?

De repente suelta una breve carcajada y señala mi ombligo con la punta de su lápiz de cera, exclamando:

—Ahí. Ahí, es esencial que el vientre caiga sobre la pelvis, o de lo contrario no tendrá niños.

Entonces pensé en mi descendencia. ¿Pero no estábamos hablando de mi koota? La radiografía está todavía en la pantalla, y en ella, como las alas de un águila, aparecía el hueso Rorschach de mi perra koota, con las articulaciones de sus caderas condenadas.

Deseé que el doctor encendiera la luz. Había llegado a la conclusión de que había un límite en la cantidad de verdad que yo podía examinar, y cuanto más me sometía a las condiciones necesarias para examinarla, más desdichada me sentía.

El doctor Proctor es un hombre de una integridad tan total que siguió hablando de huesos y músculos hasta que estuve a punto de gritar pidiendo piedad. Había hecho

algo inusual y probablemente prohibido, pero no era consciente de ello. Quiero decir que debía de estar prohibido en su cultura, donde parece que juegan a costa de los demás, pero no con los demás. Me siento insegura, fluctuante.

Abre dos interruptores. Desaparece la película y aparece el sol, haciendo que mis ojos se llenen de lágrimas de gratitud, si bien él está tan habituado a esos contrastes que apenas parpadea. Flotando bajo la luz del sol, me he vuelto opaca; él ya no puede ver nada más que mis tensiones superficiales, y yo me pregunto qué es lo que hace en su tiempo libre. Una parte de mi ser parece inclinarse o resbalar.

—Ahí, ahí, mi querida señorita Dow —decía, golpeándome la espalda, acariciándome los omóplatos. Extendía cuidadosamente los antebrazos y los dedos—. No quiere criar más que lo mejor, ¿verdad? —preguntó.

Puse en marcha dentro de mí un compulsivo ritual consistente en contar los elementos; es todo lo que puedo hacer para mantener abiertas las comunicaciones entre mis lóbulos cerebrales. Vengo sufriendo eclipses; uno se oscurece y el otro brilla como un salón nuevo; mientras el uno se oscurece, el otro se convierte en una nova.

—Ahí, ahí —decía el doctor, apurado porque yo me estremecía, intentando mantener las conexiones abiertas. Nunca me había sentido tan aturdida. Deberían haberme puesto otra vez en el tanque modelo.

Profundamente perturbada, levanté la cara y él me dio un beso. Inmediatamente después me sentí bien, equilibrada de nuevo, mientras un lóbulo componía un concierto para flauta y el otro pensaba.

—Oh, Arnie, Arnie. —Sí, me encontraba a gusto en la forma que había adoptado.

Él está perfilando mis articulaciones con su lápiz de cera, mientras repite:

—Es esencial, sí, es esencial.

Finalmente, dice:

—Creo que los colonos estamos demasiado solos aquí.

Y yo digo:

—Oh, sí, lo estamos —antes de darme cuenta de la enormidad de las manipulaciones del Guardián, y de lo mucho que tenía que aprender. Evidentemente, el Guardián me había enviado al Punch Center de la colonia como si fuera una terrestre. Le miento y digo—: Oh, sí, sí. Oh, Arnie, apaga la luz —para que podamos descubrir más verdad.

—Aquí no —dice Arnie.

Y, por supuesto, tiene razón. Esta es una sala de estudio, destinada a catalogar hechos obvios, no un lugar para un carnaval. Para eso no hay muchos lugares, descubro yo con sorpresa. Habiendo pasado toda mi vida entre cristales, suponía que todos estarían entre ellos tan confortables como yo. Pero no era así.

Encontramos que sus habitaciones, una vez en la oscuridad, resultaban

confortables y libres de caer en situaciones embarazosas. Nadie pensaría que un hombre tan delicado y de su edad fuera tan vigoroso, pero averigüé que pasaba los fines de semana en el centro de recreo golpeando una pelota con la mano. La pelota chocaba contra una pared, volvía a su mano y él la golpeaba una y otra vez. Ahora ya no lo hacía, porque pasábamos los fines de semana juntos.

—Eres más de lo que merece un viejo solterón como yo —me dice.

—¿Por qué eres un viejo solterón? —le pregunto. Me preguntaba por qué lo era, si se trataba de algo que no debía ser.

Él intentó explicármelo:

—No soy un joven. Me temo que no sería un buen marido. Me gusta trabajar hasta tarde y que no me molesten. En mi tiempo libre me gusta hacer tallas en madera. A veces me voy a la cama cuando todavía brilla el sol y otras me paso la noche entera trabajando. Y luego los niños. No. Soy afortunado siendo un viejo solterón —concluyó.

Arnie talla madera de kaku, brillante y lo suficientemente suave para permitir una fácil incisión. Está modelando la figura de un pájaro, cortando poco a poco y con trazos largos la madera, de forma que las aristas representen las facciones. La luz de la lámpara brilla sobre su cabello y sobre las arrugas de sus párpados mientras talla la madera. Está absorto en algo que no está allí, pero proyecta en su obra lo que desea ver. Lo contrario de lo que hacía en la sala de rayos X. Comienzo a sufrir un dolor peculiar, localizado en el nervio situado entre mis pulmones. Él no me habla. No me acaricia. Ha olvidado que estoy allí, y como una falsa proyección, estoy comenzando a desaparecer. Tal vez al cabo de una hora la película se habrá velado. ¿Estoy aquí si él no me ve?

Él está haciendo exactamente lo mismo que hago yo cuando estoy ocupado en uno de mis propios proyectos, y admiro la intensidad con la que trabaja; es magnífico. Sí, siento envidia, me abraso de rabia y envidia. Él me ha abandonado siendo Martha y yo deseo ser yo mismo de nuevo, libre de una única forma y una única mente. No quiero ser este saco de basura colgando de la espalda de otro. No obstante, él me ha enseñado que es bueno ir colgando de la espalda de otro. Estoy harto de extrañas disciplinas. Tal vez él también está cansado; veo que a veces se frota los músculos del estómago con las manos y cierra los ojos.

El Guardián se dirige a mí en una de mis raras noches pasadas en casa y me dice con acritud:

—Has caído en un error. Si el doctor descubre quién eres perderás tu trabajo en la colonia. Además, nunca supusimos que no tendrías relaciones más que con un solo

hombre. Pensábamos que comenzarías con el doctor y que después seguirías con otros. Necesitamos cada uno de los créditos que puedas traernos. Y por el momento no nos ha ido demasiado bien. ¿Es avaro?

—Claro que no.

—Pues todos los créditos que has traído a casa son los de tu paga.

Considero oportuno no contestar. Es cierto que el Guardián tiene derecho a utilizarme para cualquier cosa que nos traiga mayores beneficios, como yo mismo utilizaré a los demás cuando sea Guardián. Pero mi tío y él gastan la mitad de los créditos de mi trabajo en sulfatiazol, por lo que se han convertido en adictos.

—No tienes sentido de la responsabilidad —me ha dicho el Guardián. Tal vez se le acerca el momento de la conjunción y ello le hace interesarse por mi estabilidad.

Mi tío dice:

—Oh, es joven, déjale en paz. En tanto que nos traiga esos créditos... Aunque nunca sabré en qué forma utiliza los restantes.

Los empleaba en ropa que compraba en el mercado de la colonia. A veces Arnie me sacaba por la noche, normalmente al Laugh Tree Bar, donde también acostumbraban a ir las tripulaciones de las naves espaciales a descansar. El bar es el lugar donde se encuentran chicas. Muchachas jóvenes, bonitas, nacidas en el planeta, que trabajan en el Punch Center de la colonia durante el día y pasan las noches allí, compitiendo por atraer la atención de los oficiales. Sentada allí con Arnie me era imposible distinguir a la hija de un colono de mis amigos y parientes. Ellos, por su parte, tampoco me reconocerían.

En una ocasión, estando en casa, traté de hablar con algunos de esos amigos acerca de mis sentimientos. Pero descubrí que todos los caracteres femeninos que habían adquirido eran solamente superficiales; ninguno de ellos tenía un lóbulo extra, limitándose simplemente a mantener el modelo terrestre en una esquina de su propio lóbulo, como referencia. La mayoría de ellos habían ingerido sulfas. No eran más que juguetes brillantes, piedrecitas sobre la superficie de las vidas de los colonos.

Luego se iban a casa, volvían a sus formas libres y se divertían con sus matemáticas, sus colores, sus composiciones y reproducciones.

—¿Por qué yo? —le pregunté al Guardián—. ¿Por qué dos lóbulos? ¿Por qué yo?

—Creímos que así serías más eficaz —me contestó—. Y mientras estás aquí, lo cual de un tiempo a esta parte sucede en contadas ocasiones, harías mejor en adquirir otras formas. Tus partículas pueden resultar dañadas si permaneces demasiado tiempo con esa forma de mujer.

«¿Pero no sabes —hubiera querido decirle—, no sabes que pienso mantener esta forma para siempre? Si resulto dañado o muero, me pondréis en los bancos de células y quedaréis sorprendidos, atónitos, aterrados, al descubrir que me he vuelto por completo Martha. No puedo ser cambiado.»

—Pequeño trozo de protagonista —me dijo amargamente mi tío—. Nunca llegarás a ser nada, nunca serás Guardián. ¿Has llevado a cabo alguna realización propia recientemente?

Yo contesté:

—Sí, he realizado ciertas divisiones del cristal y lo he reconstruido en modelos no estabilizados.

Mi tío está de mal humor; ha estado ingiriendo sulfa y su tejido nervioso se ha podrido. Hubiera deseado hablar tranquilamente con él, pero seguía refunfuñando:

—No puedo comprender por qué te gusta ser un saco de risas bilobulado. Yo no podría soportar la espera de librarme de ello.

—Bueno, he aprendido —comencé a decir, pero no pude explicar que todavía estoy aprendiendo, y cerré los ojos. Parte de ello es que en la línea existente entre la oscuridad y la luz es más fácil flotar. Nunca deseé practicar solamente cosas fáciles. Mi equilibrio ha sido dañado. Nunca tuve que equilibrarme. Y no es un término o un concepto que yo pueda comprender ni siquiera ahora, en casa, en la forma libre. Parte del modelo impreso de Martha descansa en mis propias células cerebrales. Sospecho que es un daño permanente, y ello me produce placer. A esto me refiero cuando digo que no lo entiendo; se me ha enseñado que buscara la perfección. ¿Cómo es posible que me guste esto que puede ser una catástrofe?

Arnie está tallando sobre madera de kaku. Yo deseo ser Martha. Me gustaría ir al Laugh Tree con Arnie y me gustaría aprender a jugar a las cartas con él.

Arnie es, a este respecto, como mi yo original, y odio esa faceta suya, puesto que la he abandonado para ser Martha. Martha le hace feliz, es como chocolate para su apetito, almohada para su descanso.

Busco compañía en mi koota. Tiene el color de la mañana, su pecho sobresale como la hoja de un hacha, sus costillas se destacan como si fueran alas, sus ojos son grandes y claros cuando me devuelve la mirada. Sin embargo, ya no hay esperanza; en poco tiempo quedará paralítica; ya no puede correr, ni tener cachorros. La miro y ella me devuelve la mirada, mientras sueña con carreras veloces y el azote del viento sobre las arenosas playas por las que ha corrido.

—¿Por qué no lees algo? —me sugiere Arnie, puesto que mi intranquilidad le molesta. La koota descansa a mis pies. Yo leía. Todas las noches Arnie tallaba en su apartamento, yo leía y la corredora enferma yacía a mis pies. De esta forma pasé yo por la historia terrestre. Cuando el payaso cae en la cuba, yo río. La historia terrestre está llena de payasos y de cubas; al principio parece que eso es todo, pero luego se aprende a ver otras cosas bajo sus cómicas costumbres.

Mientras yo flotaba en esta tensa línea, que es el horizonte entre la luz y la oscuridad, donde resulta tan fácil, comencé a notar lo que hay bajo las costumbres: hacer eses por las calles borracho como una cuba en una tarde soleada mientras todo

el mundo se ríe de ti; esconderse bajo la galería porque has hecho que brotase sangre de la cara de Pa; cocear a un hombre cuando está en las cloacas porque tú has sido coceado y has de hacérselo a tu vez a alguien. Los terrestres tienen algo llamado tragedia. Es lo que uno de ellos definió como ser un poeta en el cuerpo de una cucaracha.

—¿Has oído el rumor que corre? —pregunta Arnie, dejando a un lado el instrumento de tallar—. ¿Has oído algo acerca del personal de Punch Center que no son auténticos humanos?

—¿Que no lo son? —pregunto yo, dejando a un lado mi lectura. Nosotros no tenemos tragedia. En mi especie, las relaciones familiares están basadas solamente en los modelos genéticos. Cuando se introduce en el banco familiar, un nuevo pariente es creado a partir de otro. Es una antigua forma de multiplicar, pero no es trágica. La koota, con su utilidad destruida por un gene recesivo, yace a mis pies. ¿Es eso tragedia? Pero ella es una forma única, no puede regenerar una pierna perdida, ni exfoliar tejido cerebral. Lo único que puede hacer es devolverme la mirada llena de afectividad—. ¿Y qué son, si no? —le pregunto a Arnie—. ¿Qué son si no son humanos?

—Lo que se cuenta es que las formas de vida locales no son como realmente las vemos. Se han puesto caras como las nuestras para tratar con nosotros. Y algunos de ellos se han infiltrado entre el personal.

¡Infiltrado! Como si fuéramos un virus.

Yo le digo:

—Pero han de ser inofensivos. Hasta ahora nadie ha resultado dañado.

—No podemos saberlo con seguridad —me replica Arnie.

—Pareces cansado —le digo, y él viene hacia mí para ser aliviado, para ser amado en su carne, su única forma, su búsqueda de la verdad en la oscuridad del cubículo de rayos X. Ahora está realizando estudios acerca de ciertos pájaros. Sus cavidades espinales son amplias, óvalos llenos de aire, y sus huesos son extremadamente porosos, lo que les permite alcanzar alturas enormes.

La koota ya no corre por las playas azotadas por el viento; descansa a nuestros pies, con la mirada perdida en la distancia. A sus ojos la pared debe de ser transparente; siento que puede ver claramente a través de ella a sus compañeros que corren por la larga y brillante curva de la playa bajo el sol de la mañana. Suspira y apoya la cabeza sobre su estrecho y delicado hocico.

Arnie dice:

—Parece que estoy cansado todo el tiempo —y se acaricia los músculos del tórax. Pone la cabeza en mi pecho—. Me parece que la comida no está muy de acuerdo conmigo últimamente.

—¿Sufres dolores? —le pregunto con curiosidad.

—Decir sufrir no tiene sentido con los analgésicos. No, no sufro. Sencillamente no me encuentro bien.

Queda absorto en sus pájaros de madera de kaku, desciende a las oscuridades y luego se eleva como un águila que cruza el horizonte hacia la claridad superior. Mientras tanto yo floto. Ya no me atrevo ni a respirar, temo perturbarlo todo. No deseo nada. Su cabeza descansa en mi pecho y no voy a molestarle.

—Oh, Dios mío —dice Arnie, y yo sé lo que está sucediendo incluso antes de que comience a ahogarse y sus músculos salten pese a que yo le sostengo entre mis brazos. Sé que su corazón se está ahogando debido a las dosis masivas de sangre que lo inundan; desaparece el brillo de sus ojos, que comienzan a oscurecerse mientras yo le sujeto fuertemente. Si él no me mira mientras muere, ¿estaré yo aquí?

Bajo mis dedos siento lo rápidamente que se enfría su piel. Debería haberle dejado en el suelo, allí, entre sus tallas y sus papeles, y haberme ido a casa. Pero levanto a Arnie en mis brazos y llamo a la koota, que se levanta con cierta dificultad. Hace tiempo que oscureció y yo le llevo lenta, cuidadosamente, a casa, a lo que él llamaba palacio de cristal, donde el Guardián y mi tío se están enseñando mutuamente a jugar al ajedrez con un tablero que les había dado un capitán del espacio a cambio de algunos cristales. Están sentados en medio de un torrente de luz, con sus viejos cerebros enfrascados en el juego, cuando yo entró jadeando con Arnie en los brazos.

Al principio mi tío no me dedica más que una mirada, luego otra y finalmente se me queda mirando fijamente.

—¿Es ése el doctor? —pregunta.

Pongo a Arnie en el suelo y sostengo una de sus frías manos.

—Guardián —digo de rodillas, mientras mis ojos quedan a la altura del tablero de ajedrez y de sus talladas piezas—. Guardián, ¿puedes ponerle en uno de los bancos?

El Guardián se vuelve para mirarme, tan fija y tan duramente como mi tío.

—Tú te has vuelto loco tratando de conservar los dos lóbulos —dice—. No se puede reconstruir o recrear a un terrestre por nuestros métodos, y tú deberías saberlo.

—Esto es irritante, irritante —dice mi tío, ahora formado como un terrestre macho alto y rubio, figura con la que con frecuencia va al Laugh Tree con una de aquellas chicas. Se divierte con la vida, con la suya o con la de los demás. Creo que yo también. ¿Estoy desapareciendo? En realidad, no soy más que una de las proyecciones de Arnie, una forma en la pantalla de su mente. En realidad no soy Martha. Sin embargo, lo he intentado.

—No podemos tenerle aquí —dice el Guardián—. Es mejor que lo saques. No podrías explicar qué hace aquí un cadáver como éste a los colonos si vienen buscándole. Pensarían que le hemos hecho algo. Se aproxima el momento de la próxima conjunción. ¿Quieres que tu sobrino llegue en desgracia? Los tíos van a

secar sus bancos.

El Guardián se levanta y viene hacia mí. Me agarra por mis oscuros bucles y me obliga a ponerme en pie. Me produce daño físico, a mí, que soy Martha, Dios lo sabe, Arnie, soy Martha, estoy segura.

—Llévale a sus habitaciones —me dice el Guardián—. Y vuelve aquí inmediatamente. Intentaré devolverte tu propio modelo, pero puede ser demasiado tarde. En parte, me culpo a mí mismo. Así que lo intentaré.

Sí, sí, deseo decirle. Tal y como era, libre; devuélveme a mi antiguo yo, nunca deseé ser otro, y ahora no sé si soy alguien. La luz se ha ido de sus ojos y ya no me ve.

Le tomo en brazos y abro la puerta. Salgo en medio de la noche hacia sus habitaciones, donde la lámpara brilla todavía. Le dejaré allí, en el lugar al que pertenece. Antes de irme tomo la pequeña talla del pájaro; me la llevo a casa, a mi puente de cristal, donde en el borde de los espejos los decimales golpetean aún perfectamente, mostrando hechos conocidos; un octágono puede ser reducido, el planeta gira con un determinado grado de inclinación sobre su eje, para ver la verdad has de tener algún tipo de luz, pero para ver la luz debes estar en una cierta oscuridad. Ya no flotaré más sobre el horizonte entre ambas, porque el horizonte ha desaparecido. He aprendido a descender, a ascender y a descender de nuevo.

Soy capaz de recobrar sin ayuda mi propia forma libre, de reabsorber el tejido cerebral extra. El sol sale y es brillante. La noche desciende y es oscura. Me he convertido en un sombrío y brillante estudiante. Incluso mi tío dice que seré un buen Guardián cuando llegue el momento.

El Guardián va a la conjunción; del banco de células ha salido un sobrino. La koota está soñando con las carreras que ha realizado en medio del viento. Es nuestra vida y así va a seguir, como la vida de otros seres.

LA GRANJA

(The Food Farm)

Kit Reed

Kit Reed nació en California y estudió en el colegio de Nuestra Señora de Maryland. Ha trabajado como reportero y en la televisión, y fue la mujer periodista del año en Nueva Inglaterra en 1954 y en 1958. Sus relatos han aparecido en Cosmopolitan, Redbook, Transatlantic Review, Ladies' Home Journal y The Magazine of Fantasy and Science Fiction, así como en las antologías Orbit y Bad Moon Rising. Sus novelas incluyen, entre otros títulos, los de Armed Camps, Cry of the Daughter y Tiger Rag (publicados todos por Dutton), y una colección de relatos cortos, Mister Da V. and Other Stories (Berkley Books), publicada en 1973. Ganó un Guggenheim Fellowship en 1964 y fue la primera americana que logró una beca literaria de cinco años de la Abraham Woursell Foundation. Fue profesora de inglés en la universidad de Wesleyan en la primavera de 1974.

La granja contiene algunas imágenes familiares de adolescencia: la chica gruesa que se resguarda de los demás bajo una capa protectora de grasa; sus problematizados y desconcertados padres; el cantante popular idolatrado; la institución que acoge a aquellos cuyos padres no reconocen... Esos elementos están hábilmente combinados mediante una fantasía imaginativa que refleja retazos de nuestra propia vida y de nuestros sentimientos en la adolescencia.

Así que aquí estoy yo, haciendo de guardián, engordándolas para nuestro jefe, Tommy Fango; aquí estoy yo, tumbada en el pudín de banana, la leche batida y los cócteles de licor y nata, dando vueltas como un técnico, midiendo su efecto en ancas y muslos, cuando soy yo la que le quiere, yo quien podía proporcionarle placer eternamente si la vida hubiera sido diferente. Pero ahora estoy esquelética, y se me ha barrido a un rincón como si fuera una hoja, arrastrada por el fuerte viento. Mis codos repiquetean contra mis costillas y tengo que pasarme la mitad del día en la cama para que uno o dos gramos de lo que como se quede conmigo, porque si no lo hiciera así mis grasas se desvanecerían, quemadas en mi propio e insaciable horno, y lo poco de carne que me queda se disolvería.

Así, como suena, así de cruel es la situación. Y yo sé de quién es la culpa.

Fue la vanidad y nada más que la vanidad, y los odio sobre todo por esto. No se trataba de mi vanidad, porque siempre he sido un alma sencilla; me resigné desde muy pronto a reforzar sillas y a perder adornos, a recibir torrentes de observaciones. En vez de prestarles atención las rechacé y habría sido feliz si me hubieran dejado seguir así, yendo por la vida con mi radio en el jubón, puesto que nunca levanté gritos de admiración, nadie levantó la cabeza o se volvió a mi paso.

Pero ellos eran frívolos, y, en su vanidad, mi deleznable padre y mi pálida y esquelética madre no me veían como una entidad, sino como un reflejo de sí mismos. Enrojeczo de vergüenza al recordar las excusas que daban con respecto a mi. «Se parece a la familia de May», decía mi padre, sacudiéndose toda responsabilidad. «No es más que una niña gorda», decía mi madre, clavándome el codo en mi mullido costado. «Nelly es enorme para su edad.» Luego se agitaría furiosamente, tirando de mi enorme mandil para taparme las rodillas. Esto sucedía cuando aún consentían que yo fuera vista con ellos. En esa época me atiborraron de pasteles y asados antes de ir a algún sitio, para que quedara llena y no me hartara en público. Pero incluso así yo repetía tres, cuatro y hasta cinco veces la comida, humillándolos.

Llegó el momento en que ya no pudieron seguir soportándome y dejaron de llevarme con ellos; ya no hicieron más intentos de explicar nada. En vez de eso buscaron la forma de mejorar mi apariencia; los médicos me bombardearon inútilmente con píldoras; intentaron que me hiciera socia de un club. Durante un tiempo, mi madre y yo hicimos ejercicios; nos sentábamos en el suelo, ella con unos leotardos negros y yo con mi camisón. Luego ella marcaba el ritmo, uno-dos, uno-dos, y yo tenía que dar unos pocos pasos sobre la punta de los pies. Pero yo tenía que escuchar, tenía que coordinarme, y una vez que me había coordinado tenía que encontrar algo de comer; Tommy podía cantar, y yo siempre comía mientras Tommy cantaba, así que la dejaba en el suelo con el uno-dos, uno-dos. Comenzaron a cerrar bajo llave la comida. Luego redujeron mis raciones.

Esta fue la época más cruel. Me negaban el pan, me rogaban y me lloraban

dándome lechuga y diciéndome que ésa era toda mi comida. Mi comida. ¿Podían ellos oír gritar a mis órganos vitales? Yo luché, grité, y cuando me convencí de que todo aquello no servía para nada, sufrí obedientemente en silencio hasta que finalmente el hambre me llevó a las calles. Permanecí en cama, distraída por los Monets, Barry Arkin y los Philadons en la radio, y Tommy (nunca tenía bastante; le escuchaba cien veces al día y nunca tenía bastante; ¡qué amargo me parece aquello ahora!). Los escuchaba, y cuando mis padres estaban durmiendo, desconectaba la radio y me iba a merodear por los alrededores. Las primeras noches me puse a pedir, rogando la generosidad de los viandantes, y luego, después de pasar por la panadería, traía a casa todo lo que no me había comido allí mismo en la tienda. Conseguí dinero con bastante rapidez; y ni siquiera tenía que pedirlo. Puede que fuera mi volumen, o tal vez mi desesperado y silencioso grito de hambre. Me di cuenta de que lo único que tenía que hacer era aproximarme y el dinero era mío. Tan pronto como me veían, la gente se giraba rápidamente y se alejaba, dando traspiés con el afán de haber desaparecido ya antes de que yo les diera las gracias. Una vez incluso me apedrearon. Una vez una piedra se clavó en mi carne.

En casa, mis padres seguían con las lágrimas y los ruegos. Seguían con su leche descremada y sus pedacitos de comida, ignorando mi vida nocturna. Durante el día yo me mostraba complaciente, dormitando entre bocado y bocado, alimentándome con los ruidos que sonaban en mi oreja procedentes de la radio que llevaba oculta entre mis ropas. Luego, cuando caía la noche, la desconectaba; eso proporcionaba un cierto límite a las cosas, puesto que sabía que no la conectaría de nuevo hasta que no estuviera a punto de comer. Algunas noches eso sólo significaba ir a mi habitación y sacar de mis escondites botellas y latas de conserva. Otras, tenía que salir a la calle para encontrar dinero donde pudiera. Luego descansaría sobre una nueva reserva de pasteles, bollos y dulces comprados en la pastelería y algunas latas, y puede que una lonja de tocino o de jamón; luego compraba una canasta de naranjas para prevenir el escorbuto y una bolsa de dulces para conseguir una rápida energía. Una vez que tenía la comida suficiente regresaba a la habitación y allí escondía la comida en diversos lugares y reordenaba mi nido de almohadas y mantas. Entonces abría el primer pastel o el primer helado y luego, al tiempo que comenzaba a comer, conectaba la radio.

Había que conectarla; todo el mundo estaba conectado. Era nuestro vínculo, nuestro consuelo y nuestro poder, y no se trataba de estar distraído o de pasar el tiempo. Lo que importaba era el sonido; esto y el hecho de que grueso o delgado, dormido o despierto, eres importante cuando conectas, y sabes que en la desgracia, la adversidad y la enfermedad, en los tiempos difíciles, era éste el único lazo, la herencia común; fuerte o débil, bien dotado o desgraciado y enfermo de amor, todos estamos conectados.

Tommy, el bello Tommy Fango, junto al que todos palidecían. Todos le

escuchaban en esos días; ponían sus discos dos o tres veces al día, pero nunca sabías cuándo iba a ser, de modo que estabas conectado constantemente y escuchando con toda tu atención; comías, dormías, exhalabas un suspiro cuando ponían uno de los discos de Tommy, esperabas que su voz inundara la habitación. *Cold cuts, cupcakes y game hens* iban y venían durante este período de mi vida, pero había una cosa constante: yo tenía siempre un pastel de crema preparado, y cuando se oían los primeros sonos de *When a Widow* y la voz de Tommy iniciaba sus modulaciones, yo me comía el pastel de crema, que duraría todo el programa de medianoche de Tommy. Todo el mundo lo esperaba en esos días; lo esperábamos durante el día sin fin, durante noches de monotonía; todos esperábamos los discos de Tommy Fango, y esperábamos durante toda la hora de Tommy, su programa de medianoche. En esos días cobraba vida a medianoche; cantaba desde el hotel Riverside, y resultaba hermoso; pero era aún más importante el hecho de que fuera contando lo que hacía durante toda la noche. Nadie se sentía solo cuando Tommy hablaba; nos unía en ese programa de medianoche, hablaba y nos hacía poderosos, hablaba y al final cantaba. Imagínense cómo me sentía yo en la noche, con Tommy y el pastel. Poco tiempo después yo tendría que ir a un lugar donde habría de vivir a costa de Tommy y solamente de Tommy, un tiempo en que escuchar a Tommy me devolvería el pastel, todos los pobres pasteles perdidos...

Los discos de Tommy, su programa, el pastel..., éste fue tal vez el mejor período de mi vida. Me sentaba y escuchaba y comía, comía, comía. Tan grande era mi deleite que retirar la comida al amanecer suponía una tortura; cada vez se me hizo más difícil esconder los cartones, las latas y las botellas, residuos de mi felicidad. Tal vez un poco de tocino había caído en el suelo; tal vez un huevo había rodado debajo de la cama y comenzaba a oler. Bien, tal vez me iba volviendo menos cuidadosa, y continuaba mis comidas durante la mañana, o era lo suficientemente despistada como para dejarme un pastel a medio acabar sobre la mesilla. El caso es que me di cuenta de que me estaban espiando, de que escuchaban detrás de la puerta mientras comía. Entonces cayeron sobre mí, llorando y suplicando, lamentándose por todos y cada uno de los helados y de los pasteles; luego pasaron a las amenazas. Finalmente, restablecieron la cantidad de comida que me daban antes durante el día, pensando que así eliminarían la que hacía durante la noche. Absurdo. Por aquel entonces yo la necesitaba toda e hice caso omiso de sus gritos por su orgullo herido, de sus exhibiciones de vanidad herida, de sus estúpidas amenazas. Y aunque les hubiera hecho caso no hubiera sabido lo que iba a suceder a continuación.

Era tan feliz ese último día. Había jamón Smithfield, mío, y recuerdo una jarra de cerezas en conserva, mía, y me acuerdo del tocino, pálido y blanco sobre pan italiano. Recuerdo que se oyeron ruidos escaleras abajo, y antes de que pudiera ponerme en guardia, se produjo el asalto, toda una compañía de gente uniformada, el sonido de

una pistola hipodérmica. Luego los diez me rodearon y me pusieron una especie de funda o malla, y empujándome por la fuerza me llevaron escaleras abajo. «Nunca os perdonaré», les grité mientras me metían en una ambulancia. «Nunca os perdonaré», bramé cuando mi madre, en un último acto de traición, me arrebató la radio, y lo grité una vez más cuando mi padre me quitó un trozo de jamón del pecho. «Nunca os perdonaré.» Y nunca lo hice.

Resulta doloroso describir lo que sucedió a continuación. Recuerdo tres días de horror y agonía, al final de los cuales estaba demasiado débil para llorar o golpear las paredes. Finalmente me tranquilicé y me trasladaron a una habitación soleada, acolchada, de tonos pastel. Recuerdo que había flores y una persona mirándome.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella.

La debilidad apenas me permitía hablar.

—Desesperación.

—Al diablo con eso —dijo ella, masticando algo—. Estás aquí a causa de la comida.

—¿Qué estás comiendo? —intenté levantar la cabeza.

—Tengo un chicle en la boca. Ayuda.

—Voy a morir.

—Todos piensan así al principio. Yo también —ladeó la cabeza en actitud de indulgencia—. Esta es una escuela muy exclusiva, ya sabes.

Se llamaba Ramona, y como yo comenzara a llorar en silencio, ella se acercó a consolarme. Era el último recurso para los pocos que podían permitirse el lujo de enviar a sus hijos allí. Los embellecían mediante un tratamiento terapéutico, ejercicios, masaje; llevaríamos camisas de color rosa y hablaríamos de arte y de teatro; de vez en cuando recibiríamos clases de declamación e higiene. Nuestros padres dirían entretanto con orgullo que estábamos en Faircrest, una elegante escuela; pero nosotros sabíamos perfectamente que aquello era una prisión y que estábamos muriendo de hambre.

—Este es un mundo que yo no he hecho —dijo Ramona, y yo sabía que la culpa era de sus padres, como también lo era de los míos. A su madre le gustaba llevar a sus hijos a hoteles y casinos, exhibiendo a sus delgadas hijas como guirnaldas de joyas. Su padre seguía la ruta del sol en su yate privado, con la bandera desplegada y sus hijos en cubierta, delgados y bronceados. Solía golpearse su vientre liso y bronceado mirando a Ramona con disgusto. Cuando ya no fue posible esconderla por más tiempo, montó en ciega cólera. Una noche llegaron en una lancha y se la llevaron. Hacia seis meses de aquello, y había perdido casi veinticinco kilos. Debió de haber sido monumental en sus mejores tiempos, porque todavía estaba gorda—. Vivimos al día —dijo—. Pero tú aún no sabes lo peor.

—Mi radio —dije en un espasmo de miedo—. Me han quitado la radio.

—Lo han hecho por una razón —me explicó—. La llaman terapia.

Tenía un nudo en la garganta y estaba a punto de gritar.

—Espera —con gran ceremonia, apartó un cuadro, tocó un pequeño interruptor y entonces, como un suave bálsamo para mi pánico, la voz de Tommy inundó la habitación.

Cuando me hube tranquilizado, dijo:

—Sólo le oyes una vez al día.

—No.

—Pero puedes escucharle todo el tiempo que desees. Le escuchas cuando más le necesitas.

Pero ya escuchábamos las primeras notas, de forma que nos callamos y prestamos atención, y cuando se hubo terminado *When a Widow* nos sentamos tranquilamente durante un momento, ella resignada, yo llorando; luego Ramona apretó otro interruptor y el sonido se filtró en la habitación, y era casi como estar enchufadas.

—Trata de no pensar en ello.

—Me moriré.

—Si lo piensas morirás de verdad. Es mejor que, por el contrario, aprendas a utilizarlo. Dentro de un minuto vendrán con la comida —dijo Ramona, y mientras los *Screamers* cantaban dulcemente poniendo música de fondo a sus palabras, continuó —: Un filete. Un minúsculo filete y un trozo de lechuga, y puede que un pedacito de pan. Yo me imagino que es una pata de cordero, y funciona si te lo comes muy, muy lentamente y piensas mientras tanto en Tommy; luego, si miras tu retrato de Tommy, puedes convertir la lechuga en lo que más desees, dulces o helados, y si dices su nombre una y otra vez te puede parecer una tarta entera, y...

—Voy a imaginar que es jamón y un pastel y un melón relleno de frutas cortadas a pedacitos, y que estoy en la *Rainbow Room* con Tommy y que vamos a terminar con *Fudge Royale*...

Casi me ahogo con mi propia saliva. Casi podía oír la voz de Tommy y a Ramona diciendo:

—Capón; a Tommy le gustaría un capón, *canard à l'orange*..., mañana llamaremos a Tommy para comer y le escucharemos cantar...

Y yo pensaba en eso, y me imaginaba pasteles de crema y seguía diciendo:

—... pastel de limón, pudín de arroz, un queso entero... Creo que viviré.

Al día siguiente llegó la matrona a la hora del desayuno, y allí permaneció, como lo haría todos los días, golpeando con sus uñas rojas una de sus esbeltas caderas, mirando con repulsión cómo nos lanzábamos sobre el zumo de naranja y el huevo cocido.

Yo estaba demasiado débil para controlarme; oí un sonido chirriante y por su expresión me di cuenta de que se trataba de mi propia voz:

—Por favor, sólo un trozo de pan, un poquito de mantequilla, algo, podría lamer los platos si usted me dejara, pero por favor no me deje así, por favor... —Puedo ver todavía su mirada de desprecio mientras me daba la espalda.

Sentí la leal mano de Ramona sobre mi hombro.

—Puedes tomar pasta de dientes, pero no demasiada a la vez o vendrán y te la quitarán.

Yo estaba demasiado débil para levantarme, de modo que fue ella quien la trajo. Compartimos el tubo y hablamos sobre todos los banquetes que nos habíamos dado, y cuando nos cansamos de eso, hablamos de Tommy, y cuando eso también nos cansó, Ramona pulsó el interruptor y escuchamos *When a Widow*. Luego vino la comida y ambas lloramos.

No era sólo hambre: después de tanto tiempo, el estómago comienza a devorarse a sí mismo y los pocos gramos que le echas durante la comida lo calman, así que con el tiempo el apetito comienza a disminuir. Tras el hambre viene la depresión. Yo permanecí tumbada, demasiado débil para levantarme, y en mi desgracia me di cuenta de que ya podían traerme cochino asado y melones y pastel de crema de Boston sin cesar; que podían gratificar todos mis sueños sin que yo pudiera hacer más que llorar inerte, puesto que ya no tenía fuerza para comer. Pero incluso entonces, cuando creía haber llegado a la cumbre de todas las desgracias, todavía no había comprendido lo peor. Lo noté primero en Ramona. Dije mirándola asustada:

—Estás más delgada.

Ella se volvió con lágrimas en los ojos.

—Nelly, no soy la única.

Me miré los brazos y pude ver que tenía razón: había menos carne sobre el codo; había menos grasa en la cadera. Me volví cara a la pared, y nada de lo que pudo decirme Ramona acerca de comida o de Tommy fue capaz de animarme. Desesperada, conectó la voz de Tommy, pero mientras cantaba yo yacía de espaldas viendo cómo se consumía mi carne.

—Si robamos una radio podremos oírle de nuevo; —dijo Ramona, intentando consolarme—. Podremos oírle cantar en su programa de noche.

Tommy hizo una visita a Faircrest dos días después, por razones que no pude entender. Todas las chicas se reunieron en la sala para verle, miles de kilos de temblorosa carne. Fue aquella mañana cuando descubrí que podía andar otra vez, y ya me había puesto en pie, luchando por ponerme la rosa camisa para ir a ver a Tommy, cuando la matrona me interceptó el paso.

—Tú no, Nelly.

—Tengo que ir a donde está Tommy. Tengo que oírle cantar.

—Tal vez la próxima vez —y con una mirada de crueldad sin disimulos, añadió—: Eres una auténtica desgracia. Estás todavía demasiado gruesa.

Me abalancé sobre ella, pero ya era demasiado tarde; ya había cerrado la puerta. Mi despreciado cuerpo permaneció sentado, sufriendo mientras todas las demás chicas del lugar le escuchaban cantar. Entonces vi claramente que tenía que actuar; de alguna forma tenía que recuperarme, tenía que conseguir comida, recuperar mis carnes y así poder ir junto a Tommy. Emplearía la fuerza si era necesario, pero le oíría cantar. Estuve paseando furiosa por la habitación durante toda la mañana, oyendo los aullidos de quinientas chicas, el tronar de sus pies; pero aunque me apretaba contra la pared, no pude escuchar la voz de Tommy.

Sin embargo Ramona, cuando regresó a la habitación, dijo algo muy interesante. Al principio no podía decir palabra, pero generosamente hizo sonar *When a Widow* mientras se recuperaba, y luego dijo:

—Ha venido en busca de algo, Nelly. Ha venido en busca de algo, pero no lo ha encontrado.

—Dime cómo iba vestido. Dime qué hacía con la garganta mientras cantaba.

—Estuvo mirando todas las fotos de cómo éramos antes, Nelly. La matrona se esforzaba porque mirase las de cómo estamos después, pero él siguió mirando las de *antes* y moviendo la cabeza; luego encontró una y se la guardó en el bolsillo. Si no la hubiera encontrado no hubiera seguido cantando.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—Ramona, tienes que ayudarme. Debo ir a donde está él.

Aquella noche hicimos algo muy atrevido. Golpeamos al vigilante cuando nos trajo la comida, y después de meterle debajo de la cama nos comimos todos los trozos de carne y el pan que llevaba en el carro y luego salimos al corredor abriendo puertas, y cuando ya éramos cien encerramos a la matrona en su despacho y asaltamos el comedor, devorando todo aquello que pudimos encontrar.

Aquella noche yo comí, comí, comí, pero incluso cuando estaba comiendo era consciente de la delgadez fatal de mis huesos, de mi mengua de capacidad, así que me encontraron en la despensa de alimentos congelados, llorando sobre una ristra de salchichas, inconsolable porque comprendía que me habían vencido con sus trocitos de carne y su pan; ya nunca volvería a comer como antes, nunca sería de nuevo yo misma.

En mi rabia fui hasta donde se encontraba la matrona con una pata de jamón, y cuando los tuve a todos pendientes de mí, corté una lonja como provisión y abandoné aquel lugar. Tenía que encontrar a Tommy antes de adelgazar más; tenía que intentarlo. En la salida detuve un coche, golpeé al conductor con la pata de jamón y me puse al volante, dirigiéndome hacia el hotel Riverside, donde Tommy siempre había estado. Subí a su habitación por las escaleras de incendios, sigilosamente, y cuando el criado entró en ella con uno de sus trajes de terciopelo yo le seguí, rápida como una tigresa, y un instante después, estaba dentro. Cuando todo quedó en

silencio, entré en su habitación de puntillas.

Era magnífico. Estaba junto a la ventana, delgado y hermoso; su cabello rubio le caía hasta la cadera y tenía los hombros enfundados en una estrecha chaqueta de terciopelo gris. Al principio no me vio; estuve bebiendo su imagen y luego, delicadamente, tosí. En el segundo que tardó en volverse y verme, todo pareció posible.

—Eres tú —su voz vibraba.

—Tenía que venir.

Nuestras miradas se unieron y en ese momento creí que los dos íbamos a encontrarnos, a abrazarnos en una única llama; pero en el instante siguiente su cara cambió y su expresión se tornó por una de disgusto; sacó una foto de su bolsillo, una foto manoseada, y me miró a mi y a la fotografía alternativamente, diciendo:

—Querida mía, has adelgazado.

—Puede que no sea demasiado tarde —grité, pero ambos sabíamos que ya no había solución.

Y no la hubo, pese a que estuve comiendo durante días, durante cinco heroicas y desesperadas semanas; metí en mi estómago pasteles, jamones y filetes de vaca, pero aquellos tristes días en la granja, el hambre y las drogas habían alterado mi metabolismo de forma irreparable. Pese a las grandes cantidades de comida que ingería seguía adelgazando; mi cuerpo ya no puede asimilar más alimentos. Tommy me mira, y al pensar que pudo haberme tenido grande, redonda y bella, Tommy llora. Ahora come cada vez menos. Ha llegado a no comer más que un pajarito y últimamente se ha negado a cantar; es raro, pero sus discos han comenzado a desaparecer.

Y así toda una nación espera.

—Estuve a punto de conseguirla —dice cuando le ruegan que vuelva a ocuparse de su programa de medianoche; él no cantará, no quiere hablar, pero sus manos describen la montaña de mujer que ha estado buscando a lo largo de toda su vida.

Y así es como he perdido a Tommy, y él me ha perdido a mí, pero yo estoy haciendo lo que puedo por mantenerle. Ahora soy la propietaria de Faircrest, y en el lugar donde Ramona y yo sufrimos ejerzo mis conocimientos sobre las chicas que Tommy desea que yo cultive. Puedo poner diez kilos más en una chica en un par de semanas, y no quiero decir que queda hinchada, sino sólidamente gruesa. Ramona y yo las alimentamos y las pesamos una vez a la semana y yo las golpeo en el brazo con una barra especial y no estoy satisfecha hasta que toda elasticidad ha desaparecido. Cada semana le presento a Tommy la mejor, pero él sacude la cabeza apenado porque no es suficientemente buena, ninguna de ellas es como yo fui en otro tiempo. Pero llegará un día en que encontraré a la chica adecuada (que hubiera deseado ser yo) y Tommy volverá a cantar. Entretanto, el mundo entero espera;

entretanto, en un ala privada, alejada de las demás, guardo mis casos especiales: la matrona, que cada vez que la veo está más gorda. Y a mamá. Y a papá.

CHICA, ERAS GRANDE

(Baby, You Were Great)

Kate Wilhelm

Kate Wilhelm es autora de relatos de ciencia ficción publicados en Orbit, Again Dangerous Visions, Quark y The Magazine of Fantasy and Science Fiction. Sus novelas incluyen títulos como The Killer Thing (Doubleday), Let the Fire Fall (Doubleday), Margaret and I (Little, Brown) y City of Cain (Little, Brown). Ha escrito también dos novelas en colaboración con el escritor de ciencia ficción Ted Thomas, The Clone y Year of the Cloud (ambas publicadas por Doubleday), y ha publicado dos colecciones de relatos cortos, The Downstairs Room (Doubleday) y The Mile-Long Spaceship (Berkley). Su relato breve The Planners ganó el premio Nebula en 1968, y ella es quien ha preparado la edición de Nebula Award Stories Nine (Harper & Row). Está casada con el autor, editor y crítico de ciencia ficción Damon Knight, y vive en Florida.

Todos hemos sido admiradores de celebridades que influyen en las modas y actitudes, y a través de las cuales vivimos a veces. Anne Beaumont, uno de los personajes de esta narración, es una celebridad a la que se explota mediante un aparato electrónico que se le ha injertado. El mundo que vemos en Chica, eras grande es un mundo plausible de acuerdo con las actuales circunstancias, una extrapolación de nuestra propia sociedad.

John Lewisohn pensó que si otra puerta golpeaba o si sonaba otro timbre, o si alguna otra voz le preguntaba si se encontraba bien, le explotaría la cabeza. Dejó su laboratorio y caminó sobre el alfombrado pasillo hacia el ascensor, que se abrió para admitirle en su interior sin ruido; bajó lentamente dos pisos y salió a un lugar donde había más pasillos alfombrados. Sobre la puerta que abrió había un enorme letrero: «ESTUDIO DE AUDICIÓN.» Una vez dentro fue conducido por la sala de recepción por tres señoritas que sabían perfectamente que no debían hablar antes de que él lo hiciera. Estaban sorprendidas de verle; era su primera visita después de siete u ocho meses. La habitación interior donde se detuvo estaba oscura y a primera vista parecía vacía. No vio a su ocupante hasta que sus ojos se acostumbraron a aquella penumbra.

John se sentó en la silla que había junto a la de Herb Javits, sin haber pronunciado todavía una sola palabra. Herb tenía puesto el casco y contemplaba una gran pantalla que no era otra cosa que un panel de cristal unidireccional que le permitía controlar la audición que se estaba desarrollando en la habitación contigua. John se puso también un casco en la cabeza. Se lo acopló e inmediatamente el aparato entró en contacto con los ocho puntos escogidos en su cerebro. Tan pronto como lo puso en funcionamiento, el propio casco quedó olvidado.

En la otra habitación había entrado una chica. Era una rubia adorable, de largas piernas, ojos verdes y piel de melocotón. La habitación estaba decorada como si fuera un salón con dos sofás, algunas sillas, unas mesas y una mesita de café, todo muy elegante pero sin vida, como sacado de una revista de muebles. La joven se detuvo en la entrada y John notó su indecisión debida a los nervios y al miedo. Aparentemente, su actitud era de duda y expectación, y su suave rostro no delataba emoción alguna. Dio un paso vacilante hacia el sofá, y descubrió que llevaba un cable arrastrando tras ella. Estaba conectado a su cabeza. En ese momento se abrió otra puerta. Un hombre joven entró corriendo por ella, cerrándola ruidosamente tras él; parecía encolerizado, fuera de sí. La chica mostró una actitud de sorpresa y se acentuó su nerviosismo. Retrocedió buscando el picaporte de la puerta, lo asió e intentó abrirlo. Estaba cerrado. John no podía oír nada de lo que se decía en la habitación; sólo sentía la reacción de la chica ante aquella inesperada interrupción. El hombre de los ojos furiosos se le aproximaba, moviendo con excitación las manos en el aire. Bruscamente atrajo hacia sí a la joven, besándola en la cara y en el cuello con violencia. Ella pareció paralizada por el miedo durante unos segundos, pero luego le surgió dentro otro sentimiento, uno que acompaña a veces al aburrimiento, o a la completa seguridad en sí mismo. Mientras las manos del hombre manipulaban en la parte posterior de su blusa para despojarla de ella, la joven le echó los brazos al cuello, mientras en su rostro aparecía una pasión que no quedaba registrada ni en su mente ni en su sangre.

—¡Corten! —dijo Herb Javits con voz sosegada.

El hombre se separó de la chica sin una palabra. Ella miraba de forma inexpresiva, con la blusa desgarrada colgándole sobre las caderas; una de las mangas había desaparecido. Era muy hermosa. El director de audición entró, seguido de uno de los encargados del vestuario, el cual le echó una manta sobre los hombros. Parecía perpleja; oleadas de furor se apoderaron de ella mientras era empujada fuera de la habitación. Los dos espectadores se quitaron los cascos.

—Es la cuarta hoy —gruñó Herb—. Ayer dieciséis; anteayer veinte..., y para nada. —Echó una mirada de curiosidad a John—. ¿Qué es lo que te ha hecho salir de tu laboratorio?

—Esta vez se trata de Anne —respondió John—. Ha estado al teléfono toda la noche y toda la mañana.

—¿Qué ha sucedido ahora?

—¡Esos malditos tiburones! Te dije que ya era demasiado con el asunto del avión que se estrelló la semana pasada. Ella no puede sacar mucho más de eso.

—Espera un minuto, Johnny —dijo Herb—. Deja que termine con las tres chicas siguientes y luego hablamos. —Presionó un botón que había en uno de los brazos de su asiento y la habitación que había al otro lado de la pantalla absorbió su atención de nuevo.

Esta vez la chica era sensiblemente menos bella y más baja; una morenita de sonrientes ojos azules y nariz respingona. A John le gustó. Se colocó el casco y sintió con ella.

Estaba excitada; la audición siempre las excitaba. Había algo de miedo y de nerviosismo, pero no mucho. Lo más probable era que sintiera curiosidad por saber de qué forma se iba a desarrollar la audición. El colérico joven penetró en la habitación y su rostro palideció. Pero ése fue el único cambio. Su nerviosismo se incrementó, pero no de forma molesta. Cuando él la agarró, la única emoción que registró fue nerviosismo.

—¡Corten! —dijo Herb.

La siguiente era morena, de piernas generosamente largas. Era muy fría, una auténtica profesional. Su cambiante rostro expresó toda la gama de emociones que se esperarían en un caso así mientras se desarrollaba la escena, pero en su interior nada cambió. Estaba a millones de kilómetros de allí.

La siguiente cogió a John por sorpresa. Entró en la habitación lentamente, mirando con curiosidad y nerviosa, como todas. Era más joven que las otras chicas, menos segura. Llevaba el pelo rubio claro, complicadamente peinado con ondas en la parte superior de la cabeza. Tenía los ojos castaños y la piel agradablemente bronceada. Cuando el hombre entró, su estado de ánimo cambió rápidamente, mostrando primero miedo y luego terror. John no sabía en qué momento cerró los ojos. Él era la chica, sumida en un horror indescriptible; su corazón se aceleró y

bombeó adrenalina en su organismo; deseaba gritar, pero no podía. De las oscuras profundidades de su psique surgió algo más, a oleadas, tan mezclado con el terror que ambos se hicieron una sola emoción que palpitaba, vibraba, exigía. Sobresaltado, abrió los ojos y miró la pantalla. La chica había sido arrastrada a uno de los sofás y el hombre estaba de rodillas en el suelo junto a ella, mientras sus manos se movían por su cuerpo desnudo y oprimía la cara contra su piel.

—¡Corten! —dijo Herb con la voz alterada—. Contrátenla.

El hombre se levantó, miró a la chica, que ahora estaba llorando, y luego se inclinó rápidamente y la besó en una mejilla. Lloró más fuerte. Su cabello dorado estaba caído, enmarcándole la cara; parecía una niña. John se quitó el casco. Estaba sudando.

Herb se levantó, encendió las luces de la habitación y la pantalla se oscureció, confundiendo con la pared y haciéndose invisible. No miró a John. Cuando se limpió la cara, la mano le temblaba. Se la metió en un bolsillo.

—¿Cuándo comenzaste a hacer audiciones como ésa? —le preguntó John tras un momento de silencio.

—Hace un par de meses. Ya te hablé de ello. Demonios, tengo que hacerlo, Johnny. ¡Esta es la chica seiscientos diecinueve a quien hemos hecho la prueba! ¡Seiscientos diecinueve! ¡Todas inservibles excepto una! ¿Tienes idea del tiempo que nos costaría encontrarla? Horas con cada una. Así es cuestión de minutos.

John Lewisohn asintió. Lo sabía. En realidad, él mismo se lo había sugerido cuando le dijo:

—Consigue una situación de ansiedad básica para la prueba. —Y no había deseado saber qué era lo que Herb estaba llevando a cabo.

—Bueno, pero ésta no es más que una niña. ¿Qué pasará con sus padres, con los derechos legales, con todo eso?

—Ya lo hemos solucionado. No te preocupes. ¿Qué pasa con Anne?

—Me ha llamado cinco veces desde ayer. Los tiburones han sido demasiado. Quiere vernos a los dos esta tarde.

—¡Estás loco! ¡No puedo abandonar esto ahora!

—No. No estoy loco. Dice que no hará nada si no aparecemos. Va a tomar píldoras para dormir hasta que lleguemos allí.

—¡Dios mío! ¡No se atreverá!

—Ya he sacado los billetes. Despegamos a las doce treinta y cinco. —Se miraron el uno al otro en silencio durante un momento y luego Herb se encogió de hombros. Era un hombre bajo, sólido sin ser pesado. John era alto, musculoso, con un temperamento que sabía tenía que controlar. Había quien sospechaba que si se alteraba, habría cadáveres por el suelo. Pero él se controlaba.

Hubo un tiempo en que había de ser un acto físico, un esfuerzo del cuerpo y de la

voluntad el que dominara ese temperamento; ahora lo hacía tan automáticamente que no podía recordar ninguna ocasión en que hubiera estado a punto de estallar.

—Mira, Johnny. Cuando veamos a Anne déjame actuar a mí. ¿De acuerdo? —dijo Herb—. Así abreviaremos.

—¿Qué vas a hacer?

—Darle una bofetada. Si comienza a buscarme las cosquillas voy a abofetearla tan fuerte que va a estar brincando durante una semana. —Hizo una mueca de felicidad—. Ha venido comportándose así siempre. Sabía que no podíamos reemplazarla. Pero deja que siga haciéndolo ahora. Anda, déjala. —Herb se paseaba arriba y abajo con pasos rápidos.

John se dio cuenta con sorpresa de que odiaba a aquel hombre de cara rojiza. El sentimiento era nuevo. Era como si probara el odio que sentía y el sabor le resultara desconocido y agradable.

Herb dejó de caminar y le miró unos instantes.

—¿Por qué te ha llamado? ¿Por qué quiere que vayas tú también? Ella sabe que no estás mezclado en esto.

—Pero sabe que soy un compañero en todos los aspectos.

—Sí, ya, pero no se trata de eso. —El rostro de Herb se contrajo en una mueca—. Piensa que todavía estás caliente con ella, ¿no es verdad? Sabe que te sucedió una vez, al principio, cuando trabajabas en su caso. —Su sonrisa no reflejaba humor en absoluto—. ¿Está en lo cierto, Johnny, pequeño? ¿Se trata de eso?

—Hicimos un trato —dijo John fríamente—. Tú te ocupas de tus asuntos y yo de los míos. Ella quiere que vaya porque no confía en ti, ni cree ya nada de lo que tú puedes decirle. Necesita un testigo.

—Claro, Johnny. Pero seguro que recuerdas nuestro trato. —Súbitamente, Herb se echó a reír—. ¿Sabes lo que parecía veros a ella y a ti, Johnny? Una llama intentando prender en un carámbano.

A las tres treinta se encontraban en la habitación de Anne del hotel Skyline de Grand Bahama. Herb tenía una reserva para regresar a Nueva York en el vuelo de las seis de la tarde. Anne no llegaría hasta las cuatro, de modo que se acomodaron en sus habitaciones y esperaron. Herb abrió su pantalla y ofreció un casco a John, que lo rechazó con un movimiento de cabeza, y ambos se sentaron. John estuvo mirando la pantalla durante algunos minutos; luego se puso él también un casco.

Anne estaba mirando las olas en aquella parte distante del mar en donde tenían una forma alargada, ondulante y eran intensamente verdes; luego desvió la mirada y se quedó observando las rápidas aguas azul-verdosas más cercanas, para finalmente posarla sobre la arena. Estaba tranquila, meciéndose con el movimiento del barco, mientras el cálido sol le caía sobre la espalda, y sujetaba con firmeza la caña de pescar entre las manos. Parecía un animal indolente en paz con el mundo, cuya

morada era el mundo, y que se había hecho una con él. Al cabo de unos segundos dejó a un lado la caña y se volvió para mirar a un hombre alto y sonriente que iba en traje de baño. Él le tendió la mano y ella se la estrechó. Entraron en la cabina del barco, donde les esperaban, ya preparadas, unas bebidas. Su aspecto sereno y feliz se truncó súbitamente, reemplazado por una expresión de incredulidad y el principio de una sensación de miedo.

—¿Qué diablos...? —murmuró John, ajustándose el audífono; apenas se necesitaba cuando era Anne la que estaba en la pantalla.

—... el capitán Brothers tuvo que dejar que se fueran. Después de todo, todavía no habían hecho nada... —le estaba diciendo el hombre.

—Pero ¿por qué piensas que intentarán robarme?

—¿Quién más hay aquí con una fortuna en joyas de un millón de dólares?

John lo desconectó y le dijo a Herb:

—¡Estás loco! ¡No puedes llevar adelante una cosa así!

Herb se levantó y cruzó la habitación hacia una ventana abierta al océano azul y las brillantes y blancas playas.

—¿Sabes lo que quieren todas las mujeres? Tener algo que sea digno de ser robado. —Emitió una carcajada gangosa—. Entre otras cosas. Quieren que las molesten una o dos veces y que las obliguen a arrodillarse... Nuestro nuevo psicólogo es muy bueno, ¿sabes? Hasta el momento no nos ha decepcionado. Puede que Anne dé unas cuantas patadas, pero resultará bien.

—Ella no querrá representar un robo real. —Luego añadió, recalcando la frase—: Yo me opongo a esto.

—Todo lo que necesitamos, Johnny —dijo Herb—, es soltar la idea; lo demás vendrá rodado.

John se dio la vuelta. Deseaba creerlo. Necesitaba creerlo. Su voz no mostraba el menor asomo de emoción cuando dijo:

—No comenzó así, Herb. ¿Qué ha pasado?

Herb se volvió a su vez. Su cara era una mancha oscura sobre la mancha de luz que había tras él.

—Está bien, Johnny, no comenzó así. Pero las cosas se aceleran, eso es todo. Tú lo pensaste para atraer la atención, y de la forma que lo planeamos tenía la apariencia de ser algo grande, pero no funcionaría siempre. Les proporcionamos la sensación de estar jugando, de aprender a esquiar, de realizar carreras automovilísticas, de todo aquello con lo que podíamos soñar; pero no era suficiente... ¿Cuántas veces puedes dar el primer salto de esquí en tu vida? ¿Cuánto tardas en desear nuevas emociones? Para ti todo ha ido bien, ¿no es cierto? Te compraste un espléndido laboratorio nuevo. Has conseguido tener tiempo y equipo, y cuando las cosas no van bien, lo echas todo a rodar y comienzas de nuevo, sin que nadie te pida explicaciones. ¡Pero piensa en lo

que representa para mí! He puesto en marcha algo nuevo que hará saltar a Anne y, con ella, a toda esa gentecilla que no viven si no están conectados. ¿Crees que ha sido fácil? Anne era una chica que todavía estaba verde. Para ella todo era nuevo y excitante; pero eso se acabó ya, muchacho. Es mejor que admitas que ahora ya no es así. ¿Sabes lo que me dijo ella el mes pasado? Que está cansada, harta de los hombres. ¡Annie, nuestra pequeña cajita caliente! ¡Cansada de los hombres...!

John se dirigió hacia él y le obligó a darse la vuelta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué, Johnny? ¿Qué habrías hecho tú que no hubiera hecho yo ya? Estuve buscando afanosamente un chico que le conviniera. ¿Qué nuevas emociones le buscaste tú? Desde el principio me dijiste que te dejara en paz. Pues bien, así lo hice. ¿Pero acaso te lees, al menos, los memorándums que te envío? Tu nombre también aparece en ellos. Ambos hemos firmado todo lo que se ha hecho. No me vengas ahora con eso de que por qué no te lo he dicho. ¡No hubiera servido de nada! —su cara se había vuelto de un rojo desagradable y una vena se destacaba en su cuello. John se preguntó si tendría la tensión alta, si iría a morir durante uno de sus accesos de rabia.

John se separó de él. Había leído los memorándums. Y Herb sabía que así era. Herb tenía razón; todo lo que había deseado era que le dejaran en paz. Había sido idea suya. Tras doce meses de trabajo en un laboratorio de prototipos, él le había mostrado su... objeto atractivo... a Herb Javits. Entonces, Herb era uno de los mayores productores de televisión; ahora era el mayor productor del mundo.

El objeto atractivo era sumamente simple. Una persona a la que se habían acoplado electrodos en el cerebro podía transmitir sus emociones, emociones que podían ser emitidas y captadas por los cascos y así ser sentidas por el auditorio. No había palabras ni pensamientos, solamente emociones básicas..., miedo, amor, cólera, odio... Esto unido a una cámara que mostraba lo que la persona veía y una voz que hacía que cada uno fuera la persona que tenía la experiencia, con una diferencia importante: uno podía desconectarlo si lo que sucedía resultaba excesivo de soportar. El «actor» no podía. Era una simple máquina de generar sensaciones. En realidad, no se necesitaba la cámara ni el sonido. Muchos de los que utilizaban el sistema no los conectaban, limitándose a dejar que fuera su imaginación la que se adecuara a lo recibido emocionalmente.

Los cascos no se vendían. Se alquilaban tras una breve y sencilla sesión de acoplamiento. Cada mes se recogía un alquiler de un dólar, y había unos treinta y siete millones de suscriptores. Herb había comprado su propio estudio a los dos meses de comenzada la experiencia. Había comenzado con una hora a la semana, para progresar luego una hora todas las noches, hasta llegar a estar en el aire durante ocho horas de programa en directo y otras ocho de grabación.

Lo que había comenzado como UN DÍA EN LA VIDA DE ANNE BEAUMONT

era ahora una vida en la vida de Anne Beaumont, y el auditorio era insaciable.

En aquel momento entró Anne rodeada de la multitud de mantenedores que la atendían a diario: peluqueros, masajistas, *scripts*... Parecía cansada. Mandó fuera a aquel enjambre cuando vio que John y Herb estaban allí.

—Hola, John —saludó—. Herb.

—¡Anne, pequeña, tienes un aspecto magnífico! —dijo Herb. La abrazó y la besó con firmeza. Ella permaneció inmóvil, con los brazos caídos a lo largo de sus costados.

Era alta, muy delgada, con el cabello trigueño y los ojos grises. Sus pómulos eran anchos y elevados, su boca firme y casi demasiado grande. Contra su intenso bronceado, los dientes parecían más blancos de lo que John recordara. Aunque demasiado firme y fuerte, era una mujer muy bella. Cuando Herb la dejó, se volvió hacia John, dudó un momento y luego le tendió una mano fina y bronceada. La del hombre estaba fría y seca.

—¿Cómo estás, John? Hace tanto tiempo que no te veía.

Él quedó muy complacido de que no le hubiera besado ni llamado cariño. Sonrió ligeramente y luego retiró la mano. John se dirigió al bar mientras la joven se volvía hacia Herb.

—Estoy muy preocupada, Herb —dijo ella. Su voz era demasiado tranquila. Aceptó el whisky que le tendía John sin dejar de mirar a Herb.

—¿Qué sucede, cariño? Acabo de ver tu programa, nena. Has estado magnífica, como siempre. Todo va como siempre.

—¿Qué hay acerca de ese robo? Debes de estar trastornado...

—Ah, eso. Escucha, Anne, pequeña, te prometo que no sé nada de ello. Ya sabes que estamos de acuerdo en que pases tranquila el resto de la semana, ¿recuerdas? Eso también interesa, pequeña. Cuando tú pasas un buen rato y te relajas, treinta y siete millones de personas disfrutan de la vida y se relajan. Eso es bueno. No pueden estar siendo estimuladas todo el tiempo. Les gusta la variedad... —Sin decir una palabra, John le tendió un vaso de whisky escocés con agua. Herb lo cogió sin mirar.

Ann le estaba mirando fríamente. De repente se echó a reír. Fue una carcajada cínica y amarga.

—No eres un maldito loco, Herb. De modo que no trates de actuar como si lo fueras. —Dio un sorbo de su bebida, sin dejar de mirarle por encima del vaso—. Te prevengo. Si alguien aparece aquí para robarme voy a tratarle como si fuera un auténtico ladrón. He comprado una pistola, y ya cuando tenía nueve o diez años sabía cómo utilizarla. Y todavía me acuerdo. Le mataré, Herb, quienquiera que sea.

—Pequeña —comenzó a decir Herb, pero ella le cortó en seco.

—Y ésta es mi última semana. El sábado me voy.

—No puedes hacer eso, Anne —dijo Herb. John le miró atentamente, intentando

descubrir algún signo de debilidad, algo; pero no vio nada. Herb exudaba confianza—. Mira a tu alrededor, Anne, mira esta habitación, tus vestidos, todo... Eres la mujer más rica del mundo, tienes todo el tiempo libre, puedes ir a donde quieras, hacer lo que quieras...

—Y mientras tanto todo el mundo me mira...

—¿Y eso qué? Eso no te impide hacer nada, ¿no? —Herb comenzó a ir de un lado a otro, con pasos rápidos y torcidos—. Ya lo sabías cuando firmaste el contrato. Eres una chica excepcional, Anne, bella, emotiva, inteligente. Piensa en todas esas mujeres que no son nada sin ti. Si tú las dejas, ¿qué van a hacer? ¿Morir? Sabes que es posible que así sea. Por primera vez en su vida son capaces de sentir que están viviendo. Tú les proporcionas lo que no habían hecho nunca antes, lo que sólo sucedía en los libros y las viejas películas de antaño. De pronto experimentan lo que se siente frente a la excitación, experimentan el amor, se sienten contentas y en paz. Piensa en ellas, Anne, vacías, sin nada en sus vidas excepto tú y aquello que tú seas capaz de proporcionarles. Treinta y siete millones de vidas monótonas, Anne, que nunca han sentido nada más que aburrimiento y frustración hasta que llegaste tú y les diste vida. ¿Qué es lo que tienen? Trabajo, niños, facturas. ¡Tú les estás dando el mundo, pequeña! Sin ti ellas ya no querrían ni siquiera seguir viviendo.

Ella no le escuchaba. Negligentemente, le dijo:

—He hablado con mis abogados, Herb, y el contrato no tiene valor. Tú ya lo has roto incontables veces insistiendo en añadir cosas al acuerdo original. Acepté aprender un montón de cosas nuevas para que ellos pudieran sentir las conmigo. Y lo hice. ¡Dios mío! Escalé montañas, cacé leones, aprendí esquí sobre nieve y esquí acuático; pero ahora quieres que yo muera un poco cada semana..., ese accidente de avión, no demasiado grave, lo justo para atemorizarme. Luego los tiburones. Creí de verdad que había tiburones a mi alrededor cuando estaba esquiando, Herb. Ya ves, vas a matarme. Sucederá, y no serás capaz de impedirlo, Herb.

Hubo un silencio tenso tras sus palabras. «¡No!», se dijo John, sin que la palabra saliera de sus labios. Estaba mirando a Herb. Había dejado de andar cuando ella comenzó a hablar. Había algo revoloteando en su cara, sorpresa, miedo, algo difícil de identificar. Luego su rostro se volvió totalmente impenetrable, levantó su vaso y apuró su whisky escocés con agua, dejando el vaso en el bar. Cuando se volvió de nuevo, sonreía con incredulidad.

—¿Qué es lo que te sucede realmente, Anne? Ha habido peligros antes, ya lo sabes. Los leones no eran imaginarios. Y la avalancha la originó alguien. ¿Qué es lo que te sucede en realidad?

—Estoy enamorada, Herb. Quiero salir de todo esto antes de que logres matarme. Herb movió la mano con impaciencia.

—¿Has visto alguna vez tu programa, Anne? —Ella movió negativamente la

cabeza—. Ya lo suponía. De modo que no sabes la expansión que ha adquirido en la última semana después de que insertáramos ese nuevo transmisor en tu cabeza. Este chico, Johnny, ha estado muy atareado, Anne. Ya sabes cómo son estos científicos, nunca están satisfechos, siempre están intentando mejorar las cosas, cambiándolas. ¿Dónde está la cámara, Anne? ¿Has sabido alguna vez dónde estaba? ¿Has visto alguna cámara en las últimas dos semanas, o alguna grabadora de cualquier tipo? No las has visto, ni las verás ya nunca más. Ahora están dentro de ti, querida. —Su voz había bajado el volumen y sonaba totalmente divertida—. De hecho, el único tiempo en que no estás conectada es cuando duermes. Sé que estás enamorada; y sé de quién; y sé cómo hace que te sientas. Sé incluso cuánto dinero gana a la semana. Tengo que saberlo, Anne, querida, porque soy yo quien le paga.

Se había ido aproximando a ella con cada palabra, y ahora no estaba más que a unos pocos centímetros de su cara. No tuvo tiempo de esquivar la bofetada que hizo que su cabeza girara, y antes de que ninguno de los dos fuera consciente de ella, la había golpeado a ella a su vez. Anne cayó de espaldas en un silla, demasiado aturdida como para poder hablar.

El silencio que siguió se convirtió en algo desagradable y opresivo, como si las palabras hubieran nacido y muerto sin posibilidad de permanencia por ser demasiado brutales para que el espíritu humano pudiera soportarlas. Había una mancha de sangre en la boca de Herb en el lugar en que el anillo de diamante de la mujer le había producido un corte. Se lo tocó y luego se miró el dedo.

—Está siendo todo registrado, pequeña, incluso esto —dijo. Y luego le dio la espalda y se dirigió al bar.

En la mejilla de Anne había una gran mancha roja. Sus ojos grises se habían vuelto negros por la rabia; no apartaba la mirada de él.

—Cariño, relájate —dijo Herb al cabo de un momento. Su voz era suave y fluida de nuevo—. No significa nada para ti, con respecto a lo que haces. Sabes que no podemos utilizar la mayor parte del material, pero proporciona a los editores una mayor variedad donde elegir. Comenzaba a suceder que lo más interesante estaba contenido en los momentos en que no estabas actuando. Como el asunto de la compra de la pistola. Hay un magnífico material ahí, Pequeña. Se está convirtiendo en oro puro. —Acabó de hablar mientras se preparaba otra bebida, la probaba y la ingería casi por completo—. ¿Cuántas mujeres han de salir a comprarse una pistola para protegerse? Piensa en todas ellas, sintiendo las cosas que sentías tú cuando la cogías, cuando la mirabas...

—¿Cuánto tiempo has estado grabando constantemente? —preguntó ella. John sintió que un escalofrío le recorría la espalda, un temblor de excitación. Sabía que el transmisor en miniatura estaba registrando todas las emociones de la mujer, de las cuales sólo parte le asomaban a la cara. Su tormento interior estaba siendo registrado

por completo. La tranquilidad de su voz y de su cuerpo eran una mentira; pero los registros nunca mentían.

Herb también sentía que tras su tranquilidad se ocultaba la tormenta. Dejó el vaso y se dirigió hacia ella, arrodillándose junto a su silla y tomando una de sus manos entre las suyas.

—Anne, por favor, no te enfades conmigo. Estaba desesperado buscando nuevo material. Cuando Johnny inventó ese último artefacto tuvimos que probarlo, y no hubiera resultado bien la prueba si tú hubieras tenido conocimiento de ello. Así no se puede probar nada...

—¿Hace cuánto tiempo?

—Menos de un mes.

—¿Y Stuart? ¿Es uno de tus hombres? ¿También él está transmitiendo? ¿Le has contratado para..., para que hiciera el amor conmigo? ¿Es eso?

Herb asintió con la cabeza. Ella se cubrió la cara con su mano libre para no verle más. Entonces, él se levantó y se dirigió a la ventana.

—¿Pero qué diferencia hay en ello? —gritó—. Si os hubiera presentado en una fiesta no os hubiera importado. ¿Qué diferencia existe con esta forma de hacerlo? Yo sabía que ambos os gustaríais. Él es brillante como tú, le gustan el mismo tipo de cosas que a ti. Procede de una familia humilde, como tú... Todo indicaba que os entenderíais...

—Oh, sí —dijo ella casi ausente—. Nos entendíamos... —Sus dedos buscaban entre su cabello las cicatrices.

—Ya está todo cicatrizado —dijo John. Ella le miró como si hubiera olvidado que estaba allí.

—Voy a buscar un cirujano —dijo ella, levantándose, con los dedos blancos de tanto apretar el vaso—. Un cirujano del cerebro...

—Se trata de un procedimiento nuevo —dijo John, lentamente—. Sería peligroso tocarlo...

Ella le miró durante un buen rato.

—¿Peligroso?

Él asintió.

—Tú podrías quitármelo...

Él recordó los primeros momentos, cuando había tenido que calmar su miedo a los electrodos y a los cables. Su miedo era el que siente un niño ante lo desconocido. Con el tiempo logró demostrarle que podía confiar en él, que no le mentiría. Entonces no le había mentido. Había la misma confianza en sus ojos, la misma fe inquebrantable. Ella le creería. Aceptaría sin cuestionarlo todo lo que le dijera. Herb le había llamado carámbano, pero estaba equivocado. Un carámbano se habría derretido en la fogosidad de la mujer. Era más bien una estalactita, formada a lo largo

de los siglos; capa a capa, él se había ido formando, hasta que había olvidado cómo doblarse, hasta que había olvidado cómo aliviar los escalofríos que sentía de vez en cuando en su espalda, rígido caparazón de sí mismo. Ella lo había intentado, y, frustrada, se había apartado de él, herida, pero incapaz de desconfiar de aquel a quien había amado. Ahora estaba esperando. Podía dejarla, perderla esta vez irrevocablemente. O retenerla mientras viviera.

Sus adorables ojos grises se habían ensombrecido por el miedo y por la confianza que él le había dado. Lentamente, John movió, la cabeza.

—No puedo —dijo—. Nadie puede hacerlo.

—Ya comprendo —murmuró ella, mientras sus ojos se oscurecían totalmente—. Voy a morir, ¿verdad? Vais a obtener una adorable secuencia, ¿no es cierto, Herb? —Se dio la vuelta, apartándose de John—. Claro está que tendréis que acabar toda la trama de la historia, pero no importa, sois muy buenos en eso. Un accidente en el que se necesite una operación cerebral, y todo lo que yo sienta lo recibirán esas pobres desgraciadas que nunca habrán de sufrir una operación del cerebro. Es muy bueno —dijo con admiración. Sus ojos eran muy negros—. De hecho, todo lo que yo haga de ahora en adelante será utilizado, ¿no es cierto? Si te mato, eso será simplemente material para tus editores. Juicio, prisión, muy dramático... Por otra parte, si me suicido...

John sintió que se le helaba la sangre; era como si le oprimiera un peso enorme. Herb se echó a reír.

—La trama será más o menos así —dijo—. Anne se enamora de un extraño profunda, sinceramente. Todos saben lo profundo que es este amor; todos lo están sintiendo, ya lo sabes. Ella le encuentra violando a una niña, una adorable adolescente. Stuart le dice que han terminado, que ama a la pequeña ninfa. En un arrebato de pasión ella se suicida. Tú estás emitiendo ahora una auténtica tormenta de pasión, ¿no es cierto? No importa, cuando llegue esa escena, estaremos emitiéndola. —Ella le arrojó su vaso; cubos de hielo y trozos de naranja dejaron un rastro por la habitación. Herb bajó la cabeza, riendo.

—Eso ha sido terriblemente bueno, querida. Bastante manoseado, pero, después de todo, ellos no pueden hacerlo muchas veces, ¿verdad? Les gustará después de que se repongan del golpe de perderte. Y se repondrán, tú lo sabes. Siempre lo hacen. ¿Te imaginas lo que sentirán experimentando una auténtica muerte violenta? —Anne se mordió los labios y se sentó de nuevo, lentamente, con los ojos fuertemente cerrados. Herb la miró durante un momento y luego le dijo, incluso más cariñosamente—: Tenemos preparada a la niña. Si se les da una muerte, luego hay que darles una nueva vida. Una termina con una explosión. La otra comienza con una explosión. La llamaremos Cindy, una auténtica historia de Cinderella. La querrán a ella también.

Anne abrió los ojos, ahora de un negro intenso. Estaba tan rígida por la tensión

que John sintió que sus propios músculos se contraían y se tensaban. Se preguntaba si sería capaz de conservar la cinta que ella estaba transmitiendo. Le invadió una oleada de excitación y se dio cuenta de que la pasaría toda entera, la sentiría toda, toda aquella increíble rabia contenida, el miedo, el horror de ofrecerles una muerte para su deleite y, finalmente, la angustia. Conocería todas aquellas sensaciones. Mirando a Anne, hubiera deseado que ella se desmoronara, con él allí. No lo hizo. Se mantuvo en pie, con la espalda recta y los músculos de la barbilla apretados. Su voz no tenía acento cuando dijo:

—Stuart estará aquí en media hora. Tengo que vestirme. —Y se fue sin mirarles.

Herb le hizo un guiño a John y se dirigió a la puerta.

—¿Quieres llevarme al avión, muchacho? —En el taxi dijo—: Vigílala durante un par de días, Johnny. Puede producirse una reacción incluso mayor más tarde, cuando comprenda plenamente lo atrapada que está. —Soltó una fea carcajada—. ¡Dios! ¡Es estupendo que ella confíe tanto en ti, Johnny!

Mientras esperaban en la terminal, John dijo:

—¿Crees que hará algo bueno después de esto?

—No podrá evitar el desenlace. Su vida está demasiado orientada para escoger deliberadamente la muerte. Por dentro es como la selva virgen, áspera, salvaje, sin contaminación alguna de la civilización que muestra en su exterior. Es muy vulnerable, realmente vulnerable. Va a luchar para mantenerse con vida. Se hará más desconfiada, más alerta al peligro, más excitada y excitante... Va a desmoronarse cuando él la toque esta noche. Le espera algo realmente bueno. —Su voz sonaba muy feliz—. Él la afecta en su parte más vital, y ella reacciona. Una auténtica salvaje. Ella lo es; la nueva chica lo es; Stuart... Son escasos, Johnny. Nuestra tarea es encontrarlos. Necesitaremos todos los que podamos conseguir. —Quedó pensativo—. Sabes, realmente no ha sido una mala idea lo de la violación y la chica. ¿Quién hubiera soñado que lograríamos que reaccionase así? —Tuvo que correr para coger el avión.

John regresó a toda prisa al hotel para estar cerca de Anne si le necesitaba. Esperaba que le dejara solo. Sus dedos temblaban cuando encendió la pantalla; súbitamente le vino a la memoria aquella niña que había llorado y deseó que Stuart hiriera a Anne un poco. El temblor de sus dedos aumentó; Stuart estaría en la pantalla desde las seis hasta las doce, y ya se había perdido casi una hora de la representación. Se colocó el casco y se recostó en una cómoda silla. No conectó el audífono, dejando que fueran sus propias palabras las que se adecuaban a la imagen, sus propios pensamientos los que llenaran el espacio.

Anne estaba inclinada sobre él, llevándose una copa de champán a los labios; sus ojos eran grandes y suaves. Estaba hablando, hablándole a él, John, llamándole por su nombre. Sintió un hormigueo muy dentro de él, y bajó la mirada para posarla en la

mano de la mujer, una mano bronceada que descansaba sobre la de aquel hombre, enviando corrientes eléctricas a sus nervios. Su mano tembló cuando él le cosquilleó la palma, ascendiendo hacia la muñeca, donde se marcaba una vena azul. Su corazón comenzó a palpar fuertemente, y cuando la miró de nuevo a los ojos vio que eran muy oscuros y muy profundos. Bailaron, y John sintió su cuerpo contra el suyo, tembloroso, suplicante. La habitación se oscureció y ella se convirtió en una silueta contra la ventana, con la bata flotando a su alrededor. La oscuridad se hizo más densa, o quizá fue que él cerró los ojos, y aquella vez, cuando el cuerpo de ella se apretó contra el de él, no había nada entre ellos.

En su silla, con el casco en la cabeza, las manos de John se abrían, se cerraban, se abrían y se cerraban de nuevo.

SEXO Y/O EL SEÑOR MORRISON

(Sex and/or Mr. Morrison)

Carol Emshwiller

Carol Emshwiller estudió arte en la Universidad de Michigan y recibió una beca Fulbright para estudiar en Francia. Sus relatos han aparecido en varias revistas de ciencia ficción y en las antologías Bad Moon Rising, Orbit y Showcase, entre otras. Es autora también de Joy in our Cause (Harper and Row). Está casada con el artista y cineasta Ed Emshwiller.

Los sexos se diferencian por sus órganos reproductores. Esta diferencia es, en última instancia, la base de todos los códigos y actitudes que han gobernado la conducta de los sexos entre sí, ignorando el número mucho mayor de similitudes que existen entre ellos. Esas actitudes restrictivas pueden estar también en la raíz de nuestros sentimientos ambivalentes y a veces cargados de odio hacia nuestros propios genitales.

Cuando Sexo y/o el señor Morrison apareció por primera vez en la antología de Harlan Ellison Dangerous Visions, la señora Emshwiller escribió en el prólogo: «Debe de ser muy agradable vivir en una sociedad donde los genitales sean realmente considerados bellos. Me parece que cualquier otra forma de verlos es obscena.»

Podía poner mi reloj en hora al escuchar los pasos del señor Morrison en la escalera, no porque fuera extraordinariamente puntual, pero sí lo suficiente para mí. Más o menos las ocho y media. (Mi reloj adelanta.) Cada día que baja las escaleras tengo que retrasarlo diez minutos, ocho o siete. Supongo que podría hacerlo igualmente sin él, pero me parece una vergüenza desperdiciar esos fuertes pasos, esos resoplidos y otras formas de perder energía que pone en práctica al bajar las escaleras, de modo que he cronometrado mi vida de acuerdo con ese golpetear mañanero. Podría decirse que bajaba a ritmo de funeral, pero ello se debe a que el señor Morrison es grueso y por ello lento. En realidad, comparado con la media, es un hombre muy agradable. Siempre sonrío.

Yo le espero abajo, a veces mirando hacia arriba y a veces sosteniendo mi despertador en las manos. Sonrío con una sonrisa que espero no sea tan triste como la suya. La cara de luna del señor Morrison tiene algo de Monna Lisa. No cabe duda de que tiene secretos.

—Estoy poniendo mi reloj en hora con usted, señor Morrison.

—Je, je... yo, yo —respira fatigado—. Bueno —se pasa la mano derecha por el estómago—, espero que...

—Oh, usted va lo suficientemente en punto para mí.

—Je, je, oh, sí, sí. —Parece que sostiene el peso del mundo o tal vez está aplastado por cien kilómetros de aire. ¿Cuántos kilos de aire por centímetro cuadrado le deben corresponder? No tiene la suficiente energía interna. Todos sus músculos se expanden como mermelada en el interior de su piel.

—No tengo tiempo de charlar —dice. (Nunca lo tiene.) Sale. Me gusta, y me gusta su acentillo de Boston. Pero sé que es demasiado orgulloso para ser amistoso. Bueno, orgulloso no es la palabra correcta. Es tímido. En fin, dejemos eso.

Se volvió con una mueca de mal humor y luego me hizo un guiño, como para suavizarla. Tal vez no fue más que una contracción nerviosa. Él debe de pensar, si es que piensa en mí de alguna forma: «¿Qué puede decirme ella y qué puedo decirle yo? ¿Qué puede ella saber que yo no conozca ya?» Y así atravesó, andando como un pato, la puerta.

Y ahora comienza el día.

En verdad hay bastantes cosas que yo pueda hacer. Normalmente paso el tiempo en el parque. A veces alquilo un bote, remo un rato y alimento a los patos. Adoro los museos, y están todas esas galerías de arte y los escaparates de las tiendas, y si soy cuidadosa con mi presupuesto, de vez en cuando puedo hacer algún gasto. Pero no me gusta estar fuera de casa después del regreso del señor Morrison. ¿Cerrará su habitación mientras está en su trabajo?

Su habitación está situada directamente sobre la mía, y él es demasiado grande para ser un hombre silencioso. La casa gime con él y retumba cuando salta fuera de la

cama. El suelo cruje bajo sus pies. Incluso las paredes tiemblan y caen los trozos de pintura seca. Pero a mí no me importa el ruido. Gracias a él puedo seguirle la pista. A veces imito desde mi apartamento sus movimientos. De la cama a la cocina, pasos, de la cocina al lavabo y otra vez de vuelta. Le imagino allí, en zapatillas. Le imagino. Imagino cómo mete sus enormes piernas en los pantalones, anchas como las de un dios (porque ningún hombre normal puede tener unas piernas como ésas), esas piernas que se introducen en unos pantalones grandes como cuevas. Imagino esos dos paisajes, con un vello escaso, en forma de cepillo del color del trigo, dirigiéndose ciegamente a sus anchos calcetines de lana marrón que están todavía húmedos del día anterior. Oooh. Ugh. Arriba con las ligas. Creo que puedo escuchar su respiración desde aquí.

Puedo cepillarme el pelo tres veces antes de que él lo haga una y estar fuera esperándole al pie de la escalera cuando él abre la puerta.

—Estoy poniendo mi reloj en hora con usted, señor Morrison.

—No tengo tiempo, no tengo tiempo. Salgo ahora. Bueno... —y empuja la puerta de entrada tan cuidadosamente que una piensa que tiene miedo de sus propias manos gruesas.

Y así, como ya he dicho, comienza el día.

La cuestión es (y tal vez sea la cuestión de hoy): ¿Quién es en realidad, uno de los Normales o uno de los Otros? No va a ser fácil averiguarlo siendo tan gordo. Me pregunto si llegaré a ello. Sin embargo, estoy dispuesta a llegar lejos y todavía estoy ágil. Todo ese escándalo y todo ese andar de arriba abajo; y luego, recientemente, me pasé toda una noche arrebujada bajo un arbusto en el Central Park y he subido dos veces por la escalera de incendios hasta arriba (pero no he visto demasiado y no puedo estar segura aún de los Otros).

No creo que estén en el armario porque no hay cerradura, pero podría abrir la puerta una rendija y luego hacer cuña con mi zapato. (Es doble A.) Puede que no se percate. O ponerme debajo de la cama. Aunque es verdad que soy delgada y bajita, se podría decir que del tamaño de un niño, no va a ser fácil; pero tampoco es fácil buscar amantes en el tejado.

A veces me gustaría ser una pequeña y rápida lagartija, verde o marrón amarillenta. Podría escabullirme bajo su estómago cuando abriera la puerta y no me vería, aunque sus ojos son tan rápidos como torpes sus pies. Sin embargo, yo lo sería más. Me escondería en la biblioteca o en la parte de atrás de su escritorio, o tal vez me haría un ovillo en un rincón, porque lo más seguro es que no mire con mucha frecuencia al suelo. Su habitación no es mucho más grande que la mía y su presencia debe llenarla, o más bien su estómago, que le ocultará sus piernas de gigante. Él mira el techo y los cuadros de las paredes, las superficies de la mesita de noche, el escritorio y la mesa; pero el suelo y las mitades inferiores de las cosas están fuera del

alcance de su mirada, y es en ellas donde estaré a salvo. Pero no, ni siquiera tengo que lamentar no ser una lagartija, excepto por la cuestión de introducirme en su apartamento. Pero si no cierra su habitación con llave no habrá ningún problema y puedo pasarme el día eligiendo mi escondite. Puedo llevar conmigo también un poco de comida si decido quedarme por la noche. Nada de nueces ni avellanas; sólo cosas silenciosas, como el queso y los higos.

Ahora que pienso en ello, creo que estoy dejando al señor Morrison para el final, como un niño que deja la costra de su pastel para comérsela después de haberse acabado éste por completo. Pero me doy cuenta de que me estoy portando como una tonta, porque puesto que él es una de mis mejores esperanzas, ha de ser el primero.

Por consiguiente, este día comienza con un aprovisionamiento de alimentos y una expedición de exploración a la parte de arriba.

La habitación está desordenada. No hay librería, pero hay libros y revistas a centenares. Investigo tras los montones. Investigo en el armario, lleno de trajes y abrigos gigantes donde puedo esconderme fácilmente. No hay más que ver cómo sobresalen los hombros por las perchas normales. Investigo bajo la cama y bajo la mesa escritorio, en el hueco destinado a meter las rodillas. Paso la mano bajo la mesita de noche. Revuelvo por entre los zapatos y los calcetines sucios apilados en un rincón. Oh, hay lugares para esconderse mucho mejores que los del Central Park. Decido utilizarlos todos.

Hay algo muy agradable en el hecho de estar aquí, porque me gusta el señor Morrison. Incluso su tamaño es confortable; es lo suficientemente grande como para ser el padre de cualquiera. Su cuarto tranquiliza con todas esas cosas adecuadas a un padre que hay en él. Aquí me siento joven.

Me como unos pocos higos mientras me siento en el armario sobre sus zapatos. Luego echo una siesta entre las camisas sucias. Parece que hubiera dieciséis o así, aunque sólo hay siete y algunos calcetines. Luego me acomodo debajo de la mesa del escritorio, arrodillada, espero y comienzo a tener mis dudas. Aquel estómago colgante va a ser más grande de lo que había esperado. No hay nada que pueda esconderse, de modo que, ¿por qué permanecer aquí, agarrada a las patas del escritorio, cuando podía estar fuera dando de comer a las palomas? «Sal ahora —me digo—. ¿Vas a pasarte realmente todo el día, o tal vez incluso toda la noche, oculta y confinada aquí?» ¿Pero no lo he hecho ya antes multitud de veces y siempre para nada? ¿Por qué no intentarlo una vez más? Pues el señor Morrison es, con toda seguridad, el más prometedor de todos. Sus ojos, la forma en que sus gordas mejillas se inflan bajo sus ojos, le dan un aspecto achinado. Su nariz romana en una cara normal sería excesiva, pero en la suya se pierde, queda empequeñecida. «¡Sálvenme! —grita la nariz—, ¡me hundo!» Yo lo intentaría, pero haré otras cosas más importantes antes de que el señor Morrison regrese. La tarea es también para bien de

todo, y quiero decir todo, pero no crean que yo soy la menos perjudicada en esto.

¿Sabén? Hace unas semanas fui a una *matinée* y vi al Royal Ballet bailar *El Rito de la Primavera* y se me ocurrió entonces... Bueno, ¿qué pensarían ustedes si les vieran enfundados en unos trajes que simulaban ser la piel desnuda? Trajes desnudos, yo les llamé. Y toda aquella gente bien vestida, culta, aplaudiéndoles, aceptándoles pese a que sabían perfectamente bien..., como una especie de Traje Nuevo del Emperador al contrario. Pero deténganse a pensar sólo una cosa. Hay solamente dos sexos y cada uno de nosotros pertenece a uno de ellos, y sin duda, o al menos es lo más probable, cada uno sabe algo acerca del otro. Pero pudo ser allí donde yo cometí mi error: ¿Nunca han pensado ustedes...? Bueno, eso que yo comencé a pensar: «Ha de haber Otros entre nosotros.»

Pero no es a causa del miedo o del desagrado por lo que yo los busco. Soy una persona abierta y sin prejuicios. Pueden darse cuenta de lo que soy cuando les diga que yo nunca vi (¿no parece realmente extraño?) los auténticos órganos de mi propia concepción, ni los de mi padre ni los de mi madre. ¿Quién sabe lo que eran?

De modo que esperé allí, mordiéndome las uñas. Contemplaba la madera sin barnizar de la parte interior del escritorio. Estuve arañándola. Comí más galletas y estuve considerando si hacerle la cama. Finalmente, decidí que no lo haría. Me chupé un brazo hasta que se puso rojo en la parte interior del codo. El tiempo transcurría tan lentamente como en el reloj de un colegio, y me arrastré por el suelo y me oculté tras los libros y las revistas. Leí los primeros párrafos de decenas de ellos. Debido al polvo que había allí y tendida sobre los calcetines y la camisas, sentí un cierto olor y una especie de aliento animal que me hizo sentirme segura, como si realmente perteneciera a esa habitación y pudiera pasearme por ella sin que el señor Morrison lo notase, a excepción de que tal vez me diera un ligero golpecillo en la cabeza al pasar.

Zump..., pausa. Clump..., pausa. Sus pasos no pueden pasar inadvertidos. La casa proclama su presencia. El suelo vibra y las ondas se extienden hacia la escalera. La baranda se desliza y se inclina desde su base. El papel de la pared parece llenarse repentinamente de insectos. Él debe de estar pensando: «Bueno, esta vez no me está espionando desde la entrada de su casa. Qué descanso. Puedo concentrarme totalmente en su ascenso.» OOO. Ump. Pausa. Parece estar contemplando la pintura de la pared.

Vuelvo a arrebujarme bajo el escritorio.

Resulta extraño que lo primero que haga es poner el periódico sobre el escritorio y sentarse con las rodillas rozándome la nariz, unas rodillas como hornos que desprenden calor y humedad y exudan un delicado olor a lana húmeda y a sudor. Qué redondas son esas rodillas. Como senos maternos presionándome. Probablemente igual de suaves. ¿Por qué no puedo apoyar mi mejilla sobre ellas? Observo cómo es capaz de permanecer sentado sin moverse, sin agitar los tobillos ni golpear rítmicamente con la punta de los pies. Él no es como nosotros. ¿Pero puede acaso un

hombre como éste hacer cosas *pequeñas*?

Todo lo que puedo reunir son evidencias circunstanciales, pero ya es hora de hacer algo concreto. Una cosa, nada más que un hecho es todo lo que necesito.

Lee, coloca su ropa en la percha y vuelve a leer. Su aliento huele a salchichas y entonces me acuerdo de que ya ha pasado la hora de cenar y como mi queso lentamente, a pequeños mordiscos. Tardo media hora en comer un trozo pequeño.

Finalmente abandona la sala y se dirige al baño y yo me deslizo bajo las camisas y los calcetines y encojo las piernas. ¿Y si se desnuda como lo hacía mi abuela, bajo una bata? ¿Bajo una enorme cosa del tamaño de dos camas?

Pero no lo hace. Cuelga su chaqueta en una percha y su corbata en otra adherida a la puerta del armario. Me echa encima la camisa y debo hacer otro huequecito para seguir espionando. Luego se quita los zapatos. Después los calcetines. Los pantalones caen con lentitud, sin esfuerzo, mientras él mira hacia la ventana. Se queda con unos calzoncillos amarillentos, rascándose por detrás y provocando un auténtico terremoto en su trasero.

¿Dónde puede haber comprado esos calzoncillos de elefante? ¿En qué almacenes los tuvieron colocados en sus estantes? ¿En qué fábrica cosieron las mujeres, una tras otra, aquellas indescriptibles prendas? ¿En Marte? ¿Venus? ¿Saturno? Seguramente en Saturno. O tal vez, por el contrario, en un lugar pequeño, en alguna luna de Júpiter, con menos aire por centímetro cuadrado sobre la piel y menos gravedad, donde el señor Morrison podría subir las escaleras de tres en tres, y saltar (porque estoy segura de que no es demasiado viejo) y bailar toda la noche con jóvenes de su estatura.

Dirige sus ojos orientales hacia el techo y se quita los calzoncillos, dejándolos caer en el suelo. Veo montañas de muslos y trasero. ¿Cómo puede un hombre como ése permanecer desnudo incluso delante de un pequeño espejo? Me quedo hipnotizada. Es imposible descubrir el color de su piel, como sucede con los ojos verde azulados y con el océano. Es bronceado, rosado, oliváceo, rojizo y a veces cubierto de un vello gris elefante. Sus ojos han de estar acostumbrados a multiplicidades como aquellas, y a plétoras, conglomeraciones, a una opulencia de sí mismo, a una exuberancia desmedida, a lo universal, a lo astronómico.

Me siento totalmente avasallada. Me acurruco en mi nido de camisas sin atreverme a respirar. Mis ojos no dan crédito a lo que ven. Está más allá de mi comprensión. ¿Pueden imaginar lo diminutas que deben de parecerle mis muñecas? Estará pensando (si es que piensa en mí): «Ella debe de ser de otro mundo. Qué extrañas son sus caderas y los huesos de sus piernas. Cómo miran sus ojos. Qué verdosas son las sombras que se forman en los bordes de su cara». (Porque debo admitir que tal vez estoy tan lejos en la escala de mi humanidad como él en la suya.)

De pronto me doy cuenta de que estoy cantando. Mi aliento vibra en mi garganta,

formando himnos tan lentamente como lo haría el propio señor Morrison. Me pregunto si esto será amor. ¿Será mi primer auténtico amor? ¿Pero acaso no he estado siempre apasionadamente interesada en la gente? ¿O tal vez sólo en aquellos que captan mi fantasía? ¿Pero no es acaso diferente este sentimiento de ahora? ¿He amado verdaderamente, así como ahora, en algún otro momento de mi vida? (La, la, la, li, la.) Cierro los ojos y escondo la cabeza entre las camisas. Sonrío entre los calcetines sucios. ¡Imagínenselo haciendo el amor conmigo!

Mucho más abajo de sus miradas abstraídas dirigidas hacia el techo, me escondo apoyada en codos y rodillas tras los viejos libros. Un lugar seguro para desterrar la estupidez. Porque soy lo suficientemente vieja como para que él sea (nunca me he casado) mi hijo más pequeño. Sólo que si fuera hijo mío, difícilmente podría haber crecido tan desmesuradamente más que yo. Veo que no puedo ni tan siquiera seguirle (como sucede con los hijos). Puedo amarle como ama el ratón la mano que limpia su jaulita, de un modo igualmente limitado, porque aquí yo tampoco veo más que una parte de él. Tengo más sensaciones. Siento una mayor grandiosidad. Siento el exceso de volumen que no puedo ni siquiera imaginar. Redondeadas imágenes posteriores bailan en mis globos oculares. Parece haber una oscuridad misteriosa en los rincones de la habitación, y su sombra cubre, al mismo tiempo, la ventana que hay en una de las paredes y el espejo situado en la otra. No cabe duda de que él es como un iceberg, sumergido en sus siete octavas partes.

Pero ahora se vuelve hacia mí. Lo contemplo desde el montón de libros sosteniendo una revista sobre mi cabeza como hace la gente cuando llueve. Lo hago para protegerme de la excesiva enormidad de su persona que de repente aparece ante mí más que para ocultarme.

Y ahí estamos los dos, mirándonos a los ojos. Nos miramos y él no parece comprender aún como yo le comprendo a él, y sin embargo, normalmente su cabeza está por encima de la mía, saltando sobre frases inacabadas. Sus ojos no comprenden todavía la situación y aún no muestran sorpresa. Pero su ombligo, eso es otra cuestión. Al fin, ahí está el ojo de Dios. Anida en un cielo blando y extenso, como un sol en su curva por el universo que brilla y me lanza un cálido guiño, un guiño grueso y benigno. El ojo del estómago acepta y comprende: el ojo del estómago me reconoce y me mira como si siempre hubiera deseado mirarme. (Sí, aunque yo camino a través del valle de sombras de la muerte.) Ahora te veo.

Pero ahora le veo. Ahí, la piel cuelga en pliegues flácidos, blandos, y hay un pequeño círculo color cobre como una moneda de cincuenta centavos. Hay un agujero en el centro, verdoso en los bordes. Eso debe de ser una especie de «traje desnudo», y sean los que fueran los órganos sexuales, han de estar ocultos tras esa caliente y abolsada imitación de piel.

Le miro a esos ojos que tiene y están tan vacíos como blancos son los globos

oculares, tan vacíos como si no tuvieran sexo, huevos sin yemas, como si estuvieran hechos como los de un muñeco de sexo varón con un agujero redondo para evacuar el agua.

Dios mío, pienso. No soy religiosa, pero pienso, Dios mío, me levanto y de un salto alcanzo la puerta y echo a correr escaleras abajo dando saltos, con la sensación de volar. Cierro violentamente la puerta de mi habitación y me deslizo dentro de mi cama. Es el lugar más obvio para esconderse, pero una vez que estoy dentro no puedo moverme. Permanezco allí y escucho el trueno de sus pasos en la escalera, el arrastrar de sus pies por los peldaños, su mano deslizándose por la baranda.

Sé que yo diré:

—Acepto. Acepto. Te amaré. Te amaré, seas quien seas. (¿Cómo hace una para conocer esas cosas cuando todo está oculto?) Diles que nosotros aceptamos. Diles que son los trajes desnudos los que resultan feos. Aceptamos vuestros colgantes, vuestras arrugas, vuestras redondeces, vuestros bultos y jorobas, todo lo que sea. Vuestras curvas, fibras, gusanos, botones, higos, cerezas, pétalos de flores, vuestras pequeñas y suaves formas de sapo, vuestras lenguas de gato o vuestras colas de ratón, vuestras ostras, vuestro único ojo entre las piernas, vuestras culebras, vuestros caracoles, todo lo aceptamos. Creemos que la verdad es adorable.

Pero qué silencio tan prolongado. ¿Dónde está él? Porque él debe (¿o no?) venir por mí después de lo que he visto. ¿Pero adónde ha ido? Tal vez cree que he cerrado con llave mi puerta, pero no lo he hecho, no lo he hecho.

¿Por qué no viene?

MÁS VASTO QUE LOS IMPERIOS Y MÁS LENTO

(Vaster Than Empires and More Slow)

Ursula K. Le Guin

Ursula K. Le Guin nació en California. Es hija del antropólogo A. L. Kroeber y de la escritora Theodora Kroeber. Estudió en la Universidad de Columbia y en la de París gracias a una beca Fulbright. Es autora de relatos aparecidos en Again Dangerous Visions, New Dimensions, Orbit y Galaxy. Entre sus novelas se encuentran The Wizard of Earthsea (Parnassus Press), ganadora del Premio Boston Globe-Horn Book en 1969, The Tombs of Atuan (Atheneum), que fue Newbery Honor Book en 1972, y The Farthest Shore (Atheneum), que forman parte de una trilogía. The Farthest Shore recibió el National Book Award for Children's Literature en 1973. Su novela The Left Hand of Darkness (Walker) ganó los premios Hugo y Nebula, y su novela The Word for World is Forest ganó el premio Hugo en 1973. Sus novelas más recientes son The Lathe of Heaven (Scribner's) y The Dispossessed (Harper and Row). Está casada con el historiador y profesor Charles Le Guin y vive en Oregón.

Más vasto que los imperios y más lento trata de la percepción extrasensorial y de los singulares miembros de una expedición interestelar. Estos poderes perceptuales potencian las relaciones interpersonales de la tripulación mientras viajan hacia un fascinante planeta.

Estás mirando un reloj. Tiene manecillas y unas figuras dispuestas en círculo. Las manecillas se mueven. No podrías decir si lo hacen coordinadamente o si una se mueve más rápido que la otra. ¿Qué significa eso? Que hay una relación entre las manecillas y el círculo de figuras, y el nombre de esa relación lo tienes en la punta de la lengua; las manecillas son... algo-u-otra-cosa con relación a las figuras. ¿O lo son las figuras con relación a las manos? ¿Qué significa eso? Son figuras (tu vocabulario no ha disminuido en absoluto), y, por supuesto, puedes contar uno, dos, tres, cuatro, etc., pero el problema está en que no puedes decir cuál es cuál. Cada una es una: ella misma. ¿Dónde comienzas? Si cada una es una no hay..., ¿cuál es la palabra? La tenía hace un instante... «algunidad» entre ellas. No hay un entre. Sólo hay aquí y aquí, una y una, no hay allí. Maya ha caído. Todo es aquí, ahora y uno. Pero si todo es aquí, ahora y uno, no hay fin. No ha comenzado, por lo tanto, no puede terminar. Dios mío, sácame de aquí, ahora Uno...

Estoy intentando describir las sensaciones de una persona normal en un vuelo NAFAL. Para algunos puede ser aún mucho peor, aquellos cuyo sentido del tiempo es agudo. Para otros es relajante, como una droga que libera la mente de la tiranía de las horas. Y para unos pocos la experiencia es auténticamente mística. El colapso de tiempo y relación les lleva directamente a la intuición de lo eterno. Pero el místico es una rara avis, y lo más cerca que está la gente de alcanzar a Dios en el tiempo paradójico es mediante una oración inarticulada y angustiada en petición de descanso.

Acostumbran a drogar a la gente en los saltos largos, pero dejaron de hacerlo cuando se dieron cuenta de los efectos. Lo que puede sucederle a un drogado, a un enfermo o a un herido durante un vuelo que transcurre casi a la velocidad de la luz es, por supuesto, imposible de determinar. Un salto de diez años luz no tendría que suponer ninguna diferencia, lógicamente, para un enfermo de sarampión o un herido de bala. El cuerpo no envejece más que unos minutos. ¿Por qué se saca al paciente de sarampión fuera de la nave al final del viaje hecho un leproso en tanto que el herido sale cadáver? Nadie lo sabe, excepto tal vez el cuerpo, que mantiene la lógica de la carne y sabe que ha estado enfermo, sangrando o drogado en una inconsciencia de diez años. Después de que muchos enloquecieran y de que se estableciera como un hecho el Efecto Fisher King, dejaron de utilizar drogas y de transportar enfermos, heridos y embarazadas. Hay que tener una salud normal para un viaje NAFAL.

Pero no se ha de estar cuerdo.

Fue durante las primeras décadas de la Liga cuando los terrestres, tal vez en un intento de mantener en alto su apaleado ego colectivo, lanzaron naves que realizarían viajes enormemente largos, mucho más allá de las estrellas. Buscaban mundos que no hubieran sido colonizados ni explotados, como lo habían sido todos los mundos conocidos, por los Founders on Hain, mundos auténticamente extraños; y todas las tripulaciones de aquellas naves de investigación estaban trastornadas. ¿Quiénes si no

hubieran salido a recoger información que no sería recibida sino al cabo de cuatro, cinco o seis siglos? ¿Y recibida por quién? Esto era antes de que se inventara el comunicador instantáneo; quedarían aislados tanto en el espacio como en el tiempo. Ninguna persona en su sano juicio que hubiera experimentado el deslizamiento del tiempo, aunque sólo hubiera sido durante unas pocas décadas y entre mundos cercanos, se ofrecería voluntaria para un viaje de medio milenio. Los investigadores eran escapistas; inadaptados; introvertidos.

Diez de ellos subieron a bordo del transbordador en Smeming Port, en Pesm, e hicieron diversos e ineficaces intentos de conocerse durante los tres días que tardaba el transbordador en alcanzar su nave, *Gum*. *Gum* es un apodo lowcetiano, que quiere decir, más o menos, nene o animalito casero. En el equipo había un lowcetiano, un hairy cetiano, dos hainisianos y cinco terrestres; la nave era de construcción cetiana, pero fletada por el Gobierno de la Tierra. Su tripulación subió a bordo a través de un tubo, uno a uno, como aprensivos espermatozoides que fueran a fertilizar el universo. El transbordador se fue y el *Gum* comenzó su viaje. Voló durante algunas horas por el borde del espacio a unos pocos cientos de millones de kilómetros de Pesm y luego, bruscamente, desapareció.

Cuando al cabo de diez horas y veintinueve minutos, o sea, 256 años, *Gum* reapareció en el espacio normal, se contaba con que estuviera en las cercanías de la Estrella KG-E-96651. Con toda seguridad habría también una adorable estrella de luz dorada. Y en algún lugar, dentro de una esfera de cuatrocientos millones de kilómetros, habría también un planeta verde, Mundo 4470, como indicó un cartógrafo hacía bastante tiempo. Lo que tenía que hacer la nave era buscar el planeta. No era tan fácil como parecía. En el espacio planetario, la *Gum* no podría ir a una velocidad cercana a la de la luz; si lo hiciera, tanto ella como la Estrella KG-E-96651 y el Mundo 4470 podían acabar explotando. Tendría que viajar utilizando cohetes a propulsión, a unos pocos cientos de miles de kilómetros por hora. El Navegante Matemático Asnanifoil sabía muy bien dónde tendría que estar el planeta y calculaba que lo alcanzarían en diez días-E. Entretanto, los miembros del equipo de Investigación podrían conocerse aún mejor.

—No puedo soportarle —decía Porlock, el Científico Duro (químico, físico, astrónomo, geólogo, etc.), mientras su bigote se iba cubriendo de pequeñas gotas de saliva—. Ese hombre está loco. No logro entender por qué se le permitió ser miembro de este equipo, a menos que se trate de un experimento deliberado de incompatibilidad, planeado por la Autoridad, utilizándonos a nosotros como cobayos.

—Nosotros utilizamos, generalmente, hámsters —dijo Maimón, el Científico Blando (psicología, además de psiquiatría, antropología, ecología, etc.), cortésmente; era uno de los hombres de Hainish—, en lugar de cobayos. En fin, ya sabes que Osden es verdaderamente un caso muy raro. De hecho, es el primer caso de completa

curación del síndrome de Renter, una variedad de autismo infantil que se pensaba era incurable. El gran analista terrestre Hammergeld sostenía que la causa de la condición autista se debía, en su caso, a una capacidad empática supernormal, y desarrolló el tratamiento apropiado. Osden fue el primer paciente que siguió ese tratamiento, y de hecho estuvo viviendo con el doctor Hammergeld hasta los dieciocho años. La terapia fue un éxito total.

—¿Un éxito?

—Pues sí, claro. Él ya no es autista.

—¡No; ahora es intolerable!

—Bueno, mira —dijo Mannon, mirando con aprensión las gotas de saliva del bigote de Porlock—, la reacción defensiva-agresiva normal que se establece cuando dos extraños se encuentran (como, por ejemplo, Osden y tú) es algo de lo que apenas se es consciente; costumbres, maneras, falta de atención, es algo que se pasa por alto; tú has aprendido a ignorarlo, hasta el punto de que incluso negarías que existe. Sin embargo, Osden, que es un empático, lo siente. Siente sus sentimientos y los tuyos, y le es difícil decir cuál es de cuál. Digamos que existe un elemento normal de hostilidad hacia cualquier extraño en la reacción emocional de ti hacia él cuando os encontráis, además de un espontáneo sentimiento de desagrado hacia su aspecto, o sus ropas o la forma de dar la mano..., o cualquier cosa por el estilo. El siente este desagrado. Como se le ha hecho olvidar su defensa autística, lo resuelve con un mecanismo agresivo-defensivo, en respuesta al tipo de agresión que tú proyectas sin proponértelo sobre él. —Mannon siguió explicando cosas así durante largo rato.

—No hay nada que justifique que nadie sea un bastardo como él —dijo Porlock.

—¿Y no puede ignorarnos? —preguntó Harfex, el biólogo, otro hainishiano.

—Sucede como con la acción de escuchar —respondió Olleroo, ayudante del Científico Duro, dejando de pintarse las uñas con laca fluorescente—. Nadie tiene párpados en las orejas. Nadie puede desconectarse de la empatía. El oye nuestros sentimientos, quiéralo o no.

—¿Sabe lo que estamos *pensando*? —preguntó Eskwana, el Ingeniero, mirando a los demás con horror.

—No —le contestó Porlock—. ¡La empatía no es telepatía! Nadie ha llegado a ser telépata.

—Hasta el momento —puntualizó Mannon con su sonrisita—. Poco antes de dejar yo Hain llegó un informe muy interesante de uno de los mundos recientemente descubiertos. Un tal Rocannon^[31] informa de algo que podría ser una técnica telepática susceptible de ser aprendida existente entre una raza de homínidos mutantes; yo sólo vi una sinopsis en el boletín del HILF, pero... —Y continuó hablando. Los demás habían aprendido que podían hablar mientras Mannon lo hacía; a él no parecía importarle, aunque se perdiera la mayor parte de su disertación.

—Entonces ¿por qué nos odia? —preguntó Eskwana.

—Nadie te odia a ti, querido —dijo Olleroo, pintándole una uña a Eskwana con su laca fluorescente. El Ingeniero enrojeció y sonrió vagamente.

—Actúa como si nos odiase —dijo Haito, la Coordinadora. Era una mujer de aspecto delicado, de pura ascendencia asiática, con una voz sorprendentemente ronca, profunda y suave—. Si sufre con nuestra hostilidad, ¿por qué la incrementa con ataques e insultos constantes? No puedo decir que confíe mucho en la cura del doctor Hammergeld, Mannon; el autismo sería preferible...

Se detuvo. Osden acababa de entrar en la cabina principal.

Parecía que le habían despellejado. Tenía la piel extrañamente blanca y fina; sus venas destacaban como un mapa de carreteras en rojo y azul. Su manzana de Adán, los músculos que le rodeaban la boca, los huesos y los ligamentos de sus muñecas y manos, todo se le apreciaba tan claramente como si estuvieran hechos para una lección de anatomía. El cabello tenía una tonalidad herrumbrosa pálida, como la sangre muy seca. Tenía ojeras y las pestañas sólo se le veían bajo cierta luz. Lo que más se le notaba eran los pómulos, los párpados surcados por las venas y los ojos sin color. No tenía los ojos rojos porque no era albino, pero tampoco eran azules o grises; los colores habían desaparecido de los ojos de Osden, dejando en ellos una claridad fría como de agua, infinitamente penetrable. Nunca miraba directamente a nadie. Su cara carecía de expresión, como un dibujo de anatomía, o como si estuviera desollado.

—Estoy de acuerdo —dijo con una voz alta y áspera de tenor— en que incluso el autismo sería preferible a esta niebla de emociones ordinarias y de mal gusto con la que me rodeáis. ¿Por qué estabas diciendo ahora que me odias, Porlock? ¿No puedes mirarme? Continúa con las prácticas de autoerotismo en la forma en que lo estabas haciendo la pasada noche, eso te hará bien. ¿Quién demonios ha movido mis cintas? No quiero que nadie roque mis cosas.

—Osden —dijo Asnanifoil, el hairy cetiano, con su peculiar voz baja—, ¿por qué eres tan insoportable?

Ander Eskwana bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. La tensión le asustaba. Olleroo miraba con una expresión ausente y sin embargo ansiosa, el eterno espectador.

—¿Y por qué no iba a serlo? —replicó Osden. No miraba a Asnanifoil, y se mantenía físicamente tan alejado de todos ellos como le permitían las dimensiones de la cabina—. Ninguno de vosotros constituye en sí mismo razón alguna para que yo cambie de actitud.

Asnanifoil se encogió de hombros; los cetianos no eran muy inclinados a aceptar lo obvio. Harfex, hombre paciente y reservado, dijo:

—Una razón de peso puede ser que debamos pasar juntos varios años. La vida

será mejor para nosotros si...

—¿Acaso no has entendido que no me importáis un comino? —le atajó Osdén. Luego tomó sus cintas y salió. Eskwana se había ido repentinamente a dormir. Asnanifoil estaba dibujando figuras en el aire con el dedo y murmurando el Ritual.

—No puede explicarse su presencia en el equipo sino como un complot por parte de la Autoridad terrestre. Acabo de darme cuenta ahora. Esta misión va a fallar —le susurró Harfex a la Coordinadora, echando miradas furtivas sobre su hombro. Porlock tenía los ojos llenos de lágrimas. Ya les había dicho que todos estaban locos, pero pensaron que exageraba.

Sin embargo, tenían razón. Los Investigadores esperaban que sus compañeros de equipo fueran inteligentes, bien preparados, inestables y personalmente simpáticos. Habrían de trabajar juntos en espacios reducidos, y se esperaba que las depresiones, paranoias, manías, fobias y compulsiones de unos y de otros fueran lo suficientemente moderadas como para permitir unas buenas relaciones personales, al menos durante gran parte del tiempo. Osdén podía ser inteligente, pero su preparación era escasa y su personalidad desastrosa. No podía exhibir en su favor más que aquel don singular suyo, su poder de empatía; hablando con propiedad, su amplio margen de receptividad bioempática. Este don no era específico; podía captar emociones y percepciones de cualquiera que las sintiera. Podía compartir la sensualidad con un ratón blanco, dolor con un pájaro aplastado y fotofobia con un murciélago. La Autoridad había decidido que sería muy útil en un mundo extraño; sería interesante saber lo que siente alguien cercano y los sentimientos que se tienen hacia esa persona. El título de Osdén era nuevo: era el Sensor del equipo.

—¿Qué es emoción, Osdén? —le había preguntado un día Haito Tomiko en la cabina, intentando entrar en contacto con él—. ¿Qué es exactamente lo que captas de nosotros con tu sensibilidad empática?

—Porquería —respondió él en voz alta y exasperada—. Los excrementos psíquicos del reino animal. Estoy vadeando a través de vuestras heces.

—Lo único que intentaba es conocer algunos hechos —dijo ella. Pensó que el tono de su voz había sido admirablemente tranquilo.

—Vosotros no vais tras los hechos. Estáis intentando llegar hasta mí. Con una mezcla de un poco de miedo, un poco de curiosidad y una gran cantidad de desagrado. Como podríais acercaros a un perro muerto o ver los gusanos retorcerse. ¿Queréis comprender de una vez por todas que no quiero que os acerquéis a mí, que deseo estar solo? —Su piel se cubrió de manchas rojas y violeta, mientras elevaba la voz—. ¡Revuélcate en tu propia porquería, perra! —le gritó, mientras ella permanecía en silencio.

—Cálmate —dijo ella, todavía tranquila; pero tuvo que salir y dirigirse a su departamento. Estaba claro que él había acertado sus motivaciones; su pregunta no

había sido más que un pretexto, un simple esfuerzo por interesarle. ¿Pero qué había de malo en ello? ¿No implicaba aquello un respeto por el otro? En el mismo instante de formularse aquella pregunta había sentido una poderosa sensación de repulsión hacia él; e incluso casi pena hacia él, hacia aquel pobre bastardo arrogante y emponzoñado, el señor Sin-Piel, como le llamaba Olleroo. Pero ¿con qué esperaba encontrarse comportándose como se comportaba? ¿Amor?

—Supongo que no puede soportar que nadie sienta piedad por él —dijo Olleroo, tumbada, acariciándose el pecho.

—Entonces no podrá establecer ninguna relación humana. Todo lo que su doctor Hammergeld hizo fue sacar al exterior a un autista...

—Pobre desgraciado —dijo Olleroo—. Tomiko, ¿no te importa si Harfex viene un rato esta noche?

—¿No puedes ir tú a su departamento? Estoy harta de ir a sentarme a la cabina principal con ese maldito nabo.

—Le odias, ¿verdad? Me imagino que él lo nota, pero es que anoche dormí también con Harfex y Asnanifoil puede sentirse celoso, ya que ellos comparten la cabina. Aquí sería mejor.

—Pues dales gusto a los dos, entonces —dijo Tomiko con la acritud de la modestia ofendida. Su subcultura terrestre, la del este asiático, era puritana; ella lo había heredado de casta.

—Me gusta estar solo con uno cada noche —le contestó Olleroo con inocente serenidad. Beldene, el Planeta Jardín, no había descubierto nunca la castidad.

—Entonces inténtalo con Osden —dijo Tomiko. Su inestabilidad personal apenas había sido nunca tan clara como en aquel momento: era un profundo desagrado de sí misma que se manifestaba en forma destructiva. Se había declarado voluntaria para aquel trabajo porque, con toda probabilidad, no serviría para nada hacerlo. La pequeña beldenense levantó la vista, con el pincel de las uñas en la mano y los ojos muy abiertos.

—Tomiko, eso que has dicho es muy desagradable.

—¿Por qué?

—¡Sería una vileza! ¡No me siento atraída por Osden!

—No sabía que eso te importara —dijo Tomiko con indiferencia, aunque sí que lo sabía. Recogió algunos de sus papeles y salió de la cabina, puntualizando—: Espero que tú y Harfex, o quien sea, acabéis pronto; estoy cansada.

Olleroo se había puesto a llorar. Lo hacía con facilidad. Tomiko no había llorado desde que tenía diez años.

Aquella no era una nave feliz; pero la situación mejoró cuando Asnanifoil y su computadora encontraron el Mundo 4470. Allí estaba, como una joya de un verde oscuro, como algo verdadero en el fondo de un Pozo de gravedad. Mientras miraban

cómo crecía el disco de jade, una sensación de comunidad les invadió. El egoísmo de Osden, su premeditada crueldad, les servía ahora para unirlos.

—Tal vez —dijo Mannon— le han enviado para que nos sirva de acicate. Lo que los terrestres llaman víctima propiciatoria. Tal vez su influencia nos sea beneficiosa, después de todo. —Y nadie le contradijo, tan preocupados estaban de no herir los sentimientos de los otros.

Entraron en órbita. No había luces en la parte en que era de noche; sobre los continentes no había ninguna de esas líneas y montones que hacen los animales que construyen.

—No hay hombres —murmuró Harfex.

—Claro que no —le espetó Osden, que tenía una pantalla para él solo y la cabeza dentro de una bolsa de politeno. Sostenía que el plástico cortaba el sonido empático que recibía de los demás—. Estamos a dos siglos luz del límite de la Expansión hainishiana, y fuera de él no hay hombres. Y además, ¿crees que la Creación hubiera podido cometer el mismo error absurdo dos veces?

Ninguno le prestaba demasiada atención; miraban con cariño aquella inmensidad de jade que discurría bajo ellos, donde había vida, aunque no humana. Entre los hombres siempre existían problemas, y lo que veían no era desolación sino paz. Incluso Osden no parecía tan inexpresivo como de costumbre; estaba temblando.

Descendieron sobre el mar; reconocieron el aire; aterrizaron. Una llanura de algo parecido a la hierba, verde y grueso, rodeaba la nave, rozaba las cámaras extensibles, manchando las lentes de un fino polen.

—Parece una pura fitosfera —dijo Harfex—. Osden, ¿captas algún sentimiento?

Todos se volvieron hacia el Sensor. Había dejado la pantalla y se estaba sirviendo una taza de té. No respondió. Rara vez respondía a las preguntas.

La rigidez quitinosa de la disciplina militar resultaba totalmente inconcebible para esos equipos de Científicos Locos; su cadena de mando descansaba en cierto modo entre el procedimiento parlamentario y la orden informal, y hubieran ignorado totalmente las decisiones de cualquier oficial de servicio. Sin embargo, por una inescrutable decisión de la Autoridad, la doctora Haito Tomiko había recibido el título de Coordinador, y ahora ejercía su prerrogativa por primera vez.

—Señor Sensor Osden —dijo—, por favor, conteste al señor Harfex.

—¿Cómo podría «captar» ninguna sensación del exterior —dijo Osden sin volverse— con las emociones de nueve homínidos neuróticos pululando a mi alrededor como gusanos en una lata? Cuando tenga algo que decir, os lo diré. Soy consciente de mi responsabilidad como Sensor. Pero si persistes en darme órdenes, Coordinador Haito, reconsideraré mi responsabilidad.

—Muy bien, señor Sensor. Confío en que de ahora en adelante las órdenes no sean necesarias. —La voz de toro de Tomiko sonaba tranquila, pero Osden pareció

tambalearse de espaldas a ella: como si la ira de la mujer le hubiera golpeado con fuerza física.

Se probó que las previsiones del biólogo eran correctas. Cuando comenzaron a realizar los correspondientes análisis no encontraron animales ni entre los microorganismos. Allí nadie se comía a nadie. Todas las formas de vida que existían eran fotosintetizadoras o saprófagas; vivían de la luz o de los seres muertos, no de la vida. Plantas: infinitas plantas, pero ninguna de las especies conocidas por los visitantes. Infinitas tonalidades de verde, violeta, púrpura, marrón y rojo. Infinitos silencios. Lo único que se movía era el viento, acariciando las hojas, un viento cálido cargado de esporas y polen, extendiendo el dulce polvo verde pálido por las praderas de enormes hierbas, páramos sin matorrales, bosques sin flores que jamás nadie pisó, que jamás contempló nadie. Un mundo cálido y triste, triste y sereno. Los Investigadores caminaban como excursionistas sobre llanuras soleadas de filicaliformes violeta, hablándose suavemente. Sabían que sus voces rompían un silencio de millones de años, el silencio del viento y las hojas, las hojas y el viento, soplando y cesando de soplar, una y otra vez. Conversaban en voz baja, pero, siendo humanos, no podían evitar conversar.

—Pobre viejo Osden —decía Jenny Chong, biólogo y técnico, mientras pilotaba un helijet sobre el cuadrante polar norte—. Todo ese fantástico mecanismo de alta fidelidad en su cerebro y sin nada que recibir.

—Me comentó que odia las plantas —dijo Olleroo con una risita.

—Supuse que le gustaban, puesto que no le molestan tanto como nosotros.

—Yo no puedo decir lo mismo de esas plantas —dijo Porlock, mirando las ondulaciones purpúreas del bosque circumpolar—. Todas iguales. Sin cambios. Un hombre solo ahí perdería la cabeza.

—Pero todo está vivo —dijo Jenny Chong—. Y Osden odia todo lo que está vivo.

—Él no es realmente tan malo —dijo Olleroo, magnánima.

Porlock la miró de reojo y preguntó:

—¿No te has acostado nunca con él, Olleroo?

Olleroo se puso a llorar y gritó:

—¡Los terrestres sois unos obscenos!

—No, no lo ha hecho —dijo Jenny Chong, defendiéndola—. ¿Lo has hecho tú, Porlock?

El químico se echó a reír, mientras las correspondientes gotas de saliva aparecían en su bigote.

—Osden no puede soportar que le toquen —dijo Olleroo amargamente—. Una vez le rocé sin querer y me apartó bruscamente, como si yo fuera una cosa... sucia. No somos más que cosas para él.

—Es malo —dijo Porlock, mirando a las dos mujeres—. Acabará destruyendo

este equipo, saboteándolo, de una forma u otra. Recuerda mis palabras. ¡No está hecho para convivir con otras personas!

Aterrizaron en el Polo Norte. Un sol de medianoche caía sobre unas suaves colinas. Hierbas cortas, secas y de un rosa verdoso se extendían en todas direcciones, lo cual equivalía a decir una sola dirección: sur. Subyugados por el increíble silencio, los tres Investigadores cogieron sus instrumentos y recogieron muestras, como tres virus moviéndose en el seno de un gigante inmóvil.

Nadie le pidió a Osden que les acompañara en sus vuelos o sus expediciones fotográficas, y él nunca se ofreció a acompañarles, de modo que apenas abandonaba la base. Introdujo los datos botánicos taxonómicos de Harfex en las computadoras de la nave e hizo de ayudante de Eskwana, cuyo trabajo consistía principalmente en reparaciones y mantenimiento. Eskwana había comenzado a dormir mucho, veinticinco horas o más de las treinta y dos que tenían los días, durmiéndose mientras reparaba una radio o comprobaba los circuitos de un helijet. La Coordinadora se quedó un día en la base para observarle. No había nadie más allí a excepción de Poswet To, que sufría ataques epilépticos; Mannon la había introducido aquel día en un circuito de terapia en estado catatónico preventivo. Tomiko introducía informes en el almacén de datos y vigilaba a Osden y a Eskwana. Pasaron dos horas.

—Deberías utilizar la micro 860 para cerrar esa conexión —dijo Eskwana con su voz suave y vacilante.

—¡Obviamente!

—Lo siento. Pero como vi que tenías ahí la 840...

—Y la colocaré en su lugar cuando saque la 860. Cuando no sepa cómo hacerlo, Ingeniero, pediré tu consejo.

Al cabo de un minuto Tomiko lanzó una mirada a su alrededor. Eskwana estaba dormido, con la cabeza apoyada en la mesa.

—Osden.

El blanco rostro no se volvió, ni habló, pero por la postura del hombre se notaba que estaba escuchando.

—No es posible que no te des cuenta de la vulnerabilidad de Eskwana.

—Yo no soy responsable de sus reacciones psicóticas.

—Pero sí eres responsable de las tuyas. Eskwana es esencial para nuestro trabajo aquí, y tú no. Si no puedes controlar tu hostilidad, procura no estar con él.

Osden dejó a un lado sus herramientas y se levantó.

—¡Con placer! —dijo con su voz vengativa—. No podrías imaginar lo que es *experimentar* los irracionales terrores de Eskwana. ¡Tener que compartir su terrible cobardía, tener que amedrentarse con él ante cualquier cosa!

—¿Estás intentando justificar tu crueldad con él? Creí que tenías más dignidad. —Tomiko se dio cuenta de que estaba temblando de ira—. Si es cierto que tu poder

empático te hace compartir la desgracia de Ander, ¿por qué no induce nunca la más ligera compasión por tu parte?

—Compasión —dijo Osden—. Compasión. ¿Qué es lo que sabes tú acerca de la compasión?

Ella le miraba, pero él evitaba su mirada.

—¿Quieres que verbalice tu actual situación emocional con respecto a mí? —preguntó—. Puedo hacerlo de una forma más precisa de lo que podrías tú. Estoy adiestrado para analizar esas respuestas a medida que las recibo. Y las recibo.

—¿Pero cómo puedes esperar que sienta afecto por ti si te comportas como lo estás haciendo?

—¿Y qué importa cómo me comporte, estúpida cerda, acaso piensas que eso significa algo? ¿Crees que la naturaleza humana es un pozo de amor? Para mí no hay más alternativa que ser odiado o ser despreciado. Como no soy ni una mujer ni un cobarde, prefiero ser odiado.

—Carroña. Autocompasión. Todo hombre posee...

—Pero yo no soy un hombre —la atajó Osden—. Ahí estáis todos vosotros. Y aquí estoy yo. Yo soy *único*.

Desbordada por aquel torrente de solipsismo abismal, ella permaneció en silencio durante unos momentos; luego dijo sin ira ni piedad, cínicamente:

—¿Serías capaz de matarte, Osden?

—Esa sería tu forma de actuar, Haito —dijo él en un tono de burla—. Yo no soy un depresivo y el seppuku no es mi plato favorito. ¿Qué quieres que haga yo aquí?

—Vete. Ahórranos tu presencia. Coge un vehículo aéreo y un administrador de datos y vete a contar especies. En el bosque; Harfex ni siquiera ha mirado aún los bosques. Elige un área de cien metros cuadrados, nadie entrará en tu radio de acción. Estarás fuera de toda conexión empática. Comunícate todos los días a las ocho y a las veinticuatro en punto.

Osden se fue, y no supieron nada de él durante cinco días, aparte de dos lacónicas señales diarias comunicando que se encontraba bien. El humor de la gente de la base cambió. Eskwana se mantenía despierto dieciocho horas al día. Poswet To sacó su laúd estelar y cantó las armonías celestiales. (La música llevaba a Osden al borde de la locura.) Mannon, Harfex, Jenny Chong y Tomiko dejaron de tomar tranquilizantes. Porlock destiló no sé qué cosa en su laboratorio y se lo bebió todo entero. Tuvo un desvanecimiento. Asnanifoil y Poswet To mantuvieron una Epifanía Numérica durante toda la noche, esa orgía mística de matemáticas superiores que supone el mayor placer del alma religiosa cetiniana. Olleroo se acostó con todos. El trabajo marchaba bien.

El Científico Duro regresó a la base corriendo, después de haber trabajado con las carnosas y altas graminiformes.

—Algo... en el bosque... —Se le salían los ojos de las órbitas, jadeaba y le temblaban los dedos y el bigote—. Una cosa grande. Moviéndose, detrás de mí. Yo estaba trabajando cuando vino hacia mí. Era como si nadara entre los árboles. Detrás de mí. —Miraba a los demás con los ojos opacos por el terror o el cansancio.

—Siéntate, Porlock. Tranquilízate. Y ahora, vuelve a contárnoslo. Has *visto* algo...

—No con claridad. Fue sólo un movimiento. Un... un... No sé lo que puede haber sido. Algo que poseía movimiento propio. Entre los árboles, los arboriformes o como quiera que los llamemos. En el borde del bosque.

Harfex parecía enfadado.

—No hay nada aquí que pueda atacarte, Porlock. No hay ni siquiera microzoos. No *puede* haber un animal tan grande.

—¿No es posible que vieras caer de repente un epifito, una enredadera que se desplomara detrás de ti?

—No —dijo Porlock—. Se dirigía hacia mí, a través de las ramas, muy rápido. Cuando me volví despegó de nuevo. Hizo un ruido, una especie de chasquido. ¡Si no se trata de un animal, Dios sabe lo que puede haber sido! Era grande, tan grande como un hombre. Me parece que era rojizo. No lo pude ver, no estoy seguro.

—Era Osden —dijo Jenny Chong— haciendo de Tarzán. —Se echó a reír nerviosamente, y Tomiko reprimió una fuerte carcajada. Pero Harfex no sonreía.

—Uno se encuentra incómodo bajo los arboriformes —dijo con su voz educada, contenida—. Yo me he dado cuenta de ello. Puede que por eso haya dejado de trabajar en los bosques. Existe una cualidad hipnótica en los colores y en los ritmos de ramas y hojas, especialmente las helicoidales; y los generadores de esporas están colocados de una forma tan regular que no parece natural. Subjetivamente hablando, lo encontré casi desagradable. Me pregunto si un fuerte efecto de ese tipo podría producir una alucinación...

Porlock movió la cabeza y se humedeció los labios.

—Estaba allí —dijo—. Había algo, moviéndose con un fin. Intentaba atacarme desde atrás.

Cuando Osden llamó, puntual como siempre, a las veinticuatro en punto aquella noche, Harfex le informó de lo sucedido.

—¿Has captado algo que pueda apoyar la impresión de Porlock de una forma viva y en movimiento en el bosque?

Sssss, dijo la radio sardónicamente.

—No. Mierda —contestó Osden con su desagradable voz.

—Has permanecido en el bosque mucho más tiempo que nosotros —dijo Harfex con su inagotable educación—. ¿Estás de acuerdo con la impresión que yo tengo de que el ambiente del bosque es más bien perturbador y puede tener un efecto

alucinógeno sobre las percepciones?

Sssss.

—Estoy de acuerdo en que las percepciones de Porlock se alteran fácilmente. Que se quede en su laboratorio. Allí causará menos problemas. ¿Alguna otra cosa?

—No, por el momento —dijo Harfex, y Osden cortó la comunicación.

Nadie dio crédito a la historia de Porlock, pero tampoco pudo rebatirla nadie. Lo cierto es que algo grande había intentado atacarle por sorpresa. Eso era difícil negarlo, porque estaban en un planeta extraño, y todo el que había entrado en el bosque había sentido un cierto escalofrío bajo los «árboles». («Llamadlos árboles — había dicho Harfex—. En realidad son lo mismo, aunque, naturalmente, diferentes.») Todos estuvieron de acuerdo en que se habían sentido incómodos, o que habían tenido la sensación de que alguien les miraba entre los árboles.

—Tenemos que aclarar esto —dijo Porlock, y pidió voluntarios para internarse en el bosque con él para explorar y observar. Olleroo y Jenny Chong se ofrecieron voluntarias si podían ir las dos. Harfex las envió al bosque que estaba cerca de donde habían acampado, una gran extensión que cubría gran parte del Continente D. Les prohibió que llevaran armas blancas. No tendrían que salirse de un semicírculo de cincuenta kilómetros, que incluía el lugar por donde investigaba Osden. Se comunicarían con la base dos veces al día, durante tres días. Porlock informó haber visto de refilón algo que parecía una gran figura semierecta moviéndose a través de los árboles en dirección al río; Olleroo estaba segura de haber oído algo moviéndose cerca de la tienda la segunda noche.

—No hay animales en este planeta —dijo Harfex con terquedad.

Entonces Osden dejó de hacer su llamada matutina.

Tomiko estuvo esperando algo menos de una hora y luego voló con Harfex al área donde había informado estar Osden la noche anterior. Pero cuando el helijet sobrevolaba las impenetrables e ilimitadas extensiones de hojas purpúreas, sintió un pánico desesperante.

—¿Cómo vamos a encontrarle ahí?

—Informó que estaba junto al río. Busquemos el vehículo aéreo, puesto que él debe de estar acampado cerca, y no puede alejarse demasiado de su campamento. Contar especies es un trabajo lento. Ahí está el río.

—Y ahí está el vehículo —dijo Tomiko, captando un brillo ajeno a aquella naturaleza entre los colores y las sombras vegetales—. Por allí debe de estar, entonces.

Descendieron. El mar de vida se cerró sobre sus cabezas.

Cuando sus pies tocaron el suelo del bosque, ella desabrochó la funda de su pistolera; luego, viendo que Harfex estaba desarmado, no sacó la pistola, pero mantuvo su mano sobre ella. No se oía el más mínimo ruido, aunque estaban a unos

pocos metros del lento y amarronado río, y la luz era escasa. Grandes troncos de árboles se repartían por la zona con gran regularidad, casi simétrica; unos parecían cubiertos por una fina piel, otros eran sedosos, otros esponjosos, grises, marrón verdoso o marrones, unidos por lianas y festonados con epifitas, ramas parecidas a las de los sauces, rígidas, llenas de hojas oscuras, formando conjuntos de veinte y treinta metros de espesor. El suelo era elástico como un colchón, totalmente cubierto de raíces y de una hierba de hojas pequeñas y carnosas.

—Ahí está su tienda —dijo Tomiko, asustada por el propio sonido de su voz en medio de aquel silencio. En la tienda estaba el saco de dormir de Osden, un par de libros y una caja de comida. Tomiko pensó que tendrían que llamarle, gritar su nombre, pero no se atrevió siquiera a sugerirlo; tampoco lo hizo Harfex. Dieron una vuelta alrededor de la tienda, cuidando de no perder de vista aquellas inmensas formas, aquellos troncos que se agrupaban junto a ellos. Tomiko encontró el cuerpo de Osden a unos treinta metros de la tienda, al llamarle la atención el brillo de su libro de notas. Estaba tendido boca abajo entre dos enormes raíces de árbol. Tenía la cabeza y las manos cubiertas de sangre, en parte seca, en parte todavía fresca.

Harfex apareció junto a ella, con su pálida piel casi verde bajo aquella luz.

—¿Muerto?

—No. Ha sido golpeado. Por detrás. —Los dedos de Tomiko recorrieron su cráneo ensangrentado, sus sienes—. Con un arma o un utensilio. No logro encontrar fracturas.

Cuando le dio la vuelta, los ojos de Osden se abrieron. Ella le sujetaba, muy cerca de su cara. Los pálidos labios del hombre temblaron. Un miedo mortal invadió a Tomiko. Lanzó dos o tres fuertes gritos, e intentó huir corriendo, tropezando, hacia la terrible espesura. Harfex la alcanzó, y con el efecto de su voz y el contacto de su mano, su miedo fue disminuyendo.

—¿Qué te sucede? ¿Qué te sucede? —le preguntaba él.

—No lo sé —dijo ella, sollozando. Su corazón le latía aún fuertemente y no lograba ver con claridad—. El miedo..., el... Me invadió el pánico. Cuando vi sus ojos.

—Los dos estamos nerviosos. No comprendo esto...

—Ya me encuentro bien. Vamos, tenemos que trasladarle para poder curarle.

Actuando de prisa, llevaron a Osden a la orilla del río y le cubrieron con una manta; colgaba como un saco, retorciéndose un poco sobre el oscuro mar de hojas. Le colocaron en el helijet y despegaron. En un minuto se hallaban en campo abierto. Tomiko cerró su pistolera. Lanzó un profundo suspiro y sus ojos se encontraron con los de Harfex.

—Estaba tan aterrada que casi me desmayo. Nunca había hecho nada semejante.

—Yo también... estaba irracionalmente asustado —dijo el hainishiano, y en

efecto parecía tembloroso y envejecido—. No tan mal como tú, pero de forma igualmente irracional.

—Fue cuando entré en contacto con él, al sujetarle. Durante un momento pareció estar consciente.

—¿Empatía...? Espero que pueda decirnos qué fue lo que le atacó.

Osdén yacía como un muñeco roto cubierto de sangre y barro mientras salían apresuradamente del bosque.

Hubo más pánico desatado cuando llegaron a la base. La absurda brutalidad del ataque resultaba siniestra y aterradora. Puesto que Harfex había establecido sin lugar a dudas que no existía ninguna posibilidad de vida animal, comenzaron a especular acerca de plantas conscientes, monstruos vegetales, proyecciones psíquicas. La fobia latente de Jenny Chong se despertó y ya no pudo hablar más que de los Egos Oscuros que seguían a la gente por la espalda. Olleroo, Porlock y ella habían vuelto a la base; nadie tuvo la idea de salir de nuevo.

Osdén había perdido bastante sangre durante las tres o cuatro horas que había permanecido solo, y las graves contusiones le habían puesto en un estado de semicoma. Cuando finalmente volvió en sí y le fue bajando la fiebre, llamó varias veces al «doctor» con voz átona: «Doctor Hammergeld...» Cuando se despertó totalmente, al cabo de dos largos días, Tomiko llamó a Harfex a su departamento.

—Osdén, ¿puedes decirnos qué fue lo que te atacó?

Sus pálidos ojos estaban fijos en un punto más allá de la cara de Harfex.

—Fuiste atacado —le dijo Tomiko cariñosamente Aquella mirada era odiosamente familiar, pero ella era médico, protectora del que sufre—. Puede que no lo recuerdes aún. Algo te atacó. Estabas en el bosque...

—¡Ah! —gritó, mientras sus ojos centelleaban y sus facciones se contorsionaban—. El bosque..., en el bosque...

—¿Qué sucedió en el bosque?

Tomó aliento. Su cara se iluminó, ya plenamente consciente. Al cabo de un momento, dijo:

—No lo sé.

—¿Viste lo que te atacó? —preguntó Harfex.

—No lo sé.

—Lo recordarás ahora.

—No lo sé.

—Puede que las vidas de todos nosotros dependan de ello. ¡Debes decirnos lo que viste!

—No lo sé —repetía Osdén, sollozando débilmente. Estaba demasiado agotado como para ocultar expresamente la respuesta. Allí cerca, Porlock mordía su bigote intentando escuchar lo que se decía en la habitación.

Harfex se inclinó sobre Osden y dijo:

—Vas a decirnos... —Tomiko tuvo que intervenir enérgicamente.

Harfex se controló mediante un doloroso esfuerzo. Salió en silencio y se dirigió a su departamento, donde con toda seguridad se tomó una dosis doble o triple de tranquilizantes. Los demás hombres y mujeres, repartidos por el gran edificio, que tenía un amplio salón y diez dormitorios, no decían nada, pero parecían deprimidos. Osden, como siempre, los tenía a su merced. Tomiko le miró con un odio que le quemaba en la garganta como si fuera bilis. Su monstruoso autismo se había introducido en las emociones de los demás y su absoluto egoísmo era peor que cualquier deformidad de la carne, por horrible que ésta fuera. Igual que un monstruo congénito, no debería haber vivido. No debería estar vivo. Debería haber muerto. ¿Por qué no le habrían abierto la cabeza?

Mientras tanto, él yacía allí, blanco y sin fuerzas, con las manos caídas a los lados y sus descoloridos ojos muy abiertos. Había lágrimas en ellos. Bruscamente, Tomiko se dirigió hacia él. Él intentó apartarla.

—No —dijo con una voz débil, e intentó levantar las manos para protegerse la cabeza—. ¡No!

Ella se sentó junto a la cama y al cabo de unos instantes puso su mano sobre la del hombre. Él intentó retirarla, pero no tuvo fuerzas.

Se produjo un largo silencio entre ellos.

—Osden —murmuró ella—. Lo siento. Lo siento mucho. Quiero sentir afecto por ti. Permítemelo, Osden. No deseo herirte, escucha, ahora lo comprendo. Fue uno de nosotros. Estoy en lo cierto, ¿verdad? No, no respondas, dime solamente si me equivoco; pero no me equivoco... Cierto que hay animales en este planeta. Diez. No me importa quién ha sido. Eso no tiene importancia. Podría haber sido yo misma, hace un momento solamente. Me he dado cuenta de ello. No comprendo cómo ha sucedido, Osden. No puedes darte cuenta de lo difícil que resulta para nosotros comprender... Pero escucha. Si hubiera amor, en vez de odio o miedo... ¿Nunca habrá amor?

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puede suceder nunca? ¿Somos tan débiles los seres humanos? Es terrible. No importa, no importa. No te preocupes. Descansa. Al menos ahora no había odio, ¿verdad? Había simpatía, interés, buenos deseos. Lo sentiste, ¿verdad, Osden? ¿Es eso lo que sentiste?

—Entre... otras cosas —dijo de forma casi inaudible.

—Supongo que había ruidos procedentes de mi subconsciente... Escucha, cuando te encontramos en el bosque, cuando intenté darle la vuelta a tu cuerpo, volviste parcialmente en ti y yo sentí horror de ti. Durante un minuto estuve loca de miedo. ¿Fue tu miedo hacia mí lo que yo sentí?

—No.

Su mano estaba todavía sobre la del hombre, y éste se encontraba casi relajado, a punto de dormir, como quien ha tenido un gran dolor y se lo están aliviando.

—El bosque —murmuró; ella apenas podía entenderle—. Miedo.

Ella no continuó presionándole, pero siguió manteniendo su mano sobre la de Osden y se quedó mirándole mientras se dormía. Era consciente de lo que sentía y de lo que, por ello, él debía sentir. Ella confiaba en eso: no hay más que una emoción que pueda reinvertirse totalmente, polarizarse en un momento. En hainishiano existía una palabra para designarlo: *ontá*, que valía para el odio y para el amor. Ella no estaba, por supuesto, enamorada de Osden. Lo que sentía por él era *ontá*, odio polarizado. Ella mantenía su mano entre las suyas y la corriente fluía entre ambos, la tremenda electricidad del toque que él siempre había temido. Al quedarse dormido, el anillo de músculos que rodeaban su boca y que parecían un grabado de anatomía, se relajó, y Tomiko vio en su cara lo que ninguno de ellos había visto nunca antes: una sonrisa. Luego desapareció. Él siguió durmiendo.

Mejóro. Al día siguiente ya se sentaba y estaba hambriento. Harfex quería interrogarle, pero Tomiko se lo impidió. Colgó una sábana de politeno sobre la puerta del cubículo, como muchas veces había hecho el propio Osden.

—¿Es verdad que esto te evita la recepción empática? —le preguntó ella.

Y él le contestó con el tono seco y cauteloso que ambos estaban ahora utilizando:

—No.

—Entonces no es más que una advertencia.

—En parte. Es más bien autosugestión. El doctor Hammergeld pensó que sería eficaz... Puede que lo sea en cierta medida.

Una vez sintió el amor. Un niño aterrorizado, sofocado por las emociones agresivas de los adultos, un niño que se ahogaba, salvado por un hombre. Un hombre que le enseñó a respirar, a vivir. Un hombre que le dio todo, protección y amor. Fue Padre/Madre/Dios.

—¿Vive todavía? —le preguntó Tomiko, pensando en la increíble soledad de Osden, y en la extraña crueldad de los grandes doctores. Quedó sorprendida cuando escuchó una carcajada débil, forzada.

—Murió hace unos dos siglos y medio —respondió Osden—. ¿Olvidas dónde estamos, Coordinadora? Todos hemos dejado a nuestras familias atrás...

Al otro lado de la cortina de politeno los otros ocho seres humanos del Mundo 4470 se movían lentamente. Sus voces eran ahogadas. Eskwana dormía; Poswet To estaba en terapia; Jenny Chong intentaba disponer las luces de su cubículo de tal manera que no proyectaran ninguna sombra.

—Están todos asustados —dijo Tomiko, asustada—. Están haciéndose mil conjeturas acerca de qué sería lo que te atacó. Una especie de patata-mono, de

espínaca gigante, no sé... Incluso Harfex. Puede que tengas razón en no querer contarles la verdad. Este mundo sería peor, porque perderían la confianza entre ellos. Pero ¿por qué somos todos tan débiles, tan incapaces de enfrentarnos con los hechos, y nos desmoronamos con tanta facilidad? ¿Estamos todos realmente locos?

—Pronto lo estaremos más.

—¿Por qué?

—*Hay* algo.

Cerró la boca y los músculos de sus labios se pusieron rígidos.

—¿Un ente sensible?

—Una sensibilidad.

—¿En el bosque?

Él asintió.

—¿Qué es...?

—El miedo. —De nuevo pareció inquieto—. Cuando caí allí, ya lo sabes, no perdí el conocimiento del todo. O tal vez fui recuperándolo poco a poco. No lo sé. Se parecía más bien a un estado de paralización progresiva.

—Estabas inmovilizado.

—Yo estaba sobre el suelo. No podía levantarme. Tenía la cara metida en la suciedad, en ese suelo blanduzco. Aquella materia estaba en mis ojos y nariz. No podía moverme. No podía ver nada. Como si estuviera dentro del suelo. Como si estuviera encajado en él, como si formara parte de él. Sabía que me encontraba entre dos árboles pese a que nunca los había visto. Supongo que podía sentir las raíces. Debajo de mí, en el suelo, enterradas en el suelo. Era capaz de darme cuenta de que tenía las manos llenas de sangre y que era la sangre la que ensuciaba mi cara. Sentí el miedo. Fue en aumento. Como si finalmente hubieran sabido que yo estaba allí, yaciendo sobre ellas, bajo ellas, entre ellas, la cosa que ellas temían, y que sin embargo era parte de su miedo. No podía detener el proceso de seguir reenviándoles el miedo y éste seguía aumentando, y yo no podía moverme, no podía echar a correr. Como tampoco ellos.

Tomiko sintió que el miedo erizaba sus cabellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, Osdén?

—Ellos, ello..., no lo sé. El miedo.

—¿De qué estaba hablando? —le preguntó Harfex cuando Tomiko le informó de su conversación. Ella todavía no quería que Harfex le interrogase, notando que debía proteger a Osdén de la arremetida de las poderosas y superreprimidas emociones del hainishiano. Desgraciadamente, eso fue como combustible arrojado al lento fuego de la ansiedad paranoide que ardía en el pobre Harfex, y creyó que ella y Osdén estaban confabulados y que escondían un hecho de gran importancia o peligro para el resto del equipo.

—Es como el ciego que intenta describir un elefante. Osden no ha visto ni oído aquella... aquella cosa sensible, lo mismo que nos ha pasado a nosotros.

—Pero él lo sintió, mi querida Haito —dijo Harfex con rabia mal reprimida—. No enfáticamente, sino en su cerebro. La cosa llegó y le golpeó con un instrumento contundente. ¿No captó nada de ella?

—¿Qué es lo que debería haber visto, Harfex? —preguntó Tomiko, pero él no quiso entender su tono significativo; incluso había bloqueado esa comprensión—. Lo que se teme es ajeno. El asesino es un alienígena, un extraño, no uno de nosotros. ¡El mal no está en mí! El primer golpe ya le dejó fuera de combate —continuó Tomiko débilmente—, no pudo ver nada. Pero cuando volvió en sí, solo en el bosque, sintió un gran miedo. No su propio miedo, sino una sensación empática. Está seguro de eso. Y también está seguro de que no lo captó de nosotros. De forma que, evidentemente, las formas de vida nativas no son totalmente insensibles.

Harfex la miró un momento, ceñudo.

—Intentas asustarme, Haito. No comprendo tus motivos. —Se levantó y se alejó de la mesa del laboratorio, caminando lentamente, vacilante, como si tuviera ochenta años en vez de cuarenta.

Ella paseó su mirada, paseó su mirada por los demás. Sintió cierta desesperación. Su nueva, frágil y profunda interdependencia de Osden le proporcionaba, y estaba bien segura de ello, cierta fuerza. Pero si ni tan siquiera Harfex podía mantener la cabeza en su sitio, ¿cómo iban a hacerlo los demás? Porlock y Eskwana estaban encerrados en sus cubículos, y los demás trabajaban o se ocupaban en algo. Había algo extraño en sus posiciones. Al principio la Coordinadora no supo decir qué era, pero luego vio que todos estaban sentados dando la cara al bosque. Mientras jugaba al ajedrez con Asnanifoil, Olleroo había corrido su silla de tal forma que estaba casi junto a él.

Se dirigió hacia Mannon, que se hallaba diseccionando algunas raíces marrones, y le dijo que estuviera atento a lo que veía. Él asintió y dijo con una brevedad inusitada:

—Mantengo vigilado al enemigo.

—¿Qué enemigo? ¿Qué es lo que sientes, Mannon? —Ella había tenido una súbita esperanza al recordar que él era psicólogo, y tal vez podría interpretar mejor aquel fondo oscuro de insinuaciones y empatías donde se perdían los biólogos.

—Siento una ansiedad violenta con una orientación espacial específica. Pero no soy un empático. Por ello, la ansiedad es explicable en términos de una particular situación de *stress*, como el ataque sufrido por uno de los miembros del equipo en el bosque, y también en términos de situación de *stress* total, que es mi presencia en un entorno totalmente ajeno, por lo cual las connotaciones arquetípicas de la palabra «bosque» proporcionan una metáfora inevitable.

Horas más tarde, Tomiko se despertó al oír gritar a Osden sumido en una

pesadilla; Mannon le estaba tranquilizando, y ella se volvió a sumergir en sus propios sueños oscuros. Por la mañana Eskwana no se despertó. No pudo ser despertado con drogas estimulantes. Se hundió cada vez más en su sueño, temblando suavemente de vez en cuando, hasta que quedó quieto, enroscado sobre sí mismo, con un dedo en los labios, ido.

—Dos días; dos noches. Diez indios pequeños, nueve indios pequeños... —Este era Porlock.

—Y tú eres el siguiente pequeño indio —le espeto Jenny Chong—. ¡Ve a analizar tu orina, Porlock!

—Nos está volviendo locos a todos —dijo Porlock, levantándose y agitando el brazo izquierdo—. ¿No lo notáis? ¡En nombre del cielo, estáis todos ciegos! ¿No notáis lo que está haciendo, las emanaciones? Todas proceden de él, de su habitación, de su mente. ¡Nos está haciendo enloquecer de miedo!

—¿De quién estás hablando? —preguntó Asnanifoil, abalanzándose sobre el pequeño terrícola.

—¿Es preciso que diga su nombre? Pues bien, es Osden. ¡Osden! ¡Osden! ¿Por qué creéis que intenté matarle? ¡En defensa propia! ¡Para salvarnos a todos! Porque ninguno ve lo que nos está haciendo. Está saboteando la misión haciendo que discutamos, y ahora está haciéndonos enloquecer proyectando miedo sobre nosotros de forma que no podamos dormir ni pensar, como la carcasa de una radio que no hiciera sonido alguno, pero que emitiera todo el tiempo, y que no te dejara dormir, ni pensar. Haito y Harfex están ya casi bajo su control, pero el resto aún puede salvarse. ¡Y yo voy a hacerlo!

—Pues no lo estás haciendo muy bien —dijo Osden, a medio vestir, lleno de vendajes, en la puerta de su cubículo—. Yo mismo hubiera podido hacerme más daño. Por todos los demonios, Porlock, no es de mí de quien hay que tener miedo, sino de lo que hay ahí fuera, ¡ahí, en los bosques!

Porlock hizo un absurdo intento de atacar a Osden; Asnanifoil le hizo retroceder, sujetándole mientras Mannon le administraba un sedante. Se lo llevaron mientras gritaba algo acerca de radios gigantes. Al cabo de un minuto el sedante hizo su efecto y Porlock se sumó al pacífico silencio de Eskwana.

—Muy bien —dijo Harfex—. Ahora, por mis dioses, vas a decirnos lo que sabes, y todo lo que sabes.

—Yo no sé nada —dijo Osden.

Parecía a punto de desvanecerse. Tomiko le obligó a sentarse antes de que hablara.

—Después de estar tres días en el bosque pensé que estaba recibiendo ocasionalmente alguna especie de afecto sutil.

—¿Por qué no informaste de ello?

—Pensé que me estaba volviendo loco, como todos vosotros.

—También eso deberías haberlo informado.

—Me hubierais hecho regresar a la base y no podía arriesgarme a ello. Vosotros os habíais dado cuenta de que el hecho de que se me incluyera en esta misión había sido un error. No soy capaz de convivir con otras nueve personalidades neuróticas en un recinto tan pequeño y cerrado. Fue un error por mi parte el ofrecerme como voluntario a la Investigación Extrema, y la Autoridad cometió el error de aceptarme.

Ninguno dijo nada; pero Tomiko observó, esta vez con certeza, un titubeo en los hombros de Osden y que se atirantaban sus músculos faciales, como si registrara la amargura de que todos estuvieran de acuerdo con lo que estaba diciendo.

—Además, yo no quería regresar a la base porque sentía una gran curiosidad; aunque me hubiera vuelto psicótico, ¿cómo podía captar afectos empáticos donde no había ser alguno que los emitiera? Entonces no eran malos. Eran muy vagos. Sutiles. Como un trazo en una habitación cerrada, un aleteo visto de reojo. En realidad, nada.

Durante un momento cobró ánimos al notar cómo le escuchaban. Ellos escuchaban, de modo que él hablaba. Estaba totalmente en sus manos. Si les desagradaba, se haría odioso; si se burlaban de él, se convertiría en algo grotesco; si le escuchaban, contaría historias. Obedecía las exigencias de sus emociones, reacciones, estados de ánimo. Eran siete, demasiados para vencerlos, de modo que estaría constantemente a su capricho. No podía encontrar coherencia. Incluso cuando su relato les atraía más, fallaba la atención de alguno de ellos; tal vez Olleroo estaba pensando que no era atractivo; Harfex estaría buscando el significado ulterior de sus palabras; la mente de Asnanifoil, que no lograba sentirse atraída durante largo tiempo por lo concreto, estaría escapando hacia la eterna paz de los números; y Tomiko estaría distraída por la piedad, por el miedo. La voz de Osden se quebró. Perdió su tono de amenaza.

—Yo... yo pensé que serían los árboles —dijo, y luego se detuvo.

—No son los árboles —dijo Harfex—. No tienen un sistema nervioso superior al de las plantas hainishianas descendientes de las de la Tierra. Ninguno.

—Los árboles no te han dejado ver el bosque, como dicen en la Tierra —señaló Mannon, sonriendo traviesamente. Harfex le miró—. Qué me dices acerca de esos nudos de las raíces que nos han sumido durante veinte días en la perplejidad..., ¿eh?

—¿Qué sucede con ellos?

—Son indudablemente conexiones. Conexiones entre los árboles. ¿Correcto? Ahora bien, supongamos, lo cual es realmente improbable, que no sabes nada acerca de la estructura del cerebro animal. Y que te dan una célula para examinarlo. ¿Serías capaz de descubrir lo que era? ¿Podrías saber que la célula es capaz de sentir?

—No, porque no es cierto. Una sola célula es capaz de respuesta mecánica a los estímulos. Nada más. ¿Estás tratando de establecer la hipótesis de que esos

individuos arboriformes son las «células» de una especie de cerebro, Mannon?

—No exactamente. No hago más que subrayar que están todos intercomunicados, tanto por esos nudos de las raíces como por los verdes epifitos que tienen en las ramas. Una unión de una complejidad y una extensión física increíbles. Porque incluso la hierba tiene esas conexiones en las raíces, ¿no es cierto? Sé que la sensación o la inteligencia no son una cosa; no se las puede separar o analizar fuera de las células del cerebro. Es una función de las células conectadas. En cierto sentido, es la conexión: la cualidad de conectarse. No existe. No estoy intentando decir que exista. Pero me pregunto si Osden podría ser capaz de describirlo.

Entonces Osden se levantó y comenzó a hablar como si estuviera en trance:

—Sensación sin sentidos. Ciega, sin nervios, sin movimiento. Una cierta irritabilidad, respuesta al tacto. Respuesta al sol, a la luz, al agua y a los elementos químicos que se encuentran en la tierra en torno a las raíces. No es comprensible para una mente animal. Presencia sin mente. Consciencia de ser, sin objeto ni sujeto. Nirvana.

—Entonces, ¿por qué captaste miedo? —preguntó Tomiko en voz baja.

—No lo sé. No puedo ver cómo surge la consciencia de los objetos en los demás: una respuesta imperceptible... Pero durante días hubo una especie de desasosiego. Y luego, cuando caí entre los dos árboles y mi sangre llegó a las raíces... —El rostro de Osden se cubrió de sudor—. Recibí el miedo, sólo miedo.

—Si tal función existiera —dijo Harfex— no sería capaz de concebir una entidad material, ni de responder a ella. No podría ser consciente de nosotros, como nosotros no lo somos del infinito.

—El silencio de esas inmensas extensiones me aterroriza —murmuró Tomiko—. Pascal fue consciente del infinito, mediante el miedo.

—Puede que para el bosque —dijo Mannon— nosotros seamos fuego. Huracanes. Peligro. Para una planta, lo que se mueve rápidamente es peligroso. Los seres sin raíces serían ajenos, terribles. Y si posee mente, parece bastante probable que fuera consciente de la presencia de Osden, cuya propia mente estaba abierta a la conexión con todos los demás en tanto que es consciente de ello, y que cayó de dolor y miedo en ello, realmente dentro de ello. No os extrañe que *eso* temiera...

—No —dijo Harfex—. ¡No hay ningún ser, ninguna criatura, nadie! Lo más que podía haber es una función...

—No había más que miedo —dijo Osden.

Permanecieron en silencio, y escucharon el silencio del exterior.

—¿Es eso lo que yo sentí todo el tiempo detrás de mí? —preguntó Jenny Chong. Osden asintió.

—Todos lo sentisteis, pese a vuestra sordera. Eskwana ha quedado sin sentido porque posee cierta capacidad empática. Podría emitir si aprendiera a hacerlo, pero es

demasiado débil. Nunca será nada más que un médium.

—Escucha, Osdén —dijo Tomiko—, tú puedes emitir. Emítele, pues, al bosque, al miedo que hay allí fuera..., dile que no vamos a hacerle daño. Puesto que había, o hay, una especie de afecto que se traduce en lo que nosotros sentimos como emoción, ¿no puedes transmitírselo tú a tu vez a eso? Envía un mensaje. Dile que no hacemos daño, que somos amistosos.

—Deberías saber, Haito, que nadie puede emitir un mensaje empático falso. No puedes enviar algo que no existe.

—Pero nosotros no intentamos hacer ningún daño. Somos amistosos.

—¿Lo somos? ¿En el bosque, cuando me recogisteis, os sentíais amistosos?

—No. Aterrorizados. Pero eso es... eso, el bosque, las plantas, no mi propio miedo, ¿no?

—¿Y cuál es la diferencia? Fue todo lo que sentisteis. ¿Te das cuenta —dijo Osdén, elevando la voz exasperado— de por qué yo os desagradó y vosotros me desagradáis a mí? ¿Os dais cuenta de que yo retransmito todos los afectos negativos o agresivos que sentís hacia mí desde que me visteis por primera vez? Yo os devuelvo vuestra hostilidad. Lo hago como forma de autodefensa. Como Porlock. Es autodefensa, aunque es la única técnica que he desarrollado para reemplazar mi defensa original de total separación de los demás. Desgraciadamente, ello crea un circuito cerrado, que se mantiene a sí mismo y se refuerza. Vuestra reacción inicial ante mí fue de antipatía instintiva; ahora, claro está, se ha convertido en odio. ¿Podéis haceros cargo de mi punto de vista? La mente del bosque que hay fuera transmite solo terror, y el único mensaje que yo puedo enviarle es terror, ¡porque cuando quedo expuesto a él no puedo sentir otra cosa más que terror!

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —preguntó Tomiko.

Y Mannon le respondió apresuradamente:

—Cambiar el campamento a otro continente. Si allí también hay mentes-planta, tardarán en percatarse de nosotros, como ésta ha tardado; o tal vez no se dé cuenta de nuestra presencia en absoluto.

—Sería un alivio —observó Osdén ahogadamente.

Los demás habían estado mirándole con una curiosidad nueva. Se había mostrado como era en realidad, y ellos le habían visto: un hombre indefenso cogido en una trampa. Tal vez, como Tomiko, se habían dado cuenta de que la propia trampa, su cruel egotismo, era obra de ellos, no de él. Ellos habían construido la jaula y le habían encerrado dentro, y como un mono enjaulado, les lanzaba su basura por los barrotes. Si al conocerle le hubieran ofrecido confianza, si hubieran sido lo suficientemente fuertes como para ofrecerle amor, ¿qué es lo que hubiera aparecido ante ellos?

Pero ninguno lo había hecho, y ahora era ya demasiado tarde. Si le hubieran dado tiempo, Tomiko podría haber construido con él una lenta resonancia de sentimiento,

una consonancia de confianza, una armonía; pero no había tiempo, tenían que hacer su trabajo. No había una habitación lo suficientemente grande para construir una cosa de tal magnitud, y ellos debían hacerlo con simpatía, con piedad, con un pequeño intercambio de amor. No había sucedido. Ella podía ver ahora cómo su rostro se iluminaba con su resentimiento feroz provocado por su curiosidad, tal vez incluso por la piedad que ella le demostraba.

—Vete a descansar. Esa herida está sangrando de nuevo —le dijo ella, y él obedeció.

Al día siguiente guardaron sus cosas, dispusieron el *Gum* para conducción mecánica y lo condujeron alrededor del Mundo 4470, sobre las tierras rojas y verdes, sobre los abundantes y verdes mares. Habían elegido casi al azar el continente G: toda una pradera, veinte mil kilómetros cuadrados de graminiformes movidas por el viento. En un radio de cientos de kilómetros no había ningún bosque, y no existían árboles o matorrales en la llanura. Las formaciones de plantas no se producían más que en extensas colonias de especies que nunca se entremezclaban, exceptuando algunas saprofitas y otras que se reproducían por esporas. Por la noche el equipo ya había establecido el nuevo campamento. Eskwana dormía aún y Porlock continuaba bajo los efectos de los sedantes, pero los demás estaban bien.

—¡Aquí se puede respirar!, —repetían una y otra vez.

Osdén se levantó y se dirigió tembloroso a la salida; allí se apoyó y quedó contemplando la oscura masa de hierba que no era hierba, a la débil luz del amanecer. Flotaba en el ambiente un ligero olor dulzón a polen; no había más sonido que el suave silbido del viento. Su vendada cabeza le dolía un poco. Finalmente todo quedó oscuro y las estrellas no fueron más que ventanas iluminadas en la distante casa del Hombre. El viento había cesado, no había sonido alguno. Entonces escuchó.

En la larga noche, Haito Tomiko escuchaba. Estaba tumbada, escuchando la sangre de sus arterias, la respiración de los que dormían, el sonido del viento, la oscura corriente de las venas, los sueños que avanzaban, la inmensa estática de las estrellas que aumentaba a medida que el universo moría lentamente, el sonido de la muerte al caminar. Saltó de la cama y huyó de la soledad de su cubículo. Eskwana dormía solo. Porlock soñaba en voz alta pronunciando palabras en su oscura lengua natal. Olleroo y Jenny Chong jugaban a las cartas con el rostro contraído. Poswet To estaba en el nicho de terapia. Asnanifoil dibujaba un mandala, la Tercera Forma de los Mejores. Mannon y Harfex estaban sentados junto a Osdén.

Le cambió a Osdén los vendajes de la cabeza. Su rojizo cabello, en aquellos lugares en que no había tenido que afeitarse, parecía extraño. Ahora tenía hebras blancas. Mientras le curaba sus manos temblaban. Nadie había dicho nada todavía.

—¿Cómo es que el miedo está también aquí? —pregunto ella, y su voz sonó falsa en el silencio aterrador de la noche vegetal.

—No son sólo los árboles; las hierbas también...

—Pero nos encontramos a doce mil kilómetros de donde estábamos esta mañana, al otro lado del planeta.

—Es todo una sola cosa —dijo Osden—. Un enorme pensamiento verde. ¿Cuánto tarda un pensamiento en ir de un lado a otro del cerebro?

—Esto no piensa; no está pensando —dijo Harfex, desanimado—. Es simplemente una red de procesos. Las ramas, la vegetación epifítica, las raíces con esas uniones nodales entre los individuos: todos ellos deben de ser capaces de transmitir impulsos electroquímicos. No hay plantas individuales, pues, propiamente hablando. Incluso el polen forma parte de la unión, no cabe duda; una especie de sensación transportada por el viento. Pero no es concebible. Que toda la biosfera de un planeta constituya una red de comunicaciones, sensitiva, irracional, inmortal, aislada...

—Aislada —dijo Osden—. ¡Eso es! Ese es el miedo. No se trata de que nosotros seamos seres con movimiento, o destructores, sino que, sencillamente, somos. Somos otros. Y aquí nunca ha habido nadie.

—Tienes razón —dijo Mannon, casi en un susurro—. No ha tenido observadores. Ni enemigos. Ni más relaciones que consigo mismo. Solo para siempre.

—Entonces, ¿cuál es su función en la supervivencia de las especies?

—Tal vez ninguna —contestó Osden—. ¿Por qué te vuelves teológico, Harfex? ¿No eres un hainishiano? ¿Acaso no es la complejidad la medida del gozo eterno?

Harfex no captó la indirecta. Parecía enfermo.

—Tenemos que abandonar este mundo —dijo.

—Ahora sabréis por qué yo siempre deseaba apartarme de vosotros —dijo Osden con una especie de genialidad morbosa—. No es agradable, es... ¿el miedo de los otros...? Si hubiera una inteligencia animal... Puedo comunicarme con los animales. Lo he hecho con cobras y tigres; su inteligencia superior es una ventaja. Debí haber sido seleccionado para un zoo, no para formar parte de un equipo humano. ¡Si pudiera conectar con esas malditas y estúpidas patatas! Si no fuera todo tan aplastante... Captaría algo más que el miedo, ¿sabéis? Antes de que el pánico me invadiera sentí... una gran serenidad. Entonces no me di cuenta de toda su magnitud. Captar toda la luz del día y toda la noche. Todos los vientos y los períodos de calma. Las estrellas de invierno y las de verano al mismo tiempo. Tener raíces y no enemigos. Ser una totalidad. ¿No comprendéis? Nada de invasiones. Nada de otros. Ser un todo...

Tomiko pensó que antes nunca había hablado.

—Estás indefenso contra eso, Osden —dijo ella—. Tu personalidad ya ha cambiado. Eres vulnerable a ello. Puede que nosotros no nos volvamos locos, pero tú sí, si no nos vamos de aquí.

Él vaciló, luego miró a Tomiko; era la primera vez que la miraba a los ojos con una mirada prolongada, clara como el agua.

—¿Es que la salud mental me ha hecho algún bien alguna vez? —dijo él en tono de burla—. Pero tienes algo de razón, Haito.

—Deberíamos irnos —murmuró Harfex.

—Si me adentro en ello —musitó Osdén—, ¿podría comunicarme?

—Por «adentrarte» —dijo Mannon con una voz rápida y nerviosa— supongo que quieres decir dejar de reenviar la información empática que recibes de la entidad-planeta: dejar de rechazar el miedo y absorberlo. Lo cual te mataría en un momento o te conduciría de nuevo a un aislamiento psicológico total, al autismo.

—¿Y qué? —dijo Osdén—. Su mensaje es *rechazo*. Pero mi salvación es rechazo. Eso no es inteligente, pero yo sí.

—Eso es erróneo. ¿Qué puede un solo cerebro humano contra algo tan extenso?

—Un único cerebro humano puede percibir un modelo a escala de estrellas y galaxias —dijo Tomiko—, y lo interpreta como Amor.

Mannon les miraba alternativamente a uno y a otra; Harfex permanecía en silencio.

—Sería mejor en el bosque —dijo Osdén—. ¿Quién de vosotros quiere llevarme allí?

—¿Cuándo?

—Ahora. Antes de que os vengáis abajo u os volváis violentos.

—Lo haré yo —dijo Tomiko.

—Ninguno de nosotros lo hará —dijo Harfex.

—Yo no puedo —dijo Mannon—. Estoy... estoy demasiado asustado. Estrellaría el aparato.

—Me llevaré a Eskwana. Si puedo llevar esto adelante, él me servirá de médium.

—¿Aceptas el plan de Sensor, Coordinador? —preguntó Harfex.

—Sí.

—Yo lo desapruebo. Sin embargo, iré contigo.

—Creo que nos vemos impulsados a ello, Harfex —dijo Tomiko, mirando a Osdén a la cara, la fea máscara blanca transfigurada, anhelante como la cara de un amante.

Olleroo y Jenny Chong estaban jugando a las cartas para apartar sus pensamientos de sus camas encantadas, de su miedo en aumento, charlando como niños asustados.

—Esa cosa está en el bosque, va a venir a llevarte...

—¿Asustadas de la oscuridad? —se burló Osdén.

—Pero mira a Eskwana, y a Porlock, e incluso a Asnanifoil...

—No puede haceros daño. Es un impulso que pasa a través de las sinapsis, el viento que pasa a través de las ramas. No es más que una pesadilla.

Despegaron en un helijet. Eskwana iba, todavía dormido, en el departamento posterior. Tomiko pilotaba. Harfex y Osdén miraban en silencio la oscura línea del bosque al fondo de la llanura.

Se acercaron a la línea oscura, la cruzaron; ahora la oscuridad estaba bajo ellos.

Ella buscó un lugar donde aterrizar, mientras volaba bajo, luchando contra su imperioso impulso de volar muy alto, de escapar. La profunda vitalidad del mundo-planta era mucho más fuerte allí, en el bosque, y su pánico les golpeaba en inmensas oleadas oscuras. Frente a ellos apareció un pálido sendero y una pequeña elevación desnuda que sobresalía por encima de la más alta de las oscuras sombras que la rodeaban; los no-árboles, las raíces; las partes del todo. Hizo un mal aterrizaje. Sus manos se apoyaban húmedas sobre los mandos, como si las hubiera introducido en un líquido frío.

En torno a ellos se elevaba ahora el bosque, negro en la oscuridad.

Tomiko se acurrucó y cerró los ojos. Eskwana se removió en su sueño. La respiración de Harfex se hizo rápida y profunda y permaneció sentado, rígido, incluso después de que Osdén abriera la puerta.

Osdén se levantó. Apenas se le veía la espalda y la vendada cabeza a la tenue luz del panel de mandos mientras se dirigía a la salida.

Tomiko estaba temblando. No podía levantar la cabeza.

—No, no, no, no, no, no, no —repetía en un susurro—. No. No. No.

Silenciosamente, Osdén se movió, atravesó la puerta y se sumergió en la oscuridad. Se había ido.

«¡Estoy llegando!», dijo una gran voz sin sonido.

Tomiko lanzó un grito. Harfex tosió; parecía estar intentando levantarse, pero no lo hacía.

Tomiko se refugió en sí misma, en el centro de su ser; y fuera no había nada más que el miedo.

Cesó.

Levantó la cabeza; lentamente separó las manos. Se irguió. La noche era oscura y las estrellas brillaban sobre el bosque. No había nada más.

—Osdén —dijo ella, pero nadie le respondió. Volvió a hablar, más alto, mucho más alto. No hubo respuesta.

Comenzó a darse cuenta de que a Harfex le pasaba algo. Intentó encontrar su cabeza en medio de la oscuridad, porque el hombre se había deslizado de su asiento, cuando de repente, en la quietud mortal, en el oscuro compartimiento posterior, una voz dijo: «Bueno.»

Era la voz de Eskwana. Ella encendió las luces interiores y vio que el Ingeniero yacía acurrucado y dormido, con la mano sobre la boca.

La boca se abrió y habló.

—Todo bien —dijo.

—Osden...

—Todo va bien —dijo la suave voz procedente de la boca de Eskwana.

—¿Dónde estás?

Silencio.

—Regresa.

Empezaba a soplar el viento.

—Voy a quedarme aquí —dijo la suave voz—. Tú no puedes quedarte...

Silencio.

—¡Te quedarás solo, Osden!

—Escucha —la voz se había hecho más ligera, como si se perdiera en el sonido del viento—. Escucha. Te aprecio.

Ella le llamó, pero no hubo respuesta. Eskwana seguía tumbado. Harfex también.

—¡Osden! —gritó ella, asomándose a la puerta, al oscuro silencio del bosque—. Volveré. Debo llevar a Harfex a la base. ¡Volveré, Osden!

Silencio y el agitar de las hojas por el viento.

Acabaron la investigación prescrita del Mundo 4470, los ocho; les llevó cuarenta y un días más. Al principio, Asnanifoil y una de las mujeres iban al bosque diariamente, en busca de Osden, pero Tomiko no estaba muy segura de cuál era exactamente la región en la que aterrizaron aquella noche de terror. Dejaron alimentos para Osden, comida suficiente para cincuenta años, ropa, tiendas, instrumentos. No buscaron más; no había modo de encontrar a un hombre solo, si éste deseaba esconderse, en aquellos innumerables laberintos y oscuros corredores vegetales. Podían haber pasado junto a él y no haberle visto.

Pero sabían que estaba allí, porque ya no existía el miedo.

Racional, y valorando la razón mucho más después de aquella intolerable experiencia, Tomiko intentaba comprender racionalmente lo que Osden había hecho. Pero las palabras escapaban a su control. Él había metido el miedo dentro de sí, y al aceptarlo lo había trascendido. Había entregado su yo a lo ajeno, en donde no cabía el mal. Él había aprendido a amar al Otro, y por eso había entregado todo su yo. Pero ése no era el vocabulario de la razón.

Las personas del equipo de investigación caminaban bajo los árboles, a través de las extensas colonias de vida, rodeados por un silencio aterrador, una calma total que era semiconsciente de su presencia y totalmente indiferente a ella. Allí no había horas. La distancia no importaba. Había mundo suficiente, y tiempo... El planeta giraba entre la luz del sol y la gran oscuridad; vientos de invierno y de verano soplaron, llevando el pálido polen sobre los océanos tranquilos.

La *Gum* volvió después de muchas investigaciones, años y años luz, a lo que

hacía algunos siglos había sido Smeming Port, en Pesm. Aún había hombres allí para recibir (incrédulos) los informes del equipo y registrar sus pérdidas: la del Biólogo Harfex, muerto de miedo, y la del Sensor Osdén, que se había quedado como colono.

FALSO AMANECER

(False Dawn)

Chelsea Quinn Yarbro

Chelsea Quinn Yarbro nació en California y asistió a la Universidad del estado de San Francisco. Ha trabajado con niños que sufrían perturbaciones mentales y como cartógrafa de demografía estadística. Comenzó a escribir de forma profesional en el año 1961 para una compañía de teatro de niños; se interpretaron cuatro de sus obras. Es también música y compositora. Es la autora de Save Me a Place by the Rail (Orangetree Press), un libro sobre ópera.

Yarbro comenzó a publicar ciencia ficción en 1967, y sus relatos han aparecido en If, Galaxy, Infinity, Strange Bedfellows, Planet One y otras revistas y antologías. Es coeditora, con Thomas N. Scortia, de la antología Two Views of Wonder (Ballantine). Su obra recibió una nominación para el premio Edgar, que anualmente entrega la Mystery Writers of America a la mejor obra publicada en este campo cada año. Fue secretaria de la Science Fiction Writers of America. Está casada con Donald Simpson, artista e inventor.

Falso amanecer nos muestra una polucionada y devastada Tierra futura. Una joven, biológicamente adaptada a ese entorno, viaja a través de ese horrible paisaje y es testigo de la brutalidad de la lucha por la supervivencia.

La mayor parte de los cuerpos se hallaban junto a los silos y los tanques de almacenamiento, donde los defensores se habían replegado finalmente. Cogidos entre los piratas y los de Sacramento, habían sido aniquilados como un solo hombre. Mezclados con los cuerpos de los piratas, Thea veía de vez en cuando algún uniforme CD. Los polis habían acudido por fin.

Se movió entre el montón de cadáveres cuidadosamente, con precaución. No en balde había sobrevivido veintiséis años. No iba ahora a hacer locuras.

Al oscurecer emprendió su camino hacia el este, al interior de Chico, o lo que quedase de él. Aquí los piratas se habían vengado de los pocos habitantes de la ciudad. Allí había hombres, hombres terriblemente mutilados, colgados por los talones de los postes de la luz, girando siniestramente. Y había mujeres.

Una de las mujeres aún no había muerto. Su destrozado cuerpo pendía desnudo de un anuncio roto. Tenía las piernas separadas y atadas con tiras de tela. Estas y el vientre estaban ensangrentados, tenía cortes profundos en la cara y en el pecho y había sido marcada a fuego con una enorme «M» de mutante.

Cuando Thea se acercó a ella, la mujer se retorció en sus ataduras y lanzó una risotada que acabó en un horrible lamento. *Que nunca me vea yo así*, pensó Thea, viendo las contracciones espasmódicas de la mujer. *Así no*.

Hubo un movimiento al otro lado de la calle y Thea se estremeció. No podía echar a correr sin ser vista ni tampoco quería permanecer allí si había piratas. Se movió lentamente, sumiéndose en la sombra de un edificio, desapareciendo finalmente en la oscuridad sin dejar de mantenerse alerta.

Los seres que aparecieron eran perros; unos animales delgados y miserables, con los ojos circundados de rojo y huesos prominentes. Había visto bastantes perros salvajes como para saber que aquéllos iban a la caza de carne. La encontraron en la mujer. El más grande de los perros se le aproximó, gimoteando un poco. Realizó una rápida arremetida y mordió la pierna que estaba más próxima a él. Aparte de un largo aullido de risa, la mujer no hizo nada. Más seguro ahora, el perro se dirigió de nuevo a ella, tomando un bocado mayor de la pierna. La respuesta fue un salto y un grito, seguido de una carcajada en voz baja. Los demás perros se envalentonaron. Comenzaron a realizar rápidos ataques, arrancando trozos de carne de las piernas y los pies, y se fueron creciendo cada vez más al ver que no se les oponía resistencia.

Thea contemplaba insensible la escena desde las sombras, mientras colocaba una flecha en su ballesta. Luego pulsó el disparador.

Los sollozos cesaron con un burbujeo cuando la flecha mordió el cuello de la mujer. Luego ya no se oyeron más que los gruñidos de los perros.

Protegida por las sombras, Thea se alejó de los perros. *Lo había olvidado*, se dijo en tono acusador. *Y habrá más perros. Y ratas*, pensó al cabo de un momento.

Mientras caminaba tensó de nuevo su ballesta y aplicó otra flecha. *Probablemente*

ella no era una mutante, siguió pensando. *Probablemente lo único que sucedía es que estaba sana*. No quiso pensar en lo que los piratas harían con ella, genéticamente alterada como estaba.

El ruido que hacían los perros fue muriendo tras ella a medida que caminaba por las calles vacías. De vez en cuando vio montones de cadáveres, cuerpos muertos en parte en la batalla y otros a causa de cosas mucho más siniestras. La «M» se hallaba grabada en muchos de ellos. Por dos veces vio los signos inconfundibles de la Nueva Lepra en los rostros ciegos, y en la piel levantada y plateada que acompañaba a esa vieja enfermedad. Pero a diferencia de la antigua lepra, la nueva variedad *era* contagiosa, y los piratas la llevaban consigo.

Se rascó su oscura y dura piel, que desde hacía tiempo había adquirido un tono marrón rojizo. Había sido muy afortunada al resistir a la mayor parte de las nuevas enfermedades; pero sabía que la suerte podía cambiar algún día, incluso para ella. Incluso en el caso de que lograra encontrar al Grupo del Gold Lake y de que la aceptaran.

Después de haber caminado durante una hora dejó Chico tras ella y se dirigió hacia el este a través de campos arruinados y pantanosos. Las últimas cosechas habían sido arrancadas y ahora los tallos se entrecruzaban bajo los pies como grandes serpientes. Una pesada fosforescencia pendía sobre aquella tierra, una luz que ni iluminaba ni calentaba. Thea no conocía la fuente de aquella fosforescencia. Desde el Desastre de Sacramento, hacía ya cuatro años, el valle había dejado de ser una tierra segura. Antes de que se hundieran los diques, aquello había sido un islote de bienestar separado de la polución que lo rodeaba. Ahora que el delta se había convertido en un cenagal de residuos químicos, la parte alta del río se estaba rindiendo lentamente al ataque de la contaminación.

Tropezó y vio que a sus pies había un gato muerto. Los animales se habían cebado en él; el pecho y las cuencas de los ojos estaban vacíos, pero la Piel se conservaba bien. Agitó la cabeza ante tal desperdicio. Al acercarse más, se dio cuenta, con sorpresa, de que las garras delanteras tenían el color anaranjado de la piel regenerada. Tal vez había sido mutado víricamente como ella. O tal vez el virus estaba prendiendo. Seguro que muchas otras cosas estaban también prendiendo. Moviendo de nuevo la cabeza, echó algunas cañas sobre el pequeño cadáver.

A medida que avanzaba notó que el suelo estaba todo mojado. Buscó un suelo más firme y vio un aceitoso reguero de agua moviéndose bajo la pálida luna. Corriendo las membranas nictitantes que tenía sobre los ojos se puso de rodillas y avanzó con la ballesta preparada. El río no era un lugar acogedor.

Oyó a un cerdo por las cercanías y se detuvo. Los cerdos que aún estaban vivos eran peligrosos y estaban hambrientos. Thea comenzó a chapotear de nuevo. *Una cosa hay que decir en favor del Desastre*, pensó, mientras notaba que el agua

aumentaba a su alrededor. *Mató una buena cantidad de mosquitos.*

Alcanzó la zona de cañas y se introdujo en ella para ocultarse. Era una protección que mantendría hasta que saliera el sol, momento en que tendría que buscar tierras más altas. Encontró una hamaca y se acurrucó en ella para aprovechar unas pocas horas de sueño.

El amanecer atrajo más animales al río y a unos pocos piratas que buscaban comida, que llegaron en sus modificados carros abiertos. Llevaban rifles y dispararon tres veces para lograr dos piezas: el cerdo de la noche anterior y un caballo con las rodillas rotas.

—¡Tráelos! ¡Tráelos! —gritó el que iba en el carro delantero.

—¡Échame una mano, maldito Mudo!

El primero lanzó una exclamación.

—Montague ordenó que esta semana cargaras tú. Cox no ha cambiado la orden. Yo no tengo gusanos en mi carga —dijo en son de mofa, haciendo girar el carro.

—Sabes lo que te pasará si derrochas combustible —dijo intencionadamente el que cargaba.

—¡Tú límitate a tu trabajo! —gritó el primero, con pánico en la voz—. No quiero oír amenazas tuyas. Puedo acabar contigo ahora mismo.

—Entonces tendrías que encargarte tú de cargar —le recordó el segundo lacónicamente, y luego añadió—: De todas formas, Cox dice que Montague murió.

—Él y su guardia —dijo uno que estaba a la orilla del río como si fuera una maldición—. Intentaron detenernos a Wilson y a mí cuando sacábamos a aquel chico mudo de la bodega. Dijeron que le dejáramos en paz. ¡Un podrido mudo! Montague estaba loco.

Luego quedaron en silencio y sólo se oyó el ronroneo de las máquinas y el ruido de los animales arrastrados por el barro.

Thea, oculta entre las cañas, apenas si se atrevía a respirar. Ella había visto Cloverdale después de que la saquearan antes de que Montague los hubiera organizado bajo el irónico grito de «¡Supervivencia!».

—Uno ya está —dijo el primero.

—Vete a la mierda.

De nuevo se hizo el silencio, hasta que el que arrastraba los animales lanzó un grito.

—¿Qué sucede? —preguntó el de los carros.

—¡Arañas de agua! —gritó el otro, aterrorizado—. ¡Docenas de ellas! —y de su garganta se escapó un horrible sonido.

Desde su escondite entre las cañas, Thea miraba la escena con ojos aterrorizados. Las arañas de agua no eran cosas a despreciar, incluso para ella. Miró entre las cañas que la rodeaban buscando aquellos duros y delgados cuerpos de largas mandíbulas

provistas de veneno paralizador. Tres de ellas podían matar a alguien en menos de diez minutos. Si había docenas, no había posibilidad alguna de escapar.

Los gritos se habían acallado y pronto un cuerpo cayó sin vida, mientras las arañas le trepaban por la cara en dirección a los ojos. Thea apartó la vista.

Junto al río sonó un fuerte ruido de motor: el pirata de los carros conducía demasiado de prisa.

Thea esperó a que el cuerpo hubiera desaparecido de su vista dentro del río para salir de entre las cañas. Luego corrió a través del terreno de matorrales, sin dejar de mirar si había piratas cerca o arañas. Las rodillas le temblaban como si fueran de gelatina, pero el miedo la impulsaba a seguir adelante. Corrió desenfrenadamente hasta que estuvo en un terreno suficientemente alto; allí se detuvo y tomó aliento.

Había recorrido cerca de medio kilómetro en esos pocos minutos y había dejado un rastro muy claro sobre el barro. Pero eso no le importó; podría haberlo hecho cualquier animal y nadie lo investigaría. Pero la partida de caza significaba que los piratas estaban todavía por allí cerca, tal vez acampados. Tenía que apartarse de ellos o acabaría como la mujer de Chico. *Así no*. Se estremeció.

Imaginó que los piratas estarían acampados cerca del río, no muy lejos de Chico, de modo que se dirigió hacia el sudeste, manteniéndose siempre oculta entre los árboles. Los robles enanos habían desaparecido, pero los frutales, árboles más poderosos, habían aguantado la catástrofe. Thea sabía que si se veía obligada a ello podía subirse a los árboles e ir matando piratas uno a uno con su ballesta hasta que la mataran. Eso llevaría tiempo. Y ella necesitaba tiempo.

Hacia el mediodía había puesto varios kilómetros entre ella y los piratas. El río corría a sus pies, como una grasienta cinta irregular de lodo marrón. La última bifurcación del Sacramento estaba muriendo.

Fue entonces cuando encontró el silo. Había algunas granjas en las colinas, tal vez una de las antiguas comunas; habían construido un silo para almacenar sus granos y allí continuaba: desequilibrado, herrumbroso, pero entero y seco. Era un cobijo para la noche y tal vez una base de operaciones para un par de días. Sería un buen lugar al que volver después de sus exploraciones por las colinas para ver cuál era el mejor camino que tomar en dirección a la sierra de Gold Lake.

Le dio la vuelta con cuidado, buscando la puerta y la granja a la que en un tiempo debió pertenecer. La granja no existía. El silo era lo único que permanecía en pie allí, en donde en otro tiempo había habido una casa, un corral y una cuadra. Movié la cabeza y abrió la puerta.

Al momento siguiente retrocedía.

—¡Estúpida! ¡Estúpida! —gritó en voz alta—. ¡Estúpida! —Porque había un hombre en el silo, moviendo algo frente a ella. Comenzó a correr, colérica y frustrada.

—¡No! ¡No! —le siguió la voz—. ¡No huyas! ¡Espera! —La voz se elevó—. ¡Es mi brazo!

Thea se detuvo. Su brazo.

—¿Qué? —gritó a su vez.

—Es mi brazo. Me lo cortaron. —Las palabras producían un extraño eco contra las ruinosas paredes del silo—. La semana pasada.

Ella comenzó a retroceder hacia el lugar de donde procedía el sonido.

—¿Quién lo hizo?

—Los piratas. En Chico. —El hombre se estaba debilitando y sus palabras llegaban de forma irregular—. Me lo traje aquí.

Ella estaba en la puerta, mirándole.

—¿Por qué lo conservaste?

El hombre suspiró.

—Ellos buscaban a un hombre con un solo brazo. De modo que metí éste en mi chaqueta. Ya no puedo hacer nada sin ayuda —terminó.

—Bueno, mejor será que lo entierres —le dijo, echándole una mirada a aquella cosa.

Él la miró a los ojos.

—No puedo.

Thea le miró atentamente. Era unos diez o quince años más viejo que ella, tenía el cuerpo rechoncho, adelgazado por el hambre y el dolor. Su ancha cara estaba llena de arrugas y tenía una expresión lastimera. La ropa que llevaba estaba destrozada, pero se podía ver que había sido cara.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? —le preguntó ella.

—Creo que tres días.

—¡Oh...! —Por el estado del brazo debía de ser verdad. Ella señaló la herida—. ¿Cómo la sientes? ¿Infectada?

Él se estremeció.

—Creo que no. No mucho. Me pica.

Ella aceptó aquella respuesta por el momento.

—¿Adónde vas? ¿Has elegido algún lugar al que dirigirte?

—Intentaba internarme en las montañas.

Thea consideró la situación, y su primer impulso fue el de echar a correr, el de dejar a aquel hombre abandonado a su suerte. Pero vaciló. Gold Lake estaba lejos y sería difícil llegar allí.

—Tengo medicinas —dijo ella—. Puedes coger unas pocas. No todas, porque son más y puedo necesitarlas. Pero puedo darte unas pocas.

Él la miró, perplejo.

—Gracias —dijo, torpemente, porque no estaba acostumbrado a decir aquella

palabra.

—Tengo parapenicilina y algo de esporomicina. ¿Cuál prefieres?

—La penicilina.

—También tengo algunas tabletas ascórbicas para después —añadió ella, mirando atentamente la herida mientras penetraba en el silo. Allí había habido infección, pero ahora estaba limpia y la piel tenía ese color anaranjado del tejido regenerado—. ¿Eres zurdo?

—Sí.

—Qué afortunado.

Tras dejar la ballesta y quitar la flecha, la chica sacó su bolsa y la colocó cuidadosamente en el suelo, no demasiado cerca del hombre. Él conservaba un brazo sano y había admitido que era zurdo.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó ella, mientras buscaba dentro de la bolsa.

—Seth Pearson —contestó él tras una ligera vacilación.

Ella le miró inquisitiva.

—En la etiqueta de tu cuello dice David Rossi. ¿Qué significa?

—No importa. Puedes llamarme por el que quieras.

Thea apartó la vista.

—De acuerdo. Así lo haremos, Rossi. —Ella le tendió un paquete, ajado, pero intacto—. Esto es la penicilina. Tendrás que comértela. No tengo jeringuillas. —Luego añadió—: Tiene un sabor horrible. Toma. —Y le tendió una barra corta y plana—. Carne de venado. Eso le quitará el sabor. —Ella colocó su bolsa entre ambos y se sentó en el suelo. Cuando el hombre logró morder la blanca barra, ella dijo—: Mañana me iré hacia el este. Puedes venir conmigo si te tienes en pie. Más adelante nos encontraremos con un mal río y tendrás que nadar. Es rocoso y lleva mucha corriente. De modo que puedes pensártelo durante la noche. —A continuación, ella sacó otras dos barras de venado de la bolsa y se las comió en silencio.

El viento del norte les azotaba mientras caminaban; el sol era brillante, pero frío. La suave colina se fue haciendo más empinada y aminoraron la marcha; caminaban en silencio, sin apartar la mirada de los matorrales que cubrían la colina. A media tarde se encontraron caminando sobre los troncos caídos de altos pinos que se habían derrumbado víctimas de la contaminación. El polvo procedente de los árboles muertos flotaba alrededor de los caminantes, metiéndose en sus ojos y haciéndoles estornudar. Sin embargo, continuaron ascendiendo.

La marcha se fue haciendo cada vez más y más lenta, hasta que finalmente decidieron hacer un alto tras unos troncos. Rossi movió su brazo bueno y puso su destrozada chaqueta de forma que les protegiera del viento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Thea cuando hubo recobrado el aliento—.

Tienes mal color.

—Sólo un poco sofocado. Todavía..., todavía estoy débil.

—Bueno —dijo ella, mirando disimuladamente su muñón. Le estaba volviendo el color—. Ahora estás mejor.

Bruscamente, los pies del hombre resbalaron sobre el polvo y se agarró a ella para evitar la caída.

Ella dio un paso atrás.

—No vuelvas a hacer eso.

Mientras recobraba el equilibrio, él la miró con sorpresa.

—¿Por qué? —le preguntó amablemente.

—No me toques. —Se agarró a su ballesta en actitud defensiva.

Él se estremeció y en sus ojos asomó la preocupación. Luego su frente se despejó y dijo:

—No quería hacerlo. —Esas tres palabras estaban llenas de comprensión. Conocía el mundo en el que vivía Thea tan bien como ella.

Con una mirada de desafío ella se colocó la ballesta en el brazo, sin apartar los ojos del hombre.

—Puedo disparar esto con gran rapidez, Rossi. Recuérdalo.

Fuera lo que fuese lo que él iba a responder, no pudo hacerlo.

—Tira el arma —dijo una voz detrás de ellos.

Aparte de intercambiar rápidas y asustadas miradas, no hicieron nada más.

—Así está bien. —Se levantó el polvo y un hombre joven, vestido con un destrozado uniforme CD, se colocó frente a ellos, con un rifle entre los brazos—. Sabía que os cogería —dijo en voz alta para sí mismo—. Os he estado siguiendo toda la mañana.

Thea se acercó a Rossi.

—Tú vienes de Chico, ¿no? —dijo, señalando con su arma a Rossi.

—No.

—¿Y tú? —le preguntó a Thea.

—No.

Miró de nuevo a Rossi.

—Y tú..., Rossi, ¿verdad? ¿Seguro que no vienes de Chico? Oí decir que un tipo llamado Rossi fue muerto a la salida de Orland.

—No sé nada acerca de eso.

—Dicen que estaba intentando salvar a Montague cuando Cox se hizo con el mando. ¿Sabes algo de eso, Rossi?

—No.

El joven se echó a reír.

—Vamos, a mí no me mientas, Rossi. Miénteme y te mataré.

En la sombra, Thea colocó lentamente una flecha en la ballesta, manteniéndose tan fuera de la vista como pudo.

—Vas a matarnos de todas formas, de modo que, ¿qué importa que mienta? —le estaba preguntando Rossi.

—Escucha —comenzó a decir el hombre del CD—. ¿Qué es eso? —dijo, mirando con desconfianza a Thea—. ¿Qué estás haciendo? —Y lanzándose contra ella la agarró de un brazo, zarandeándola y haciéndola caer a sus pies—. ¡Hija de perra! —le dio una salvaje patada en la espalda.

Entonces, Rossi se interpuso entre ambos.

—¡Apártate! —gritó el joven.

—No. Si quieres que me mueva tendrás que matarme. —Y a continuación le preguntó a Thea, sin volverse—: ¿Te ha lastimado?

—Un poco —admitió ella—. En seguida me pondré bien.

—¿Es tu mujer? ¿Lo es?

Rossi se levantó lentamente, obligando al hombre del rifle a retroceder.

—No. Ella no es la mujer de nadie.

Al oír aquello, el hombre lanzó una carcajada sardónica.

—Apuesto a que lo necesita. Apuesto a que está verdaderamente hambrienta de ello.

Thea cerró los ojos para ocultar la indignación que sentía. Si la iban a violar, si iba a ser *usada*... Abrió los ojos cuando notó la mano de Rossi sobre su hombro.

—Intenta otra vez hacer algo así y será el fin, ¿comprendido?

—Sí —musitó ella.

—¿Y qué dirá Cox cuando vea lo que estás haciendo? —preguntó Rossi.

—¡Cox no dirá nada! —replicó el hombre del CD.

—De modo que has desertado. —Rossi asintió al ver la expresión de culpa que se dibujaba en el rostro del hombre—. Eso es una estupidez.

—¡Cierra el pico! —Se inclinó hacia él—. Vais a sacarme de aquí, a donde quiera que vayáis. Si alguien nos descubre, o somos capturados, voy a hacer que ambos parezcáis una carnicería. ¿Comprendido?

—Apestoso —dijo Thea.

Por un momento, los ojos del joven se inundaron de cólera; luego, le tomó la cara con una mano.

—No, todavía no. —Cerró aún más su garra—. Tú estás buscando eso, no vas a tener que suplicarlo mucho. Tendrás que sacarlo de otro, ¿entendido? —Luego miró a Rossi, desafiante—. ¿Entendido? —repitió.

—Déjala en paz.

—¿La quieres tú?

—Déjala estar.

—Muy bien —dijo con un ligero gesto. Dio un paso atrás—. Más tarde, ¿eh?, cuando hayas pensado en ello.

Rossi miró al hombre del CD.

—Estaré cerca, Thea. Llámame.

Mientras los dos hombres se miraban fijamente, Thea sintió fuertes deseos de huir de ambos, de buscar protección en el destruido bosque. Pero no tenía la menor oportunidad de escapar en una colina desnuda. Se encogió de hombros y se puso al lado de Rossi.

—Sería mejor que me escogieses a mí —dijo el hombre del CD en tono de burla—. Mi nombre es Lastly. Puedes llamarme así, hija de perra. No me llames de ninguna otra forma.

Ella no dijo nada. Se limitó a contemplar la colina.

Rossi habló en voz baja.

—No lo intentes ahora. En la cima estaremos más seguros y voy a retarle a una pelea.

Profundamente sorprendida, ella se volvió.

—¿De verdad? ¿Lo harás?

Él iba a responder, pero Lastly les separó.

—Nada de eso. No quiero susurros a mi espalda, ¿me oyes? Si tenéis algo que decir, lo hacéis en voz alta.

—Quería orinar —dijo Rossi.

Lastly rió irónicamente de nuevo.

—Oh, no. Nada de eso por ahora. No te permitiré dejar pistas, ¿comprendido?

Encogiéndose de hombros, Rossi prosiguió la marcha hacia los árboles.

—¿Qué ha sido eso? —Lastly volvió el cañón de su arma en dirección al sonido que había oído entre los matorrales.

Algo ululó entre los árboles. Un ruido aislado, terrible.

—Perros —dijo Rossi—. Están cazando.

Entre las profundas sombras los árboles parecían crecer juntos, rodeando a las tres personas que se movían en la oscuridad. El sonido se repitió, más cercano y agudo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Lastly, asustado—. ¿De acuerdo? Tenemos que buscar un lugar seguro.

Rossi levantó la cabeza y miró al cielo.

—Yo diría que aún tenemos otra hora de margen. Luego, lo mejor que podemos hacer es subirnos a los árboles.

—Pero si están podridos —protestó Lastly.

—Son mejor que los perros —le recordó Rossi.

Pero Lastly no le estaba escuchando.

—Había campamentos por aquí, ¿verdad? Tenemos que dar con ellos. Los perros no se adentran en los campamentos.

—Estás loco —dijo Rossi, desapasionadamente.

—Cállate. No quiero oírlo —el arma de Lastly se movió apuntando a Rossi.

—Entonces callaos los dos, —dijo Thea en voz baja—. Los perros van a oírlos.

Todos se mantuvieron en silencio. Al cabo de unos momentos, Rossi dijo:

—Thea tiene razón. Si nos callamos podremos encontrar uno de tus campamentos a tiempo.

—Entonces, moveos —dijo Lastly, impaciente—. Vamos.

Había sido una cabaña de verano cuando la gente aún tenía cabañas de verano. Desde allí la vista había sido la de un bosque de pinos y un fértil valle. Ahora se elevaba en un claro rodeada de árboles podridos, sobre la contaminación creciente del río. Por extraño que resultara, las ventanas se hallaban aún intactas.

—Podemos quedarnos aquí —dijo Rossi después de darle la vuelta a la cabaña—, la puerta trasera está protegida, y podemos sacarla de sus goznes.

—Podemos entrar por la ventana —dijo Lastly, esperanzado.

—Si la rompemos, también podrán entrar los perros. La parte de atrás es segura. Podremos protegernos allí.

—Lo haréis vosotros dos —ordenó Lastly, señalando con el rifle hacia el porche trasero—. Y hacedlo rápido.

Mientras Thea y Rossi luchaban con la puerta, Lastly permaneció sentado a horcajadas sobre lo que quedaba de una cerca.

—Oye, ¿sabes lo que le hizo Cox a aquel mutante de Chico? Le arrancó la piel. Cox va a acabar con todos los mutantes..., ya lo verás.

—Sí —dijo Rossi mientras se afanaba en su tarea.

—¿Y sabes qué? Montague quería salvarlos. ¿Oíste algo de eso, Rossi? ¿Cómo es posible que alguien quiera hacer una cosa así? ¿Eeeeh? ¿Por qué un hombre auténtico iba a salvar a los mutantes?

Rossi no contestó.

—Te he hecho una pregunta, Rossi. Contéstame.

—Tal vez pensara que eran los únicos a quienes valía la pena salvar.

—¿Y tú, perra? ¿Salvarías a un mutante? —se balanceaba sobre la valla mientras movía el rifle.

Con una mirada de auténtico disgusto, Thea dijo:

—A mí, Lastly. Me salvo a mí misma.

—¿Te salvas para mí? Tengo algo para ti...

—La puerta está abierta —interrumpió Rossi, dejándola a un lado—. Ahora podemos entrar.

Los ratones habían penetrado en la casa, comiéndose los frutos secos y lo que había sido almacenado en la amplia cocina. Pero quedaban las latas, llenas de una comida que Thea apenas podía recordar. Había cacharros colgados de la pared, la mayoría de ellos estropeados, pero algunos aún aprovechables. El fuego era de leña.

—Mirad eso —dijo Rossi, mientras sus ojos recorrían los estantes y sus preciosos contenidos. Nos lo podremos llevar para después.

—Maldita sea, es perfecto —dijo Lastly—. Voy a comenzar a comerlos esta misma noche. Comida caliente, y un baño y todo lo que quiero. —Lanzó una malévolamente mirada a Rossi y Thea.

—El humo atraerá a los piratas —dijo Rossi con una sonrisa de astucia—. ¿Habías pensado en ello?

—Es de noche, Rossi. Ellos no vendrán aquí hasta mañana.

Thea se estaba paseando por la cocina.

—De todas formas, no hay madera. Esta mesa es de plástico.

Permanecieron en silencio por un momento. Luego, Lastly dijo:

—Ya has oído a la señora, Rossi. No hay madera. Irás a buscarla, ¿no es cierto? ¿No es cierto?

—Iré yo —dijo Thea, rápidamente.

—Oh, no.

—Pero él no puede hacerlo con una sola mano.

—Que lo haga poco a poco, perra.

—¿Y tú, Lastly? —preguntó Rossi—. Tú puedes hacerlo y tienes el arma.

—¿Para que os encerréis y me dejéis fuera con los perros? No soy un estúpido, Rossi. —Se movió alrededor de la mesa—. Eres tú, Rossi, el estúpido eres tú. —Se sentó en una silla—. Ahorra el aliento, porque serás tú quien salga a buscar la leña.

—No lo haré sin Thea.

Lastly soltó su familiar risita.

—La quieres para ti, ¿en? A ella no le gustaría. Ella quiere un hombre. No a ti.

Thea lanzó a Rossi una mirada suplicante.

—Deja que me encierre en la habitación de al lado. Luego podéis ir los dos.

—¡Muy bien! —dijo Lastly, inesperadamente—. La perra tiene razón. La encerraremos y nosotros traeremos la madera. ¿Rossi?

—Si es eso lo que deseas, Thea.

Ella asintió:

—Sí.

—¿Te veré después? —le preguntó él mirándola a los ojos.

—Así lo espero —respondió ella.

—Vamos, perra. Vamos a encerrarte. —La cogió por un brazo y la llevó casi a rastras a la principal habitación de la cabaña—. Ya está. Tu habitación —dijo,

empujándola dentro—. Estarás caliente y cómoda mientras esperas. —Y luego cerró la puerta de golpe. Se oyó claramente a Thea cuando corrió el cerrojo.

Se sentó en la cama, en el centro de la habitación, mientras escuchaba cómo se alejaban los hombres. Le hubiera gustado huir de ambos, pero estaba cansada e indefensa sin su arma. Al cabo de un rato, acabó por quedarse dormida.

—Suponía que estarías preparada. Te dije que lo estuvieras —dijo una voz áspera sobre ella—. Sabías que volvería. —Fue arrojada bruscamente de espaldas y quedó paralizada por un repentino peso sobre su cuerpo.

Apenas despierta, Thea rechazó al hombre golpeándole con pies y manos en los lugares vulnerables.

—¡Quieta! —aulló Lastly, abofeteándola. Cuando Thea gritó, volvió a golpearla—. Escucha, perra. Tú eres para mí. ¿Pensaste que iba a dejar que un maldito amigo de los mutantes te tuviera? ¿Eh? —Le puso las manos a la espalda y ató sus muñecas con una cuerda—. Le dimos a él y a sus pervertidos una buena lección en Chico. ¿Oyes? —Luego ató la cuerda a las patas de la cama—. Esta vez me voy a divertir, ¿sabes?

Con un arrebato de auténtica furia, Thea se lanzó contra Lastly, enseñando los dientes y retorciendo las piernas.

—No, no lo hagas —rió Lastly. Esta vez su puño la alcanzó en la sien, y ella cayó atontada—. No me hagas pasar un mal rato, perra. Será mejor para ti. —Le ató con la cuerda el tobillo izquierdo, luego el derecho. Furiosa, Thea tiraba de las cuerdas.

»—No —dijo Lastly, acercándose—. Si vuelves a hacer eso, voy a hacerte daño. ¿Ves esto? —Acercó una navaja a su cara—. La encontré en la cocina. Está muy afilada. Si me causas más problemas, voy a hacerte unos cuantos cortes hasta que aprendas buenas maneras.

—No.

Sin hacerle caso, Lastly comenzó a cortarle la chaqueta. Cuando se la hubo quitado, continuó con los pantalones de cuero. Mientras se los quitaba, ella se retorció violentamente.

Inmediatamente, él se le acercó.

—Te lo advertí. —Le acercó la navaja al pecho—. Voy a arrancártelo, ¿sabes? —Presionó con más fuerza. La navaja mordió la carne—. No quiero que hagas más ruido, perra. Te estarás callada o te lo cortaré.

Ante aquel súbito y agudo dolor, sus membranas nictitantes se cerraron sobre sus ojos.

Y entonces Lastly lo vio.

—¡Mutante! ¡Mierda! ¡Puerca mutante! —Había un cierto tono de triunfo en su voz. Ella gritó cuando él le arrancó el trozo de carne. La sangre se extendió por su pecho.

Con un grito, Lastly se bajó los pantalones hasta las rodillas y con un rápido movimiento se colocó sobre ella. Penetrando cada vez más profundamente, riéndose, decía:

—¡Mutante de Montague! ¡Voy a destrozarte...! —Luego se echó hacia abajo y le mordió el pecho sano.

En aquel momento ella gritó.

—Lo has vuelto a hacer, mutante. Esta vez será con los dientes. —Y la mordió en la boca.

Un momento después estaba separado de ella e iba a dar violentamente contra la pared.

—¡Asqueroso...! —Rossi, que le había asido por el cabello, le golpeó de nuevo contra la pared. Se oyó claramente un crujido y Lastly se desplomó.

Luego se dirigió hacia la cama.

—Oh, Dios mío, Thea —dijo suavemente—. Nunca creí que pudiera pasar esto. —Se arrodilló junto a ella, sin tocarla—. Lo siento. —Era como si estuviera suplicando al mundo entero. La desató suavemente hablándole mientras lo hacía. Una vez desatada, ella se arrebujó en la cama y comenzó a llorar en silencio, con unos sollozos que la sacudían toda entera.

Finalmente se volvió hacia él, con los ojos inundados de vergüenza.

—Te quería a ti. Te quería a ti —dijo, y se dio la vuelta.

Él se levantó vacilante.

—No tengo más que un brazo y han puesto precio a mi cabeza.

—Te quería a ti —repetía ella, sin atreverse a mirarle.

—Mi nombre —dijo él en voz muy baja— es Evan Montague. —Y esperó, apartando de ella la mirada.

Entonces sintió una de las manos de la mujer sobre la suya.

—Te quería a ti.

Se volvió hacia ella, sosteniendo su mano, sin atreverse a tocarla. Ella le atrajo junto a sí, pero siguió dándole la espalda.

—Me hirió —dijo temblorosa.

—He intentado salvar a todo el mundo y ni siquiera he podido salvarte a ti —murmuró amargamente. La miró, miró sus pechos ensangrentados, su rostro cortado—. Voy a traerte tu medicina...

—No —dijo ella, asiéndose a su mano desesperadamente—. No me dejes.

Él se sentó junto a ella con lo que debía ser una sonrisa, sosteniendo su mano, mientras ella temblaba y su sangre se secaba, hasta que oyeron el sonido de unos motores.

—Deben estar buscándole. O a mí —dijo Montague.

Ella asintió:

—¿Tenemos que irnos?

—Sí.

—¿Qué sucederá si nos quedamos?

—Me matarán. A ti no, aunque... Eres una mutante, ¿verdad?

Ella comprendió y tembló espasmódicamente.

—No se lo permitas. Mátame. Mátame, te lo pido por favor.

El terror de su cara le asustó. Se llevó sus dedos a la boca y los besó.

—Te lo prometo, Thea. —Luego rectificó—. No. Nos iremos de aquí. Viviremos cuanto podamos.

En aquel momento, Lastly murió, con la cabeza situada en un ángulo extraño.

—Vamos —dijo Montague.

Con esfuerzo, Thea se puso en pie, cogiéndose a su brazo hasta que se le pasó el mareo.

—Necesito ropa.

Él buscó por la habitación y se dirigió a un armario. Estaba lleno de ropa de niño, pero Thea era lo suficientemente pequeña como para poder ponerse algunas de las prendas. Con determinación, se puso unos pantalones, pero no logró introducirse ninguna camisa o chaqueta.

—No puedo —murmuró.

—Sssss... —dijo él. El ruido de los motores se había acercado.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Temprano. Por el este el cielo todavía está gris.

—Tenemos que irnos. Mi bolsa...

—Déjala —dijo él bruscamente—. Ni tú ni yo podríamos llevarla.

—Mi ballesta...

—Está en la cocina. Ponla en mi brazo. Si la preparas, podré disparar. —Se colocó una chaqueta bajo el brazo—. Luego vas a necesitarla.

El sonido de los motores aumentó.

—Creí que éste era el camino —dijo irónicamente—. Estaba loco. —Se dirigió a la ventana y la abrió—. Este camino. Y directo a los árboles.

—¡Evan! —gritó ella, mientras el frío aire de la mañana rozaba las heridas de su pecho—. ¡Evan!

—¿Puedes hacerlo? Tienes que lograrlo —dijo él mientras se ponía a su lado.

—Sí. Pero despacio.

—Muy bien. —La tomó de la mano sintiendo sus dedos y la ballesta calientes bajo el aire frío de la mañana—. Iremos despacio un rato.

Mientras ascendían hacia el bosque muerto, los sonidos de los motores se hacían más fuertes tras ellos, acallando el ruido que hacían al huir y ahuyentando a los perros salvajes, que se sumían en la fría y gris luminosidad que precede al amanecer.

LA CASA DE NADIE

(Nobody's Home)

Joanna Russ

Joanna Russ pasó su infancia en la ciudad de Nueva York y asistió a la Universidad Cornell, donde recibió su título en Literatura Inglesa, y en la Universidad de Yale, donde se doctoró. Sus relatos han aparecido en The Magazine of Fantasy & Science Fiction y en las antologías Orbit, Quark, That New Improved Sun, Final Stage, Again Dangerous Visions y Aurora: Beyond Equality. Es autora de dos novelas, And Chaos Died y Picnic on Paradise (publicadas ambas por Ace Books). Su relato corto When it Changed obtuvo el premio Nebula en 1973. Es profesora adjunta de Inglés en el Harpur College, de la Universidad del estado de Nueva York en Binghamton.

La casa de nadie nos muestra un mundo futuro que ha desarrollado un sistema capaz de transportar instantáneamente a una persona a cualquier lugar de la Tierra. La sociedad humana ha quedado transformada por este descubrimiento; en esta narración, la gente vive en un mundo utópico sin escasez y con un alto grado de libertad. Las estructuras sociales y familiares han cambiado también, aunque persisten ciertos problemas.

Tras haber terminado su trabajo en el Polo Norte, Jannina se dirigió a las refinerías Red Sea, donde tenía asuntos familiares, saltó a Nueva Delhi para comer, echó una siesta en un hotel de Queensland, dio un paseo del hotel a la estación, pasando por las Islas Leeward (donde pensaba que tenía que ir, pero todas las estaciones estaban muy atareadas), y se encontró con Charley para ver amanecer en las Carolinas.

—¿Dónde has estado, querido C?

—En Tanzania. Y tú te has casado.

—No.

—Me dijeron que te habías casado —dijo él—. Los Lee se lo dijeron a los Smith, que a su vez se lo dijeron a los Kerguelen, los cuales se lo contaron a los Utsumbé. Una nueva esposa, decían. No sabía que estabas de manera tan especial interesada en las mujeres.

—No lo estoy. Ella es la mujer de mi marido. Y no estamos casados todavía, Charley. Ha tenido mala suerte. La primera familia comenzó en el 35, dos maridos reducidos a cenizas por exceso de carga mientras preparaban el transporte para un concierto, y el segundo se divorció de ella, según parece, y ella se divorció del tercero (uno grande) y con el cuarto tuvo una horrible disputa, con gente persiguiéndose por entre las mesas, no sé.

—Pobre mujer.

Se habían sentado de la forma en que lo hacía la gente que charlaba y se divertía, sobre el suelo, espalda con espalda y frotando la parte posterior de las cabezas. Jannina dijo tristemente:

—Qué cabello tan adorable tienes, Charley Utsumbé, como una malla de metal.

—Todos los Utsumbé somos exageradamente hermosos. —Unieron sus brazos. El sol, al que cualquiera podía ahora seguir la pista por el mundo, verlo salir o desaparecer veinte veces al día, cincuenta veces al día (si se quería pasar así la vida), asomó por encima de los cipreses. No había nadie en varios kilómetros a la redonda. La niebla ascendía de las corrientes de agua y de los lugares bajos.

—Dios mío —dijo él—, ¡es verano! Tendría que estar en Tanga ahora.

—¿Qué? —preguntó Jannina.

—Uno pierde la pista —dijo en tono de disculpa—. Lo siento, amor, pero tengo asuntos ineludibles en casa. Un asunto de impuestos.

—Pero por qué verano, por qué verano...

—¡El rastro del pensamiento! Demasiado complicado. —Y en un momento el dulce asunto se desvaneció; entre ambos se había interpuesto la obligación que no puede eludirse, que no puede traspasarse al tiempo que uno querría, al lugar que uno querría; lejos de allí él tendría que ponerse en manos de un corrector de carreteras o de un doctor, aunque tiene ciertas ventajas corregir todas las carreteras de un

continente al mismo tiempo.

Ella se sentó con las piernas cruzadas sobre la plataforma de la estación, viendo cómo él entraba en la cabina y ajustaba los diales. Sacó la cabeza fuera de la puerta de cristal.

—¡Ven conmigo a África, dama adorable!

—¡No eres más que una fantasía pasajera, Charley U! —Él le envió un beso, se encerró en la cabina y desapareció (el campo transmateria es más amplio que la cabina, por razones obvias; la cabina fluctúa varios millones de veces por segundo, lo que evita que sea transportada también, y protege la maquinaria de los cambios de temperatura y evita que las personas pierdan codos o rodillas o sus paquetes o los niños. Las cabinas existentes en el centro criogénico del Polo Norte han intercambiado el aire tantas veces con el de regiones más cálidas que cada una posee su propio microclima; hojas y semillas, plantas y tierra se amontonan alrededor de ellas. Las notas clavadas en la puerta dicen: ¡No pise la hierba! Desearía cambiar árbol joven de Pawlownia por musgo canadiense subártico. ¡Cuidado con sus malditos pies desnudos de seis dedos! Perdí una ardilla aquí ayer, ¿podría encontrarla antes de que muera? Ocho niños van a quedar destrozados de dolor. Cecilia Ching, Buenos Aires).

Jannina suspiró y se puso su jersey; le fastidiaba volver a ponerse ropa, pero en su tierra hacía frío. Y como nunca se sabe adonde puedes ir, llevas la ropa contigo. Hacía bastantes años (pensó ella), vine aquí con alguien cuando finalizaba el invierno, con algún amigo o con alguien con quien me quería casar (en cualquier caso, sólo éramos dos), y anduvimos por el agua helada y bailamos y bebimos cerveza al mismo tiempo, ¡Dios mío! Y después fuimos a un espectáculo público en la lía de la Cité a ver a los jugadores profesionales, ópera, juegos (has de ser bueno para entrar allí) y nos tuvimos que poner algunas ropas porque refrescaba mucho a la caída del sol en setiembre (no, espera, era Venezuela), y vimos cómo se iban apagando las luces y fumamos como locos sentados en un café y nos divertimos con el camarero robot y pretendimos que éramos viejos, realmente viejos, tal vez hace... ¡ciento cincuenta años!

Pero ¿era el mismo lugar?, pensó, y desechó el incidente para siempre, se metió en la cabina, cerró la puerta y marcó el indicativo de su casa: los Himalaya. La línea central estaba libre. La rama secundaria estaba libre. En cuanto al transmisor familiar (colocado en la antesala entre dos puertas, para mantener la tarea de calentar la casa dentro de unos límites razonables), sería mejor que estuviera libre o alguien iba a ser lanzado al vestíbulo. Los compensadores de temperatura y del impulso impidieron que Jannina llegara a su casa con una temperatura interna de veinte grados (en la teleportación se pierden cuatro grados por cada kilómetro y medio de ascensión) y a demasiados metros de altura (subes hacia el este, bajas hacia el oeste; hacia el norte o

hacia el sur puedes ser lanzada contra la pared de la cabina). Algún día (pensó Jannina), todos permitirán que los demás vivan en climas decentes. Pero aún no era el momento. Ni la gente.

Llegó a su casa cantando *El mundo es mi mochila. Sí, el mundo es mi concha*, canción que había sido muy popular en su primera juventud, unos setenta años antes.

La casa de los Komarov era de espuma endurecida con una línea interior automática que llevaba al colegio cercano a Naples. Era agradable andar sobre los propios pies. Jannina se encaminó allí. Los niños de siete años estaban tumbados con las cabezas juntas y los cuerpos formando un asterisco de seis personas. En esta posición (que se pensaba ayudaba al pensamiento místico) jugaban a Barufaldi, adivinando la identidad de personajes famosos muertos por medio de frases anagramáticas, las primeras letras de cuyas palabras (aforismos o proverbios) formaban una moraleja y una serie de números Goedel (en un código previamente acordado) que...

—Oh, querida, ¡qué feliz es el acontecimiento de tu aparición! —gritó un muchacho—. ¡Abrazame, mi más querido pariente materno! ¡Une tus valiosos miembros superiores en torno a mi anhelante persona!

—¡Vulgar! —dijo Jannina, riendo.

—*Nom sum filius tuus?* —dijo el niño.

—No, no eres hijo de mi cuerpo. Eres mi ahijado. Tu madre me pidió que te cuidara al morir. ¿Qué estás aprendiendo?

—La eterna pregunta de los padres —dijo, estremeciéndose—. Cómo controlar un helicóptero. Cómo preparar comida a partir de los escasos y desagradables alimentos actuales. ¿Puedo irme ahora?

—¿Puedes? —dijo ella—. ¡Sucio impertinente!

—Bueno —dijo él—. He hecho que te sientas culpable. No hagas eso. —Y mientras ella intentaba abrazarle, él se escabulló—. «El pájaro está en silencio sobre la rama del árbol» —dijo, sin aliento, volviendo a tumbarse en el suelo.

—Eso no es un aforismo —dijo otro de los jugadores de Barufaldi.

—Sí lo es.

—No lo es.

—Sí lo es.

—No lo es.

—Sí lo es.

—No...

La escuela se desvaneció; apareció la antecámara. En la cocina, Chi Komarov frotaba la espalda desnuda de su hijo de dieciséis años. Los padres siempre se besan entre sí; los hijos siempre se besan entre sí. Ella tocó su frente con la de los dos

hombres y colgó su jersey. Había siempre alguien por allí. Jannina manipuló su cronómetro de pulsera: un modelo de tiempo zonal, fecha, latitud-longitud, computadora familiar.

—A mi edad y tengo que acordarme de todas estas cosas —dijo ella. Presionó el botón de la computadora: Ann estaba en el colegio trabajando, un plan mensual, metódica Ann; Lee, cinco años ausente, heroico Lee; Phuong en París, ensayando todavía; C. E. se había ido sin decir adonde, espontáneo C. E.; Ilse estaba haciendo algunas reparaciones en el sótano, que no era un auténtico sótano, sino una habitación en la parte baja de la colina. Ella subió las escaleras, y luego descendió y asomó la cabeza por la puerta del salón-piscina. A través de las paredes de cristal podían verse las montañas. El viejo Al, que se había unido a ellos cuando ya era de edad avanzada, se ocupaba un poco del jardín en los breves veranos. Jannina le llamó.

»¡Hola, viejo Al! —Grande y peludo, era un extraño placer el pelo de su cuerpo blanco. Se sentó en su regazo—. ¿Ha venido?

—¿La nueva? No —respondió él.

—¿Vamos a nadar?

Él hizo un gesto expresivo.

—No, querida —dijo—. Antes iría a Naples a ver cómo los niños vuelan en helicópteros. O a Nevada a volar en ellos yo mismo. He estado en el agua todo el día, viendo cómo una persona muy testaruda reestructuraba arrecifes de coral y experimentaba con pólipos poliploides.

—Quieres decir que tú estuviste haciéndolo.

—Uno se habitúa a trabajar.

—¡Pero no tienes por qué hacerlo!

—Se trataba de un proyecto privado. La mayor parte de las cosas interesantes lo son.

Ella le susurró algo al oído.

Con las caras encendidas por la felicidad, se dirigieron al jardín interior de Al y cerraron la puerta.

Jannina, representante temporal de la familia, se colocó el casco del computador en la cabeza y, una vez conectado, limpió la casa, encargó alimentos e hizo un poco de los trabajos legales de una familia de dieciocho adultos (dos matrimonios triples, uno cuádruple y un grupo de ocho). Se sintió muy orgullosa de sí misma. Sintonizó Radio Himalaya HQ (por encima de dos mil metros) y conectó ambas computadoras (una sensación muy rara, como ese estornudo que nunca se produce); se oyó la invitación de una tal Leslie Smith y notificó a los Komarov que andaban fuera que debían regresar rápido. Lo harían unos seis más aquella noche. Más comida. Primera tormenta en Albany, Nueva York (América del Norte). Se necesitan dos habitaciones

para el martes. No puedo utilizar una habitación. No puedo utilizar un gatito. Necesito que me devuelva el geranio, señor Adam, Chile. El mejor artesano de vidrio soplado del mundo ha matado en un duelo al segundo mejor artesano de vidrio soplado por unirse al movimiento de los ceramistas. Una amarga batalla se prevé en la economía global. Se necesita diseñador. Se necesitan quince cantantes y un pansensición eléctrico. Trabajo temporal a través de Cambaluc, gran tectogénic...

Con el sentimiento de culpa que siempre se tiene cuando se charla con una computadora, porque realmente no es recíproco, Jannina se quitó el casco. Fue a buscar a Ilse. Subiendo de nuevo a través de la habitación de espuma blanca, de la habitación de espuma roja y de la habitación de espuma verde, todas ellas llenas de los planos y proyectos de los brillantes Komarov y de los incluso más brillantes niños Komarov, se detuvo en la habitación de los niños, donde Ilse alimentaba a su bebé. Encendieron la niñera robot y la pantalla de televisión. Ilse bebió cerveza en la sala de la piscina. Se quejó de la forma en que sucedían las cosas: faltas en la fundación, algunas personas que habían venido de Chichester y no habían podido encontrar a C. E., de forma que una de ellas se echó a llorar, un nuevo experimento de genética del que había oído hablar a través del circuito de la computadora, una execrable serie de ecuaciones de un embaucador de Budapest.

—¡Un duelo! —dijo Jannina.

Ambas estuvieron de acuerdo en que era chocante. Y divertido. Una nueva moda. Hay que estar loco para hacerlo. Terrible.

La luz se filtró a través de la puerta procedente de un túnel que unía la casa a la antecámara, y con gran rapidez, uno tras otro, como si la línea secundaria acabara de quedar libre, ocho Komarov entraron en la habitación. La luz brilló de nuevo. Podía verse a tres personas entrar una tras otra, personas con botas, con abrigo y máscaras faciales sobre sus jerseys. Estaban cubiertos de nieve, de las terrazas que había sobre la casa o de otros lugares del mundo. Jannina no lo sabía. Se sacudieron la nieve en la antecámara y colgaron sus ropas fuera.

—¡Dios mío, no estás circuncidado! —gritó alguien. Había mucho apretón de manos y muchos abrazos, como si se tratara de un casamiento. Velet Komarov, bajito y moreno, reconoció a Fung Pao-Yu y la levantó del suelo. «¿Has pasado una buena temporada en el campo, Pao-Yu?», decía Velet. La luz se encendió de nuevo, aunque nadie pudo ver nada porque los cristales estaban empañados por la colisión del aire frío y el cálido. El viejo Al se detuvo a medio camino en la cocina. El sonido del equipaje no era reconocible; un montón de trastos y ornamentos apareció en el receptáculo de las maletas. Debían de pertenecer a alguno de los jóvenes Komarov, porque los jóvenes siempre están interesados en las ropas.

—¿Ann o Phuong? —dijo Jannina—. Cinco a tres, ¿quiere alguien? ¡Premio!

Pero el que apareció era un extraño. Abrió la puerta de la cabina y miró dentro.

Oh, qué extraña sensación. Estaba pintada en algunos lugares, lo cual era terriblemente raro porque iba a la antigua usanza; ¿y para qué ponerse así para una reunión familiar? Era una mujer joven. Se trata de un terrible error, pensó Jannina. Entonces la visitante cometió su segundo error.

—Soy Leslie Smith —dijo. Pero era más señal de torpeza que de grosería. Chi Komarov (el alto y rubio) lo notó al instante, y recordando los espectáculos que mostraban escenas de costumbres antiguas, corrió a su lado y le dijo en son de guasa:

—¿No nos hemos visto antes? ¿No estás casada con alguien que conozco?

—No, no —contestó Leslie Smith, enrojeciendo de placer.

Él la tocó en el cuello.

—Ah, eres una bailarina, ¿no?

—¡Oh, no! —exclamó Leslie Smith.

—Yo soy un bailarín —dijo Chi—. ¿No lo crees?

—Pero eres demasiado..., demasiado espiritual —dijo Leslie Smith, vacilante.

—Espiritual, ¿qué os parece esto, familia? —exclamó, encantado (un poco más encantado, pensó Jannina, de lo que la situación merecía), y comenzó a acariciarle el cuello.

—Qué cuello tan adorable tienes —le dijo.

Eso animó a Leslie Smith, que dijo:

—Me gustan los hombres altos —y comenzó a observar al resto de la familia—. ¿Quiénes son todos esos? —preguntó, aunque uno temía que realmente hubiera querido decir aquello.

Fung Pao-Yu vino en su ayuda.

—¿Quiénes son todos esos? ¿Quiénes son, en realidad? A veces dudo de que sean alguien. Uno podría decir: «Me he encontrado a esa gente.» Pero ¿qué significaría? ¿Qué significado existencial conllevaría tal aserto? Yo soy yo. Yo me los he encontrado. He sido presentado a ellos. Pero son como el Sahara. Está cubierto de misterio. Dudo de que tan siquiera tengan nombres. —Etc., etc. Entonces Chi Komarov le disputó la posesión de Leslie Smith a Fung Pao-Yu, y Fung Pao-Yu la tomó de un brazo y Chi del otro, y ella comenzó a saltar de aquí para allá; en aquel momento las luces disminuyeron y llegó la comida y la gente empezaba a sentirse mejor..., o así lo creía Jannina. ¡Qué problemático y delicioso puede ser que coman quince en una habitación!

—¡Los Komarov somos famosos por comer donde podemos y siempre que podemos! —dijo Velet con orgullo. Varios Komarov en diversos lugares, tres amigos sobre cojines e Ilse tumbada. Jannina presionó un botón con la punta del pie y en el techo se encendieron varias luces.

—Lo hicieron los niños —dijo el viejo Al. No se sabía cómo, pero se había sentado junto a Leslie Smith y le estaba dando so-chi de su propio tazón. Ella le

sonrió.

—Nosotros una vez —decía uno de los amigos de Fung Pao-Yu— preparamos una comida, en un anfiteatro, en la que la mitad de nosotros hacía de criados, con multas para aquellos que no lo sabían hacer. Fue el resultado de una apuesta. Como en los malos viejos días. ¿Sabéis que una vez hubo *cinco mil millones* de personas en este mundo?

—Las gaviotas se aparean —dijo Ilse— en la isla de Skye. —Hubo murmullos de interés. Chi comenzó a desarrollar una erección y todos se echaron a reír. El viejo Al quería música y Velet no; lo que podía haber sido una pelea acabó cuando Ilse comenzó a tirarles de las orejas. Luego se marchó a la habitación de los niños.

—Leslie Smith y yo estamos modelados a la vieja usanza —dijo el viejo Al—, porque ninguno de los dos confía en las charlas. Chi... ¿y tu teatro?

—Estamos devolviendo gente —dijo, golpeándose las rodillas con los nudillos—. Creo que algunos están intentando suicidarse.

—Es una opción —dijo Velet razonablemente. Leslie Smith había volcado su plato. Ellos se precipitaron a recogerlo.

—Ah, ¡ya recuerdo! —dijo Pao-Yu—. Estuvimos comiendo potaje seco durante tres días. ¿Sabéis que uno de mis padres se mató?

—¡No! —exclamó Velet, sorprendido.

—Hace años —continuó Pao-Yu—. Dijo que se negaba a ver el momento en que volvieran a introducirse las sillas. También deseaba más atención a la genética, creo, para lograr una mayor inteligencia. Sin embargo, estoy seguro de que lo hizo en contra de su voluntad. Me parece que luchó contra un tiburón. Jannina, ¿es esto comida? ¿Se estila este año esta salsa?

—No, el que viene —dijo Jannina con ironía. ¡Qué gente! Comenzó a hablar en finlandés para enseñarle pronunciación a Pao-Yu—. ¿No es así? —le preguntó a Leslie Smith.

Leslie Smith se quedó mirándola.

Jannina les informó, en finlandés, que los Komarov habían firmado su contrato familiar en una comida de grupo, excepto Ann, que lo había hecho en forma individual, porque, qué diantre, ¿quién tenía tiempo para ello? Y la comida no va a mataros. Cuando acabaron echaron los platos a la basura y Velet se tendió en la alfombra. Indulgentemente, el viejo Al comenzó la ronda.

—Rojo.

—Sol —dijo Pao-Yu.

—El sol rojo es... —dijo uno de los triples Komarov.

—El sol rojo es... alto —dijo Chi.

—El sol rojo es alto, el... —dijo Velet.

—El sol rojo es alto, el azul... —acabó Jannina. Todos miraron a Leslie Smith,

que tenía opción de completar la frase o de pasar el turno. Optó por completarla, no tímidamente (como antes), sino sencillamente señalando al viejo Al.

—El sol rojo es alto, el azul —dijo él— es ¡sutil!

Otro: *Ching*.

Nü.

Ching nü chi.

Ssu.

Wo.

Ssu wo yu.

De nuevo le llegó el turno a Leslie Smith. Ella dijo:

—No puedo hacerlo.

Jannina se levantó y comenzó a bailar. Soy agradable a mi manera, pensó. Los demás se dirigieron a la piscina, e Ilse reapareció en la pantalla de la habitación de los niños para decir:

—Ahora voy.

Alguien preguntó:

—¿Qué hora es ahora en Argentina?

—Las cinco de la madrugada.

—Creo que me tengo que ir.

—Vete, pues.

—Me voy.

—Buen viaje.

La luz roja situada sobre la puerta de la antecámara brilló y se apagó.

—Oye, ¿por qué dejaste a tu otra familia? —le preguntó Ilse a Leslie Smith mientras se sentaba junto al viejo Al. Ann, para la cual ahora era de noche, llegaría en seguida; Chi, que acababa de estar hacía unas cuantas horas en la América occidental, se quedaría un poco más. Nadie conocía el origen de Al, y la propia Jannina había perdido el rastro del tiempo. Quería estar levantada hasta que tuviera sueño. Seguía un ciclo de veintiocho horas al día: Phuong uno de veintidós, Ilse seis horas levantada y seis dormitando. Jannina movió la cabeza, escuchó la pregunta y se despertó.

—Yo no los dejé. Ellos me dejaron a mí.

Se produjo un murmullo de simpatía en torno a la piscina.

—Me dejaron porque yo era estúpida —continuó Leslie Smith. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo en actitud pasiva. Parecía muy delicada con su cuerpo pintado de azul, una jovencita de senos pequeños. Uno de los triples Komarov, que flirteaba con los otros dos en la piscina, se echó a reír. Los miembros no acuáticos de la familia se agolparon en torno a Leslie Smith, tocándola suavemente. La besaron y le mostraron todas sus superficies no ocultas, sus vientres, sus suaves pieles. El viejo Al le besó las manos. Ella permaneció allí sentada, extrañamente quieta.

—Pero soy una estúpida —dijo ella—. Ya lo descubriréis.

Jannina se tapó las orejas con las manos.

—¡Una masoquista! —Leslie Smith la miró con una mirada curiosamente estúpida. Luego pareció abstraerse y comenzó a frotarse una rodilla azul.

—¡Equipaje! —gritó Chi, dando palmadas, y los triples subieron por las escalerillas.

—No, me voy a la cama —dijo Leslie Smith—. Estoy cansada. —Y con toda sencillez se levantó y dejó que el viejo Al la condujera a través de la habitación rosa, de la habitación azul, de la habitación tórtola-y-perrito (temporalmente vacía) y todas las demás habitaciones, hasta la habitación de los invitados, que daba sobre la fría colina y las plantaciones.

—El mejor artesano de vidrio soplado del mundo —dijo Chi— ha matado en un duelo al segundo mejor artesano de vidrio soplado del mundo.

—Por sumarse al movimiento de ceramistas —añadió Ilse horrorizada. Jannina sintió un escalofrío; era la cosa más amarga bajo la superficie de la vida, la furia que se desbordaba. Se preveía una amarga lucha en la economía global. La vieja comida iba desapareciendo de año en año. Jannina pensó que debería estar tremendamente agradecida de vivir en aquel momento, de estar en un mundo tan extraordinario que aún tendría mucho que andar tras su muerte. ¡Quedaba tanto por hacer!

El viejo Al regresó al salón.

—Se ha acostado.

—Bien, ¿cuál de nosotros...? —comenzó a decir uno de los triples, mirando a los demás.

Chi iba a ofrecerse voluntario, fuera de su habitual rectitud, pensó Jannina, pero entonces ella se encontró súbitamente de pie, para luego sentarse de nuevo.

—No tengo coraje —dijo.

Velet Komarov se dirigió hacia las escaleras caminando sobre las manos. Luego dio un salto y se desvaneció. El viejo Al se dirigió al lugar donde había estado sentado y sacó un vaso de cerveza. Se lo llevó a la boca y bebió. Luego dijo:

—Ella es realmente estúpida, sabéis. —A Jannina se le erizó la piel.

—Ooooh —dijo Pao-Yu. Chi se dirigió a la cocina y regresó con un rollo de papel, que arrojó a la piscina. Uno de los triples echó a nadar y lo recuperó.

—Smith, Leslie —dijo—. Adam Two, Leslie. Yee, Leslie. Schwarzen, Leslie.

—¿Qué ha de hacer la mujer en la Tierra además de casarse? —exclamó Pao-Yu.

—Conduce un hovercraft —dijo Chi— a lo largo del Pacífico hasta que las últimas estaciones subterráneas se hayan completado. Dijo que cuando era niña deseaba conducir un carro.

—Bueno, puedes hacerlo, ¿no? —dijo el trillizo de los cabellos rojos—. Vete a Arizona o a las Rocosas y conduce sobre las carreteras. Carreteras de cien kilómetros

por hora. Es una gran recreación artística.

—Eso no es un trabajo —observó el viejo Al.

—¿No podría ocuparse de los niños? —dijo el trillizo de los cabellos rojizos. Ilse exhaló un suspiro.

—La estupidez no es la mejor recomendación para ello —dijo Chi—. Veamos..., niños no. No, desde luego que no. Que cumpla su cupo de trabajo aquí, realizando algunas tareas rutinarias. Kim, Leslie. Ir a Moscú y contratar un doble con algún compañero, no duraría. Registrarse como soltera tampoco duraría. Dijo que estaba sola y que la explotaban.

El viejo Al asintió.

—Que regrese y que viva informalmente con un grupo de teatro. Ir a psicoterapia. Prestarse voluntaria para algunos programas experimentales de inteligencia, coordinación muscular, desarrollo muscular, empatía, prognosis: pobre. No, espera un momento, dice: «Más como éstos.» Bueno, es lo mismo.

—Lo que querría saber —añadió Chi, levantando la cabeza— es quién conoció a la señorita Smith y decidió que la necesitábamos en este Palacio de Hielo.

Nadie respondió. Jannina estuvo a punto de decir: «¿Tal vez Ann?», pero en ese momento Chi llegaba a la última página del *dossier*.

—Lo hizo la computadora —dijo Pao-Yu, y lanzó una risita estúpida.

—Bueno —dijo Jannina, poniéndose en pie de un salto—. Rompe eso, cariño, o dámelo a mí para que lo rompa yo por ti. Creo que la señorita Smith merece de nosotros lo mismo que cualquier otro, y yo... tengo la intención *de subir allí...*

—Después de Velet —dijo Al secamente.

—*Con Velet*, si es preciso —dijo Jannina, levantando las cejas—, y si tú no sabes cómo tratar a un huésped, viejo Papá, yo sí lo sé, e intento cumplirlo. Afortunadamente estoy en casa este mes, porque probablemente vosotros habríais alimentado a esa pobre mujer con algas y nada más.

—No va a gustarte, Jannina —dijo el viejo Al.

—Lo averiguaré por mí misma —replicó Jannina con cierta aspereza—, y te sugiero que hagas lo mismo. Deja que trabaje contigo en el jardín, Papá. Deja que elija la espuma para las nuevas habitaciones. Y ahora —les echó una mirada a todos— voy a limpiar esta habitación, de modo que lo mejor será que os vayáis, todos vosotros —y dirigiéndose hacia la cocina, se puso el casco de la computadora en la cabeza y comenzó a limpiar. Luego se quitó el casco y lo colgó en la pared. Levantó la tapa de su cronómetro de muñeca y lo consultó. Cuando regresó al salón ya no había nadie allí. Sólo estaba el *dossier* de Leslie Smith sobre un cojín. Jannina golpeó la estantería-pared y ésta se abrió para mostrarle su interior. Tomó un chicle. Comenzó a masticar y a leer acerca de Leslie Smith.

P.: ¿Qué has visto en los últimos treinta años que te haya gustado en particular?

R.: No sé..., el museo, creo. En Oslo. Quiero decir el... la sirena y el museo de los niños.

P.: ¿Te gustan los niños?

E.: Oh, no.

(No hay nada malo en eso, desde luego, pensó Jannina.)

P.: Pero te gustó el museo de los niños.

R.: Sí, señor..., sí... Me gustaron todos esos animalitos, en el... en...

P.: ¿La Crèche?

R.: Sí. Y me gustaron las cosas viejas del pasado, los murales con flores. Parecían tan reales.

(¡Santo Dios!)

P.: Has dicho que te asociaste a un grupo de teatro en Tokio. ¿Te gustaba?

R.: No. Sí... No lo sé.

P.: ¿Eran personas agradables?

R.: Oh, sí, eran muy agradables. Pero creo que me volvían loca... Ya sabe... Bueno..., me parece que no capto las cosas con rapidez. No se trata del trabajo, porque lo hago todo bien. Pero las otras..., las cosas pequeñas. Siempre sucede igual.

P.: ¿Qué crees tú que sucede?

R.: Tú... Creo que tú lo sabes.

Jannina hojeó el resto. Normal. Normal. Normal. La señorita Smith era tan normal como podía. La señorita Smith era estúpida. Pero ni siquiera muy estúpida. Todo se presentaba endiabladamente mal. Los Komarov estarían hartos de ella en una semana; sí, nos hartaremos de ella (pensó Jannina), siempre incapaz de captar una broma, o el tono de una voz, siempre pasiva, aunque dispuesta a cooperar, pero nunca feliz, nunca a gusto. Se le puede buscar un trabajo, ¿pero qué otra cosa se le puede buscar además? Jannina miró aburrida el *dossier*.

P.: Has dicho que te hubiera gustado vivir en los viejos tiempos. ¿Por qué? ¿Hubieras sido más feliz, es que te hubiera gustado tener montones de niños?

R.: Yo... No tienes derecho... Te estás burlando.

P.: Lo siento. Supongo que querías decir que entonces hubieras tenido una inteligencia al nivel de lo normal. Y hubiera sido así, ¿sabes?

R.: Lo sé. Pero no te burles.

¡Bueno, era demasiado, endiabladamente malo! Jannina sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. ¿Qué podía hacer aquella pobre mujer? El horror de todo aquello era que no se trataba más que de un accidente, no de una tragedia, como si en la frente de todo el mundo estuviera impresa la palabra «elección» salvo en la de Leslie Smith. Necesita dinero, pensó Jannina, acordándose de los malos días en los que la gente hacía las cosas por dinero. Nadie podía encariñarse con Leslie Smith. No estaba lo suficientemente loca como para dejarse explotar. No era lo suficientemente

inteligente como para interesarle a nadie. Por otra parte, no era retrasada mental ni tenía dañado el cerebro; de hecho (Jannina estaba mirando de nuevo el *dossier*) habían intentado que hiciera su trabajo allí y no había quedado mal ante el supervisor. Ella había dicho que la gente que estaba allí era «repugnante» y «rebelde». No poseía particulares aptitudes mecánicas. No tenía intereses particulares. En realidad, no había para ella más posibilidades que leer o mirar; ¿cómo podía ser aquello? Parecía ser (de nuevo al *dossier*) que pasaba la mayor parte del tiempo trabajando o yendo de viaje turístico a lugares exóticos, arrecifes de coral y sitios similares. Le gustaba la navegación, pero no lo hacía con frecuencia porque le aburría. Y eso era todo. Había pocas cosas que se pudiera hacer por Leslie Smith. Podría decirse incluso que en su propia persona se reunían todos los defectos de los viejos malos días. ¡Imagínense un mundo lleno de personas como ella! Jannina bostezó. Dejó el *dossier* y se dirigió a la cocina. Era una pena que la señorita Smith no tuviera un buen aspecto, y una pena también que estuviera demasiado bien equilibrada como para pensar que la cirugía estética pudiera significar una mejoría. Afortunadamente, Leslie, tienes un poco de cerebro. Jannina, medio dormida, encontró a Ann en la cocina. Jannina le acarició la espalda. Ann la empujó.

—Mira —dijo Ann, extrayendo de la bolsa que llevaba en la cadera un pequeño fragmento de tela, de un extraño tono marrón.

—¿Qué es?

—El segundo mejor artesano de vidrio soplado del mundo..., oh, ya conoces la noticia..., bueno, pues ésta es su sangre. Cuando el mejor artesano de vidrio soplado del mundo le atravesó el corazón al segundo mejor artesano de vidrio soplado del mundo, y cortó también su garganta, unos cuantos niños pequeños mojaron pañuelos en su sangre y están enviando trocitos de ellos por todo el mundo.

—¡Dios mío! —exclamó Jannina.

—No te preocupes, querida —dijo amablemente Ann—. Sucede una vez cada diez años más o menos. Los niños dicen que quieren volver a la crueldad, la suciedad, la enfermedad, la gloria y el infierno. Luego lo olvidan. Los profesores saben muy bien. —Parecía divertida—. Me temo que hoy he perdido el control y he zurrado a tu ahijado. Después de todo, queda en la familia.

Jannina recordaba cuando, siendo ella mucho más joven y apenas una adolescente, ésta había venido a vivir con ellos. Ann había fingido ser un niño y le había puesto la cabeza sobre el hombro a Jannina, diciéndole: «Jannie, cuéntame un cuento.» De igual forma, Jannina había apoyado ahora su cabeza en el pecho de Ann y le decía: «Annie, cuéntame un cuento.»

Ann dijo:

—Hoy les he contado una historia a mis niños, un mito de la creación. Todo mito de creación ha de explicar cómo se introdujeron en el mundo la muerte y el

sufrimiento, de modo que éste trata también de eso. Al principio, el primer hombre y la primera mujer vivían muy contentos en una isla hasta que un día comenzaron a sentir hambre. De modo que llamaron a la tortuga que lleva sobre su caparazón el mundo para que les enviara algo que comer. La tortuga les envió un mango, lo comieron y quedaron satisfechos, pero al día siguiente volvieron a sentir hambre.

»“Tortuga —le dijeron—, envíanos algo para comer.” Entonces la tortuga les envió un grano de café. Ellos pensaron que aquello era bien pequeño, pero se lo comieron y quedaron satisfechos. Al tercer día llamaron de nuevo a la tortuga y esta vez la tortuga les envió dos cosas: un plátano y una piedra. Ni el hombre ni la mujer sabían qué elegir, de modo que le preguntaron a la tortuga qué era lo que debían comer. “Elegid”, dijo la tortuga. Y ellos eligieron el plátano y se lo comieron, pero utilizaron la piedra para jugar. Entonces la tortuga dijo: “Deberíais haber elegido la piedra. Si hubierais elegido la piedra habríais vivido eternamente, pero como habéis elegido el plátano, la Muerte y el Dolor entrarán en el mundo, y no soy yo quien podrá impedirlo.”

Jannina estaba llorando. En los brazos de su vieja amiga lloraba amargamente, con una sensación de ardor en el pecho y un gusto de muerte en la boca. Era terrible. Se acordaba del embrión de tiburón que había visto cuando tenía tres años en el Auckland Cetacean Research Center, y de cómo había llorado entonces. No sabía por qué estaba llorando.

—¡No! ¡No! —sollozaba.

—¿No qué? —le preguntó Ann con afecto—. ¡Tonta, Jannina!

—¡No! ¡No! —gritaba Jannina—. ¡Es verdad, es verdad! —y siguió así durante algunos minutos. La muerte había entrado en el mundo. Nadie podía detenerla. Era terrible. No le importaba por ella, sino por los demás, por su ahijado, por ejemplo. Iba a morir, iba a sufrir. Nada podía ayudarlo. Duelo, suicidio o vejez, era lo mismo—. ¡Esta vida! —sollozó Jannina—. ¡Esta terrible vida! —Enlazaba de algún modo el pensamiento de la muerte con Leslie Smith, ahora en la cama, y Jannina comenzó a gritar, pero el pensamiento de Leslie Smith la calmó. Se limpió los ojos con las manos y se sentó.

—¿No te apetece una fumada? —le preguntó la hermosa Ann, pero ella negó con la cabeza. Comenzó a reír. Realmente, todo aquello era ridículo.

—Ahí está esa Leslie Smith —dijo, con los ojos ya secos—. Vamos a tener que encontrar algún modo de tratar con ella. Es tonto, en este tiempo y edad.

Y le contó a la encantadora Ann todo lo que había sucedido.

BRUMA, HIERBA Y ARENA

(Of Mist, and Grass, and Sand)

Vonda N. McIntyre

Vonda N. McIntyre nació en Kentucky y ha vivido en Massachusetts, Nueva York, Maryland, las Netherlands y Washington. Se graduó en genética con honores en la Universidad de Washington. Ha trabajado como profesora y coordinadora del grupo de escritores de ciencia ficción en la Universidad de Washington. Sus relatos han aparecido en Analog, Quark, The Last Dangerous Visions, Orbit, The Alien Condition, Clarion y The Magazine of Fantasy and Science Fiction. Es coeditora, con Susan Janice Anderson, de Aurora: Beyond Equality (Fawcett-Gold Medal).

Bruma, Hierba y Arena, que ganó el premio Nebula en 1973 a la mejor novela corta, es la visión de un mundo posttecnológico. El personaje central es una joven que cura la enfermedad con la ayuda de tres culebras. La narración nos advierte directamente: no solucionaremos los problemas destruyendo, asustados, los instrumentos que necesitamos, sino que debemos aprender a usarlos y comprenderlos.

El muchacho estaba asustado. Con suavidad, Serpiente tocó su frente que ardía. Tras ella, tres adultos se mantenían muy juntos, observando inquietos, temerosos de mostrar su interés, que sólo se adivinaba por las arrugas que cercaban sus ojos. Temían a Serpiente tanto como la muerte de su único hijo. En la oscuridad de la tienda, las temblorosas lámparas no infundían ninguna confianza.

El muchacho miraba con unos ojos tan oscuros que las pupilas no eran visibles y tan opacos que la propia Serpiente temía por su vida. Ella le acarició el cabello. Era largo y de un tono muy pálido que contrastaba con su piel oscura, seco e irregular. Si Serpiente hubiera conocido a aquella gente unos meses atrás hubiera sabido que el muchacho estaba enfermando.

—Traedme mi caja, por favor.

Los padres del chico se sorprendieron por su suave voz. Tal vez habían esperado un tono chirriante o el siseo de una serpiente que se levanta. Era la primera vez que Serpiente hablaba en su presencia. Se había limitado a contemplarlos cuando los tres fueron a observarla a distancia y le habían expuesto entre murmullos su problema; ella se había limitado a escucharles y después asintió con la cabeza cuando finalmente le pidieron su ayuda. Tal vez pensaron que era muda.

Un joven de cabellos claros le acercó su caja de cuero. La llevaba separada del cuerpo, y al entregársela hizo una inclinación, respirando profundamente y con las aletas de la nariz muy abiertas por el fuerte olor a almizcle que flotaba en el aire seco del desierto. Serpiente ya se había acostumbrado a despertar la inquietud de la gente; la había visto muchas veces.

Cuando Serpiente tendió los brazos, el joven dio un salto atrás y dejó caer la caja. Serpiente hizo un rápido movimiento y la cogió en el aire, la colocó suavemente en el suelo y miró al joven con reproche. El hombre y la mujer se le acercaron para tranquilizarle.

—Fue mordido una vez —dijo la mujer, morena y hermosa—. Estuvo a punto de morir. —Su tono no era de orgullo, sino de justificación.

—Lo siento —dijo el joven—. Es... —hizo un gesto; estaba temblando e intentando controlar las reacciones de su miedo. Serpiente miró tras de sí, pues había captado inconscientemente un movimiento. Una pequeña serpiente, delgada como el dedo de un niño, se deslizaba en torno a su cuello y mostraba su estrecha cabeza tras sus rizos cortos y negros. Probó el aire con su lengua bífida en un gesto placentero, fuera, arriba y abajo, dentro, para probar el gusto de los olores.

—Es Hierba —dijo Serpiente—. No te hará daño. —Si hubiera sido mayor, habría dado miedo; tenía un color verde pálido, pero las escamas que rodeaban su boca eran rojas, como si acabara de comerse a algún animal, despedazándolo. En realidad era mucho más limpia.

El niño sollozó, pero en seguida reprimió su llanto de dolor. Tal vez le habían

dicho que Serpiente podría enfadarse si lloraba. Pero ella lo único que sentía era pena por aquella gente que rechazaba una forma tan fácil de librarse del miedo. Apartó su mirada de los adultos, sintiendo que le tuvieran miedo; pero no deseaba perder el tiempo convenciéndoles de que sus reacciones eran injustificadas.

—Todo va bien —le dijo dulcemente al pequeño—. Hierba es suave, seca y blanda, y si la dejo junto a ti para que te proteja, ni siquiera la muerte podrá aproximarse a tu lado. —Hierba se colocó en su estrecha y sucia mano, y ella se la tendió al niño—. Suavemente. —El niño tocó el reptil con un dedo. Serpiente notó el esfuerzo que tenía que hacer para un movimiento tan sencillo, pese a que el muchacho sonreía—. ¿Cómo te llamas?

Él lanzó rápidamente una mirada a sus padres, y finalmente ellos asintieron.

—Stavin —murmuró. Apenas tenía fuerzas para respirar.

—Yo soy Serpiente, Stavin, y dentro de poco, por la mañana, tendré que hacerte daño. Sentirás un dolor repentino y te dolerá el cuerpo durante algunos días, pero después te encontrarás mejor.

Él la miró solemnemente. Serpiente se dio cuenta de que, aunque el niño había comprendido lo que le había querido decir y sentía miedo por lo que ella tenía que hacerle, estaba menos asustado que si le hubiera mentido. El dolor debía de haberle aumentado mucho a medida que la enfermedad se agudizaba; pero parecía que los demás lo único que habían hecho era tranquilizarle, esperando que la enfermedad desapareciera o le matara rápidamente.

Serpiente colocó a Hierba sobre la almohada del muchacho y le acercó su caja. La cerradura se abrió cuando ella la tocó. Los adultos seguían sintiendo hacia ella únicamente miedo; no tenían ni tiempo ni razones para hallar ninguna confianza. La mujer era lo suficientemente mayor como para no tener ya más hijos, y Serpiente podía ver en los ojos de todos su sufrimiento, su preocupación, y que querían mucho al niño. Y así debía ser, para haberse atrevido a recurrir a ella.

Era de noche y cada vez hacía más frío. Silenciosamente, Arena salió de la caja moviendo la cabeza, moviendo la lengua, olfateando, gustando, detectando el calor de unos cuerpos.

—¿Es ésta...? —La voz del marido más viejo era baja y sabia, pero aterrorizada, y Arena sintió el miedo. Se enroscó en posición de ataque y siseó suavemente.

Serpiente habló, moviendo la mano y extendiendo el brazo. La víbora se relajó y comenzó a enroscarse en su muñeca hasta formar varias pulseras negras y marrones.

—No —respondió—. Tu hijo está demasiado enfermo para que Arena pueda ayudarlo. Sé que resulta difícil, pero intentad calmaros. Esto es terrible para vosotros, pero es lo único que puedo hacer.

Tuvo que molestar a Bruma para que saliera fuera. Serpiente sacudió la caja dos veces, notó la vibración, y súbitamente una cobra albina apareció en la tienda. Se

movía rápidamente, pero parecía no tener fin. Se movía hacia delante y hacia atrás. Se oyó un penetrante silbido. Su cabeza estaba a un metro sobre el suelo, mostrando su amplio hocico. Tras ella, los adultos lanzaron suspiros sofocados, como si se sintieran físicamente agredidos ante la visión de Bruma. Serpiente ignoró a las personas y habló a la gran cobra, centrando su atención en sus palabras:

—Ah, tú. Furiosa criatura. Échate. Esta vez te toca a ti ganarte la comida. Habla a este niño y tócale. Se llama Stavín.

Lentamente, Bruma se relajó y permitió que Serpiente la tocara. Serpiente la agarró firmemente por detrás de la cabeza, obligándola a mirar a Stavín. Los ojos plateados de la cobra reflejaron la luz amarillenta de la lámpara.

—Stavín —dijo Serpiente—, Bruma se encontrará contigo ahora. Te prometo que esta vez te tocará suavemente.

Sin embargo, Stavín tembló cuando Bruma tocó su delgado pecho. Serpiente no había soltado la cabeza de la cobra, pero permitió que su cuerpo se deslizara hacia el del muchacho. La cobra tenía de largo cuatro veces la altura del muchacho. Se curvó en blancas ondulaciones sobre su abdomen, extendiéndose, dirigiendo su cabeza hacia la cara del muchacho, tratando de eludir las manos de Serpiente. Bruma encontró la asustada mirada de Stavín con sus ojos sin párpados. Serpiente le permitió acercarse un poco más.

Bruma sacó la lengua para tocar al niño.

El marido más joven lanzó un aterrorizado gemido que cortó inmediatamente. Al oírlo, Stavín retrocedió y Bruma se echó hacia atrás abriendo la boca y poniendo sus dientes al descubierto, mientras se oía claramente el aire salir de su garganta. Serpiente se puso en cuclillas, expulsando su propio aliento, a veces, en otros sitios, los lugareños podían permanecer mientras ella trabajaba.

—Tenéis que salir —dijo con amabilidad—. Es peligroso asustar a Bruma.

—No quiero...

—Lo siento. Tenéis que esperar fuera.

Tal vez el marido más joven, o incluso la mujer, hubieran puesto sus indefendibles objeciones y hubiesen formulado preguntas incontestables, pero el hombre mayor les tomó de la mano y les condujo fuera.

—Necesito un animalito —dijo Serpiente mientras salían—. Ha de tener pelo y ha de estar vivo.

—Podemos encontrar uno —dijo el hombre mayor, y los tres padres se adentraron en la brillante noche. Serpiente oyó sus pasos sobre la arena.

Serpiente sostuvo a Bruma en su regazo y la fue tranquilizando. La cobra se fue enroscando en su estrecha cintura, buscando su calor. El hambre hacía que Bruma estuviera más nerviosa de lo habitual, y estaba hambrienta, como también lo estaba Serpiente. Mientras atravesaban la negra arena del desierto habían encontrado agua

suficiente, pero las trampas de Serpiente no dieron resultado. Era verano, hacía mucho calor y la mayoría de los animalillos peludos que Arena y Bruma comían estaban estivando. Cuando las serpientes no tenían su comida habitual, Serpiente ayunaba también.

Comprobó con tristeza que Stavín estaba ahora más asustado.

—Siento haber tenido que enviar a tus padres fuera —dijo—. Volverán pronto.

Sus ojos se humedecieron, pero contuvo las lágrimas.

—Me dijeron que hiciera lo que tú me dijeras.

—Hubiera preferido que llorases si fueras capaz de ello —dijo Serpiente—. No es una cosa tan terrible. —Pero Stavín parecía no comprender y Serpiente no le presionó. Sabía que aquella gente aprendía por sí misma a resistir las dificultades negándose a llorar, negándose a reír. Se negaban a sí mismos el consuelo y se permitían poca alegría, pero sobrevivían.

Bruma se había calmado. Serpiente se la desenroscó de la cintura y la colocó junto a Stavín. Mientras la cobra se movía, Serpiente guiaba su cabeza, notando la tensión de sus músculos.

—Va a tocarte con la lengua —le dijo a Stavín—. Puede que te produzca comezón, pero no te herirá. Ella huele con la lengua, lo mismo que tú lo haces con la nariz.

—¿Con la lengua?

Serpiente asintió, sonriendo, y Bruma sacó la lengua para acariciar el pecho de Stavín. Este no desvió el cuerpo; en su mirada se vio la alegría de saber que había superado el miedo. Permaneció tumbado tranquilamente mientras Bruma le paseaba la lengua por el pecho, los ojos y la boca.

—Está probando la enfermedad —dijo Serpiente. Bruma dejó de mostrar oposición a la mano que la sujetaba y echó para atrás la cabeza. Serpiente se sentó sobre sus talones y dejó a la cobra, que ascendió por su brazo y se tendió sobre sus hombros.

—Duérmete, Stavín —dijo Serpiente—. Intenta confiar en mí, e intenta no tener miedo al mañana.

Stavín la miró durante unos segundos, buscando confianza en los pálidos ojos de Serpiente.

—¿Dejarás que Hierba vigile?

A ella le sorprendió la pregunta, o más bien, la aceptación que había tras ella. Apartó su cabello de la frente y sonrió.

—Pues claro. —Cogió a Hierba—. Tú mirarás a este niño y le cuidarás. —La serpiente permanecía quieta en su mano, con los ojos resplandecientes. Luego se puso suavemente sobre la almohada de Stavín—. Ahora duérmete.

Stavín cerró los ojos y la vida pareció escaparse de él. La alteración resultó tan

grande que Serpiente se inclinó para tocarle; luego vio que respiraba, aunque lentamente. Le cubrió con una manta y se levantó. El cambio brusco de posición la mareó, y se tambaleó. Sobre sus hombros, Bruma se tensó.

Los ojos de Serpiente se hicieron incisivos y su visión se agudizó. El sonido que había imaginado oír se aproximaba. Tenía que luchar contra el hambre y el cansancio. Se inclinó lentamente y cogió la caja de cuero. Bruma le tocó el pecho con la punta de la lengua.

Abrió la cortina de la tienda y se tranquilizó al ver que todavía era de noche. Podía soportar el calor, pero el brillo del sol la penetraba, quemándola. La luna debía de estar llena; aunque las nubes lo oscurecían todo, difundían una luz que ponía el cielo gris por todo el horizonte. Más allá de las tiendas, grupos de sombras informes se proyectaban en el suelo. Allí, junto al borde del desierto, había suficiente agua para que creciera la vegetación, proporcionando sombra y alimento a los seres vivos. La oscura arena, que durante el día cegaba con sus destellos, parecía ahora una suave capa de ceniza. Serpiente salió de la tienda, y la ilusión de suavidad desapareció; sus botas se hundieron en los ásperos granos de arena.

La familia de Stavin esperaba, muy juntos, entre las oscuras tiendas que formaban un sendero que había sido limpiado de arbustos. La miraban en silencio, con esperanza en los ojos pero sin expresión en la cara. Una mujer algo más joven que la madre de Stavin estaba sentada con ellos. Vestía, como todos ellos, con una larga túnica suelta, pero llevaba el único adorno que Serpiente había visto entre aquella gente: un círculo de cuero que pendía de su cuello por medio de una tira también de cuero. Ella y el marido más viejo tenían fuertes similitudes: rostro anguloso, pómulos altos, cabello blanco, ojos castaño oscuro, mejor adaptados para vivir al sol. A sus Pies, en el suelo, un pequeño animal negro daba saltos esporádicos dentro de una jaula, y de vez en cuando lanzaba un grito agudo pero débil.

—Stavin está durmiendo —dijo Serpiente—. No le molestéis ahora, pero acudid junto a él si se despierta.

La mujer y el marido joven se levantaron y se metieron en la tienda, pero el más viejo se detuvo junto a ella.

—¿Puedes ayudarle?

—Espero que podamos. El tumor está avanzando, pero parece sólido. —Su propia voz le sonaba extraña, como si estuviera mintiendo—. Bruma estará preparada por la mañana. —Sintió la necesidad de decirle más cosas para tranquilizarle, pero no se le ocurrió ninguna.

—Mi hermana desea hablar contigo —dijo él, y tras aquella presentación, las dejó solas, sin añadir, para vanagloriarse, que aquella mujer era la jefa de su grupo. Serpiente se volvió para mirarle de nuevo, pero ya la cortina de la tienda había caído. Se sentía cada vez más cansada, y sobre sus hombros Bruma era, por primera vez, un

peso excesivo.

—¿Te encuentras bien?

Serpiente se volvió. La mujer avanzó hacia ella con una elegancia natural que procedía de su avanzado estado de gestación. Serpiente tuvo que levantar la cabeza para mirarla. Tenía finas líneas en los extremos de los ojos, como si a veces riera en secreto. Sonrió, pero con gesto preocupado.

—Pareces muy cansada. ¿Quieres que ordene que te preparen una cama?

—Ahora no —contestó Serpiente—, todavía no. No dormiré hasta después.

La jefa examinó su cara y Serpiente se sintió unida a ella por la responsabilidad que compartían.

—Comprendo, al menos así lo creo. Si hay algo que pueda hacer por ti... ¿Necesitas ayuda en tus preparaciones?

Serpiente se dio cuenta de que tenía que hacer frente a simples preguntas como si fueran problemas complejos. Les dio vueltas en su cabeza cansada, los examinó, los diseccionó y finalmente murmuró sus conclusiones:

—Mi caballo necesita comida y agua...

—Ya nos hemos encargado de eso.

—Y yo necesito a alguien que me ayude a manejar a Bruma. Alguien fuerte. Pero lo más importante es que no tenga miedo.

La jefa asintió.

—Te ayudaría yo misma —dijo, sonriendo de nuevo ligeramente—. Pero estoy un poco cansada. Encontraré a alguien.

—Gracias.

Sombría de nuevo, la mujer inclinó la cabeza y se dirigió lentamente a un pequeño grupo de tiendas. Serpiente la contempló mientras se marchaba, admirando su gracia. En comparación se sentía pequeña, joven y harapienta.

Arena comenzó a desenroscarse de su muñeca. Notando el movimiento de sus escamas, se precipitó para cogerla antes de que cayera al suelo. La mitad superior del cuerpo de Arena sobresalía de sus manos; sacó la lengua, mirando al pequeño animal, sintiendo el calor de su cuerpo, olfateando su miedo.

—Sé que estás hambrienta —dijo Serpiente—, pero éste no es para ti. —Puso a Arena en la caja, se quitó a Bruma de la espalda y le permitió que se acercara al animal.

El animalillo volvió a gritar y a saltar cuando la difusa sombra de Serpiente pasó sobre él. Ella se inclinó y lo cogió. La rápida serie de gritos aterrorizados disminuyó hasta detenerse cuando ella lo agarró. Finalmente se quedó quieto, respirando con dificultad, exhausto, mirándola con sus ojos amarillos. Tenía las patas largas y las orejas puntiagudas, y su nariz se retorció al sentir el olor de la serpiente. Su suave piel negra estaba marcada por las cuerdas de la red.

—Siento tener que tomar tu vida —dijo Serpiente—. Pero después ya no tendrás miedo y no voy a hacerte daño. —Cerró la mano cuidadosamente en torno a él y rompió su espina dorsal en la base del cráneo. El animalito pareció luchar brevemente, pero ya estaba casi muerto. Se convulsionó. Sus patas se encogieron contra su cuerpo y sus dedos se retorcieron. Incluso ahora parecía mirarla. Ella sacó su cuerpo de la red.

Luego extrajo un pequeño pomo del bolsillo de su cinturón, abrió la boca del animal y vertió dentro una gota del preparado que contenía el pomo. Rápidamente, llamó a Bruma. La cobra se acercó lentamente, deslizándose por la granulosa arena. Sus escamas lechosas captaron la tenue luz. Olió al animal, se le acercó y lo tocó con la lengua. Durante un momento, Serpiente temió que rechazara la comida muerta, pero el cuerpo estaba todavía caliente, se retorcía aún y la cobra estaba demasiado hambrienta.

—Alimento para ti —le dijo Serpiente a la cobra, pues su solicitud para con ella era ya una costumbre—. Calmará tu apetito. —Bruma olfateó el animal, retrocedió y luego se lanzó sobre él, clavando sus dientes en aquel pequeño cuerpo, y luego mordió de nuevo, bombeando su acumulación de veneno. Luego lo soltó para volver a cogerlo mejor, y lo engulló. Apenas tuvo que distender la garganta. Cuando Bruma quedó quieta, asimilando el animal, Serpiente se sentó junto a ella y esperó.

Oyó pasos en la áspera arena.

—Me han enviado para ayudarte.

Era un hombre joven, pese a tener canas en sus cabellos. Era más alto que Serpiente y no carente de atractivo. Tenía los ojos oscuros y sus agudas facciones estaban más acentuadas por el hecho de que llevara los cabellos recogidos en la nuca. Tenía una expresión neutra.

—¿Tienes miedo?

—Haré lo que me digas.

Aunque sus formas estaban ocultas bajo su amplia túnica, se veía que tenía las manos fuertes.

—Entonces sujeta su cuerpo y no dejes que te sorprenda.

Bruma comenzaba a escapar a los efectos de la droga que Serpiente había puesto en el animalillo. Los ojos de la cobra miraban sin ver.

—Si muerde...

—¡Sujétala, rápido!

El joven se apresuró, pero no fue lo suficientemente rápido. Bruma se retorció y le golpeó en la cara con la cola. Él retrocedió, tan sorprendido como dolorido. Serpiente sujetó fuertemente a la cobra por detrás de la cabeza y luchó por dominar también el resto de su cuerpo. Bruma no era constrictora, pero su cuerpo era suave, largo y fuerte. Silbó fuertemente. Mientras Serpiente luchaba con ella, logró

Presionar en sus glándulas y obligarla a expulsar las últimas gotas de veneno. Estas colgaron de los dientes de Bruma durante un momento, reflejando la luz como si fueran joyas; luego la violencia de las convulsiones de la serpiente hizo que se perdieran en la sombra. Serpiente siguió luchando con la cobra, ayudada por la arena, que obstaculizaba los movimientos del reptil. Serpiente notó que el joven estaba detrás de ella asiendo el cuerpo y la cola del animal. La lucha cesó bruscamente y Bruma quedó quieta entre sus manos.

—Lo siento...

—Sujétala —dijo Serpiente—. Tenemos toda la noche.

Durante la segunda convulsión de Bruma, el joven la sujetó firmemente y fue una buena ayuda. Luego Serpiente respondió a la pregunta que antes le formulara:

—Si está haciendo veneno y te muerde, lo más probable es que mueras. Incluso ahora, su mordisco te pondría enfermo. Pero a no ser que hagas alguna tontería, si logra morder me morderá a mí.

—En poco beneficiaría a mi primo si te murieras o agonizaras.

—No me has comprendido. Bruma no puede matarme. —Ella levantó la mano para que él pudiera ver las blancas cicatrices de desgarrones y mordiscos. Él los miró, la miró después a ella durante unos momentos a los ojos y finalmente desvió la mirada.

El brillante punto de luz entre las nubes por donde ésta se filtraba se fue corriendo hacia el oeste en el cielo; sostenían a la cobra como si fuera un niño. Serpiente se dio cuenta de que estaba dormitando, pero Bruma movió la cabeza en un intento de escapar y la joven se despertó bruscamente.

—No debo dormirme —le dijo al hombre—. Háblame. ¿Cómo te llamas?

Igual que Stavin, el joven dudó. Parecía tener miedo de ella, o de algo.

—Mi pueblo —dijo— piensa que no es conveniente decir el nombre a los extranjeros.

—Si pensabais que era una bruja no debíais haber pedido mi ayuda. No conozco ningún tipo de magia.

—No es superstición —dijo él—. Al menos, no como tú piensas. No tenemos miedo de ser embrujados.

—No puedo aprender todas las costumbres de todos los pueblos de la Tierra, de modo que sigo con las mías. Y mi costumbre es la de dirigirme a aquellos con los que trabajo por su nombre. —Mirándole, Serpiente trató de captar su expresión con aquella escasa luz.

—Nuestras familias conocen nuestros nombres y nosotros se lo decimos a aquellos con los que queremos casarnos.

Serpiente reflexionó acerca de aquella costumbre y pensó que se adaptaría muy

mal a ella.

—¿Y a nadie más? ¿Nunca?

—Bueno..., un amigo puede conocer nuestro nombre.

—Ah —dijo Serpiente—, ya comprendo. Yo todavía soy una desconocida, y tal vez una enemiga.

—Un *amigo* conocería mi nombre —dijo el joven de nuevo—. No pretendo ofenderte, pero eres tú la que me malinterpreta. Un conocido no es un amigo. Nosotros valoramos mucho la amistad.

—En esta tierra debe ser fácil decir rápidamente si merece la pena llamar a una persona «amigo».

—Nosotros apenas entablamos amistades. La amistad es una gran cosa.

—Suena como si fuera algo temible.

Él meditó aquella posibilidad.

—Tal vez lo que tememos es traicionar la amistad. Eso sí que es algo terrorífico.

—¿Nadie te ha traicionado?

Él la miró hoscamente, como si ella hubiera excedido los límites de la propiedad.

—No —contestó, y su voz fue tan dura como su cara—. Ningún amigo. No tengo a nadie a quien llamar amigo.

Su reacción sorprendió a Serpiente.

—Eso es muy triste —dijo ella, y luego permaneció en silencio, tratando de entender los extremos a los que podía llegar la gente para cerrarse tanto, comparando su soledad obligada con la de aquellos que la habían elegido—. Llámame Serpiente —dijo ella finalmente— si puedes pronunciarlo. Decir mi nombre no te ata a nada.

Pareció que el joven iba a hablar; tal vez pensó que la había ofendido, o tal vez que debía seguir manteniendo sus costumbres. Pero Bruma comenzó a retorcerse en sus manos y tuvieron que sujetarla para que no les hiciera daño. La cobra tuvo unas convulsiones más violentas que nunca. Se agitó en las manos de Serpiente y casi logró desasirse. Intentó liberar su cabeza, pero Serpiente la sujetaba muy fuerte. Abrió la boca y siseó, pero de sus dientes no surgió veneno.

Enroscó la cola en torno a la cintura del joven. Este comenzó a desasirse de sus anillos.

—No es constrictora —dijo Serpiente—. No te hará daño. Déjala...

Pero fue demasiado tarde; Bruma se relajó súbitamente y el joven perdió el equilibrio. Su cola, libre, trazó dibujos sobre la arena. Serpiente comenzó a luchar sola con ella mientras el joven trataba de sujetarla. Comenzó a separarse de las manos de Serpiente y ésta cayó sobre la arena; Bruma se alzó sobre ella y abrió la boca furiosa, siseando. Entonces el joven logró asirla justo por detrás de la cabeza. Bruma se revolvió contra él, pero Serpiente logró cogerla también. Juntos lograron controlarla de nuevo. Súbitamente, la cobra se quedó inmóvil y cayó rígida entre

ellos. Ambos estaban sudando. El joven estaba pálido y Serpiente temblaba.

—Disponemos de algún tiempo para descansar —dijo Serpiente. Le miró y se dio cuenta de que tenía una línea oscura sobre la mejilla, en el lugar en donde Bruma le había golpeado con la cola—. Tienes una herida. Pero no dejaré cicatriz.

—Si fuera cierto que las serpientes muerden con la cola, tú estarías sujetando la cabeza y la cola y yo sería de poca utilidad.

—Esta noche necesitaba que alguien me mantuviera despierta, tanto si tuviera que ayudarme con Bruma como si no. —Luchar con la cobra producía adrenalina, pero ahora el cansancio y el hambre le habían vuelto con más violencia.

—Serpiente...

—¿Sí?

Él sonrió, un poco azorado.

—Probaba la pronunciación.

—Está muy bien.

—¿Cuánto tiempo cuesta atravesar el desierto?

—No mucho. Demasiado. Seis días.

—¿Cómo sobreviviste?

—Hay agua. Viajaba de noche, excepto ayer, que no pude encontrar una sombra.

—¿Llevabas contigo la comida?

Ella se estremeció.

—Un poco. —Y deseó que él no le hablase más de comida.

—¿Qué hay al otro lado?

—Más arena, más arbustos y un poco más de agua. Unos cuantos grupos de personas, comerciantes, la estación donde yo nací y donde me eduqué. Y más lejos aún, una montaña con una ciudad interior.

—Me gustaría ver una ciudad. Tal vez algún día.

—El desierto se puede cruzar.

Él no dijo nada, pero los recuerdos de Serpiente de cuando dejó su hogar eran lo suficientemente recientes como para que ella pudiera imaginar sus pensamientos.

Se produjeron las siguientes series de convulsiones, mucho antes de lo que Serpiente había esperado. Por su severidad pudo deducir algo del estado de la enfermedad de Stavin, y deseó que ya fuera de mañana. Si tenían que perderle, prefería haber hecho antes todo lo posible, y luego trataría de olvidar. La cobra se hubiera golpeado contra la arena hasta matarse de no haber sido porque Serpiente y el joven la tenían bien sujeta. Bruscamente se puso rígida, con la boca abierta y la lengua bífida colgándole fuera.

Dejó de respirar.

—Sujétala —dijo Serpiente—. Sujétale la cabeza. Rápido, cógela, y si se despierta, corre. ¡Cógela! Ahora no te atacará, ya sólo puede herirte por accidente.

Él no dudó más que un momento, y luego asió a Bruma tras la cabeza. Serpiente echó a correr, hundiendo los pies en la arena, hacia el borde del círculo de tiendas donde aún crecían los matorrales. Rompió algunas ramas secas, que arañaron sus laceradas manos. Se dio cuenta de la presencia de una masa de víboras, tan feas que parecían deformes, anidadas junto a un manojo de vegetación seca; sisearon, pero ella las ignoró. Encontró una caña estrecha y la tomó. Las manos le sangraban por profundas heridas.

Volvió junto a la cobra, le obligó a abrir la boca y empujó el tubo dentro de su garganta, a través del conducto de aire que Bruma tenía en la base de su lengua. Luego se acercó, se puso el otro extremo del tubo en la boca y sopló con cuidado en los pulmones de Bruma.

En aquel momento se dio cuenta de muchas cosas; de las manos del joven sujetando a la cobra como ella le había pedido; su respiración, primero una exhalación de sorpresa, luego de rabia; la arena lacerándole los codos allí donde se apoyaba; el olor empalagoso del líquido que segregaban los dientes de Bruma; su propio azoramiento, pensó exhausta, que ella rechazaba por necesidad y por voluntad.

Serpiente respiró una y otra vez hasta que Bruma cogió el ritmo y continuó sin ayuda.

Serpiente se sentó de nuevo sobre los tobillos.

—Creo que se pondrá bien —dijo—. Así lo espero, al menos. —Se pasó el dorso de la mano por la frente; aquel roce le produjo dolor. Retiró la mano y el dolor se esparció por sus huesos, subiendo por el brazo, la espalda, a través del pecho, envolviendo su corazón. Perdió el equilibrio. Intentó agarrarse, pero se movió con demasiada lentitud, le entró náuseas y vértigo y la tierra pareció desaparecer bajo sus pies y quedó perdida en la oscuridad sin poder asirse a nada.

Sintió la arena en el pecho y en las palmas de las manos, pero era suave.

—Serpiente, ¿estás bien?

Pensó que la pregunta había sido dirigida a otro, pero al tiempo se dio cuenta de que no había allí ningún otro a quien dirigírsela, nadie que respondiera a su nombre. Sintió unas manos que la cogían con suavidad; hubiera deseado responder, pero estaba demasiado cansada. Necesitaba dormir más, de modo que las apartó. Pero las manos sostenían su cabeza, le ponían cuero seco en los labios y vertían agua en su garganta. Ella tosió.

Se incorporó sobre un codo. Cuando su vista se aclaró se dio cuenta de que estaba temblando. Se sentía como la primera vez que le había mordido una serpiente, antes de que su inmunidad se hubiera desarrollado completamente. El joven se inclinó sobre ella, con su cantimplora en la mano. Detrás de él, Bruma se arrastró hacia la oscuridad. Serpiente se olvidó de su dolor.

—¡Bruma! —Golpeó el suelo.

El joven dio un salto y se volvió asustado; la serpiente se irguió, y su cabeza quedó a la altura de los ojos de Serpiente, mirando encolerizada y dispuesta a atacar. Formaba una sinuosa línea blanca que se recortaba contra la oscuridad. Serpiente se obligó a sí misma a levantarse, sintiendo como si estuviera intentando hacerse con el control de un cuerpo que no conocía. Estuvo a punto de caer de nuevo, pero logró levantarse.

—No debes cazar ahora —dijo—. Tienes otro trabajo que cumplir. —Levantó su mano derecha, imitando los movimientos de la cobra. La mano le dolía. Serpiente tenía miedo, no de ser mordida, sino de que Bruma perdiera el contenido de sus sacos de veneno—. Ven aquí —dijo—. Ven aquí y apaga tu cólera. —Notó que la sangre corría por sus dedos y el miedo que sentía por Stavín se intensificó—. ¿Me has mordido, criatura? —Pero el dolor era otro: el veneno debería haberla atontado, y el nuevo suero solamente...

—No —susurró el joven tras ella.

Bruma se calmó. Los reflejos de un largo adiestramiento funcionaron. Serpiente actuó rápidamente con su mano derecha y cogió a Bruma. La cobra se debatió durante un momento, pero después se calmó.

—Endiablado animal —dijo Serpiente—. Debería darte vergüenza. —Se volvió y dejó que Bruma se le enroscara por el brazo y le trepara hasta los hombros, donde quedó quieta como la línea del borde de una capa invisible.

—¿No me ha mordido?

—No —contestó el joven. En su voz había miedo contenido—. Parecías estar muriéndote, parecía que agonizabas, y tu brazo se cubrió de rojo. Cuando despertaste... —Hizo un gesto señalando su mano—. Debe de haber sido una víbora de los matorrales.

Serpiente recordó el nido de reptiles que había encontrado entre los matorrales y tocó la sangre de su mano. La limpió y apareció la doble herida de una mordedura de serpiente. La herida no tenía muy buen aspecto.

—Necesito limpiármela —dijo—. Me reprocho este descuido. —El dolor disminuía, aunque le recorría el brazo en oleadas, pero ya no le abrasaba. Se levantó y miró al joven, a las cosas que la rodeaban—. Sujetaste muy bien y valerosamente a Bruma —le dijo—. Te lo agradezco.

Él bajó la mirada y casi le hizo una reverencia. Se levantó y se aproximó a ella. Serpiente puso suavemente su mano sobre el cuello de Bruma para que no se asustara.

—Sería para mí un gran honor —dijo el joven— si quisieras llamarme Arevín.

—Me encantará hacerlo.

Serpiente se arrodilló y sujetó el cuerpo de Bruma mientras ésta se introducía en su caja. Al cabo de poco tiempo, cuando Bruma se hubiera estabilizado, al amanecer,

podrían ir junto a Stavín.

La punta de la blanca cola de Bruma desapareció de la vista. Serpiente cerró la caja e intentó levantarse, en vano. Todavía no había superado los efectos del veneno. La carne que rodeaba la herida estaba roja, pero la hemorragia se había detenido. Permaneció allí insegura, mirándose la mano, pensando en lo que tenía que hacer para curarse, esta vez ella misma.

—Deja que te ayude. Por favor.

Le tocó el hombro y la ayudó a levantarse.

—Lo siento —dijo ella—. Necesito tanto descansar...

—Deja que lave tu mano —dijo Arevín—. Luego podrás dormir. Dime cuándo debo despertarte...

—Todavía no puedo dormir. —Ella se esforzó por reponerse, se irguió y arregló los oscuros rizos de los cortos cabellos que le caían sobre la frente—. Ahora me encuentro bien. ¿Tienes un poco de agua?

Arevín se abrió la túnica. Debajo llevaba un traje de lana y un cinturón de cuero con bolsillos del mismo material. Su cuerpo estaba bien formado, sus piernas eran largas y musculosas. El color de su piel era un poco más claro que el de su bronceada cara. Sacó un recipiente con agua y se acercó a la mano de Serpiente.

—No, Arevín. Si el veneno penetrara, aunque sólo fuera una pequeña cantidad, podría infectarte.

Ella se sentó y vertió un poco de agua sobre la herida. El agua cayó rosada sobre el suelo y desapareció, sin dejar siquiera una mancha visible. La herida sangró un poco más, pero ya dolía menos. El veneno había sido contrarrestado.

—No comprendo —dijo Arevín— cómo no te sucede nada. A mi hermana menor la mordió una víbora de los matorrales. —Se interrumpió, ahogado por la pena—. No pudimos hacer nada para salvarla..., ni siquiera aminorar su dolor.

Serpiente le devolvió la cantimplora, extrajo un pequeño frasquito de uno de los bolsillos de su cinturón y vertió parte de su contenido en la mordedura.

—Es parte de nuestra preparación —dijo ella—. Trabajamos con muchos tipos de serpientes y tenemos que ser inmunes a la mayor cantidad posible de ellas. —Se estremeció—. El proceso es tedioso y algo doloroso. —Cerró el puño. El líquido se había secado. Se acercó a Arevín y tocó su lastimada mejilla—. Sí... —Esparció un poco del contenido del frasco por ella—. Esto te ayudará a curarte.

—Si no puedes dormir —dijo Arevín— podrás al menos descansar.

—Sí —convino ella—. Durante un rato.

Serpiente se sentó cerca de Arevín y se apoyó en él, mientras contemplaban cómo el sol teñía de rojo y dorado las nubes. El simple contacto físico con otro ser humano le proporcionó placer, aunque no se sintió satisfecha. En otro momento, en otro lugar, ella habría hecho algo más. Pero allí, en aquel momento, no.

Cuando la luz del sol tiñó el horizonte, Serpiente se levantó y sacó a Bruma de la caja. La cobra salió lentamente y trepó hasta la espalda de Serpiente. Esta, junto con Arevin, se dirigió hacia el pequeño grupo de tiendas.

Los padres de Stavin la esperaban fuera, junto a la entrada de la tienda. Se mantenían en un grupo compacto, defensivo y silencioso. Por un momento Serpiente pensó que habían decidido echarla. Luego, con un miedo que hacía que sintiera como si le hubieran aplicado un hierro candente sobre la boca, preguntó si Stavin había muerto. Ellos negaron con la cabeza y la llevaron al interior.

Stavin estaba en la misma posición que le dejara la noche anterior, todavía dormido. Los adultos la siguieron con la mirada y pudo oler el miedo. Bruma sacó la lengua, poniéndose inquieta por el peligro que aquello implicaba.

—Sé que querríais quedaros —dijo Serpiente—. Sé que querríais ayudar, si pudierais, pero no hay nada que nadie, salvo yo, pueda hacer. Por favor, volved afuera.

Se miraron entre sí y luego a Arevin, y ella pensó por un momento que iban a negarse. Serpiente deseaba dormir.

—Vamos, primos —dijo Arevin—. Estamos en sus manos. —Apartó la lona de la entrada de la tienda y les instó a salir. Serpiente se lo agradeció con la mirada y él casi sonrió. Luego se volvió hacia Stavin y se arrodilló junto a él.

—Stavin... —Le tocó la frente; estaba muy caliente. Se dio cuenta de que tenía la mano más firme que antes. Aquel ligero toque despertó al muchacho—. Ya ha llegado el momento —dijo Serpiente.

Él parpadeó, saliendo de sus sueños de niño, y la miró, reconociéndola poco a poco. No parecía asustado, lo cual agradeció Serpiente. Por alguna razón que no podía identificar, se sentía incómoda.

—¿Me va a doler?

—¿Te duele ahora?

Él vaciló, apartó la mirada y luego volvió a ponerla sobre ella.

—Sí.

—Puede que te duela un poco más. Pero espero que no. ¿Estás preparado?

—¿Puede quedarse conmigo Hierba?

—Claro que sí —contestó ella.

Y entonces se dio cuenta de lo que no iba bien.

—Volveré en un momento. —Su voz había cambiado tanto que el niño se asustó. Ella salió de la tienda, caminando lenta, tranquilamente, conteniéndose a cada paso. Fuera, los padres mostraban con sus expresiones el temor que sentían.

—¿Dónde está Hierba? —Arevin, que le daba la espalda, se sorprendió por el tono de su voz. El marido más joven lanzó un extraño sonido y apartó su vista de ella.

—Estábamos asustados —dijo el marido más viejo—. Pensábamos que podría

morder al niño.

—Creí que lo haría. Fui yo. Se le subió a la cara y vi sus dientes... —La mujer puso las manos en los hombros del marido más joven y él ya no dijo nada más.

—¿Dónde está? —Hubiera deseado gritar, pero no lo hizo.

Ellos le tendieron una pequeña bolsa abierta. Serpiente la cogió y miró dentro.

Allí estaba Hierba, casi partida en dos, temblando. Se revolvió una vez y sacó la lengua. Serpiente profirió un sonido demasiado sordo para haber sido un grito. Esperaba que sus movimientos fueran solamente reflejos, pero la sacó lo más cuidadosamente que pudo. Se inclinó y tocó con los labios las suaves escamas verdes que tenía tras la cabeza. Luego la mordió rápida y agudamente en la base del cráneo. La sangre manó fría y salada a su boca. Si no estaba ya muerta, la había matado instantáneamente.

Miró a los padres, y a Arevin. Todos estaban pálidos, pero no sentía dolor alguno por su miedo.

—Un ser tan pequeño —dijo—. Un ser tan pequeño, que sólo proporcionaba placer y sueños. —Les miró un instante más y regresó a la tienda.

—Espera... —Oyó la voz del marido más viejo que se le acercaba. Luego le tocó en el hombro, pero ella apartó su mano—. Te daremos todo lo que deseas —dijo—, pero deja al niño.

Ella le replicó, dominada por la furia:

—¿Crees que mataría a Stavín por la estupidez de sus padres? —Pareció que él iba a detenerla por la fuerza, pero ella hundió su hombro en su estómago y se dirigió a la tienda. Ya dentro, dio una patada a la caja. Colérica por aquel brusco despertar, Arena reptó fuera. Cuando el marido más joven y la mujer intentaron entrar, Arena silbó y siseó con una violencia que jamás antes había visto Serpiente. Ni siquiera se molestó en mirar tras ella. Escondió la cabeza entre los brazos y comenzó a llorar, procurando que Stavín no la viera. Luego se arrodilló junto a él.

—¿Qué sucede? —preguntó él, que oía voces y carreras fuera de la tienda.

—Nada, Stavín —dijo Serpiente—. ¿Sabías que vinimos cruzando el desierto?

—No —contestó él, sorprendido.

—Hacía mucho calor y ninguna de nosotras tenía qué comer. Hierba está cazando ahora. Tenía mucha hambre. ¿Me perdonarás y me dejarás comenzar? Yo estaré aquí todo el tiempo.

Él estaba muy cansado. No parecía muy de acuerdo, pero no tenía fuerzas para discutir.

—Bueno. —Su voz manaba como arena entre los dedos.

Serpiente se quitó a Bruma de los hombros y apartó la manta que cubría el pequeño cuerpo de Stavín. El tumor estaba en la caja torácica y le había deformado y afectado sus órganos vitales, tomando el alimento que el niño ingería para su propio

crecimiento, envenenándole con sus desechos. Sujetándole la cabeza, Serpiente dejó que Bruma se le acercara, tocándole y probándole. Tenía que impedir que la cobra atacara; estaba agitada. Los ruidos de Arena la excitaban. Serpiente trató de tranquilizarla; las respuestas adecuadas resultantes del adiestramiento comenzaron a producirse, superando los instintos naturales. Bruma se detuvo cuando su lengua se posó sobre el tumor y Serpiente la dejó.

La cobra se irguió, y atacó y mordió como muerden las cobras, contrayendo sus anillos, relajándolos, volviendo a morder, sujetando a su presa. Stavin gritó, pero no se movió. Serpiente le estaba sujetando.

Bruma introdujo el contenido de sus sacos de veneno en el niño y le dejó. Luego se irguió, miró a su alrededor y se deslizó marcando una línea perfecta hacia su caja.

—Ya está, Stavin.

—¿Voy a morirme ahora?

—No —dijo Serpiente—. Ahora no. Y espero que no mueras en muchos años. —Extrajo un frasquito de polvos del bolsillo de su cinturón—. Abre la boca. —Él obedeció y Serpiente extendió su contenido por la lengua—. Esto disminuirá el dolor. —Acto seguido le limpió la sangre de las heridas que le había hecho la cobra. Luego le dio la espalda.

—Serpiente, ¿te vas?

—No me iré sin decirte adiós. Te lo prometo.

El niño se tumbó otra vez, cerró los ojos y dejó que la droga hiciera efecto.

Arena estaba enroscada tranquila. Serpiente dio una patada contra el suelo para llamarla. El reptil se dirigió hacia ella y le permitió que la encerrara en la caja. Serpiente oyó ruidos fuera de la tienda. Los padres de Stavin y las personas que habían venido para ayudarlos abrieron la lona que cubría la entrada y penetraron en el interior.

Serpiente dejó su caja de cuero.

—Ya está.

Arevin estaba entre ellos, pero no llevaba ningún arma en las manos.

—Serpiente... —dijo con rabia, piedad, confusión, y Serpiente no hubiera podido decir qué era lo que sentía. Entonces él se volvió. La madre de Stavin estaba junto a él. Arevin la tomó por los hombros—. Sin ella, él hubiera muerto. Pase lo que pase ahora, él hubiera muerto.

Ella le apartó las manos.

—Podía haber vivido. Podía habersele pasado. Nosotros... —No pudo seguir hablando y se echó a llorar.

Serpiente vio cómo la gente la rodeaba. Arevin dio un paso hacia ella y luego se detuvo. Serpiente pudo darse cuenta de que él deseaba que ella se defendiera a sí misma.

—¿No puede ninguno de vosotros llorar? —preguntó—. ¿No puede ninguno llorar por mí y mi desesperación, o por ellos y su culpa, o por las cosas pequeñas y su dolor? —Sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

No la comprendieron; les ofendió su llanto. Se retiraron un poco, pues todavía la temían, pero siguieron dispuestos a atacar. Ella ya no necesitaba fingir calma.

—Ah, locos. —Su voz era frágil—. Stavin...

La luz de la entrada les sorprendió.

—Dejadme paso.

Las personas que había frente a Serpiente se hicieron a un lado para dejar paso a su jefa. Esta se detuvo frente a Serpiente, ignorando la caja que había en el suelo y que casi tocó con el pie.

—¿Va a vivir Stavin? —Su voz era serena, tranquila y amable.

—No puedo estar segura —contestó Serpiente—. Pero creo que viviré.

—Dejadnos. —Entonces la gente comprendió las palabras de Serpiente como antes lo había hecho su jefa; se miraron entre sí y bajaron las armas; finalmente, uno a uno fueron saliendo de la tienda. Arevin se quedó dentro. Serpiente sintió que la fuerza que se extrae del peligro la abandonaba. Sus rodillas cedieron. Cayó sobre la caja con la cara entre las manos. La mujer más vieja se arrodilló delante de ella antes de que Serpiente pudiera darse cuenta de lo que sucedía o prevenirla.

—Gracias —dijo—. Gracias. Lo siento tanto... —Rodeó a Serpiente con los brazos y la atrajo hacia sí; entonces Arevin se arrodilló junto a ellas y abrazó a Serpiente también. Serpiente comenzó a temblar de nuevo y ellos la sostuvieron mientras lloraba.

Más tarde quedó dormida, exhausta, en la tienda junto con Stavin, mientras le sostenía la mano. La gente había cazado pequeños animales para Arena y Bruma. Le habían dado comida y agua suficiente para que se bañara, aunque esto último debía haber agotado sus reservas.

Cuando se despertó, Arevin estaba durmiendo junto a ella, con la túnica abierta y un rastro de sudor sobre el pecho y el estómago. La severidad de su expresión se había desvanecido con el sueño; ahora parecía exhausto y vulnerable. Serpiente fue a despertarle, pero se detuvo, movió la cabeza y se giró hacia Stavin.

Observó el tumor y comprobó que había comenzado a disolverse, agonizante, pues el veneno de Bruma lo había afectado. En medio de su tristeza, Serpiente experimentó una cierta alegría. Retiró el suave y pálido cabello de Stavin de su cara.

—Me gustaría no tener que volver a mentirte, pequeño —susurró—, pero tengo que partir en seguida. No puedo permanecer aquí. —Hubiera deseado dormir otros tres días para acabar de sobreponerse a los efectos del veneno de la víbora de los matorrales, pero podría dormir en cualquier otro lugar—. ¿Stavin?

Él se despertó a medias.

—Ya no me duele —dijo.

—Me alegro.

—Gracias...

—Adiós, Stavin. ¿Recordarás después que te desperté y te dije adiós?

—Adiós —dijo él, soñoliento—. Adiós, Serpiente. Adiós, Hierba. —Y cerró los ojos.

Serpiente cogió la caja y se quedó mirando a Arevin. Él siguió durmiendo. Entre triste y aliviada, salió de la tienda.

Fuera, el campamento estaba cálido y tranquilo. Encontró a su *pony* rodeado de comida y agua. Cantimploras de piel nuevas y llenas estaban colocadas en el suelo junto a la silla de montar y sobre ésta habían puesto ropas apropiadas para el desierto, pese a que Serpiente se había negado a que le pagaran de ninguna forma. El *pony* atigrado se acercó a ella. Serpiente lo acarició entre las orejas, le colocó la silla y dispuso su equipo sobre su lomo. Tomándolo por las riendas lo dirigió hacia el oeste, al camino por donde había venido.

—Serpiente...

Ella respiró profundamente y se volvió a mirar a Arevin. Estaba de cara al sol y tenía el rostro encendido. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros, lo que le dulcificaba la cara.

—¿Has de marcharte?

—Sí.

—Esperaba que no te irías antes de... Esperaba que te quedases algún tiempo...

—Si las cosas hubieran sido diferentes, me hubiera quedado.

—Estaban asustados...

—Les dije que Hierba no les haría daño, pero vieron sus colmillos y no sabían que lo único que podía provocar eran sueños y un buen morir.

—¿Pero no puedes perdonarlos?

—No puedo afrontar su culpa. Lo que hicieron fue por culpa mía, Arevin. No los comprendí hasta que fue demasiado tarde.

—Tú misma dijiste que no podías conocer las costumbres y los miedos de todos.

—Me siento mutilada —dijo ella—. Sin Hierba no podré ayudar a la gente. Debo regresar a mi casa y enfrentarme a mis profesores, y espero que ellos perdonen mi estupidez. No conceden a casi nadie el nombre que yo llevo, pero a mí me lo dieron..., y ahora se sentirán decepcionados.

—Deja que vaya contigo.

Ella lo deseaba; vaciló, y se reprochó a sí misma aquella debilidad.

—Ellos se quedarán con Bruma y con Arena y a mí me echarán. Y puede que a ti te echaran también. Quédate aquí, Arevin.

—No importa.

—Sí importa. Al cabo de un tiempo terminaríamos odiándonos. Yo no te conozco, y tú no me conoces. Necesitamos calma, tranquilidad y tiempo para comprendernos bien.

Él avanzó hacia ella y la rodeó con los brazos, y así permanecieron durante un rato. Cuando Arevin levantó la cabeza, había lágrimas en sus ojos.

—Vuelve, por favor —le rogó—. Pase lo que pase, vuelve.

—Lo intentaré —dijo Serpiente—. La próxima primavera, cuando se detengan los vientos, espérame. Si no he regresado, olvídate. Donde yo esté, si vivo, te olvidaré.

—Te buscaré —dijo Arevin, y no quiso prometer nada más.

Serpiente puso en marcha su caballo y comenzó a cruzar el desierto.

Notas

[1] Brian Aldiss, *Billion Year Spree* (Nueva York, Doubleday, 1973), p. 23. <<

[2] Ellen Moers, «Female Gothic: The Monster's Mother», en *The New York Review of Books* (vol. XXI, n.º 4, 21 de marzo de 1974), p. 24. <<

[3] Moers, p. 24. En su ensayo, Moers establece un razonamiento convincente respecto a que *Frankenstein* representa el mito del nacimiento, reflejo de la experiencia de Mary Shelley como esposa y madre. <<

[4] Aldiss, pp. 34, 36. <<

[5] Un excelente ejemplo lo constituye la novela de Philip K. Dick *The Man In the High Castle* (Nueva York, Putnam's, 1962), que nos presenta un mundo en el que el Japón y Alemania han ganado la Segunda Guerra Mundial. (*El hombre en el castillo*, Minotauro.) <<

[6] Damon Knight, *In Search of Wonder* (Chicago, Advent, 1967), p. 144 <<

[*] En castellano en el original. <<

[7] Leight Brackett, «The Halfing», en *The Halfing and Others Stories* (Nueva York, Ace, 1973), p. 15. <<

[8] Alice Eleanor Jones, «Created He Them», en *The Best from Fantasy and Science Fiction*, quinta serie, editada por Anthony Boucher (Nueva York, Doubleday, 1956), p. 134. <<

[*] *La mano izquierda de la oscuridad* (Minotauro) <<

[9] Ursula K. Le Guin, *The Left Hand of Darkness* (Nueva York, Walker, 1969), pp. 68-69. <<

[10] Hubo una interesante discusión acerca de *La mano izquierda de la oscuridad* entre Le Guin y el distinguido escritor polaco de ciencia ficción Stanislaw Lem en las páginas de *SF Commentary*, una publicación australiana editada por Bruce R. Gillespie. En un ensayo titulado «Lost Opportunities», Lem hace las siguientes afirmaciones:

Aunque sus conocimientos antropológicos son muy buenos, su perspicacia psicológica es únicamente la justa, y a veces no es ni siquiera suficiente. La señora Le Guin inventa una creación biológicamente plausible y valiosa como ficción. Se inventa a «otros humanos» que no solamente se convierten en seres sexuados periódicamente (ya hemos encontrado antes cosas así en ciencia ficción, incluso la bisexualidad) sino que (también) se convierten periódicamente en hembras o en machos durante su período «kemmer» período sexual). Y no se detienen las cosas aquí, sino que tampoco pueden prever cuál será su próxima encarnación sexual.

La autora no ha querido, no ha podido o no ha sabido cómo reflejar la cruel amargura del destino de los individuos en un sistema semejante. Nos ofrece algunos apuntes a lo largo de los capítulos, pero no transforma su material antropológico en formas de vida individuales.

Sin embargo, imaginémonos a nosotros mismos en la situación de la gente de esta novela. Dos cuestiones sobre la existencia básica nos saltan a la mente:

1.^a ¿En qué me convertiré durante el próximo período «kemmer» (sexual), en varón o en hembra? Contrariamente a todas las opiniones estereotipadas, la incertidumbre normal de nuestras vidas, ya bien conocida por nosotros, se ampliaría dolorosamente a causa de este indeterminismo sexual. No tendríamos que preocuparnos ya meramente de la cuestión trivial de si el mes próximo preñaríamos o quedaríamos preñados, sino que tendríamos que enfrentarnos a toda una nueva clase de problemas psíquicos acerca de los roles que nos esperarían en uno u otro extremo de la alternativa sexual.

2.^a De entre la gente totalmente indiferente que nos rodea, ¿por quién me sentiré eróticamente atraído durante el próximo «kemmer»? Porque como todo el mundo es neutro, no podemos determinar nuestro futuro biológico. El cambiante modelo de relaciones sexuales nos sorprenderá siempre con nuevos y siempre dudosos cambios dentro del conocido entorno...

Pero consideremos la cruel ironía del destino: supongamos que una persona mientras era varón se hubiera enamorado de otra que entonces era hembra durante el período «kemmer», y que después de algunos meses ambos se conviertan en «hombres» o en «mujeres». ¿Podemos creer que entonces ambos simplemente buscarían compañeros (heterosexuales) biológicamente adecuados? Si respondemos que sí a esta pregunta,

no solamente estaríamos diciendo estupideces, sino también simple y sencillamente mintiendo, porque sabemos con suficiente claridad cómo puede formar el poder de condicionamiento cultural-psicológico nuestras vidas interiores desafiando a nuestros instintos biológicos.

Por ello, los habitantes de Winter han de experimentar una gran desdicha e infelicidad, lo mismo que una buena cantidad de «perversión», a medida que los antiguos «machos» se sintieran cada vez más atraídos por sus antiguas compañeras «hembras» (tal vez ahora neutras o machos), y lo mismo cuando, debido a los dictados de sus glándulas, deban prepararse a jugar el rol femenino. ¡Qué posibilidades crueles, extrañas y diabólicas puede encontrar ahí un autor! Esas posibilidades esconden en ellas las raíces de una malignidad que nos heriría por su intencionalidad...

De la novela extraigo esta verdad acerca de mí (y por ende, de todos los seres humanos): pese a lo dolorosas que puedan ser nuestras vidas sexuales, la limitación de nuestra estabilidad es una bendición, y no una maldición. Claro está que el Karhider (getheniano) *debe* pensar de una forma totalmente diferente a la nuestra, y nos considerará anormales, como acertadamente señala la señora Le Guin...

Pero volvamos a la novela. Estilísticamente, está muy bien escrita. Contiene también la riqueza y la variedad de las costumbres de una civilización alienígena, aunque no sea totalmente consistente. Sea lo que sea lo que la autora haya intentado decirnos, ha escrito sobre un planeta en el que no hay mujeres, sino solamente hombres (no en el sentido sexual, pero sí en el social), porque las ropas Karhider, los modos de hablar, las costumbres y el comportamiento son masculinos. En el alma social, el elemento masculino ha permanecido victorioso sobre el femenino. *SF Commentary*, 24 de noviembre de 1971, pp. 22-24. El ensayo original fue publicado en una revista alemana, *Quarber Merkur*, n.º 25. Traducido del alemán por Franz Rottensteiner y revisada por Bruce Gellespie.

En una edición posterior. Le Guin respondía a las indicaciones de Lem:

La novela proyectada por Stanislav Lem... es fascinante, tan provocativa como un relato de Borges. Deseo que Lem pueda escribirla. Yo no hubiera podido hacerlo, en parte porque la fisiología de «mis» gethenianos no es la misma que Lem ha creído leer. Las tragedias que él vaticina están obviadas por el mecanismo «diferenciador» que hace que el segundo o el más lento de la pareja que entra en «kemmer» desarrolla siempre el sexo opuesto al del primero o más rápido... La puerta de entrada de la tragedia, creo yo, es más bien la enorme posibilidad de que dos amantes por largo tiempo lleguen a desincronizarse: unas pocas horas de diferencia en la extensión de sus períodos kemmer lo retrasaría por un año. He eludido esa dificultad sin ninguna vergüenza, y no he hecho más que proveer a los gethenianos de una sofisticada farmacopea y de unas técnicas de control del cuerpo altamente refinadas, de forma

que pueda imaginarse la solución a esos desastres.

Lem no es el primero en acusar a los gethenianos de ser en su totalidad, o al menos en un 90%, varones... ¿Podría él, o cualquier otro, hacerme el favor de señalar un solo pasaje o conversación en los cuales Estraven (un personaje getheniano) haga o diga algo que *solamente un hombre* podría hacer o decir?

¿No será que tendemos a insistir en que Staven y los demás gethenianos son hombres porque la mayoría de nosotros somos incapaces de imaginar a las mujeres como primer ministro, arrastrando trineos sobre superficies heladas, etc.?

Sé que el uso del pronombre masculino influye en la imaginación del lector, quizá de forma decisiva... Alexei Panshin y otros pidieron que inventase un pronombre neutro. Consideré cuidadosamente la posibilidad y decidí que no lo haría. Este experimento lo intentó ya Lindsay en *A Voyage To Arcturus* y me suena a preciosismo fallido y exasperante; trescientas páginas llenas de una cosa así podrían resultar intolerables. La intransigencia del medio es, después de todo, su placer. Aunque, posiblemente, pueda hacerse más con el inglés que con cualquier otro lenguaje que ningún escritor haya tenido la suerte de hablar, no se puede hacer absolutamente todo con él...

... Dice que sus vestidos son masculinos. ¿Qué es lo que lleva la gente en los climas realmente fríos? Tomé como modelo a los esquimales. Estos (tanto hombres como mujeres) llevan, por supuesto, túnicas y pantalones. ¿Ha intentado usted alguna vez llevar una falda, larga o corta, con un viento helado y bajo una tempestad de nieve?

Elegí a un observador terrestre «normal», y varón, como narrador, porque imaginé que la gente tendría problemas en identificarse emocionalmente con los gethenianos. En verdad, pensé que muchas personas, especialmente los hombres, los encontrarían repulsivos. Estaba equivocada y debería haber tenido más valor. Es mejor transmitir las cosas indirecta que directamente, a menos que se trate de entregar un mensaje. Yo soy novelista, no empleada de telégrafos. Lo que yo tenía que decir de los gethenianos pretendí que surgiera de la imaginación del lector... (*SF Commentary*, 26 de abril de 1972, pp. 90-92.) <<

[¹¹] Sam J. Lundwall, *Science Fiction: What It's All About* (Nueva York, Ace, 1971), pp. 144-145. (*Historia de la SF*, «Nueva Dimensión» n.º 75.) <<

[12] Debería recordarse que la ciencia ficción no es homogénea en todas partes. Está escrita a todos los niveles de calidad, como todos los géneros literarios. Esto es algo obvio, pero que muchos olvidan. <<

[13] Uno de los personajes femeninos interesantes en la obra de Wells es Weena, la mujer que el viajero del tiempo conoce en su viaje. Weena es débil e indefensa, pero también lo son todos los de su pueblo, sean hombres o mujeres. Son los Eloi, los futuros descendientes, semejantes a niños, de la raza humana. <<

[14] Beverly Friend, «Virgin Territory: Women and Sex in Science Fiction», en *Extrapolation* (vol. 14, n.º 1, diciembre de 1972), pág. 49. El señor Friend hace algunos comentarios interesantes sobre Philip José Farmer y Theodore Sturgeon, dos escritores que fueron de los primeros en especular con el sexo en sus relatos y novelas de ciencia ficción. Es particularmente interesante la novela de Sturgeon *Venus Plus X* (Nueva York, Pyramid, 1960), que trata de una cultura unisexuada y de la reacción de un hombre ante ella. <<

[15] Aunque es verdad que la doctora Calvin prefiere los robots a la gente, existe una razón lógica para tal preferencia. La ética de los robots de Asimov es mejor que la de la gente. Las historias robóticas se publicaron en dos volúmenes, *I Robot* (Nueva York, Gnome Press, 1950) y *The Rest of the Robots* (Nueva York, Doubleday, 1964). El segundo volumen contiene también dos novelas, *The Caves of Steel* y *The Naked Sun*. <<

[*] *Los propios dioses* (Bruguera, «Libro Amigo») <<

[16] Robert A. Heinlein y Forrest J. Ackerman, «Heinlein in Science Fiction», en *Vertex* (vol. 1, n.º 1, abril de 1973), pág. 96. Este artículo es el texto de un discurso titulado «The Discovery of the Future», pronunciado por Heinlein en la Tercera Convención Mundial de Ciencia Ficción, en Denver, 1941. El discurso fue transcrito para *Vertex* por Forrest J. Ackerman. <<

[17] Frank Robinson, «Conversation with Robert Heinlein», en *Oui* (vol. 1. n.º 3, diciembre de 1972), pág. 112. <<

[*] *La luna es una cruel amante* (Acervo) <<

[18] Robert Heinlein ha sido severamente criticado por muchos críticos de ciencia ficción por sus personajes femeninos. Sam J. Lundwall decía que Heinlein «creía todavía firmemente que las mujeres estaban hechas solamente para el harén». Otros le han objetado el hecho de que muchas de sus protagonistas están tan preocupadas por los cosméticos, los coqueteos, el anidado de los niños o el de sus maridos como por la ciencia o las matemáticas superiores. Y otros se han quejado de que no son *suficientemente* «femeninas».

Es cierto que muchos de sus personajes femeninos no desentonarían en un harén o en su equivalente actualizado. Y sobre todo en sus obras recientes. Podemos aventurar algunas razones para este hecho:

1) Las novelas de Heinlein son otro caso de influencia cultural; la cultura en que se desenvuelve el autor influye en sus concepciones de lo que debe ser una obra especulativa sobre el futuro, afectando sus afirmaciones. La influencia cultural no siempre es mala. Las afirmaciones o implicaciones de la cultura en general pueden ser utilizadas para dar forma o mejorar una novela de ciencia ficción, y a veces han sido utilizadas con éxito. Pero un escritor o escritora de ciencia ficción, precisamente por la naturaleza especial de su obra, ha de estar prevenido y preparado a adoptar posiciones escépticas o actitudes críticas si es verdaderamente especulativo.

2) Puede que Heinlein esté seguro de que hay una *posibilidad real* de que las mujeres en el futuro, pese al asunto de oportunidades, prefieran el coqueteo, la maternidad o el matrimonio. De hecho, los personajes femeninos de Heinlein eligen sus destinos hasta un cierto punto. En general, no son seres pasivos, sino fuertes y activos que utilizan sus propias mentes para decidir qué es lo que desean. Incluso los simples objetos sexuales, en sus novelas, llevan frecuentemente la iniciativa. Las que se convierten en madres se parecen más a unos «progenitores profesionales» que a simples amas de casa, y la familia es respetada. Parece como si Heinlein creyera realmente que ser padre es una ocupación excitante y realizadora como pudiera serlo cualquier otra. Esta es una postura buena y defendible.

Sin embargo, uno podría preguntarse por qué los hombres de las novelas de Heinlein no eligen también las así denominadas ocupaciones femeninas. Claro que una sociedad del futuro no necesita ser racional y los autores de ciencia ficción no han de escribir de forma normativa (aunque la ciencia ficción sea fuertemente didáctica, a veces se tiene la impresión de que los autores están prescribiendo tanto como especulando, y algunos de ellos, indudablemente, lo están haciendo).

Puede que Heinlein, como la mayoría de nosotros, crea diferentes cosas en momentos diferentes. Si subraya las maravillas de la paternidad y de la vida familiar en muchos de sus libros, también nos presenta el caso de una chica que se «divorcia» de sus

padres (en *The Star Beast*). Si nos muestra a las mujeres como objetos sexuales en sus últimas obras, también nos presenta a un matrimonio que son buenos amigos al tiempo que amantes y que funcionan como un equipo, sin deseos aparentes de tener niños (en *The Unpleasant profession of Jonathan Hoag*, 1942). En *The Rolling Stones* (Nueva York, Scribner's, 1952), la madre del protagonista es una médica que ha abandonado la práctica de su profesión para dedicarse enteramente a cuidar de su hijo. Pese a esta equivocación, actúa con más racionalidad que su marido en una situación de emergencia. Haciendo caso omiso de las objeciones de su marido y de su deseo de proteger a su mujer del contagio, la doctora fleta una nave con pasajeros enfermos que necesitan cuidados médicos. En algunas de sus primeras obras aparecen mujeres en posiciones de poder, y no es demasiado raro en Heinlein dar a entender que son más sabias o racionales que los hombres.

Personalmente, Heinlein parece tener una vena fuertemente literaria y ha denunciado públicamente cualquier forma de coerción (incluyendo las prisiones y la disciplina militar). Resulta difícil creer que pueda tener algún deseo de mantener a las mujeres «en su lugar». Y sin embargo parece creer, consciente o inconscientemente, que las mujeres tienen a veces necesidades de protección o deseos de realizarse principalmente como esposas o madres (aunque, sin embargo, normalmente, tras expresarse en otras áreas). Puede suceder que Heinlein realmente crea que ser madre es algo superior a cualquier cosa que un hombre pueda hacer. Pero como precisamente esa creencia es la racionalización más frecuente utilizada por otros para poner límites a la vida de las mujeres. Heinlein ha sido criticado por ello.

Las novelas de Heinlein presentan unas descripciones informativas y a veces contradictorias de las diversas formas en las que los hombres han visto a las mujeres y seguirán viéndolas en el futuro. Es interesante pensar en lo que hubiera podido pasar si Heinlein hubiera puesto más cuidado en sus personajes femeninos. Obviamente, se trata de un caso complejo, y es difícil sacar una conclusión definitiva acerca de este escritor o de lo que él sostiene. <<

[19] Joanna Russ, «The Image of Women in Science Fiction», en *Vertex* (vol. 1, n.º 6, febrero de 1974), pág. 54 <<

[20] Sería interesante, por ejemplo, analizar el conflicto que se produce en un personaje femenino entre el rol exigido por la necesidad física y su deseo de utilizar sus otras capacidades. Y aún sería más interesante resolver el problema, y no simplemente naciendo que las mujeres se realicen como madres.

Un punto evidente es que las mujeres, al igual que los hombres, son algo más que unos atributos corporales. Los colonos masculinos en las novelas de ciencia ficción son valorados por sus capacidades y por sus genes. Las mujeres, sin embargo, por inteligentes o cultas que sean, son valoradas con frecuencia solamente por los genes que pueden transmitir a las generaciones futuras. La frecuencia con que los escritores insisten en este punto es mayor que la verdadera demanda de que lo hagan. <<

[21] Poul Anderson. *Orbit Unlimited* (Nueva York. Pyramid, 1961), pág. 89. Más tarde, Anderson, en *Tau Zero* (Nueva York, Doubleday, 1970), describe mujeres que desean explorar el espacio por las mismas razones que los hombres, aunque están gustosamente preparadas a iniciar su acostumbrado embarazo al final de la novela. Uno de los personajes femeninos, Ingrid Lindgren, demuestra una fuerza considerable. Cuando el capitán de la nave espacial se muestra incapaz de actuar, ella toma a su cargo la mayor parte de las tareas. <<

[22] Sam Moskowitz, «When Women Rule», en *When Women Rule* (Nueva York, Walker, 1972), pág. 1. Esta interesante antología contiene un ensayo informativo realizado por Moskowitz y algunos relatos breves sobre el tema de la mujer dominante. (Existe traducción castellana del ensayo de Moskowitz: *Cuando gobiernan las mujeres*, «Nueva Dimensión» 77). <<

[23] Philip Wylie, *The Disappearance* (Nueva York, Pocket Books, 1966), pág. 273.

<<

[24] Wylie, págs. 246-247 <<

[25] Norman Mailer, *The Prisoner of Sex* (Boston, Little, Brown, 1971), págs, 67, 127, 169. <<

[26] Mailer, pág. 214. Mailer está citando la obra de David M. Rorvik, *Your Baby's Sex: Now You Can Choose* (Nueva York, Bantam, 1971) <<

[27] Carl Sagan, *The Cosmic Connection* (Nueva York, Doubleday-Anchor Pres, 1973), pág. 38. <<

[28] El consejo dado por algunos «tanques de memoria» de la intervención militar de América en la guerra de Vietnam es bien desafortunado, y subraya la necesidad de considerar cuáles son las prioridades y los valores a la hora de utilizar una obra así. Los «tanques de memoria» analizan simplemente qué resulta posible tanto en el presente como en el futuro. Es a nosotros a quienes corresponde decidir cómo utilizar sus consejos. El informe de Herman Kahn sobre los resultados probables de una guerra nuclear, por repugnante y deshumanizado que parezca, puede ayudar a hacerse una idea de tal guerra impensable. <<

[29] Entre ellos se encuentran *The Biological Time Bomb*, de Gordon Rattray Taylor (Nueva York, New American Library, 1968), *Future Shock*, de Alvin Toffler (Nueva York, Random House, 1970), *Man Into Superman*, de R. C. W. Ettinger (Nueva York, St. Martin's, 1972), *The Future of the Future*, de John McHale (Nueva York, Ballantine, 1969), *The Prometheus Project*, de Gerald Feinberg (Nueva York, Doubleday-Anchor, 1969), y *An Inquiry Into the Human Prospect*, de Robert L. Heilbroner (Nueva York, Norton, 1974). <<

[30] Arthur Byron Cover, «*Vertex Interviews Harlan Ellison*», en *Vertex* (vol. 2, n.º 1, abril de 1974), pág. 37. Ellison era el responsable de la publicación de *When It Changed*, de Joanna Russ en su antología *Again, Dangerous Visions* (Nueva York, Doubleday. 1972). <<

[31] Ver *El mundo de Rocannon*, col. Nova n.º 2. <<